

# HÁZMELO COMO **TÚ** SABES

AMANDA SEIBIEL

Terralignota  
EDICIONES

180

Amanda Seibel

HÁZMELO COMO TÚ SABES



1ª edición en formato electrónico: abril 2018

© Amanda Seibiel (<http://www.amandaseibiel.es/>)

© De la presente edición Terra Ignota Ediciones

Diseño de cubierta: ImatChus

Terra Ignota Ediciones

c/ Bac de Roda, 63, Local 2

08005 – Barcelona

[info@terraignotaediciones.com](mailto:info@terraignotaediciones.com)

ISBN: 978-84-948170-4-5

IBIC: FP FA 2ADS

La historia, ideas y opiniones vertidas en este libro son propiedad y responsabilidad exclusiva de su autor.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Quiero dedicar esta novela a mis padres, en especial a la memoria de mi madre, que se fue demasiado pronto. Simplemente gracias por haber sido y ser mis padres. Si volviera a nacer, os volvería a escoger. Os quiero.

«La agarró por la cintura y la besó apasionadamente hasta que ella y su cuerpo cedieron por completo a la pasión que quemaba su interior. George la penetró allí mismo sin compasión; solo ansiaba poseer el cuerpo que tanto deseaba...»

—Lucía, ¿qué lees con tanto entusiasmo?

—Nada, cosas de cocina.

Cerré el libro de golpe y lo escondí con disimulo debajo del cojín del sofá. Roberto había llegado antes de tiempo del trabajo y la novela que mi amiga Nuria me había dejado el día anterior me tenía enganchada. Era la primera vez que leía algo así.

—¿Qué hay para comer? Me muero de hambre.

Roberto trabajaba como profesor de Educación Física en el instituto del pueblo y tenía hambre a todas horas. Siempre estaba con su deporte y con su dieta. A sus treinta años tenía un cuerpo perfecto y ni un gramo de grasa. Era todo músculo. Para michelines ya estaban los míos.

—Te he hecho ensalada y lubina al horno.

—¡Cómo me cuidas!

Se acercó y me dio un beso en la frente. Sonreí como una tonta. Estaba locamente enamorada de mi apuesto marido. Llevábamos diez años casados y lo quería como el primer día. A su lado, el tiempo volaba. Con decir que nos casamos con veinte años y ya había pasado una década...

—Cielo, este fin de semana Juan me ha invitado a un coto de caza con unos colegas suyos. Es en un campo, no muy lejos de aquí.

La noticia me cogió por sorpresa. No imaginaba a mi marido con unos pantalones militares y una escopeta en la mano. Fuera de la ropa de deporte con la que siempre vestía, mi imaginación no alcanzaba para mucho más.

—¿A cazar? ¿Desde cuándo te gusta a ti la caza?

—Es por salir de la rutina —respondió Roberto—. Ya sabes que a mí la caza no me va. Es más por pasar el rato y divertirnos. Vienen también unos compañeros de fuera, que son los dueños del coto. De aquí del pueblo solo vamos Juan y yo.

—¿Y qué hago yo sola en casa todo el fin de semana? —Me encogí de hombros.

No es que me negara a que mi marido se fuese de caza o se divirtiera con los colegas, pero, ¿qué iba a hacer yo sin él?

—¿Es que te parece mal? ¿No quieres que vaya? —dijo él. Parecía molesto, y eso que yo en ningún momento le había dicho que no fuese.

—Cariño, no he dicho eso... Claro que puedes ir, solo que no sé qué hacer sin ti todo el fin de semana.

—Llama a tu amiga Nuria e id a dar una vuelta. Hace siglos que no lo haces. No te vendría mal cambiar de aires.

Dicho esto, Roberto terminó el pescado. Me quedé pensando unos instantes.

—No sé, supongo que algo haré. Tú vete y pásalo bien...

—Es que no puedo tener una esposa mejor que tú.

Vino hacia mí y me abrazó. Me sacudió el pelo rubio, quemado por los tintes, y fue al sofá. Yo recogí la mesa y puse el friegaplatos. Eché un vistazo desde la cocina al salón y vi que Roberto estaba sobado frente al televisor. Lo miraba y daba gracias a Dios por tener un marido tan guapo y cariñoso conmigo.

Nos conocimos con dieciséis años en el instituto. Yo, en aquella época, era un auténtico bombón. Delgada, con el pelo ondulado, castaño, los ojos verdes y un cuerpo de infarto. Algunos años después me había convertido en una maruja teñida de rubio, con diez kilos de más y el único entretenimiento de hacer dobladillos y algún respunte para las vecinas.

En aquel tiempo, Roberto era el chico más popular del instituto, el más guapo. Se fijó en mí y empezamos a salir. Nos enamoramos tanto que, con veinte años, nos casamos. No hubo ni embarazo ni historias raras de por medio. Fue tan solo puro amor.

A sus padres no les hizo mucha gracia, ya que era su único hijo y querían que terminara los estudios; y eso hizo. Yo no pude continuar con la carrera de Periodismo porque no podíamos costearla, así que me conformé con un curso de Corte y Confección y fuimos saliendo adelante. Roberto consiguió aprobar las oposiciones y obtuvo plaza fija en el instituto, mientras yo me dediqué en cuerpo y alma a hacerlo feliz.

En ese momento sonó el teléfono. Fui rápidamente a contestar para que Roberto no se despertara.

—¿Has empezado el libro que te dejé?

Era mi amiga Nuria. No pude evitar ruborizarme al recordar una de las escenas que había leído. Ella estaba divorciada, lo que en el pueblo era como llevar la letra escarlata tatuada en la frente.

—Sí —respondí en voz muy bajita.

—No te oigo. ¿Qué bicho te ha picado, Lucía?

—Roberto está durmiendo y no quiero despertarlo.



—Eso es lo que tienes que hacer: despertarlo y pegarle cuatro polvos. Como los del libro.

Al otro lado de la línea Nuria reía descaradamente.

—No seas burra —contesté escandalizada.

El rubor me llegaba hasta los pies. Mi amiga estaba como una cabra, pero la adoraba. Aunque estuviera bien fastidiada, siempre tenía una sonrisa en la boca y una buena palabra cuando la necesitabas. Nunca estaba de mal humor. Estar con ella significaba un constante chute de energía positiva.

—¿No me digas que no mojas las bragas con el libro?

Nuria parecía dispuesta a sacarme los colores.

—A mí solo me pone mi Roberto. —Me puse a la defensiva—. Es mi único hombre.

—¡No me lo puedo creer!

Nuria gritaba a través del teléfono. Yo tampoco era una experta en hombres, como mi amiga, así que no podía hablar de lo que desconocía. Únicamente había estado con Roberto y era de lo que podía opinar.

—Luego hablamos. Vas a despertar a Roberto con tus gritos. Casi me perforas el tímpano.

—No, no, no. Esta tarde paso a buscarte y tomamos un café.

—Mejor quedamos el fin de semana, que Roberto se va de caza con Juan y unos amigos. Así tenemos más tiempo.

—¿Te he escuchado bien? ¿Roberto de caza este fin de semana?

Nuria seguía perforándome el tímpano con sus gritos a través del auricular. No entendía esa actitud tan agresiva.

—Sí, no es para tanto... —Empezaba a mosquearme un poco. Yo era una

persona muy tranquila y no me gustaban los gritos.

—Perdona, cielito. Tienes razón. Este finde lo vamos a pasar en grande los dos. Ya nos llamamos. Un beso.

Colgó. Era toda una montaña rusa de emociones. No me rompí la cabeza intentando analizar a Nuria. Era una persona muy especial y no había que entenderla, solo hacía falta quererla y punto.

Como Roberto seguía con su placentera siesta, fui en busca del libro, oculto bajo el cojín del otro sofá, perpendicular al que ocupaba mi marido, y retomé la lectura.

«Doris jadeaba con pasión mientras él la penetraba con la dureza del guerrero que era. George devoraba su boca sin piedad mientras ella se arqueaba buscando la profundidad de su pene. Su vagina estaba abierta y expuesta para recibir otra penetración, aún más fuerte, de su rudo amante.

El sudor de los dos olía a puro sexo. Los dos jadeaban excitados por el momento tan libidinoso que estaban compartiendo.

—George, nunca había conocido a un hombre como tú —jadeaba Doris de placer.

—Ahora sabrás lo que es un hombre de verdad, pequeña —le susurraba él al oído.

La poseyó toda la noche de mil y una formas como ella nunca antes había soñado ni imaginado. Su cuerpo se estremecía con cada embestida».

—Lucía, ¿estás bien?

La voz de Roberto me devolvió a la realidad. Se había despertado de la siesta

y yo ni me había enterado. Estaba con la boca abierta, los ojos como platos y un calentón del veintitrés.

—Cariño, ¿me has oído? —repitió.

—Sí, sí, perdona. Estaba en otro mundo.

—Ya lo veo. Voy a darme una ducha. ¿Me sacas la ropa limpia?

Roberto era el típico hombre al que se lo tenías que dar todo hecho. No sabía ni dónde estaban sus calcetines.

—Vale, vale —respondí acalorada.

—¿Seguro que estás bien? —volvió a preguntar.

—Sí, creo que la comida no me ha sentado bien.

—Deberías ponerte a dieta cariño. No te vendría mal.

—¡Serás capullo! —Le tiré un cojín enfadada.

Vino hacia mí y me agarró por la cintura. Hacía años que mi cuerpo no se aceleraba de aquella manera. Aquel libro calenturiento debía tener propiedades excitantes ocultas. De pronto, noté calor en mi entrepierna y miré con deseo a Roberto. Hacía siglos desde la última vez que pegábamos un polvo, pero ese día le tenía unas ganas de muerte. Me enganché a su cuello y lo besé. Él se sorprendió por mi actitud y me devolvió el beso. Su lengua buscaba la mía y yo me puse a cien. Noté cómo se estaba excitando; su abultada entrepierna hacía presión sobre mi sexo.

—Cariño, ¿qué te han dado hoy?

Su voz sonaba tremendamente sensual y mis pezones se pusieron de punta.

—Tengo el marido más sexi del mundo, normal que me pongas cachonda —le dije para provocarle.

—Cielo, estás desconocida.

Roberto me quitó la vieja camiseta que llevaba y yo comencé a luchar contra la suya. Entonces, mi mano fue directamente a su paquete. Él se sorprendió por mi actitud descarada y se empalmó aún más.

—Lucía, me estás poniendo cardíaco. —Respiraba con dificultad y tenía el pulso acelerado.

—Hazme cosas —le pedí pensando en el libro. Estaba caliente y solo quería que me empotrara como había hecho George con Doris.

—¿Qué cosas quieres que te haga, cielo? Me tienes desorientado...

Roberto se había desnudado por completo y yo me lo comía con la mirada. Me atrajo hacia él y me levantó la falda, buscando mis bragas para bajármelas. Entonces se tiró encima de mí en el sofá. Ya no recordaba la última vez que habíamos hecho el amor en un sitio que no fuera la cama. Noté cómo su pene entraba con facilidad en mi vagina. Era un placer casi olvidado. Su cuerpo musculoso, sus ojos marrones, su pelo castaño cayéndole por la cara mientras me penetraba... Dios, era como en el libro. Si cerraba los ojos podía incluso imaginar que era el guerrero George quien me estaba dando ese fantástico meneo. Y eso me excitó, lo que provocó que me mojara aún más.

—Cariño, ¡nunca te había visto tan excitada!

Roberto jadeaba y entraba y salía de mi interior con suaves embestidas al tiempo que yo movía las caderas, buscando más profundidad. Puse mis piernas alrededor de su cuello y mi marido flipó.

—Fóllame, Roberto —grité salida perdida—. Hazme tuya.

Mis palabras le pusieron muy cachondo. Me dio la vuelta y me puso mirando hacia Cuenca. Yo me ruboricé un poco, pero cuando volví a sentir su pene dentro de mí, me olvidé del mundo. Estábamos en el viejo sofá del salón y era lo más erótico y atrevido que habíamos hecho a lo largo de los años de nuestro matrimonio.

Roberto me poseía con ganas. Yo imaginaba que era el guerrero George penetrándome en mitad de un campo de Irlanda entre unas pieles de oso.

—Sí, sí, sí, sí... —Mi orgasmo llegó, inesperado y brutal.

Roberto aceleró sus embestidas y se corrió poco después, quedándose en la gloria.

—Cariño, no sé lo que te has tomado o lo que te han dado, pero no lo dejes.

Roberto acariciaba mi estropajoso pelo y yo me moría de la vergüenza. Me vestí con rapidez y fui a buscarle la ropa para que pudiera ducharse. Ya tiraría después a la basura aquel libro endemoniado que me hacía perder la cabeza.

Mi hermano Antonio, que vivía tres calles más abajo de mi casa, llamó para preguntarme si podía recoger a mi sobrina Begoña del colegio. Le acababa de entrar un pedido en la tienda de muebles que regentaba en el pueblo y se le acumulaba la faena.

—¿Puedes hacerme el favor? Estoy hasta arriba...

—Relájate. Tienes que tomarte las cosas con calma, hermano, te noto alterado.

—Es que no doy abasto. Estoy rodeado de mendrugos, y María...

Se mordió la lengua, aunque era obvio lo que iba a salir de su boca: que su mujer no pegaba chapa y solo estaba en casa viendo programas de cotilleo.

—Bueno, no te preocupes que yo recojo a la enana. Luego te la acerco a casa.

—Gracias, Lucía.

Antonio era un hombre muy trabajador. A sus cuarenta años estaba hecho una mierda, arrugado y castigado. Su error fue casarse con mi cuñada María, (alias la Fregona). No la llamaba así porque fuese muy trabajadora, sino por lo seca que estaba de la mala hiel que tenía y ese pelo alborotado y pasado de moda. Su pasión era sacarle la piel a tiras a todo el mundo, dedicándose más a vivir la vida de los demás que la suya propia. No entendía cómo mi hermano la soportaba.

Tenían una niña de diez años que era un amor. Begoña era mi única sobrina y siempre que podía, y mi cuñada lo permitía, me encantaba pasar el tiempo con ella. Roberto y yo no teníamos hijos. Nos habíamos realizado pruebas y no había ningún problema, pero la suerte no quería llamar aún a nuestra puerta.

Fui a vestirme para ir al colegio a recoger a Begoña. Me miré al espejo y la verdad era que daba un poco de lástima. Las lorzas que me salían de la cintura y las cartucheras de la cadera empezaban a acomplejarme un poco, pero solo lo justo. Mi pelo parecía paja. A veces me daban ganas de pasarme la moto y rapármelo al cero. Ese sí sería un buen chisme para mi cuñada. Finalmente, opté por unas mallas y una camiseta suelta para evitar que se marcara algo indeseable de mi cuerpo. Mi figura se había echado a perder a lo largo de los últimos años, pero mientras mi marido no me pusiese pegos, ¿para qué iba hacer sacrificios?

En la última década me había acomodado a mi vida, a mi casa, a mi marido y poco más. Lo de pensar en mi imagen quedaba en un segundo o tercer plano. Lo primero era cuidar de mi amor. Eso me recordó que, de camino al colegio, pasaría a saludar a Roberto y a darle un beso. Todavía recordaba nuestro encuentro apasionado en el sofá y me daba un poco de apuro mirarle a la cara. Era mi marido y llevamos años juntos, pero siempre había sido muy pudorosa para las cuestiones de alcoba. La primera vez que lo hicimos fue dramático. Llevábamos un año saliendo y casi me muero de la vergüenza cuando lo vi desnudo por primera vez. Le mandé apagar la luz y, más que disfrutarlo, fue una tortura y muy doloroso. Tardó dos meses en convencerme para que volviéramos a intentarlo. Ahí la cosa ya fue diferente y pude disfrutar de mi apuesto marido. Caí enamorada hasta las trancas y ya nunca lo dejé. No era una mujer muy activa sexualmente, pero, al principio, no parábamos de hacerlo en todas partes. Luego, con el tiempo, me acomodé y lo hacía más que nada por cumplir. Por eso, la escenita del sofá me tenía desconcertada.

Y todo por aquel libro. El guerrero George seguía muy vivo en mi cabeza. No volví a abrirlo, pero me tenía enganchada y me hacía sentir viva cada vez que esas páginas estaban entre mis manos. El guerrero se había colado en mi mente y no lo podía sacar de allí, así que fui a coger el libro y lo guardé para seguir leyéndolo más tarde. Me tenía embrujada y era incapaz de deshacerme de él.

\* \* \*

Llegué media hora antes de la salida para poder ver a Roberto. Estaba en el patio del instituto, dando su clase. Sudoroso y con el pelo húmedo, algunos mechones le resbalaban por la cara y él, como si de un anuncio de desodorante se tratara, se los apartaba con un gesto de la mano. Estaba guapísimo a rabiar y a mí se me caía la baba cada vez que lo miraba. Entonces, me vio a través de la valla metálica, me saludó con la mano y me sonrió. Yo le lancé un beso y le dejé que siguiera con su clase. Luego fui al pabellón de primaria a buscar a mi sobrina.

—Tía, tía —a Begoña se le iluminó la cara.

—Hola, tesoro. ¿Quieres merendar en la chocolatería de Mercedes?

—¡Sííí! —afirmó efusivamente.

—Venga. Arreando que es gerundio.

La chocolatería de Mercedes era una tienda, bar, súper... Era el Carrefour del pueblo; tenía de todo. Todas las mamás llevaban a los niños allí a merendar o a comprar alguna guarrería. Y a los niños les encantaba, claro. Mercedes era una mujer afable de unos sesenta años. La recordaba de toda la vida. Siempre estaba impecable, con su pelo rubio, sus ojos azules y sus gafas a la última moda. Era la tía o la mamá que muchos soñaban tener, siempre dispuesta a atenderte con una sonrisa. Abría todos los días sin excepción, hasta los domingos y festivos. Era la mujer más trabajadora que conocía.

—Hola, guapa, hoy vienes con la tía, ¿eh? ¿Estarás contenta?

Mercedes quería un montón a Begoña, y a mí también. Me conocía desde niña y visto crecer e ir al mismo colegio donde aquel día recogí a mi sobrina.

—Sí, mi tía me ha dicho que puedo merendar chocolate —respondió



alegremente.

La pequeña estaba contenta, ya que era algo que no hacía muy a menudo porque su madre tenía prisa por llegar a tiempo al cotilleo televisivo.

—Mercedes, pon dos chocolates y esos bollos que tienes ahí —señalé el mostrador.

—Sentaos que ahora os lo llevo, preciosas.

Nos pusimos moradas con el chocolate y los bollos. Estaban de vicio. Seguro que una lorza más se formaba en mi cintura, pero no lo podía evitar: el chocolate era mi perdición. Después de merendar llevé a Begoña a casa de mi hermano y fue mi cuñada quien abrió la puerta.

—Hola, Lucía.

Me miró de arriba abajo con una cara mezcla de aburrimiento y asco.

—Hola, aquí tienes a la niña. Ya ha merendado.

—Mami, la tía y yo hemos tomado chocolate y bollos.

A pesar de la ilusión de la niña, María ni se inmutó. Pasó de ella como de la mierda.

—Ve adentro y haz los deberes —ordenó mi cuñada, seca y rancia.

—Adiós, tía.

Begoña me dio un beso y entró cabizbaja y con paso lento, como si fuera hacia el matadero. Cuando la perdí de vista, miré a María.

—Podías hacerle un poco más de caso a la niña.

Mi cuñada me echó una mirada de odio y no se cortó un pelo en contestarme.

—Es mi hija, no la tuya. Cuando tengas hijos, ya mandarás en ellos, pero a mí no me vengas a dar lecciones tú de cómo criar a mi hija. Aunque, con esas

pintas, no me extraña que tu marido ni se te arrime...

Me dio con la puerta en las narices y yo me quedé paralizada como una auténtica gilipollas. Mi cuñada era mala por naturaleza, lo llevaba en la sangre. Debería dar clases de maldad o escribir un libro de esos de Cómo ser una hija de puta y no morir en el intento. No entendía la manía y el odio que me tenía cuando lo único que yo había hecho, era estar siempre ahí cuando me habían necesitado, ya fuera ella o mi hermano Antonio. Era una maldita amargada a la que lo único que se le daba bien era joder a los demás.

\* \* \*

Regresé a mi casa molesta. Había palabras que, aunque quisieras ignorarlas, se clavaban como cuchillos. Las de mi cuñada fueron dardos envenenados que, minutos después, estaban haciendo su trabajo. El veneno corría dentro de mi cabeza. Cuando entré por la puerta, Roberto ya estaba en casa, viendo un partido de fútbol por la televisión. Estaba tan concentrado que ni siquiera me vio entrar. Los deportes eran su pasión. No era el momento de decirle nada; cuando veía un partido no se le podía molestar, porque estaba como abducido.

Así que fui a recoger la lavadora y a planchar. Una blusa de viscosa se me resistía. Tenía más años que la tana y le faltó el canto de un duro para que la tirara a la basura, pero conseguí domarla y, por supuesto, no la tiré. Se quedó con un planchado impecable. Vieja, pero sin arrugas.

De pronto, el teléfono sonó. Estaba tan ensimismada con la plancha que me sobresaltó. Miré la pantalla y vi que era mi amiga Nuria.

—Hola, Chochona.

Nuria era tremenda, siempre con esa alegría y desparpajo desbocado. Sonreí al escucharla.

—Hola, loca.

—¿Al final se va Roberto mañana?

Su pregunta me hizo recordar la salida de fin de semana de Roberto. No había vuelto a pensar en ello.

—Supongo que sí. No me ha dicho que le prepare la ropa y ya no lo recordaba.

—Siempre vas con la cabecita en el aire... ¿Qué estás haciendo ahora?

—preguntó con curiosidad.

—Nada en particular. Planchando.

—Lucía, así no vamos bien. Que tienes treinta años, no setenta...

Ya empezaba con sus sermones de «Viva la vida loca».

—Nuria, ya sabes cómo soy. A mí me gusta lo que hago y cómo soy.

—¿Seguro?

—¿Qué os pasa hoy conmigo? ¿Tanta pena doy?

Las palabras de mi cuñada volvieron a mi mente y lo pagué con mi mejor amiga.

—Oye, oye. ¿Qué coño te ha pasado a ti?

Nuria me conocía bien y sabía que mi reacción no era normal.

—Nada —le mentí.

—¿Lucía? —insistió.

—Mi cuñada... Hoy he tenido unas palabras con ella. Bueno, mejor dicho, digamos que me ha puesto fina.

—Pasa de esa bruja, siempre metiéndose en la vida de los demás. Yo se la tengo jurada también. Se ha dedicado a ponerme a parir por todo el pueblo, la muy...

Cuando se divorció, Nuria fue la comidilla de todo el pueblo y, por supuesto, la Fregona se cebó con ella.

—Ya lo sé, pero es que sabe ser tan mala... y lo hace tan bien.

Me mordí el labio con fuerza de la rabia que llevaba. Casi me hice sangre.

—Ya me lo contarás mañana. De paso le hacemos un traje a esa cotilla, para variar.

—¿Mañana?

—Lucía, por Dios. Quedamos en pasar el fin de semana juntas.

—Lo siento, mi memoria a veces va como el culo.

—Mañana hablamos. Un beso.

Recogí la plancha y fui a guardar la ropa. Roberto seguía ensimismado con el fútbol. Pasé por su lado y siguió sin verme. Abrí el armario para organizar la ropa recién planchada. Toda la habitación olía a suavizante. Al guardar unos calzoncillos de Roberto en su cajón vi que se había comprado algunos nuevos. Era muy sibarita para ciertas cosas, y la ropa interior y la de deporte siempre se la compraba él. Yo ni recordaba cuándo fue la última vez que me compré unas bragas nuevas.

—Cariño, ¿por dónde andas? —me llamó desde el salón.

La casa tampoco era tan grande. Era un piso de dos habitaciones, y una de ellas la ocupaba su gimnasio.

—En la habitación, guardando la ropa —le respondí.

Vino hasta allí.

—Voy a casa de Juan para ultimar lo de mañana.

—Pero si es casi la hora de cenar... —protesté.

—No tardaré. Tú ve preparando cualquier cosa.

—¿Qué te vas a llevar para el fin de semana? No sé qué ropa ponerte.

—A eso voy. Tú no te preocupes, que ya yo lo preparo todo.

—¿Tú?

Me sorprendió muchísimo. En los diez años que llevaba con él jamás le había visto prepararse la ropa y menos un bolso de fin de semana.

—Sí, yo. ¿Te sorprende? —Me guiñó un ojo.

—No, no... —Me callé.

Me estaba despidiendo de Roberto. Llevaba unos vaqueros, un polo de color negro y, por si hacía frío, su cazadora negra de cuero. Finalmente fue él quien preparó el bolso, tal como había dicho. Juan lo esperaba fuera en su todoterreno. Los dos trabajaban en el instituto. Juan era profesor de Matemáticas y tenía dos años más que mi marido. Rubio con los ojos verdes de un gato, su aspecto juvenil llevaba locas a las quinceañeras.

—Me tengo que ir —se despidió Roberto con una sonrisa.

Yo lo abrazaba y no quería soltarlo.

—Cariño, cuidado con las armas, que las carga el diablo.

—Tranquila, te llamaré en cuanto lleguemos.

Roberto me acarició el pelo y me dio unos besos en la cabeza.

—Te echo de menos —suspiré—. Y eso que aún no te has ido.

Juan tocó el claxon del coche para que Roberto saliera. Me despegué de él y le di un último beso.

—Te quiero —me susurró.

—Yo más.

Se fueron calle abajo y me quedé mirando hasta que mis ojos los perdieron de vista. Entré en casa y el piso se me hizo enorme sin Roberto. No sabría vivir sin él.

\* \* \*

Eran las tres de la tarde y había quedado con Nuria a las ocho. Se pasaría por casa y se quedaría conmigo hasta el domingo. Ya tenía la casa limpia y la plancha hecha, así que no sabía en qué invertir el tiempo si no estaba Roberto.

Recordé el libro que me había dejado Nuria. La lectura distraería mi mente. Me gustaba leer, pero normalmente me quedaba dormida a las pocas páginas y, al final, terminaba por dejarlo. Sin embargo, aquel libro me provocaba el efecto contrario: cada vez que lo abría, me despejaba la mente y me obligaba a leer más y más.

—¡Aquí estás! —exclamé nerviosa al verlo.

Me senté en el sofá y me puse cómoda. Retomé donde lo había dejado y seguí con la historia de George y Doris. Devoraba aquel libro hoja tras hoja sin apartar la mirada de aquellas palabras que me hipnotizaban y me invitaban a introducirme en la historia. Ni siquiera me levanté para ir al baño. Mi corazón se aceleraba, mi entrepierna se calentaba y yo no paraba de sofocarme. Tuve que parar un momento del calentón que tenía encima.

Miré el reloj y vi que eran las siete menos diez de la tarde. Ya casi había terminado el libro. Me faltaba el final y quería reservármelo porque me daba una pena horrorosa tener que desprenderme de mi guerrero. El tono de llamada de mi móvil me hizo regresar de mi nube.

—Hola, cariño. —Era Roberto—. Perdona que no te haya llamado antes, pero nos hemos puesto a charlar y aquí no hay cobertura. He tenido que salir fuera

para llamar.

Me puse colorada. Con la lectura, me había olvidado hasta de mi marido.

—Me tenías preocupadísima —mentí como una bellaca—. Llevo horas esperando tu llamada.

—No te preocupes. Solo decirte que no podré llamarte tan a menudo como quisiera, por el tema de la cobertura.

—Vale. Ten cuidado. Te quiero.

—Yo también te quiero.

No me hacía gracia lo de la cobertura. ¿Y si me pasaba algo? Aunque no iba a ser el caso, porque vendría Nuria y no me quedaba totalmente sola, pero eso de estar incomunicados... vamos, que no me gustaba.

—Madre mía. —Me llevé las manos a la cabeza—. ¡Pero si son las siete!

Como de costumbre, hablaba sola en casa. Cuando mi marido estaba en el trabajo era habitual que me recordara en voz alta las cosas que iba haciendo, quizá también para sentir mi propia existencia. Nuria estaría a punto de venir y yo quería terminar el libro, así que me senté a leer el final.

«—No pienses que te van a venir a rescatar, preciosa —le decía el cruel Tyler, que tenía retenida a Doris para poder acceder a George y matarlo.

—Te encontrará y te matará.

El odio salía como puñales de los ojos de Doris, directo al corazón de Tyler.

—No, preciosa. Él vendrá. Tengo lo que más quiere.

Tyler miraba a Doris con deseo. Deslizó una mano por encima de su hombro y ella se apartó de él, mirándolo con desprecio.



—No me toques. Me das asco —le espetó Doris.

—Pues las mujeres se matan por pasar una noche conmigo...

Tyler era muy apuesto. Era el guerrero del clan enemigo de George. Tenían una lucha de poder y de territorio y ahora este, en un intento desesperado, había recurrido al juego sucio secuestrando al amor de su rival.

—Pues tendrás que matarme primero para poder pasar la noche conmigo.

Doris lo odiaba a muerte.

De pronto, un golpe fuerte se oyó en la tienda de campaña donde estaban asentados. George entró como un oso enfurecido. Tyler no lo esperaba. Sus espadas cortaban el aire y, después de un largo duelo y una dura e igualada pelea, Tyler cayó al suelo, herido de muerte. La sangre caliente empapaba el terreno y llegaba a los pies de Doris.

George corrió hacia su amada y la besó. Sacándola de su encierro, la subió al caballo para llevársela de allí. Galopaba sin mirar atrás con el único propósito de ponerla a salvo.

Empezaba a llover y vieron una cueva donde resguardarse. George encendió un fuego. Se desnudaron para quitarse la ropa mojada y se envolvieron en unas pieles.

—No vuelvas a dejarme, nunca —le dijo George a Doris mientras empezaba a besarla, recorriendo su cuerpo desnudo.

—Nunca, mi amor.

Doris jadeaba de placer y sus manos se perdían en la abultada erección que estaba teniendo George.

—Eres mía. Solo mía.

George cogió a Doris y la sentó encima de él de frente. La penetró suavemente y ella se estremeció de placer. George agarraba sus pechos, los besaba, los acariciaba y se movía dentro de ella, dándole el mayor de los placeres.

Ambos jadeaban de deseo y amor.

—Nunca más te separarás de mí. No cometeré el error de perderte. Te amo, Doris. Sin ti me muero. No soy nada.

Doris soltó un gemido de placer. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Nunca le había dicho que la amaba. Era una declaración y estaba emocionada. Estaba enamorada de él desde el primer día en que lo vio y no imaginaba que el gran guerrero, rudo e impenetrable, ahora fuera suyo de verdad.

—Yo también te amo, mi amor. Ahora y siempre.

George la abrazó fuerte y devoró su boca. La penetraba con ansia, pasión, amor, deseo... Una mezcla de sentimientos que ambos sentían. Siguieron haciendo el amor hasta que sus cuerpos quedaron exhaustos. Era el principio de un amor que no se terminaría jamás.

Fin».

Cerré el libro. Estaba como un Seiscientos pasado de revoluciones y, para colmo, mi marido no estaba en casa. Me fui a la ducha y abrí el agua fría. No lograba quitarme a George de la cabeza. Sabía que era fantasía, una historia de ficción, pero encendía mi cuerpo de una manera sobrenatural. Si en ese momento hubiera salido a la calle y me hubiera cruzado con un hombre parecido a él, no sé qué habría hecho. «Uf, ¿y ahora qué?», pensé. Necesitaba leer más.

Al salir de la ducha me miré al espejo. Me apetecía ponerme guapa y sentirme sexi como Doris, aunque lo que veía frente al espejo estaba mucho de ser la protagonista de una novela erótica.

El timbre de la puerta sonó y fui a abrir. Nuria estaba espectacular: la larga

melena negra bien cuidada, su talla treinta y seis, sus vaqueros pitillo ajustados que le marcaban hasta el alma, esa camiseta con un escotazo redondo realzando sus pechos de la talla noventa y cinco... Perfectamente podría ser modelo, de no ser tan bajita como yo. Medía un metro sesenta, pero eso ella lo solucionaba con unos tacones de vértigo. Me sacaba una cabeza. Entró en mi piso sonriendo y, tras dejar el bolso que traía en el suelo, me dio un abrazo.

—¡Qué ilusión me hace pasar el fin de semana contigo! —exclamó Nuria, que era pura energía positiva. Al verla ya se me habían pasado todos los males.

—No te aceleres mucho, que yo no estoy acostumbrada a tanto jaleo.

Era verdad, no me gustaba salir y tampoco recordaba la última vez que lo había hecho.

—No seas aguafiestas —me regañó—. Aún no he entrado en tu casa y ya quieres cortarme el rollo.

—Perdona... Ya sabes cómo soy: una maruja más. Solo me faltan los rulos.

Era una broma, pero ella me miró de arriba abajo e hizo una mueca con la boca.

—Nena, mañana nos vamos de compras. Llevas una ropa de la prehistoria.

—¿Para qué? No necesito nada. Yo estoy bien así...

—Bueno, eso es discutible. Ya hablaremos más tarde de eso. Cambiando de tema, ¿has leído el libro?

Me puse roja como un tomate. Todavía estaba alterada por el efecto del guerrero.

—¿Por...? —le pregunté avergonzada.

—Sí, lo has leído. Mira la cara que se te ha puesto. ¿Serás golfilla? Cuéntame... Pero antes pon dos copas de vino.

Me daba mucha rabia que supiera leerme tan bien las expresiones. Fui a por el vino y nos sentamos en el sofá. Era un blanco fresquito que entraba de maravilla. Lo acompañamos con unas olivas y unas patatas fritas para picar. Nuria levantó una ceja.

—Chochona, ¿sabes lo que engorda esta basura?

—Por favor, ¿cuatro olivas y unas patatas? —la miré incrédula—. Tampoco es para tanto.

—Tienes que empezar a cuidarte. Eres preciosa, solo que te has dejado un montón.

—Eso me ha dicho mi cuñada, pero con otras palabras, que soy un adefesio y que no sabe cómo mi marido se me arrima.

Nuria abrió los ojos como platos. Las mejillas se le encendieron como si quisieran arder.

—¿Eso te ha dicho la bruja esa? —gritó—. ¡Pero si es una maldita Fregona! Tú ni caso. Esa solo vive para joder a los demás.

—Ya, pero me ha dado que pensar, ¿sabes?

La verdad era que estaba hecha unos zorros y me había abandonado por completo. Era una chica muy apañada y seguía siendo joven, pero aparentaba mucha más edad de la que en realidad tenía. Sin embargo, oírlo de boca de mi cuñada, y con esa mala hiel que tenía, hacía que fuera más real y que doliera aún más.

—Pues pasa —dijo Nuria—. Pero sí deberías cuidarte un poco... Arreglarte el pelo y hacer ejercicio, por ejemplo. Apúntate conmigo al gimnasio, ¿vale? Pasas demasiado tiempo en casa y te vendría bien. Pero hazlo por ti; por nadie más.

Nuria tenía razón, pero la fuerza de voluntad me había abandonado hacía muchos años.

—Me lo pensaré —le mentí.

Le dimos un sorbo a la copa de vino.

—Bueno, cuéntame, ¿te ha gustado el guerrero George? ¿Te ha puesto...?

Nuria sonreía con cara picarona, esperando mi respuesta. El vino ya me había subido ligeramente a la cabeza, lo que me soltó la lengua.

—Menuda me has liado —respondí acalorada—. Me lo he leído entero. El otro día hasta pegué un polvo con Roberto en el sofá. Y hacía años que no pasaba eso...

Nuria estaba asombrada. Al mismo tiempo, sonreía viéndome la cara de morbo que ponía al contárselo.

—¿En serio? Me acabas de matar. —Se dejó caer en el sofá con los brazos estirados y la lengua fuera, como si acabara de recibir un disparo.

—¡No te burles!

—Que no... Todo lo contrario. Me alegra un montón que vuelvas a la vida.

Ahora se reía a carcajada limpia.

—Nuria, no te entiendo.

—Lucía, no te preocupes... A mí ese guerrero me tuvo cachonda durante todo el libro. Es normal... Pero espera a ver lo que te he traído; vas a flipar.

—Miedo me das —murmuré.

Nuria sacó de su bolso otro libro. Nada más leer el título ya me entró algo por el cuerpo. Lo que quiero lo consigo.

—Si te has puesto cachonda con el guerrero, te recomiendo que vayas comprando bragas de repuesto, porque este libro es mortal... —me aconsejó Nuria.

—¿Más que el guerrero?

No sé si mi mente y mi cuerpo estaban preparados para asimilar lo que Nuria me estaba ofreciendo, pero la curiosidad de leer algo todavía más excitante hizo que mis manos cogieran aquel libro tan tentador.

—Me dio una pena terminarlo... —suspiró—. Por poco lloro. Creo que me he enamorado de todos los hombres que aparecen en la novela.

—¿Cómo? —pregunté sorprendida.

—No te voy a contar nada. Tú lee y ya me dirás. Yo firmaba ahora mismo con tal de encontrar a un hombre que me follara como cualquiera de los que salen ahí.

Me mataba la curiosidad. Quería empezar a leerlo cuanto antes. Y máxime viendo a Nuria, a la que veía embelesada mientras recordaba algún pasaje del libro al tiempo que seguía apurando el vino.

—¿En qué piensas?

—Mejor no te lo digo. No sé si tu pudor lo soportaría...

Dio otro sorbo a la copa. Yo también hice lo mismo, más que nada para ver si con el frío del vino conseguía bajarme un poco los colores.

Después de los comentarios de Nuria no supe dónde meterme. Se estaba calentando con el vino y seguía contándome sus fantasías, pero, en esas, el timbre de la puerta nos cortó.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Nuria, extrañada.

—No. Y es raro a estas horas.

Me dirigí a la puerta para ver quién era. Miré por la mirilla y me sorprendió ver a mi hermano Antonio. Era preocupante. Abrí la puerta y dije:

—¿Ha pasado algo?

—Hola, Lucía, he discutido con María. ¿Puedo pasar la noche aquí?

Nuria y yo nos miramos sin entender nada, aunque intuíamos lo que había pasado, sobre todo viviendo con una mujer así.

—Pasa y cuéntame —le invité a entrar.

Antonio entró y vio entonces que no estaba sola. Se quedó cortado al ver que se trataba de Nuria. Sabía que ella y su mujer se odiaban y la situación le hizo sentirse incómodo.

—Lo siento, no sabía que tenías compañía... No quiero amargarte la noche. Debí llamarte antes.

Antonio hizo ademán de irse, pero le cogí por el brazo y lo detuve.

—No seas tonto... Eres mi hermano. No tienes que llamar para venir a mi casa. No te preocupes por ella.

—Antonio, quédate tranquilo —Nuria alzó la copa de vino—. Yo no tengo nada en tu contra. Me caes genial. Los problemas los tengo con tu mujer, no contigo.

Antonio entró cabizbajo en el piso y se sentó en el sofá. Traía cara de cansado y una mirada que parecía sin vida. No sabía qué problema había tenido con mi cuñada, pero su sola compañía le iba restando años. Cuando era joven tenía la energía de un toro y se comía el mundo, pero se había convertido en un hombre desgano que vivía solamente por el trabajo y para su hija Begoña.

—¿Quieres una copa de vino? —le ofrecí.

Asintió con desgana, sin decir ni una palabra.

Me partía el corazón verlo así. No se merecía el callo malayo con el que compartía su triste vida. Le acerqué una copa de vino blanco. Soltó un suspiro de resignación y siguió sin soltar prenda. Nuria y yo nos miramos con cara de póquer sin saber cómo romper ese incómodo silencio. Al final me decidí yo:

—Bueno, ¿quieres hablar del asunto?

Volvió a suspirar, hundiéndose más en el sofá. Inclino la cabeza hacia atrás y después echó el cuerpo hacia delante. Cogió aire.

—Sabéis que María es muy peculiar —empezó a relatar mi hermano—. Llevo años con ella y me he adaptado a su forma de ser, pero hay cosas que me superan. Hoy me ha liado un pollo en la tienda delante de todo el mundo y he pasado tal vergüenza que no sabía dónde meterme.

Ya lo había soltado.

Se bebió el vino de un trago y me hizo una señal para que le echara más. Rellené su copa y, de paso, también las nuestras. Tenía mucha curiosidad por saber qué lío le había montado mi cuñada.



—Pero, ¿qué ha pasado? —La curiosidad me mataba.

—Una joven de unos veinte años vino a comprar una almohada. Yo estaba en la oficina y la dependienta, como siempre, no estaba. Por lo visto había salido a tomar un café. Total, que la atendí yo.

—De momento no veo nada raro —interrumpió Nuria.

—Ya. El problema vino cuando a la jovencita se le cayó la almohada y se agachó a recogerla. Casi se cae. Yo reaccioné sujetándola y, en ese momento, entró María con la niña. Imaginaos la escena...

Antonio se echó una mano a la cabeza mientras con la otra apuraba la segunda copa de vino. Yo tuve que darle otro sorbo al imaginar la cara de mi cuñada al toparse con mi hermano y una veinteañera en sus brazos.

—Vamos a ver, tampoco es para tanto —repuso Nuria—. Todos te conocemos... La escena no podía ser tan exagerada, aunque sujetases a una niñata.

—No es tan sencillo. La niñata, como tú dices, era un bombón que llevaba la ropa necesaria para tapar lo justo. Cuando se cayó, el top se le deslizó y un pecho quedó al aire... Nuria, estoy casado, pero no capado, y soy un hombre. Evidentemente, los ojos se me fueron para donde tenían que ir.

—¡Ay, madre! —exclamé.

Mi amiga me miraba con la boca abierta. Ahora sí entendíamos el pollo y todo el corral que se le debió venir encima a mi hermano.

—¿Y tu mujer lo vio? —preguntó Nuria.

—Sí, hasta el último detalle —admitió él.

—Joder...

Ahora era Nuria la que agitaba la mano.

—María arremetió contra nosotros delante de toda la tienda. Me insultó, me llamó de todo. Y a la pobre muchacha... Me da vergüenza repetir lo que le dijo. La chica salió despavorida de la tienda.

—¿Tan fuerte fue? —Miré a mi hermano con pena.

—Ni te lo imaginas. No me dio opción a explicarle.

—Pero, ¿quién era esa chica? —Nuria era todo oídos.

—No tengo ni idea. —Antonio negó con la cabeza—. Ya sabéis que yo, a esta generación de ahora, no la conozco, pero mi mujer sí.

—Ella conoce a todo el mundo...

Nuria no pudo evitar soltar el comentario. Antonio asintió con resignación, dándole la razón.

—Empezó a llamarle ramera, suelta...; le dijo que era como su madre, que iba detrás de los hombres mayores, que ella la conocía bien. Y añadió que si no tenía bastante con Juan para, encima, venir a robarle el marido. María le dirigía toda clase de insultos que yo no podía soportar, porque la chica no había hecho nada. Así que le grité y le dije que se callara la boca.

—Madre mía —repetí horrorizada.

—Sí, hermana. Se puso hecha unos cirios y tuve que largarme porque no se cortó ni media delante de esa cría. Me llamó de todo: adúltero, viejo verde, pederasta... Imagínate.

Miré a Nuria, que estaba como ausente. Algo de lo que había dicho mi hermano le dio que pensar.

—¿Qué pasa, Nuria?

—Me he quedado pillada con una cosa que ha dicho tu hermano. No tiene nada que ver con su bronca; luego te lo comento. Ahora vamos a intentar solucionar esto, si se puede.

—Poca solución tiene —admitió Antonio resignado—. María es muy terca y no atiende a razones. Cuando se le pone algo entre ceja y ceja no hay quien la mueva de ahí.

Mi hermano se dejó caer otra vez en el sofá.

—¿Y si intentas hablar con ella mañana? Quizá se le pase esta noche y recapacite.

Sabía que eso no iba a ser así, pero tenía que intentar animar a mi hermano de alguna manera.

—Lucía, tú sabes mejor que nadie cómo es mi mujer...

Minutos después, Antonio se quedó dormido en el sofá. Lo tapé con una manta y le quité los zapatos. Sin duda, el vino había hecho mella. Nuria y yo fuimos a mi habitación.

—¡Qué pena me da! —le comenté a mi amiga mientras me ponía un viejo pijama—. ¡Con lo bueno que es!

—Ya ves, está hecho una mierda. Yo, en su lugar, me iría a celebrarlo.

—No seas mala... A su manera, él también la quiere. Yo no lo entiendo, pero es lo que hay.

—Oye —dijo Nuria—, ¿te has dado cuenta de lo que comentó tu cuñada sobre la chica? ¿Eso de que no tenía bastante con Juan para ir también a por tu hermano?

—Bueno... sí, pero no le he prestado mucha atención. ¿Por qué?

—No se tratará de Juan el maestro, ¿no? El amigo de tu marido...

—No lo sé. ¿Qué más da?

—Curiosidad, supongo. Como a Juan le van las jovencitas...

—Ese es su problema. Un día se va a meter en un lío. —Puse los ojos en

blanco.

—¿No te preocupa que Roberto se vaya de fin de semana con él?

Nuria, por lo que se veía, tenía ganas de chincharme esa noche.

—Se conocen de toda la vida. Yo también lo conozco desde el instituto. Además, para muestra un botón: tú eres bastante golfilla y mírame a mí. Podría decirme lo mismo mi marido de nuestra amistad.

Nuria me tiró un cojín a la cabeza y se echó a reír.

—¿Me has llamado golfa en la cara?

—Golfilla —corregí.

—Tendría que haberlo sido antes. Y más que voy a serlo.

Nuria se casó, como yo, siendo muy joven. Estaba enamorada y era una mujer de su casa. Su marido también era un chico del pueblo, Benito. Él trabajaba en la ciudad y venía los fines de semana. Un día, Nuria decidió darle una sorpresa y se presentó en el piso que tenía alquilado con otro compañero de trabajo. Pero, cuando llegó, la sorpresa se la llevó ella: Benito estaba viviendo con otra mujer.

Fue un golpe duro y humillante para Nuria. Se convirtió en la comidilla del pueblo y, por su parte, mi cuñada se encargó de avivar la historia a cada lugar que iba; de ahí que se la tuviera jurada desde entonces. Lo pasó muy mal y luego dio un cambio radical en su vida: tras el divorcio, obtuvo una pensión que te cagas y, además, el piso. Y decidió que no volvería a comprometerse con nadie: si veía a uno que le gustaba, se lo chuscaba y adiós muy buenas. Eso sí, siempre fuera del pueblo.

—Tú no tuviste la culpa, olvida el pasado —le animé tímidamente.

Sabía que era un tema doloroso.

—Lucía, eso está muerto y enterrado.

Se echó sobre la cama con su camisón negro de encaje y se tapó los ojos con la mano, haciendo un gesto dramático de burla.

—A veces me das envidia —le confesé.

Me miró con cara divertida, aunque también de asombro.

—¿Estás de coña?

—No, en serio —reí—. Tu vitalidad, tu alegría, tu desparpajo... Siempre tienes respuesta para todo. Y luego está el tipazo que tienes.

—Te dije que eres preciosa, solo que te has dejado. Tú eres mejor que yo, solo que no lo ves. Empieza a valorarte. Y, respecto al tipazo, es cuestión de dieta y de ejercicio, Chochona.

Volvimos a reír. Continuamos hablando hasta las tantas, poniendo verde a mi cuñada, a la que debían de estar pitándole los oídos. También le dimos un repaso a alguno que otro hombre que le ponía a Nuria y, finalmente, nos venció el sueño y caímos rendidas.

\* \* \*

Eran las tres de la madrugada cuando sonó el teléfono de casa. Me asusté por las horas tardías. Nuria también se alarmó. Descolgué y escuché a la Fregona enfurecida.

—Está contigo, ¿verdad?

Mi cuñada chillaba como una posesa, totalmente fuera de sí. Nuria estaba a mi lado y también la oía perfectamente.

—María, cálmate.

—¿Que me calme? ¿Que me calme? —repetía como una loca, sin atender a razones.

—Cálmate o cuelgo el teléfono —le amenacé—. Estas no son horas de molestar a nadie.

—Y una mierda me vas a colgar tú el teléfono, mosquita muerta. Seguro que estás metida en el ajo y sabías que se estaba tirando a la furcia esa.

—Vete a la mierda. —le espeté con todas mis ganas.

Colgué el teléfono con tan mal humor, que por poco lo parto en dos. Nuria me miraba sonriendo, haciendo palmitas con las manos.

—¡Bien hecho! Le has colgado el teléfono a la Fregona.

—Es que me tiene hasta el coño —maldije enfurecida.

No soportaba más sus insultos e improperios, siempre faltando al respeto y pisando a los demás. No le iba a pasar ni una.

—¿Se puede? —Mi hermano asomó la cabeza por la puerta del dormitorio. Sin duda, se había despertado con el teléfono y las voces.

—Pasa, Antonio —le hice un gesto para que entrara.

—¿Era María la que acaba de llamar?

Nuria y yo intercambiamos una mirada.

—Sí, pero no te preocupes, está solucionado —mentí.

—Lucía, con mi mujer no se solucionan las cosas en un minuto. Llevo casi veinte años casado con ella y todavía no acabo de entenderla. ¿Qué ha pasado?

—Nada, ha llamado hecha una furia. Pretendía darme un repaso por darte cobijo.

Mi hermano me miró con los ojos muy abiertos, avergonzado.

—Lucía, lo siento... Será mejor que me vaya.

—Ni se te ocurra. Le he colgado y punto. Si está rabiosa ya puede ir rascándose. Antonio, en serio, ¿te compensa estar con una mujer así?

Mi hermano bajó a mirada y se pasó una mano por la cabeza.

—No es cuestión de compensar. Es lo que me ha tocado. Además, está Begoña...

—Ya, pero para eso hay jueces.

—No seas como mamá, no sigas por ahí. Yo veré lo que hago con mi vida. A mi mujer la manejo yo.

Me pegó un corte del copón. Ya no volvería a decirle nada más. Que hiciera lo que quisiera, pero que luego no viniera a llorarme.

—Está bien, lo siento —me disculpé—. Pero me duele verte sufrir.

—No te preocupes, hermanita. Lo solucionaré; siempre lo hago.

Se fue a la otra habitación a llamar por teléfono. Nuria y yo nos quedamos como dos pasmarotes esperando a ver qué es lo que pasaba. Escuchamos cómo mi hermano levantaba la voz un par de veces para enseguida bajarse los pantalones. Minutos después regresó al dormitorio.

—Vuelvo a casa. Voy a intentar explicarle lo de hoy. Por lo menos, ahora me ha escuchado. Lucía, es mejor que estos días no te pases por la tienda ni por casa; hasta que la cosa se tranquilice...

Antonio me dio un beso y se fue. Me quedé como una gilipollas mirando la puerta. Nuria estaba como yo, flipando.

—Encima de puta, pones la cama —escupió toda indignada con las manos en la cintura.

—¿De verdad me ha dicho eso?

Todavía estaba procesando las palabras de mi hermano. Lo acababa de ayudar, lo metía en mi casa, lo defendía de la arpía de su mujer y luego me prohibía que me acercara a él.

—Sí, encima has quedado como la mala de la película. Acostúmbrate, Chochona.

Mi hermano me había dejado en bragas delante de mi cuñada.

Estaba claro que, por ayudar, la que había salido perjudicada era yo. Por lo visto, no se podía fiar una ni de su propia sangre. La Fregona estaría feliz, encantada con la humillación que acababa de recibir por parte de mi hermano. Solo de pensarlo me ponía enferma. Me la imaginaba riéndose de mí, contándoselo a todo el pueblo: el poder que tenía sobre mi hermano y lo mierda que era yo. Solo de imaginarlo me estaba poniendo enferma. Me hervía la sangre de rabia e impotencia cuando pensaba que, de nuevo, ella había ganado la batalla.

—Lucía, estás roja como un tomate. ¿Te encuentras bien?

La voz de Nuria me sacó de mi batalla mental, pero la ira seguía en mi interior. Solo tenía ganas de estrangular a mi cuñada. El imaginar mis manos en su garganta me hizo sentir un gusanillo de placer en el estómago.

—Sí, solo pensaba en cómo asesinar a mi cuñada.

—¡Lucía! —gritó escandalizada Nuria, aunque soltó una risita.

No podía con mi cuñada. No podía...



El domingo nos levantamos tarde y comimos fuera del pueblo. Hacía un día maravilloso y me apetecía despejar la cabeza por lo ocurrido la noche anterior. Nuria llevaba sus vaqueros márcalo-todo y una camisa de gasa negra que le transparentaba un sujetador de encaje del mismo color. Un chico que iba en bicicleta casi se la pega contra un árbol al girarse para mirarla. Nos partimos de risa. Yo llevaba mis vaqueros rectos, acompañados de una camiseta suelta de color verde. Nuria lucía sus zapatos de tacón de vértigo y yo mis cómodas Nike.

Después de comer nos sentamos en una cafetería junto al parque de la avenida principal. Calentaba el sol y había mucho ambiente.

—Desde luego, hace un día precioso —afirmé, tomando un sorbo de café helado.

—¿Te has fijado en cómo nos miran aquellos dos de allí? —comentó Nuria, señalando con la cabeza hacia la mesa que estaba al final de la cafetería, cerca del estanque.

—¿Quiénes? —Miré hacia donde ella me indicaba.

—Esos dos maromos de traje.

Nuria sacó del bolso la barra de brillo y se la pasó insinuantemente por los labios mirando hacia ellos.

El coqueteo era tan descarado que me ruboricé. Los dos hombres eran muy atractivos y nos miraban fijamente. Bueno, más bien miraban a mi amiga.

—Te están comiendo con la mirada. Vámonos —le pedí toda avergonzada.

—Ni de coña... Además, uno de ellos te mira a ti.

Miré de reojo y observé más detenidamente a aquellos dos hombres.

El más alto tenía el pelo oscuro y ondulado. Parecía tener buen tipo y, aunque no le veía los ojos porque estaban lejos, hubiera jurado que eran claros. El que miraba a Nuria era rubio, con el pelo liso y un pelín más bajo. Tenía la barba rubia y sus ojos también parecían claros. Los dos se veían impecables. Tendrían unos treinta y cinco años, quizá alguno más. El de la barba se levantó y vino hacia nuestra mesa, lo que hizo que me pusiera muy nerviosa.

—Nuria, que viene, que viene...

—Calla y disimula —masculló entre dientes mientras se acicalaba la blusa.

—Yo me voy. Soy una mujer casada.

Pero antes de que pudiera darme cuenta el rubiales ya estaba de pie junto a nuestra mesa.

—Hola, mi amigo y yo queríamos saber si os gustaría tomar algo.

Nuria casi se corre del gusto al oírlo. Pude verlo en su mirada.

El tío tenía un ligero acento inglés. Hasta a mí me dio un vuelco el corazón. Como yo pensaba, tenía los ojos verdes. Era guapo a rabiar. El pelo le caía hacia un lado y la barba le quedaba terriblemente bien.

—Lo siento, ya nos íbamos —me excusé.

Nuria estaba como hipnotizada, mirándolo fijamente, y el rubio le sostenía la mirada. Me estaban haciendo sentir incómoda.

—Nos podemos quedar un ratito. Me llamo Nuria; esta es mi amiga Lucía.

Ella le tendió una mano. Yo estaba alucinando.

—Encantado. Mi nombre es George.

Nuestras miradas se cruzaron al momento recordando al protagonista de la novela que me había prestado mi amiga.

—Qué nombre más bonito —Nuria ronroneaba con voz de adolescente.

—Sí... —secundé como una gilipollas.

—Entonces, ¿os apetece tomar algo con nosotros?

—Vale —respondimos a la vez.

Nos había hechizado. Al oír su nombre nos metimos de cabeza en el libro del guerrero.

Me sentí como Doris. Entonces me di cuenta de que mi aspecto no era el mejor y sentí no haber seguido esa dieta que tantas veces me había propuesto. O no haber ido de compras con Nuria. El otro hombre se acercó también. Y fue peor... Aunque no era tan guapo como George, tenía unos ojos grises que transmitían algo que no debía sentir una mujer casada como yo. Era sexi, serio y yo no podía parar de mirarlo.

—Este es mi amigo Ben —nos presentó George.

Se acercó a mí y me apretó la mano.

Me sostuvo la mirada unos segundos y mi cuerpo se estremeció. Quise que la tierra me engullera en ese momento. Él tan elegante y perfecto, y yo con deportivas.

—Es un placer. —También tenía un leve acento inglés. Mi estómago daba botes.

—Sentaos, por favor —les invitó Nuria, que no le quitaba la vista de encima a George.

—Nunca os hemos visto por aquí, ¿no? —observó el rubiales.

—Somos de otro pueblo —le informó Nuria, jugando con un mechón de su larga melena—. Hoy hemos cambiado de aires.

—Pues qué suerte que el aire soplara hacia aquí.

George iba a degüello con Nuria.

Era extrovertido y no se cortaba. Mi amiga estaba encantada y emanaba sexualidad por todos los poros de su piel.

—¿A qué te dedicas, George?

Había decidido no perder el tiempo: directa a la yugular.

—Somos médicos. Trabajamos en la clínica privada Lances. Yo soy oftalmólogo y Ben es el jefe de laboratorio de análisis clínicos y reproducción asistida.

—¡Qué interesante! —exclamó Nuria—. Si necesito revisarme la vista te pediré cita.

Dios, cómo coqueteaba. Yo no me atrevía a decir palabra.

—Claro, toma mi tarjeta. —Tras eso, George sacó del bolsillo de la americana una tarjeta, tendiéndosela a mi amiga.

Ya tenía lo que buscaba. Nuria esbozó la mejor de sus sonrisas. A mí me dio otra. Acto seguido, Ben hizo lo mismo y nos dio también su tarjeta.

—Por si necesitáis cualquier cosa —me miró fijamente.

—Gracias —bajé la mirada.

Aquel hombre me intimidaba muchísimo y no entendía por qué, pero solo quería largarme de allí a toda leche.

Por su parte, Nuria estaba en su salsa. El móvil sonó dentro de mi bolso y, de

los nervios, no atiné a cogerlo. Llevaba de todo y, a veces, era misión imposible encontrar algo dentro de aquel saco que paseaba por todas partes. Por fin lo encontré. Miré a Nuria con cara de susto. Le enseñé la pantalla: «Fregona».

—No lo cojas —me advirtió Nuria levantando la mano, haciéndome un gesto para que guardara de nuevo el móvil en el bolso.

—¿Ocurre algo? —preguntó Ben con curiosidad.

—Nada, una loca que le quiere vender fregonas. Está pirada. Mira, la llama incluso los domingos.

Las salidas de Nuria me dejaban sin habla. Tenía respuesta para todo. Silencié el móvil y lo metí en el bolso. Al ratito vibró. Sería un mensaje. Miré lo que ponía; era de mi cuñada.

Ya veo que no pierdes el tiempo tú y la golfa de tu amiga. Tu marido fuera y las dos ahí con dos fulanos. Cuando se entere Roberto... Golfas.

Me quedé sin habla. Mi cara era un poema y estaba paralizada. Nuria se dio cuenta y me quitó el móvil de la mano para leer el mensaje. Se puso a mirar de un lado a otro para intentar descubrir quién nos había visto. Empecé a imaginarme a la bruja de la Fregona mirándonos desde unos prismáticos encima de su escoba o bien desde su bola de cristal.

—Será...

Nuria se contuvo y no terminó la frase, sabiendo que iría acompañada de una palabra malsonante.

—Déjala, está como una cabra. Es peor que la CIA —dije yo, todavía tocada.

—¿Estás bien? —preguntó Ben al verme la cara de disgusto.

—Sí. Pero es que tengo una conocida a la que le da por amargarme la vida últimamente; y no me da cancha.

No tenía que darle más explicaciones a un desconocido que no volvería a ver en mi vida.

—No dejes que te dé el día. Trae el móvil, yo contestaré.

—Ni de coña. Déjala. Ya lo arreglaré yo. Si no te importa, mejor me voy para casa. Además, ya es tarde...

Aquel mensaje me había aguado la fiesta.

—Lucía, por favor... —suplicaba Nuria con la mirada. Ella estaba encelada con George y era una faena dejarla sola.

—Yo me voy en taxi —insistí—. Quédate tú. Ya nos veremos.

—Vale, pero te acompaño a la parada. Chicos, esperadme aquí.

—¿De verdad tienes que irte? —soltó Ben de pronto. Esa pregunta me sorprendió. No sé qué vio en mí (si es que había visto algo), pero supuse que no quería quedarse de carabina y yo era entonces su única opción.

—Lo siento, Ben. Ha sido un placer conoceros, pero en otra ocasión... tal vez.

—Eso espero.

Me dio dos besos para despedirse de mí. Olía a las mil maravillas. Daban ganas de comérselo. Yo amaba con locura a Roberto, pero Ben representaba la tentación pecaminosa con traje. Me aparté de él como si fuera una enfermedad contagiosa y fui en busca de mi taxi. Nuria corrió detrás de mí.

—Chochona, ¿has visto qué par?

—Los dos para ti —repuse.

—Ya quisiera yo. Pero Ben te comía con los ojos...

Me giré hacia Nuria, muy seria.

—Estoy casada y amo a mi marido. Además, ¿cómo va a fijarse en mí con las pintas que llevo?

—Porque habrá visto lo mismo que yo veo en ti: la mujer preciosa y maravillosa que hay ahí escondida.

Me desarmó. Sonreí.

—Eres una canalla. Pero me tengo que ir. Roberto no tardará y ahora, encima, el lío de la Fregona... Iré mirando al cielo a ver si la veo por ahí, en su escoba de bruja.

Las dos nos reímos imaginando la situación, que, por otro lado, conociendo a mi cuñada, no sonaba para nada descabellada.

—Ya te contaré. Voy a informarme sobre estos dos.

—Ten cuidado y no te dejes encandilar por los trajes.

—Mira quién habla, la que vive rodeada de ropa del Decathlon.

Nos despedimos y fui para casa a esperar a Roberto. En cuanto a la Fregona, ya vería si le contestaba o no.

\* \* \*

Cuando llegué al piso no había ni rastro de mi esposo. Y respecto a mi cuñada, preferí ignorarla en ese momento. Era mejor no echar más leña al fuego.

Zapeé unos minutos sentada ante el televisor, pero me aburrí enseguida y entonces recordé aquel libro pecaminoso que me había traído Nuria. Fui a por él. Me estiré en la cama con dos cojines para la espalda y la cabeza. Leí otra vez el título, acariciando la portada.

Lo que quiero lo consigo

«Estaba atacada de los nervios. En tres horas se suponía que emprendería el que sería el viaje de mis sueños: iba de vacaciones a Cancún con mi amiga Silvia. Nos había costado decidir el lugar, ya que últimamente las cosas estaban bastante chungas para ir a según qué sitios. Pero, bueno, si te tiene que pasar algo, te pasará en España o en la India. ¡Lo que tenga que ser, será!

Acababan de llamar al timbre. Era Silvia, que venía a buscarme. Era la hora de salir para el aeropuerto y sentí que me daría un parraque de un momento a otro. Mientras bajaba por el ascensor, repasé en mi cabeza todas las listas que había ido haciendo para que no se me olvidara nada.

—Verónica, ¿lo llevas todo? —me dijo Silvia—. No te olvides del pasaporte y de los tangas que compramos el otro día...

Mi amiga comentó esto último con cara descarada y soltando una sonora carcajada.

—No me agobies ahora y vámonos, que para tonterías estoy yo —le contesté, metiéndole prisa con las maletas—. Lo único que quiero es tomarme cuatro biodraminas y despertarme en Cancún. Estoy acojonada.

Llegamos al aeropuerto de Madrid para facturar. Volábamos directo con Air Europa. Menos mal. Aun así, nos esperaban diez horas y media por delante, algo que no sabía cómo se lo tomaría mi mente.



—Déjame a mí el pasillo —me pidió Silvia—, que tú te quedas grogui y luego no puedo moverme.

—Sí... pesada —le contesté—. Yo he pedido ventanilla. Ya sabes que no me voy a levantar ni para mear.

Era mi primer vuelo intercontinental y estaba cagada de miedo. A mis 28 años creo que nunca había sentido tanto pánico y emoción al mismo tiempo».

El libro empezaba bien: divertido y ameno. Cuando llevaba quince páginas casi se me sale el corazón por la garganta de lo revolucionado que lo tenía. Aquel libro fue mi perdición porque ya no pude parar de leer. Quería ser como Verónica y tener un Marco en mi vida.

«Cuando se recuperó un poco, nos duchamos. Me acariciaba la espalda con jabón. La bestia se había marchado y ahora quedaba el hombre cálido y cariñoso. Me llevó a la cama y nos quedamos dormidos. Era de madrugada cuando algo me despertó. Yo estaba durmiendo de costado y Marco se abrazaba a mi espalda. Lo que me había despertado era la polla de Marco, que se había acoplado a mi vagina de nuevo y empezó con sus amantes embestidas mientras agarraba mis pechos para poder coger impulso y darme como a él le gustaba: bien fuerte.

Al principio pensé que estaba soñando, pero entonces abrí los ojos como platos cuando empezó a coger ritmo y fuerza. Me dio media vuelta y me dejó boca abajo, con todo su peso encima de mí. Me estaba besando el hombro, la nuca y el cuello. Me había inmovilizado las manos. Me tenía bien sujeta por las muñecas y apenas podía moverme».

Estaba sudando y me quemaba la piel. Tenía una presión en la entrepierna y no era precisamente porque tuviera ganas de orinar. Estaba muy caliente; necesitaba desahogarme.

—¿Dónde estás Roberto? Ahora que te necesito más que nunca —grité desesperada.

Mi marido apareció en casa media hora más tarde. En cuanto oí abrirse la puerta salté de la cama y corrí hacia él. Me lancé al cuello para besarlo y le metí la lengua hasta la campanilla, restregándome contra él como una gata en su primer celo. Él se quedó sorprendido por mi reacción.

—Menudo recibimiento. ¿Qué has tomado hoy, cariño?

Me apartó con suavidad para poder dejar la bolsa que traía y quitarse la chaqueta de cuero. Yo lo miré; estaba guapísimo.

—Es que te he echado mucho de menos —le susurré al oído—. Muchísimo.

De nuevo me lancé hacia su boca. Él me devolvió el beso, pero sin demasiada efusividad, lo que me descolocó un poco, ya que el Marco de la novela me había puesto a tono y yo necesitaba un hombre que calmase mis hormonas pasadas de vueltas.

—No me pasa nada, amor. Tan solo estoy agotado por el viaje. Juan me ha matado el fin de semana.

—Cielo, te necesito, te he echado muchísimo de menos. Llevo todo el fin de semana deseando que llegues... —me quejé.

—Nena, estoy reventado. Déjame descansar hoy. Mañana lo que quieras, pero ahora necesito una ducha y dormir.

Mi gozo en un pozo. Se me había ido el alma a los pies. Estaba caliente como una plancha y mi marido no cumplía con sus deberes conyugales. ¡Menuda mierda! Cogí el bolso con su ropa para lavar, pues no tenía otra cosa mejor que hacer. Además, puede que si me ponía con las labores domésticas, quizá lograra apartar de mi cabeza a Marco. Menudos días llevaba: primero un guerrero y ahora un italiano.

Volqué en el lavadero la ropa sucia y, en esas, un envoltorio vacío de plástico cayó a mis pies. Lo cogí sin darle demasiada importancia, hasta que me fijé en lo que era. Tuve incluso que apoyarme en la lavadora porque me temblaban las piernas. Era el envoltorio de un preservativo.

Mi cabeza procesaba la información. Hacía años que nosotros no los usábamos. Yo intentaba quedarme embarazada, así que no necesitaba nada. Luego pensé que sería de Juan, pero, si se suponía que habían ido de caza, no tenía sentido que hubieran ido mujeres, si no me hubiera llevado con él. ¿O no?

Las preguntas se agolpaban en mis sienes como martillos. Nunca había desconfiado de Roberto, pero acababa de entrar y había rehusado hacer el amor conmigo. Me estaba comiendo la cabeza de muy mala manera... A lo mejor se lo habían puesto ahí solo por fastidiarle o hacerle una broma. Me convencí que sería eso y fui a la habitación. Roberto estaba dormido como un tronco. Me acosté a su lado y lo miré. Yo no podía dormir. La idea de perderlo se me hacía insoportable. Tan solo de pensar que había estado con otra mujer ya me dolía todo el cuerpo. No creía que pudiera vivir sin él. Toda mi vida giraba en torno a mi marido y nada tenía sentido si no estaba incluido él en el pack. Tenía que ser una broma de mal gusto lo del preservativo, porque ni siquiera le gustaba usarlos. Me embargó un miedo horrible, una inseguridad demoledora. No podía ser, no podía ser... Así que opté por olvidarme del asunto. Me abracé muy fuerte a mi marido. Era mío y solo mío. Y me dormí.

\* \* \*

A la mañana siguiente, cuando desperté, Roberto ya se había ido. Había dejado una nota en la que ponía:

«No he querido despertarte. Tengo que preparar las pruebas para unos exámenes. Hoy no vendré a comer. Estás muy guapa cuando duermes. Te quiero.

Roberto».

Sonreí al ver la nota. Estaba claro que lo del día anterior había sido solo una paranoia mía. Porque si tu marido te engaña no se preocupa en dejarte una nota así, ¿verdad? Minutos después, cuando desayunaba, alguien llamó insistentemente a la puerta.

—Ya voy... ya voy —gruñí por el camino.

En cuanto abrí la puerta, Nuria entró corriendo. Llevaba la misma ropa que el día anterior y traía una sonrisa de oreja a oreja.

—Necesito un café —me pidió—. Chochona, ¡qué noche! Te tengo que contar un montón de cosas.

Yo la miraba alucinada. Estaba como acelerada y no hacía más que moverse, agitando las manos. Me estaba mareando con tanto vaivén.

—¿No será mejor que te prepare una tila? —le sugerí.

—Lucía, he pasado la noche con George. Hemos estado follando todo el

tiempo. Madre de Dios, cómo lo hace... A su lado, el guerrero es un panoli. Tengo el chichi escaldado.

Se dejó caer en el sofá y comenzó a abanicarse sus partes con una revista de deportes de mi marido. Yo la miraba con un poco de envidia, y más después de la calentura con la que yo había tenido que acostarme.

—¿Tan pronto? —le pregunté sorprendida, arrugando el entrecejo.

—Ya te dije que perdí mucho tiempo con el imbécil de Benito. Ahora tengo que recuperar todo lo atrasado.

Soltó una risotada.

—Cuenta.

—Estás desconocida. ¿En serio quieres que te cuente... todo?

Me sonrojé.

Pero, claro, entre la novela erótica y el calentón con el que me había quedado por la noche, algo estaba cambiando en mí. Estaba resucitando sexualmente y sí, quería saber más.

—¿Me lo vas a contar o no? —insistí.

—Antes de nada, tienes que saber que Ben me estuvo preguntando por ti.

—¿En serio? —me ruboricé.

—Sí. Yo no le he dicho que estás casada, porque nunca se sabe, pero tiene un gran interés en volver a verte. Los dos son ingleses, pero llevan más de diez años en España.

—Pues sí que te han puesto al día —le interrumpí.

Le serví una taza de café y me senté a su lado en el sofá con otra.

—Están solteros y no tienen hijos —continuó Nuria.

—Alguna tara tendrán.

—¿Por qué estás tan borde? —me recriminó ella.

—Mujer, dos bombones como ellos, solteros y sin hijos...

—Ah, entonces te gustan. Les has llamado bombones.

Hizo que me sonrojara de nuevo. Me había pillado.

—Mujer, ciega no soy —me defendí—. Hasta ahí llego.

—Bueno, pues a lo que iba. Estuvimos hablando y luego Ben se marchó. George me invitó a tomar una copa. Por supuesto, acepté. Y ya sabes: una cosa llevó a la otra y acabamos en su apartamento.

—¿No tienes miedo a que te tome por una facilona y pase luego de ti? —le pregunté sin malicia alguna. Era solo preocupación por mi amiga.

—No, cielo, lo tengo asumido. Los hombres pueden follarse a mil mujeres y son muy machos. Pero si lo hacemos nosotras, somos unas golfas. Yo soy una mujer libre y no le debo explicaciones a nadie, así que, con mi cuerpo y con mi vida, hago lo que me plazca mientras no le haga daño a nadie, ¿no?

En eso había que darle la razón a Nuria. Me habría gustado ser más como ella. Yo estaba casada y era fiel, pero, de haber estado también en su lugar, hubiera hecho lo mismo, y más en ese momento, con la libido de vuelta a mi vida.

—Pues sí.

Nuria me miró sorprendida. Me levantó la parte de arriba del pijama para echar un vistazo debajo.

—¿Hola? ¿Qué has hecho con mi amiga Lucía?

—No seas tonta, que tampoco soy una monja. Que esté casada no significa que no entienda esas cosas —le aclaré—. No estoy de acuerdo con ese machismo, pero yo soy así porque me gusta, no porque nadie me obligue.

—Bueno, que me desvías del tema. Lo hicimos en la ducha, en el salón, en la cama y, esta mañana, en la cocina. Tengo agujetas por todo el cuerpo. Tiene un rabo así de grande.

Nuria separó las manos casi dos palmos.

—Pero, ¿cuántos polvos te ha pegado? —pregunté con la boca abierta.

—Perdí la cuenta con el tercero. —Puso los ojos en blanco y suspiró.

Yo me lo imaginé y noté calor en el cuerpo. Mi mente voló a Marco y visualizó al italiano haciéndome lo del libro por todo el piso. Me ruboricé.

—¿Qué piensas?

—En el libro que me dejaste ayer. Menudo marrón...

—¿Ya has conocido a Marco?

—Calla, ni me lo nombres. Enseguida noté cómo el rubor volvía a mis mejillas.

—Te lo dije: es mortal.

—Es peor. Encima, ayer llegó Roberto y yo estaba muy caliente, pero me dejó a dos velas porque estaba cansado.

Nuria puso cara de asombro y torció la boca. El gesto que hizo no me gustó nada.

—Tía, eso no se hace. Un hombre siempre tiene que estar dispuesto. Para que luego nos critiquen a nosotras de si nos duele la cabeza o estamos con la regla...

Dudé sobre si comentarle a mi amiga lo del preservativo. Pensé que podía olvidarme del tema, pero seguía ahí, en mi cabeza, golpeándome las sienes.

—Y ayer, cuando le vacié el bolso para lavarle la ropa, encontré esto.



Fui al cajón de la cocina donde lo había guardado y se lo mostré después a Nuria. Se quedó boquiabierta.

—Esto... es...

—Sí.

—¡Joder! —exclamó.

—Ya. No sé qué pensar.

—Seguro que la Fregona de tu cuñada lo averigua en tres minutos si se lo contamos.

Puse cara de horror solo de pensarlo. Recordé que aún no le había contestado al mensaje, ni pensaba hacerlo.

—Calla, loca.

—¿Qué vas hacer?

—De momento nada.

—¿No le vas a preguntar?

—Es que no sé cómo ha llegado eso ahí. ¿Y si no es suyo?

—Pues por eso tendrías que preguntarle.

—Y si fuera suyo, ¿piensas que me iba a decir: «Cariño, sí, es mío, vengo de follar con otra»?

—También tienes razón.

—Voy a esperar y lo observaré —repuse.

—Buena opción. Bueno, te dejo. Voy a pasarme por casa para cambiarme, que he quedado a comer con George.

—¿En serio?

—Sí, por lo visto no me ha tomado por una golfilla. Luego te llamo.

Me dio un abrazo y se fue. Yo me quedé allí. Como cada día, me puse con las tareas de la casa.

\* \* \*

A mediodía ya había acabado con todo y me preparé un café. Estaba aburrida: mi marido no venía a comer, mi sobrina estaba en el colegio (y tampoco quería acercarme por allí por si aparecía mi cuñada), Nuria estaba con George... Así que cogí el libro y me puse a leer un rato. Me supondría un nuevo calentón, pero me moría de ganas por meterme dentro de la historia. Me sentía Verónica y quería ver a Marco y lo que allí ocurría. Podía hasta olerlo.

Empecé a leer y devoré las páginas con ansia. Era una historia con suspense y con un nivel máximo de erotismo. Lo tenía todo, vaya. Cuando se acercaba otra escena de sexo, notaba cómo empezaba a excitarme. Mi corazón se aceleraba porque sentía que la protagonista era yo y que todas aquellas cosas me las iban a hacer a mí...

«En el ascensor, fue a lo suyo y no perdió el tiempo. Siguió besándome y metiéndome la mano por debajo del vestido, directo a su objetivo. Ya tenía las manos dentro de mi tanga y de un tirón me lo arrancó. Solté un gemido, mezcla de sorpresa y excitación. ¡Ya estaba arrancándome la ropa! Regresaba el Marco salvaje que yo conocía. Mi vagina empezaba a empaparse y yo ansiaba volver a ver ese pene hermoso que tanto placer me había dado.

Metí mi mano entre sus pantalones y toqué aquella dureza mágica. Dio un respingo y me miró. Sus ojos de loco habían vuelto; era la lujuria personificada. Empujó mi cuerpo contra la puerta del ascensor y su pene contra mi vagina. ¡Dios, iba a penetrarme allí! ¿No podía esperar...? ¡Nos iban a pillar!

—¿Quieres que te folle, amore? —me decía al oído.

—Sí, fóllame, Marco. —Dicho y hecho.

Con los pantalones por las rodillas, me levantó en el aire y me la clavó allí mismo. Empezó a embestirme contra la pared del ascensor, sin reprimir su deseo. Me empalaba una y otra vez y yo estaba que chorreaba. Mi vagina lo recibía con deleite y mi boca lo devoraba con ansia. Parecíamos dos adolescentes que lo hacían por primera vez, pero en versión porno y dura.

¡Cómo follaba!

—No pares, no pares —le susurré al oído. Eso lo enloqueció todavía más. Pulsó el botón de parada del ascensor. Empezó a sonar una alarma y yo ni la oía; mi atención estaba en Marco y en la maravillosa follada que me estaba dando. Yo jadeaba y él me follaba...»

Madre mía, no podía seguir así. Si continuaba leyendo aquello mis bragas iban a incendiarse y me ocasionarían quemaduras de primer grado en todo el chichi. Ese Marco era una bestia follando... Yo deseaba ser como Verónica: tener a un hombre loco por mí que me hiciera sentir esas cosas a todas horas y por todos los lugares de la casa. Nuria se había leído el libro y le había salido uno, así que ¿por qué no? Mi mente se fue de inmediato hacia Ben. Pensándolo un poco, era alto y moreno como Marco, pero él tenía los ojos claros y era inglés. ¡Mierda, ya estaba fantaseando con otro hombre! Me disponía a darme una ducha para quitarme el pijama, roñoso por haber estado limpiando la casa, cuando oí vibrar el móvil encima de la mesita de noche, todavía en silencio. Era Roberto.

—Hola, cariño. Qué raro que llames a la hora de comer.

Pero él no dijo nada. Al otro lado de la línea se oían voces de fondo. Estaban en algún sitio público. Entonces, escuché la voz de mi marido.

—No me acaricies —le oí decir—. Aquí nos pueden ver; tenemos que ser más discretos. Debería haber ido a comer a casa.

—Solo te toco el brazo, amor —dijo una voz femenina.

Una patada en el estómago me hubiera dolido menos. Se le había marcado el móvil sin querer. Muchas veces lo llevaba colgado del brazo para que no le molestase cuando corría o hacía deporte. Aquella mujer lo habría activado al pasarle la mano por el brazo.

—¿No has tenido bastante este fin de semana? —continuó Roberto.

Otro bofetón. Había estado el fin de semana cazando otra clase de conejos, el muy...

—Sí, pero siempre quiero más de ti. Ya lo sabes.

—Quedamos en casa de Juan, como siempre —dijo mi marido—. Pero me la estoy jugando.

No daba crédito a lo que escuchaba. La casa de Juan era el picadero y él su alcahueta.

—No tardes, no llevo braguitas.

—Marta, que me pones loco...

Pulsé el botón de colgar. Parecía la novela erótica que me estaba leyendo, solo que allí yo no encajaba por ninguna parte. Mi marido me era infiel. Mi pilar, mi hombre perfecto, mi amor... ese por quien daría la vida, me estaba engañando fríamente y yo no había sospechado de él ni un solo momento. ¿Qué iba a ser de mí ahora?

Me escondí en la ducha para llorar. Solo quería morirme. De hecho, esa era la

única idea que se me cruzaba por la cabeza. Sin mi marido, nada tenía sentido. Ya nunca tendría hijos, ya nunca volvería a hacer el amor con él, ni le lavaría la ropa. Todas esas pequeñas cosas del día a día acababan en ese instante.

Al salir de la ducha llamé a Nuria, llorando como una Magdalena. Tenía en la mano un frasco de somníferos. Mi mente estaba cegada por el dolor.

—Nuria, mi marido me engaña. No puedo soportarlo. Perdóname...

—¿Qué vas a hacer? Espérame, voy para allá.

Apagué el teléfono y me tragué todas las pastillas que pude. No quería sentir dolor. Era débil y no estaba preparada para afrontarlo. Imaginaba a la Fregona regodeándose de mi desgracia y haciendo leña del árbol caído. Fue lo último que pensé y dejé que las pastillas hicieran el resto...

Desperté en el hospital con un tubo metido por la nariz y una bolsa de suero conectada a la vena. Estaba en una sala de recuperación y hacía muchísimo frío. Mis dientes empezaron a castañetear. Una enfermera apareció a mi lado y me tomó la temperatura. Yo no podía hablar porque aquel tubo cruzaba también mi garganta. Quise quitármelo, pero la enfermera lo impidió.

—Tranquila —me dijo—. La hemos cogido por los pelos. Ya puede darle gracias a su amiga.

La miré y le hice señas para que me quitara aquel maldito tubo de la garganta.

—Ahora avisaré al médico. Estese quietecita.

Le eché una mirada de odio. El tubo me estaba martirizando.

Al momento se acercaron dos médicos. Quise morirme cuando vi que uno de ellos era Ben. Giré mi cabeza hacia un lado, intentando ocultar mi cara de la vergüenza que sentía. Ben le dio indicaciones al otro médico y este me quitó el tubo. La enfermera me trajo un poco de agua.

—Beba despacio —me aconsejó.

Cada sorbo de agua me quemaba en la garganta y en el esófago; era como beber fuego líquido.

—Le hemos hecho un lavado de estómago —me informó el médico.

Yo no los miraba, no quería saber nada del mundo. No quería vivir.

—Déjame con ella —le pidió Ben al otro médico, que desapareció con la enfermera.

Cuando salieron, Ben me habló mirándome directamente a los ojos:

—Lucía, te hemos salvado por muy poco. Podrías haber muerto... Lo que has hecho ha sido una barbaridad.

Yo no respondí. Estaba metida en una nube negra y no había forma de sacarme de allí. Ben siguió hablando:

—Nuria y George te han traído por urgencias a la clínica privada. Nadie sabe lo que te ha ocurrido, ni siquiera tu marido. Puedes quedarte tranquila.

Mi marido... Aquellas palabras me golpearon con dureza. A mí ya nada me importaba, y mucho menos lo que pensara la gente, especialmente Roberto. Mi vida se había ido a tomar por culo.

—¿Tú crees que me importan los comentarios de la gente? —dije con la voz ronca—. Ha sido un error traerme aquí; teníais que haberme dejado morir.

Ben me miró sorprendido.

—¿Oyes lo que estás diciendo? ¿Crees que eres la primera mujer a la que engañan? Mientras tú te quieres morir, seguro que tu marido sigue tirándose a la otra, ajeno a todo esto. ¿Crees que vale la pena?

Sus palabras eran duras, directas, sin piedad, pero también eran verdades como puños.

—Tú que sabrás... —escupí con desprecio.

—Más de lo que crees.

—Déjame en paz y, si quieres hacerme un favor, olvídate de mí.

—No pienso hacerlo... Aunque eso se te da muy bien a ti solita.

—¿Pero qué demonios te pasa? Si no me conoces. ¿Es que una no puede decidir sobre su vida? Pues entérate: yo no quiero la mía. Ya no...

Me estaba desquiciando ese don Serio de los Cojones. No quería seguir viviendo con esa angustia en mi interior. Dolía demasiado. No había ni un motivo para levantarme de esa cama, ni uno solo.

—No puedes decidir porque no estás en tus plenas facultades mentales  
—insistió el pesado de Ben—. Te derivaré a un psicólogo.

—Y una mierda —bufé, hundiendo mi cabeza en la almohada.

—No decides tú. Ahora no.

Ben dio media vuelta y salió de la habitación. Entonces entró Nuria, con lágrimas en los ojos. Fue corriendo a abrazarme.

—Chochona...

Yo no podía hablar, pues tenía un nudo en la garganta. Solo salían lágrimas a borbotones de mis ojos.

—Chochona, ¿qué has hecho? Me importa una mierda el imbécil de tu marido, pero ¿por qué no has pensado en mí? ¿Qué haría yo sin ti?

Me abracé más fuerte todavía a mi amiga. A pesar de eso, el dolor interno no se iba, no conseguía aliviarme lo más mínimo.

—Nuria, no puedo soportarlo. Lo siento.

Es lo único que me salía, los únicos sentimientos que podía poner en palabras.

—Sé cómo te sientes. Recuerda que pasé por lo mismo. No le des el gusto. Ahora tienes que ser más fuerte que nunca. No puedes venirte abajo, preciosa.

—¿Cómo lo superaste, Nuria? ¿Cómo?

Me sentía morir lentamente. Era una agonía que dolía más que cualquier dolor físico imaginable. No había medicamento que calmara el sufrimiento que



estaba sintiendo.

—Con tiempo y mucho odio, pero eso te hará fuerte —contestó Nuria, cogiéndome de la mano y mirándome a los ojos.

—Pero yo le quiero...

Nuria torció la boca y puso una sonrisa irónica.

—Lo odiarás —me aseguró—. Te lo prometo. Te juro por mi vida que lo odiarás...

\* \* \*

Dos días después seguía ingresada en la clínica Lances. Desconocía cómo se las ingeniaba Nuria, pero yo no tenía noticias del exterior. No sabía nada de Roberto, ni de mi familia, ni de nadie. Una psicóloga me visitó un par de veces, pero me negué a hablar con ella. También Ben vino a verme e hice más de lo mismo. Seguí hundiéndome cada vez más en un agujero negro y me dejaba ir. No quería saber nada del mundo. Con la única que hablaba algo era con Nuria, pero con los demás me limitaba a girar la cabeza y a meterme en mi burbuja. No hablaba, no comía, no reaccionaba...

Mi amiga estaba muy preocupada por mí, pero yo no podía evitar esa negatividad y la depresión en la que me había sumergido de lleno. Cuando cerraba los párpados, la imagen de Roberto retozando con otra mujer, riéndose los dos de mi desgracia, acudía a mi mente.

Nuria vino a verme como todos los días. Ella era mi madre, mi amiga, mi hermana, mi todo...

—Lucía, he alquilado un apartamento cerca de aquí. Así podré quedarme contigo para cuidarte.

—No. Déjame... Solo quiero morirme.

—No vas a morirte. Vas a recuperarte. Lo que tienes que hacer es empezar a comer y ponerte fuerte. Van a darte medicación y vendrá la psicóloga una vez por semana.

—No —repetí.

—Sí. Mírame. —Nuria me zarandéo, enderezando mi cara hacia ella. Era la primera vez que la veía tan seria—. Vas a venir conmigo. No es el fin del mundo, ¿sabes? Ese capullo pagará por lo que te ha hecho. Está con una cría de veinte años. ¿Quieres darle el gusto de que se ría en tu cara? Tú vales más que eso. Vas a ponerte fuerte, te divorciarás de él y le sacarás el alma si hace falta.

—¿Veinte años? —Solo había escuchado eso.

—Sí. ¿Recuerdas el marrón ese que tuvo tu hermano Antonio en la tienda?

—Sí...

—Pues la cría que se le cayó en brazos es la amante de tu marido. Se llama Marta y es hija de Elena, la que echa las cartas en el pueblo.

No salía de mi asombro: mi marido estaba con la hija de la bruja del pueblo. Me entró la risa. Estaba como una loca, fuera de mí, completamente histérica.

—Ahora sí quiero morirme —confirmé definitivamente—. Mi cuñada estará poniéndose las botas.

Nuria tuvo que llamar a la enfermera para que me administraran un calmante. Aquello era la gota que rebosaba el vaso. Minutos después, comencé a tranquilizarme.

—Tenía que contártelo. Roberto ya sabe que tú lo has descubierto. Hablé con él y no creas que le ha importado mucho. Lo noté hasta aliviado.

Otro golpe directo al corazón.

—¿Por qué me haces esto? —sollocé amargamente.

—Porque prefiero decírtelo aquí en el hospital. No te voy a engañar, ¿vale? No quiero que vivas en una mentira, tal como hice yo.

—¿Y sabe que estoy aquí?

—Ni de coña. Tú no vas a dar pena a nadie. Le he dicho que te habías largado, que no te buscara y que ya recibiría los papeles del divorcio. Ah, y que se quedara con tu ropa vieja por si aquella muchacha quería vestir bien.

La miré alucinada. Todo ocurría tan deprisa que no podía asimilarlo. Estaba viviendo una terrible pesadilla. Y me eché a llorar de nuevo.

—Yo te voy a ayudar, no estás sola —me consoló mi amiga—. Ese cabrón pagará por esto, te lo juro.

—No quiero volver a verle. No puedo enfrentarme a él. No conozco a ese Roberto que me estás describiendo. Hace unos días me hacía el amor y... ahora...

Las lágrimas inundaban de nuevo mi cara y las sábanas. Todo era un manantial de sollozos y amargura.

—No vas a volver a pisar el pueblo. No antes de que estés preparada. Pero todo a su tiempo, cielo, todo a su tiempo.

—El tiempo pasa tan lento...

—Ahora todo se te hace grande, pero pasará. Hay mucha gente que se preocupa por ti, ¿sabes? Ben apenas te conoce y está pendiente de ti a todas horas, igual que George.

—¿Don Serio? Otro que sería mejor que se alejara de mí.

Nuria me miró, sorprendida por mi comentario.

—Lucía, Ben y George estaban conmigo cuando hiciste aquella burrada. Ben reaccionó al instante y te trajo volando a la clínica. Te salvó la vida. ¿Por qué

crees que estamos aquí y no en el hospital comarcal?

—Nuria, no sé... Estoy agobiada, triste, deprimida. Me siento engañada, sucia. No quiero oír hablar de hombres.

En ese momento entraron George y Ben, que venían a visitarme. Yo no quería recibir a nadie. Vi cómo Nuria les hacía un gesto con la mano, avisando de mi mal humor.

—Lucía, ya sé que todos te lo preguntamos, pero ¿estás mejor?

George se acercó con prudencia, esperando mi reacción. Me contuve debido a lo que me acababa de contar mi amiga.

—No ha cambiado nada.

Fui lo más educada que pude.

—Todo pasará.

—¿Por qué todos decís lo mismo? —respondí alzando la voz.

—Porque es cierto —afirmó Ben—. Ahora todo te parece negro, pero, en un tiempo, verás las cosas de otro color.

—No quiero ser maleducada, pero para mí ya no hay colores; todo es jodidamente negro. ¿Podéis dejarme en paz? Por favor...

No soportaba que me hablaran de tiempo, ni de colores, ni de hostias en vinagre; solo quería que me dejaran con mi dolor. Así que me di la vuelta y cerré los ojos. No quería seguir hablando. Todo lo que me habían contado era muy doloroso y empezaba a hartarme de consejos que caían en el vacío. Tan solo quería que pasaran los días, las semanas, los años.

Había pasado una semana desde aquel fatídico día. Estaba en cama, en el apartamento que había alquilado Nuria, pero nada había cambiado. Yo seguía sin comer, llorando todo el día e intentando matar las horas metida entre las sábanas. Mi único paseo diario era de la cama al cuarto de baño. Si me hubieran puesto una sonda, me habrían hecho casi feliz.

Nuria seguía empeñada en sacarme de mi letargo: me contaba historias, se enfadaba, se reía, me traía a George, luego a Ben... Nada servía. Me sentía caer en picado en un agujero cada vez más negro y profundo.

—Si sigue sin comer —decía Ben— se va a deshidratar. Además, podría coger anemia y, entonces, tendríamos que ingresarla de nuevo.

Como cada día, Ben venía a ver cómo me encontraba. Pero no me sacaba ninguna palabra. Desde mi habitación, y ya que el piso era pequeño y con paredes de papel, podía escucharlos hablar perfectamente.

—No sé qué hacer. Yo lo intento todo, pero se está dejando ir...

Mi amiga lloraba desconsolada.

La estaba haciendo sufrir y eso me partía el corazón. Entonces, lágrimas de rabia e impotencia empezaron a caerme por las mejillas. Roberto me había hecho muchísimo daño, pero él estaría follando como un cerdo y yo, mientras tanto, me moría de pena.

—Si me encuentro a ese cabrón me lo cargo —oí decir a Ben.

—Ponte a la cola —bufó Nuria.

A mi marido le importaría un cuerno.

Había destrozado diez años de matrimonio en un santiamén, quedándose tan a gusto. Y Ben, sin conocerme de nada, estaba preocupándose por mí. Nuria tenía el cielo ganado. Por lo que a mí se refería, estaba claro que no podía seguir así, aunque decirlo era una cosa y hacerlo otra bien distinta. Le estaba amargando la vida a mi amiga y no quería ese peso sobre mi conciencia, así que me levanté como pude y casi me voy al suelo por el mareo que me entró. Mi cuerpo estaba muy débil, apenas sin fuerzas para tenerse en pie. Me tambaleé y me di contra la puerta. Enseguida aparecieron Nuria y Ben.

—¿Adónde crees que vas? —me riñó Nuria.

—Quiero hablar contigo... —Arrastré las palabras.

—Yo me voy —dijo Ben, dirigiéndose a la puerta.

—No, quédate por favor. No sé si podré salir de este bache, que para mí es un socavón enorme que me está costando la vida, pero no puedo enterraros a todos conmigo. Intento pensar en positivo y ver las cosas de otra manera, pero me resulta muy difícil. Nunca antes había sentido algo tan desagradable. Es una sensación que no se la deseo a nadie...

—Cielo, se pasará.

—Pero, ¿cuándo? —sollocé.

Ambos se miraron. Estaba claro que no había una respuesta científica para esa pregunta.

—Me voy a ir a casa de mis padres hasta que se me pase esto; si es que ese día llega... Necesito estar con mi madre. No puedo arrastraros a todos conmigo. Además, poner distancia de por medio me vendrá bien.

Mis padres vivían a setecientos kilómetros del pueblo. Era una tirada lo

suficientemente larga como para que alguien se lo pensara dos veces si quería dar por saco. Además, vivían en una gran ciudad y allí pasaría inadvertida. Estaba hasta el moño de los pueblos pequeños.

—Yo te acompaño —dijo resuelta Nuria.

—No, tú ahora empiezas algo con George y te quedas aquí. Si queréis podéis venir a verme más adelante, pero ahora necesito reflexionar.

—Antes de irte —interrumpió Ben—, deberías recuperarte un poco físicamente. Si tus padres te ven así se asustarán.

—Mi madre está curada de espantos, te lo aseguro. Además, no puedo comer. Me es imposible.

—Así no puedes viajar. Deja que te acompañemos —insistió Nuria.

—Lo pensaré. Ahora déjame un teléfono; tengo que llamar a mi madre.

Nuria me dio un abrazo y se echó a llorar. Éramos inseparables y se le hacía un mundo que me fuera, pero era la mejor decisión que podía haber tomado. Cuando se tranquilizó me tendió el teléfono. Marqué el número de mi madre.

—¿Mamá?

—¡Hija! ¿Dónde estás? Llevo días intentando localizarte... María me ha dicho que te has separado. ¿Es cierto? ¿Estás bien?

Mi madre me atropellaba a preguntas. La asquerosa de la Fregona ya le había ido con el cuento. Era lógico: le quemaba la lengua si no lo contaba. Mi sangre entró en ebullición y apreté los puños hasta que noté cómo me clavaba las uñas en las palmas de las manos. Me costó mantenerme en pie, así que me senté en la cama y tomé aire.

—Sí, mamá. Me he separado de Roberto, por eso te he llamado.

Tuve que contarle a mi madre todo lo ocurrido. Sin eludir nada de nada. Al terminar, mi madre se quedó muda y luego se echó a llorar. Me regañó, me perdonó y, como buena madre, dijo que regresara a casa con ella para poder

cuidarme. Le respondí que no tardaría mucho y que fuera preparando mi habitación, pero que no le hablara a nadie de que iba a la ciudad.

—No te preocupes, cariño. Tu padre y yo cuidaremos de ti. Te quiero.

—Yo también, mamá.

Tras hablar con mi madre me quedé más aliviada. Fue como quitarme un peso de encima. Hacía tiempo que no los veía y un atisbo de alegría e ilusión asomaban por mi mente, lo que consiguió animarme.

Nuria se había despedido de Ben mientras hablaba con mi madre y volvió después a la habitación, sentándose a mi lado en la cama.

—¿Qué tal con tu madre?

—Se lo he contado todo. Bueno, aunque ya sabía lo de mi ruptura con Roberto...

—La Fregona —adivinó Nuria levantándose de un salto.

—Así es.

—Qué mala pécora sin piedad. A esa mujer no la tocan ni los rayos; la repelen.

Me hizo gracia su comentario. No pude evitar sonreír.

—No me hagas reír. Solo de imaginar su pelo chamuscado...

—Es tan mala que, si se muerde la lengua, se envenena con su propio veneno.

—Nuria, por favor, no me hagas reír.

—Tiene gracia la cosa, que sea la víbora esa quien consiga arrancarte una sonrisa.

Lo dijo tan seria que casi me meo.



—No es ella; eres tú, petarda.

Tuve que ir al aseo corriendo, dando tumbos, porque me meaba encima.

\* \* \*

Dos días después estaba ya en casa de mis padres. Nuria me acompañó en el viaje. A pesar del tren, como el trayecto era largo, llegué agotada y dolorida, con ganas solo de meterme en cama y descansar. Mi padre nos recogió en la estación. Tenía sesenta y cinco años, uno más que mi madre, y se conservaba muy bien. Ya estaba jubilado, pero había sido profesor de alemán y todavía daba alguna clase particular, a modo de favor y placer personal. En cuanto me vio, su cara no fue precisamente de alegría.

—Hija mía, tienes muy mala cara. Estás... estás...

El pobre no sabía qué decirme, así que vino hacia mí y me abrazó muy fuerte. Me supo a gloria.

—Sí, papá, estoy hecha un asco. Ya te quito yo el mal trago de decírmelo.

—No, mi niña... Me ha impresionado un poco verte tan pálida y con esas ojeras. Pero no te preocupes, que eso lo arregla tu madre con sus guisos.

Me agarró por los hombros y me dio un beso en la cabeza.

—Papá, ¿te acuerdas de Nuria?

—Claro, la hija de Manuel. Tu amiga de toda la vida.

Se acercó a Nuria y le dio un achuchón, que fue respondido con una sonrisa por parte de ella.

—Encantada de volver a verlo, señor Ramón.

—De señor nada. Llámame de tú, que no soy tan viejo y todavía estoy de buen ver.

—Papá... —Le di un codazo en las costillas.

—Yo no me considero viejo, hija. ¿A ti te gusta que te digan señora?

Menuda cagada había soltado. Yo ya no era la señora de nadie. Supuse que mi padre no se había percatado del comentario, por lo que no le di más importancia.

—Ya no, papá... Ahora soy señorita.

Nuria me miró un poco desconcertada, arrugando el entrecejo.

—Bueno —respondió mi padre—. De eso ya hablarás con tu madre. Ahora toca ponerte buena y cambiar ese ánimo.

Estaba claro que mi padre no quería hablar del tema. Lo entendí: para él, eso era un asunto de mujeres.

Aunque vivían en una ciudad, tenían una casa de planta baja con un pequeño jardín y piscina. La habían adquirido hacía muchos años y había supuesto toda una oportunidad. Se trataba de una casa vieja que mi padre fue reformando hasta transformarla en una preciosidad de cuatro habitaciones. La piscina no era demasiado grande, pero seguía siendo un lujo vivir sin nadie pegado a ti, sobre todo en medio de una ciudad. Cuando llegamos a casa mi madre salió a recibirnos con los brazos abiertos.

—Lucía, cariño...

—Mamá...

Me eché a llorar nada más verla. Ella me arropó entre sus brazos.

—Ya pasó, cariño. Ahora estás en casa. Yo cuidaré de ti.

—Mamá, lo siento. —Lloré con más fuerza.

—¿Qué vas a sentir tú? —me riñó ella—. El que lo va sentir es el imbécil de tu marido. No sabe con quién se ha metido.

Miré asombrada a mi madre. Estaba seria y firme, pero continuaba vislumbrándose en su rostro una belleza inmortal.

—Déjalo, mamá. No quiero saber nada de él. Solo quiero olvidarlo.

—Claro que tú lo olvidarás, cariño, eso tenlo por seguro. El que no va a olvidarte es él, después de que yo me encargue...

—Me encanta tu madre —admitió Nuria con una amplia sonrisa.

—¿Qué dices, mamá?

—Tengo un amigo que me debe un favor. Es el mejor abogado de la ciudad. Así que Roberto se va a enterar de lo que vale un peine. Y es que con mi pequeña no se juega.

—Diga que sí, señora —comentó Nuria, echando más leña al fuego.

—Mamá, necesito descansar... Estoy agotada.

—Tú recupérate. Del paleta de las mallas me ocupo yo.

Mi madre me sorprendía y, al mismo tiempo, me imponía un huevo. Tenía mucho temperamento y cualquiera se atrevía a llevarle la contraria. Nuria me acompañó hasta mi habitación.

—Cielo, ahora sí que me quedo tranquila —aseguró mi amiga—. Ya no recordaba el genio de tu madre. Sé que con ella estarás bien.

—Gracias por todo, Nuria. Disfruta con tu guerrero...

Le guiñé un ojo.

—Ah, casi se me olvida. Toma, por si te animas...

Me dio el libro que tenía a medias. Lo que quiero lo consigo. Allí estaban Marco y Verónica esperándome, pero yo no estaba de humor.

—No creo que ahora...

Intenté devolvérselo, pero ella se negó a cogerlo. Insistió en que me lo quedara cerrando mis manos sobre la novela erótica.

—Ahora ya sé que no. Pero quizá más adelante sí. Hazme caso: quédatelo y recupérate.

—Te quiero, Nuria. Gracias.

—Oye; vendré a verte —me amenazó—. No te vas a quedar aquí para siempre; es algo provisional.

—Eso espero.

—No, es lo que va a ser. Te llamaré y, por favor, resucita a esa mujer maravillosa que tienes dentro. No te olvides de vivir.

Mi madre entró en la habitación para ver si todo iba bien.

—No te preocupes, bonita. —Lanzó una mirada de cariño a Nuria—. Gracias por cuidar de mi niña. Yo me encargo ahora de que salga adelante. En mi familia no se ha muerto nadie por un hombre y no voy a consentir que mi hija sea la primera.

—Estoy segura de eso, señora Lucía.

—Pero tú tampoco tengas tanta prisa —contestó mi madre—. Quédate esta noche. Así me cuentas alguna cosilla que se me ha quedado suelta por ahí...

—Es que tengo el billete de vuelta para hoy.

—Tú te quedas. El billete se puede cambiar. Y me tienes que poner al día de tantas cosas...

—Está bien —cedió Nuria—. Me quedo.

Nuria no tenía más remedio.

Mi madre no iba a dejar que se fuera tan fácilmente, pues tenía que averiguar hasta el último detalle de lo que me había sucedido. Solo tenía la información de la Fregona y lo que yo le conté por teléfono y no era una mujer que se conformara con saber las cosas a medias; ella tenía que conocer cualquier detalle para actuar después con todas las consecuencias.

\* \* \*

Esas primeras semanas en mi casa fueron una pesadilla. Mi madre no me daba tregua. Yo solo quería estar en la cama, seguir ahogando mi pena en la almohada, pero, tras una primera semana tranquila, empezó a obligarme a levantarme. Yo volvía a la media hora a la cama, así que ella regresaba y quitaba la colcha, las sábanas... Era un tira y afloja a ver quién podía más, si mi depresión o su fuerza por sacarme de ella. Así que, lógicamente, teníamos broncas un día sí y al otro también. Y mi madre seguía sin rendirse. Me decía de todo, me daba donde más me dolía, pero yo no reaccionaba. Continuaba con ese dolor que me atravesaba el alma y no dejaba que nadie accediera a mí.

Después de un mes de dura lucha psicológica con mi madre, Nuria vino a verme acompañada de George. Su relación seguía viento en popa, lo mismo que mi agonía. Yo estaba tumbada en mi habitación, esperando la llegada de mi amiga. La ventana daba a la piscina y al jardín, pero ni siquiera aquellas vistas preciosas lograban animarme. Mi madre había llamado a un psicólogo para que hablara conmigo en casa, pero tuvo la misma suerte que el de la clínica Lances. Y, mientras, de Roberto no sabía nada de nada.

Llamaron a la puerta y apareció una impecable y espectacular Nuria, al lado del elegante y atractivo George. Mi amiga me dio un abrazo y después me miró e hizo un gesto mezcla de desagrado y sorpresa.

—Chochona, estás muy delgada. Y ese pelo que llevas...

Yo me toqué un mechón con ademán de alisarlo un poco. Apenas me miraba al espejo y pasaba bastante de arreglarme. Llevaba una raíz oscura de por lo menos cuatro dedos. Y, en cuanto a mi delgadez, habría perdido unos cuantos kilos.

—Nuria, yo también me alegro de verte —esboqué una sonrisa sincera en semanas.

No iba con segundas. Era cierto, me alegraba un montón. Respecto a sus observaciones en cuanto a mi aspecto físico, sabía que estaba hecha un desastre.

—Hola, Lucía —me saludó George, tan guapo y correcto como siempre—. Ben te manda recuerdos.

—Dale las gracias por preocuparse.

Mi ánimo no había mejorado mucho, aunque mi madre no desistía y me martirizaba todos los días para que intentara salir de mi particular agujero negro. No sabía qué más decirles. Mi tema de conversación estaba limitado a esas cuatro paredes que me rodeaban, así que pregunté lo de siempre:

—¿Qué tal todo por el pueblo?

Los dos se miraron fugazmente y, al tiempo, desviaron la mirada. Yo me di cuenta de que me ocultaban algo, algo que no iba a gustarme. Me senté en la cama y dije:

—¿Qué me ocultáis? ¿Qué ha pasado?

—Que no ha pasado nada. Tú tranquila...

Nuria iba a meterme una de sus bolas, pero yo la conocía bien.

—No me mientas, Nuria. Dijiste que no me ocultarías nada. ¿Tiene que ver con Roberto?

Otra vez ese cruce de miradas rápidas entre los dos.

—Lucía, no te pongas nerviosa. No te va a gustar.

La que estaba nerviosa era ella y yo empezaba a mosquearme.

—Suéltalo ya. Cuanto antes me lleve el batacazo, mejor.

Nuria miraba a George como pidiendo auxilio, pero este le hizo un gesto y asintió con la cabeza.

—Cuéntaselo. Es mejor que se entere por ti.

Nuria se agarraba un mechón de pelo, nerviosa, y se mordía el labio inferior.

—Roberto va con la niñata esa, Marta, abiertamente por todo el pueblo. Se han ido a vivir juntos a vuestra casa.

Mi cabeza comenzó a dar vueltas. Me entraron ganas de vomitar, debido al asco que me produjo imaginar aquella situación. El odio encendió mis mejillas. Sin duda, era el bofetón que necesitaba para hacerme reaccionar de una vez. Ya no podía seguir haciendo el ridículo.

—¡Mamá! —grité, poniéndome en pie de un salto. Nuria y George se asustaron.

Salí de la habitación toda alterada.

—¡Mamááá...!

—Lucía, por Dios. Cálmate —decía Nuria, que iba con George detrás de mí.

En el salón me encontré con mi madre, que acudía a mi llamada, asustada. Iba con los guantes de fregar y el delantal puestos.

—Hija, ¿qué ocurre?

—Llama a ese amigo tuyo —respondí alterada—. Al abogado. Quiero que le saque a Roberto hasta el hígado. Por cabrón.

—¡Ay, hija! ¡Qué alegría me das!

Mi madre me dio un abrazo tan fuerte que casi me parte las costillas. Me besó la frente y fue corriendo a por el teléfono. Nuria y George me miraban con los ojos como platos. Les dediqué una sonrisa sincera; hacía tiempo que no me nacía. Y ya iban dos.

—Gracias.

Mi amiga se echó a llorar.

—Chochona, no entiendo nada...

—Mírame bien, Nuria, porque hoy es el último día que verás a esta mujer. Ya nunca volveré a ser la misma. A partir de hoy nace una nueva Lucía. Gracias, porque tenías razón. Me faltaba sentir algo más fuerte que el dolor e incluso que el amor. Hoy, por fin, lo he conseguido.

—Cielo, sigo sin comprender. ¿Qué te ha hecho salir de tu pozo?

—El odio, amiga, el odio.

Sus ojos eran como una interrogación gigante.

Mi amiga meneó la cabeza hacia los lados, tal vez tratando de entender ese súbito cambio de actitud.

—Chochona, tú no eres así —su voz era suave, me miraba como a una extraña.

La miré a los ojos. Hacía tiempo que no me sentía tan segura de mí misma. La cogí de las dos manos y le dije:

—¿Recuerdas lo que me dijiste en el hospital?

—Te dije tantas cosas...

—Yo me acuerdo, hasta la última palabra. «Lo odiarás, te lo prometo. Por mi vida, te juro que lo odiarás».



Nuria abrió los ojos de par en par y se llevó la mano a la boca.

—Cierto, te lo dije...

Parecía casi arrepentida.

—Pues ahora ya no soy la que era. Ya no.

En mi boca se formó una sonrisa un tanto perversa.

No sabía qué impresión les daría a ellos, pero a mí me encantaba sentirme así, más que nada porque parecía que la puñetera agonía comenzaba a menguar. Si me alimentaba de ese odio, el dolor disminuía. Y eso me hizo sentir terriblemente bien.

—¿Qué vas hacer? —Nuria me observaba asustada.

Supuse que mi amiga, lejos de ver mi recuperación milagrosa, sospechaba que me había vuelto loca de remate. Volví a sonreír antes de responder:

—Supongo que ya va siendo hora de volver a la vida y resucitar.

Tal como le pedí, mi madre quedó con aquel abogado. Me tuve que poner un chándal, ya que la ropa que había traído me quedaba grande. Aunque no me había pesado, los michelines que llevaba adosados durante siglos habían desaparecido casi por completo. Ya se sabe: «no hay mal que por bien no venga».

En el salón esperaban mi madre y el abogado tomando una limonada, algo que apetecía mucho, pues empezaba el calorcito. Mi madre estaba sentada en su sofá blanco de relax y el abogado en el grande de tres plazas que hacía juego, separados por una mesa baja con lacado blanco. Al verme, mi madre hizo señas para que me sentara con ellos.

—Lucía, este es Ricardo, el mejor abogado de toda la ciudad.

El hombre tendría unos cincuenta años y era bien parecido, con el pelo muy blanco y los ojos pequeños y castaños. Le daba un aire a Richard Gere. Se levantó y me apretó la mano con firmeza.

—Encantado, Lucía. Tu madre me ha puesto al día de la situación. ¿Qué es lo que quieres hacer?

Lo miré fijamente y no lo dudé ni un instante:

—Dejarlo en calzoncillos. Lo quiero todo, por poco que sea.

El hombre sonrió, tomando notas en una libreta.

—Si eso es lo que quieres, eso tendrás.

Se levantó y se disponía a irse cuando, algo descolocada, lo detuve. No podía ser tan sencillo.

—¿Ya está? —alcé la voz sorprendida.

Ricardo se giró y me contestó tranquilamente:

—Ahora vamos a empezar el proceso y a notificárselo. Yo me ocupo de todo, tranquila. Si necesito algo te llamaré. Tu madre ya me ha facilitado lo que necesitaba. Solo quería asegurarme de que estabas de acuerdo.

Miré a mi madre y luego al abogado. O sea, había venido a pedir mi consentimiento.

Mi madre se puso colorada. Nunca la había visto así. Ricardo empezaba bien. Y me cayó genial. Era un tipo legal, no había gestionado nada sin mi autorización. Si hubiera sido por mi madre, habría estado divorciada hacía mucho tiempo.

—Gracias, Ricardo —le di la mano para despedirme de él.

—Un placer.

En cuanto se marchó abracé a mi madre. Ella se sorprendió por mi reacción.

—Pensé que te había sentado mal.

—Te quiero, mamá. Gracias por aguantarme.

—¿No estás enfadada?

—Para nada. ¡Ojalá estuviera divorciada de ese imbécil! Ricardo tenía que haberte hecho caso a ti. Se habría ahorrado un viaje...

\* \* \*

Tenía un buen día, mi humor iba mejorando notablemente. Pensar en la cara de Roberto cuando recibiera la notificación del divorcio, con todo lo que le pedía, me daba un subidón de adrenalina increíble. Iba a quitarle la casa, pedirle una pensión extraordinaria y todo lo que pudiera y más. A ver si a la niñata esa le seguía dando morbo mi todavía marido cuando fuera un sin techo. «Si pudiera verlos por un agujerito...», pensé.

Me tumbé en la cama y me puse a mirar el techo de mi habitación. Pensé en lo que iba a hacer a partir de entonces. Seguía bastante perdida y tenía que tomar las riendas de mi vida, ahora en solitario. No quería agobiarme. Tomé aire y respiré con profundidad. Iba dando pasos agigantados en mi recuperación y tenía que mantener la mente serena. Cuando hubiera un atisbo de debilidad solo tenía que pensar en Roberto y en la niñata retozando en la que fue mi cama durante diez años.

Me di una ducha y, al salir, me miré al espejo. Había adelgazado una barbaridad. Las lorzas ya no existían; en su lugar había una cintura estrecha y un vientre plano. Mis caderas volvían a ser curvadas y tenían una forma bonita. No me veía con un tipo así desde que tenía veinte años. Con aquel ánimo me subí a la báscula, sin dar crédito a lo que los números indicaban: había perdido doce kilos. ¡Viva la dieta de los cuernos y la depresión! Aún tendría que darle las gracias al gilipollas de Roberto.

Revolví en el armario, buscando algo que ponerme, pero todo me venía enorme. Parecía una pordiosera. Tenía que salir a comprar ropa de manera urgente. Aunque salir al exterior todavía me daba un poco de respeto, era eso o parecer un saco de patatas. Así que no quedaba otra: cogí toda mi ropa y la metí en bolsas para que mi madre las llevara a la iglesia. A mí ya no me servían de nada. Cuando estaba vaciando el armario, el libro de Nuria cayó a mis pies. Lo cogí en mis manos y lo miré detenidamente. Bien pensado, la ropa podía esperar...

«¿Cómo había sido capaz de hacerme eso? Su locura no tenía límites y se le había ido de las manos. No podía perdonarlo; casi me cuesta la vida.

Me di una ducha para bajarme el calentón y salir de mi asombro. Me vestí cómoda para el viaje: unos vaqueros, deportivas y una camiseta de manga corta, ya que en los aviones siempre hacía frío. Salí de la habitación y Gerard ya estaba levantado.

—¿Lista para dejar el pasado atrás y comenzar una nueva vida?

Siempre tenía una sonrisa en la cara y hacía que todos los males se esfumasen de mi cabeza. Era la alegría personificada.

—Vámonos —le respondí—. Cuanto más lejos, mejor.

No le dije a Gerard que había recordado algo de aquella noche. Ya sabía bastante y no quería fastidiarle el viaje.

Nos vino a recoger un coche para llevarnos al aeropuerto de Alicante, dirección a una nueva vida. Estaba emocionada, aunque dejar atrás España me daba mucha pena. Facturamos las maletas y le dije a Gerard que necesitaba ir al baño.

Fui al aseo de señoras. No me aguantaba más. Al salir, cuando me estaba lavando las manos, me quedé petrificada. Marco entró con toda la tranquilidad del mundo... ¡en el aseo de mujeres!

—¡Ni te acerques a mí, perverso! —grité todo lo que pude. La vena de mi cuello se hinchó al momento.

—¿Dónde crees que vas? ¿Quién es ese que te acompaña?

Me miraba muy serio, acercándose peligrosamente a mí».

Tuve que parar de leer. Me identificaba tanto con Verónica... No era la misma historia, pero las dos queríamos huir hacia una nueva vida. El libro volvió a darme un vuelco al corazón y encendió otra lucecita en mi cabeza. Dicen que la realidad supera a la ficción, ¿no? Pues yo quería ser como Verónica.

Cerré el libro y me puse el chándal, que era lo único decente que podía acoplarme, cogí el bolso y le pedí las llaves del coche a mi padre.

—¿Dónde vas, Lucía? ¿Estás bien para conducir?

—Perfectamente, papá. Pero mírame, necesito ropa nueva. Parezco un adefesio.

A mi padre le costó dejarme las llaves de su Seat Ibiza, pero al final las soltó.

—Gracias, papá.

Ya era hora de tomar las riendas de mi vida, aunque fuera dando pasitos pequeñitos.

\* \* \*

Lo primero que hice fue ir a la peluquería. Mi pelo dejaba mucho que desear. De haber seguido así podría haberle robado el puesto a la Fregona.

Fui a la peluquería de Sol, que era donde solía ir mi madre. Tenía unas manos fantásticas. Cuando entré no me reconoció. Claro que hacía dos años, por lo menos, que no la veía.

Sol era una mujer un poco más joven que mi madre, bajita, morena, guapa y muy elegante. Tenía un gusto exquisito para la peluquería y sabía que ir a ella era un acierto.

—¿En qué puedo ayudarla? —preguntó mirándome como a un bicho raro. Y no era de extrañar, dadas mis pintas y esa raíz de cuatro dedos que tenía en mi pelo estropajoso.

—Soy la hija de Lucía y Ramón —le contesté tímidamente.

Se puso las gafas que llevaba colgando del cuello y me volvió a mirar, esa vez con más detenimiento.

—¡Por Dios! ¿Qué te ha pasado? Estás en los huesos. Y esos pelos que me llevas...

Incluso puso cara de asco al mirarme la cabeza. Su mueca me hizo reír.

—A eso vengo, a ver qué puedes hacer con este desastre.

Me cogió un mechón de pelo y lo miró de reojo.

—Mujer, es difícil, pero no hay nada imposible. Anda, ven aquí, que hace un siglo que no te veo.

Sol me dio un abrazo, algo que agradecí en el alma.

—Quiero ponérmelo de mi color. Estoy harta del rubio asqueroso que llevo.

—No te preocupes, te voy a hacer un tratamiento de hidratación de queratina para reparar el desastre que tienes. ¡Santo Dios! Si parece que llevas un gato muerto sobre la cabeza.

La mujer se persignó y se echó a reír. Yo tampoco pude evitar reírme. Tras eso, Sol empezó con los potingues, que extendió mientras masajeaba mi cabeza. Yo disfrutaba con las atenciones que recibía, pues hacía siglos que no me dedicaba un momento para mí.

—¿Te hacemos, mientras tanto, la manicura y la pedicura?

—Me parece una idea genial —accedí encantada.

Puso a una chica a trabajar con mis manos. Mientras tanto, mis pies eran

puestos a remojo en un aparatito que me iba dando un masaje vibratorio.

Me sentía como una marquesa. Sol tenía una labor ardua con mi pelo. Después del tinte me aplicó una serie de bálsamos para intentar suavizar y regenerar el mal aspecto de mi pelo. Estuve una hora con la cabeza debajo de un aparato de calor para intensificar su efecto. Yo disfrutaba de cada cosa que me hacían. Mis manos habían quedado preciosas y era el momento de mis pies, que estaban ásperos y descuidados, con durezas asomando por todas partes. La muchacha me pasaba un torno para quitar toda aquella cantidad de piel sobrante. Seguro que calzaría un número menos de pie. Y eso me hizo sonreír.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde tu última pedicura?

La muchacha sudaba la gota gorda.

—Nunca me la he hecho...

Me miró y se echó las manos a la cabeza.

—Ahora me explico.

Murmuró algo por lo bajo.

Yo no tenía tiempo para esas cosas. Mis obligaciones eran la cocina, la plancha... la casa, en fin. Roberto ocupaba todo mi tiempo y no había hueco para mí. Ahora entendía muchas de las broncas que me soltaba Nuria. ¡Cuánta razón tenía!

Por fin, la chica, después de una larga y dura pelea con mis pies, terminó. Los miré y quedé encantada. Estaban suaves, finos, elegantes, con la misma manicura francesa que las manos.

—¿Te gusta cómo han quedado? —me preguntó la muchacha, aún sudorosa, poniéndose de pie.

—Están preciosos. Has hecho una obra de arte. Muchas gracias.

Sonrió complacida y recogió todos sus trastos, yéndose a la calle a fumar un cigarro.



Sol vino hacia mí y miró debajo de la toalla que cubría mi pelo. Lo tanteó y apagó aquel aparato que tanto calorcito me daba en la cabeza.

—Bueno, esto ya está. Vamos al tocador.

La acompañé, sujetándome la toalla.

Los asientos eran de color rojo y las paredes de la peluquería estaban pintadas con imágenes llamativas de peines, pelucas, siluetas de mujer... Todas las pinturas eran de color rojo sobre un fondo gris clarito y llamaban la atención por su originalidad. Me acomodé y me puse frente al espejo en forma de hoja.

—¿Cómo lo quieres? ¿Te lo corto?

Me miré al espejo.

El cambio ya era brutal al verme con el pelo oscuro. No me reconocía. Lo tenía bastante largo, por debajo de los hombros, pero no me apetecía cortarlo. Me gustaba la imagen que veía, y eso que lo tenía mojado y pegado a la cara.

—Si puedo evitarlo, no quiero cortármelo.

—Con la hidratación que te he hecho se ha quedado bastante bien. Mejor de lo que esperaba. Pero las puntas sí hay que sanearlas.

—Vale. Haz lo que veas. Confío en ti.

Sol sonrió y se puso manos a la obra con mi cambio de look.

Tenía una destreza con las tijeras y con el peine que más bien parecían una prolongación de sus manos. Yo cerré los ojos y me relajé. Sobre mi cabeza, sus manos eran puro relax. Me movía para un lado, luego para el otro. Mientras, ella tarareaba algo entre dientes que me adormecía aún más. Después vino el aire caliente del secador, los suaves tirones del cepillo sobre mi pelo... Era un auténtico momento de dicha que bien valía lo que me cobrasen y más. ¿Cómo me había perdido todo esto durante años? Mi madre venía todas las semanas y, por diez euros, salía hecha un figurín. A mí me saldría más caro, seguro, después de tantos años acumulados de dejadez que no tenían justificación alguna. El odio volvió a invadirme.

Abrí los ojos de golpe. Cuando me vi en el espejo, no reconocí a aquella imagen reflejada de mi persona.

—Ha costado, pero estás preciosa. Te has sacado varios años de encima —sonrió Sol satisfecha. Y luego añadió—: Y al gato también.

No podía articular palabra. Me incliné hacia delante para verme más de cerca. No podía creer lo que veía. Me había peinado el pelo liso, que ahora estaba castaño oscuro y brillante. Volvía a ser una chica joven y atractiva. Y no pude evitarlo: me eché a llorar.

—Lucía, no hagas eso... Estás preciosa. ¿Es que no te gusta?

Entre sollozos me levanté y le di un abrazo.

—Gracias, Sol. Me has devuelto la dignidad.

—Mi niña, no digas eso... Eres una mujer preciosa. Solo había que arreglar el desastre que llevabas. Pero el mérito es tuyo. Ahora lo que necesitas es quitarte lo que llevas puesto, que no combina con lo que te he hecho.

Me sacudió el chándal, que bailó por todo mi cuerpo. Me reí, secándome las lágrimas.

—Ese es el segundo paso; en cuanto salga de aquí.

—Pues no pierdas el tiempo, cielo.

Le pagué. Dejé también una buena propina, que se habían ganado con creces, y salí de la peluquería con más confianza y más segura de mí misma.

No pude evitar pensar que ya me parecía un poquito más a la Verónica del libro. Por lo menos, ya estaba delgada y teníamos el pelo parecido. Esa mujer de la novela me estaba renovando las fuerzas y la ilusión.

\* \* \*

Cogí el coche de mi padre y fui al casco antiguo de la ciudad. Allí estaban todas las tiendas de ropa, zapatos y complementos. Hacía un siglo que no iba, pero imaginé que muchas seguirían en el mismo lugar. Era el sitio más comercial de la ciudad y algo encontraría. Además, yo necesitaba de todo. Metí el coche en un aparcamiento público y entré en la primera que encontré nada más salir al exterior, ya que no me apetecía que me vieran con aquellas pintas. Era una tienda de ropa casual: mucho vaquero, camisetas, camisas, falditas... Para empezar, era justo lo que buscaba. Estaba muy bien de precio y necesitaba un cambio urgentemente. Ya era hora de dejar atrás a la Lucía arcaica y corta de miras.

Entré en casa cargada de bolsas. De la primera tienda ya salí con unos pitillos como los que usaba Nuria y una camiseta azul de efecto desgastado que me caía sobre un hombro. Para los pies, unas sandalias de cuña de color blanco que me estilizaban, haciéndome parecer más alta y que, además, me permitían lucir la pedicura.

Me topé con mi madre en el salón. Iba con la colada en las manos y, en cuanto me vio, todo se le fue al suelo.

—Mi niña, ¿de verdad eres tú?

Dejé las bolsas en el suelo y di un giro sobre mí misma para que me viera mejor. Mi madre se llevó las dos manos a la boca, mostrando su asombro.

—¿Te gusta, mamá?

Mi madre vino corriendo, pasando por encima de la colada, y se me echó encima literalmente, llorando de felicidad.

—Gracias, Dios mío. Gracias...

No hacía más que repetir eso mientras me despachurraba entre sus abrazos.

—Mamá, que me ahogas...

Ella se apartó, pero, sin soltarme, seguía mirándome de arriba abajo.

—Cariño, estás tan bonita. Pareces una muñeca.

—Gracias, mamá. Ya tocaba ponerse las pilas.

—¡Qué alegría me das! Verás cuando te vea tu padre.

—¿Dónde está? Tengo que devolverle las llaves del coche.

—Ha salido a dar una clase. Por cierto, ha llamado Nuria. Te has dejado el móvil...

Había salido con tanta prisa que ni me percaté de que no llevaba el teléfono encima.

—Ahora la llamaré. Voy arriba. Y así aprovecho para descansar los pies, porque estoy agotada.

—Sí, hija, hoy te lo has ganado. ¡Qué guapa estás!

Mi madre se puso a recoger del suelo la colada. Quise ayudarla, pero me instó a que fuera a mi habitación. Estaba emocionada y feliz por mi cambio y por mi progreso. Cogí las bolsas y me metí en la habitación a ordenar mis nuevos modelitos. Ya llamaría luego a Nuria.

Puse toda la ropa encima de la cama. La verdad era que había comprado de todo y a buen precio. Tenía un par de vaqueros «levanta culos», un par de vestidos para salir de noche, varias camisetas de diversos tipos, juveniles y modernas, y también falditas, vestidos cómodos y algunas prendas variadas. Los zapatos no podían faltar, ya fuera un par de zapatos de tacón de vestir, sandalias bajas para andar cómoda u otras más altas para vestir más.

Igualmente renové toda mi ropa interior. ¡Adiós a las bragas de abuela! Ahora tenía bragas brasileñas, culotes y tangas, conjuntos de encaje y, como nunca se sabe, algún picardías.

Como ya casi teníamos el verano encima, también compré dos bikinis de triángulo y braga brasileña. ¡Si me viera la Fregona! Se me había quedado un cuerpo de escándalo y tenía que hacer lo que fuera por mantenerlo y no caer en hábitos antiguos.

Guardé la ropa y me dejé caer en la cama con los brazos abiertos. Estaba contenta por el día que había tenido, encantada con mi nuevo yo. Pero algo se me estaba clavando en la espalda... ¡Era mi libro favorito! Lo cogí y me dispuse a seguir leyendo. No me esperaba para nada el giro brutal que daba la historia de Verónica. No podía parar de leer. Era algo adictivo.

Me quedé con la boca abierta cuando leí un fragmento. Sin darme cuenta, se había hecho de noche y me había fundido casi medio libro. Lo que leí me impresionó bastante; y esta vez no era una historia de sexo.

«No iba a permitir de nuevo que un hombre me manipulara a su antojo; en este caso, lo haría yo. Sabía que podía parecer una arpía, pero en esos meses había cambiado y aprendido mucho. Ya no era la tonta de «lo que quiero lo consigo»... Y una mierda. Si alguien quería tenerme, sería porque yo lo dejaba.

Un rato después de bañarme, llegaron dos señoritas uniformadas de blanco. El mayordomo me avisó y pasó a las chicas a mi habitación, que traían una camilla plegable y otros enseres. Durante tres horas maravillosas se dedicaron a mi cuerpo y a mi mente: me hicieron un masaje a cuatro manos, una limpieza de cutis, manicura, pedicura... Estaba en la puñetera gloria.

El mayordomo nos trajo algo para picar, porque se habían hecho las tantas y ni siquiera habíamos comido. Y aún nos faltaba peluquería y maquillaje. Era agotador eso de ser celebrity...

La gala era a las nueve de la noche y ya eran las seis. Teníamos que darnos prisa. No sabía nada de los chicos y eso me tenía preocupada. No me gustaba esa reunión tan urgente el mismo día de la gala.

Mientras tanto, las chicas siguieron trabajando conmigo. Les enseñé el vestido que iba a llevar. Me aconsejaron el pelo recogido en un moño italiano. Casi me dio la risa: todo lo italiano me perseguía, por todas partes.

—Está bien, si creéis que me va a quedar bien, hacérmelo. Vosotras sois las

profesionales...

Las estilistas seguían aconsejándome:

—Con ese escote en la espalda, sería una pena no lucirlo. Si vas a llevar el pelo suelto lo taparás y con el recogido lucirás tu figura.

—¡Vale, vale! Lo que no quiero es que me pintéis demasiado; no me gusta llevar mucho maquillaje.

Odiaba la pasta en la cara. Por eso, casi nunca me maquillaba.

—No te preocupes, te haremos algo natural.

Yo me dejaba hacer por aquellas dos chicas que eran fantásticas. Pasaron volando otras dos horas.

Tenía que vestirme a toda prisa y esos dos seguían sin llegar. Me puse el vestido y salí para que me vieran las chicas.

—Verónica... ¡Tienes que verte! —me dijeron, echándose las manos a la cabeza las dos.

¿Qué pasaba ahora?

Cuando me miré al espejo no me reconocía. Parecía una actriz de Hollywood. Quise echarme a llorar, pero no iba a estropear el maquillaje...

—Chicas, muchísimas gracias.

—A ti. Llámanos cuando quieras».

Ahí se narraba cómo me sentía yo, lo que acababa de vivir, pero a otro nivel más modesto. Desde luego, podía sentirme perfectamente como la protagonista de aquella novela. Cualquiera mujer podía. Solo era cuestión de quererse a sí misma y sacar lo mejor de una. Estaba claro que yo lo había hecho a una

escala más sencilla y económica, dentro de mis posibilidades, pero lo importante era que el resultado había sido el mismo: yo también me sentía como la Cenicienta, solo que ya no me volvería a transformar a las doce de la noche. Ni de coña. Aquello iba a durar para siempre, iría a más y cada vez sería mejor.

Miré el reloj y vi que eran las nueve y media. Llamé a Nuria para contarle mi día, pero no me respondió. Estaría ocupada con su George... Me gustaba ese chico para ella. ¡Ojalá que la relación se mantuviera mucho tiempo! En esas, me sorprendí al oír el tono de mi móvil. Era Nuria.

—¡Chochona...!

Su voz siempre sonaba alegre y jovial, aunque últimamente andaba conmigo con pies de plomo.

—¡Hola! —le contesté, también alegre y animada. Ella debió de sorprenderse, porque enmudeció al otro lado. Pensaría que se me había ido la olla—.  
¿Nuria, estás ahí?

—Sí, ¿estás bien?

—Mejor que nunca. Me muero por verte. Tengo muchas cosas que contarte.

—Lucía, ¿estás...?

—¿Contenta? —terminé su frase y lancé una carcajada.

—Sí...

Nuria seguía desubicada, sin saber cómo interpretar mi euforia.

—Tranquila, estoy genial. He perdido doce kilos, he ido a la peluquería, me han hecho un cambio de look, he comprado ropa nueva... Es para estar feliz. Cuando me veas no vas a reconocerme.

—¿Que has hecho qué?

Volvía a ser la Nuria de siempre: curiosa.



—Lo que oyes. ¿Cuándo vienes?

—Ya mismo. Me muero por ver ese cambio. Hasta que no lo vea...

—Mujer de poca fe.

—Me alegro un montón. Voy a hablar con George y salgo para allá cagando leches.

—Te espero. Tengo mucha ropa que estrenar y necesito de tus conocimientos.

—Tenemos que celebrarlo.

Nuria se animaba de más.

—¡Hecho!

Colgué, ilusionada por ver a mi amiga.

De pronto, mi estómago empezó a rugir reclamando comida. El apetito había vuelto a mi vida, pero ahora empezaría a comer sano y con conocimiento. Tenía que mantener el tipo. Fui hacia la cocina y vi que en el comedor estaban mis padres hablando. Cuando entré se callaron. Mi padre me miró y se sorprendió tanto como lo había hecho mi madre.

—Hija, si no pareces tú. ¡Qué bonita estás!

Fue a darme un abrazo y también comenzó a dar gracias a Dios por mi recuperación. Otra vez ya estábamos llorando como niños pequeños. Después de recuperarnos de la emotiva escena, mi madre dijo que estaba la cena lista. Menos mal, porque mi estómago no aguantaba más...

Mi madre cocinaba de muerte... y a lo bestia. Le encantaba hacer pucheros y ese tipo de comidas que luego te provocan unas hermosas lorzcas en la cintura. Yo comí ensalada y un poco de jamón York. Me miró con cara de desaprobación y enseguida me regañó:

—¿Eso vas a comer?

Bajé la mirada, buscando la disculpa perfecta, que no era del todo una mentira.

—Mamá, llevo tiempo sin comer. Se me ha encogido el estómago. No me cabe más. Tengo que ir poco a poco o me sentará mal.

Me miró inquisitivamente, pero pareció que mi respuesta le convenció.

—Deja a la niña, que coma lo que quiera —intercedió mi padre.

Yo no dije nada más y comí la ensalada muy despacio. Piqué un trozo de pan con el jamón y, la verdad, me quedé llena. Puede que, después de todo, mi estómago sí se hubiese encogido. Terminamos de cenar e iba a ayudar a recoger la mesa con mi madre cuando ella me cogió del brazo y me indicó que me sentara. Le obedecí, extrañada. Tenía la cara seria.

—Lucía, tu padre y yo queremos hablar contigo.

No pude evitar suspirar. Me recordaba a las regañinas de cuando era pequeña y me estaba dando un mal rollo...

—¿Qué pasa, mamá?

—No pasa nada y pasa todo. Estamos preocupados por ti y por tu futuro.

—No entiendo...

—Cariño, tu vida siempre ha girado en torno a Roberto. Sacrificaste tus estudios por él. Ahora, al divorciarte, ¿qué vas hacer?

Era una buena pregunta; aún no me lo había planteado.

—No lo sé, mamá —confesé cabizbaja—. Puedo pedir trabajo en alguna tienda, haciendo arreglos o cosiendo. O limpiando, ¡yo que sé! Tengo dos manos, no me da miedo trabajar; llevo haciéndolo diez años para un imbécil, y gratis.

—No me malinterpretes. Lo que quiero decirte es que no quiero que pases dificultades. Es lo que hemos estado hablando tu padre y yo.

—No sé adónde quieres ir a parar, mamá. ¿Quieres que me vaya de aquí?

Mi madre me miró con la cara descajada.

—¿Tú estás tonta o qué? —inquirió toda ofendida.

—Lo que tu madre intenta decirte —intervino mi padre— es que queremos darte tu herencia en vida. Con tu hermano lo hicimos para que se comprara la tienda de muebles.

Mi boca comenzó a abrirse. No salía de mi asombro.

—No quiero dinero. Ya me las arreglaré. Además, con el divorcio tendrá que venderse la casa, y la mitad es mía.

—Cariño, ese dinero es tuyo —insistió mi padre—. Prefiero ver, estando vivo, cómo lo disfrutas...

Se me pusieron los pelos de punta al imaginar perder a mis padres. No me gustaba cómo se desarrollaba esa conversación.

—Pero es que no entiendo...

—Hija, por mí te puedes quedar a vivir con nosotros para siempre, pero tendrás que rehacer tu vida. Mira, eres preciosa. Tienes a tu amiga, un porvenir. Necesitarás una casa nueva, un futuro y eso no se compra sin dinero. Lo del divorcio puede tardar, o no. Pero, mientras tanto, tendrás que mantenerte.

Mi madre tenía razón. Además, la pensión que me pudiera dar Roberto sería irrisoria y la casa tampoco es que valiera tanto.

—Mamá, no sé si podré. Es vuestro dinero...

—Tú no quieres cogerlo y tu hermano me lo pidió nada más casarse. ¡Qué diferentes sois!

La miré asombrada.

—¿Antonio te pidió la herencia?

—Fue hace un montón de años. Él ya la ha invertido, así que tú no te sientas mal por aceptar lo que es tuyo por derecho.

La miré fijamente y asentí con la cabeza lentamente.

—Si vosotros queréis eso para mí, que así sea entonces.

Nuria llamó para decirme que vendría la semana siguiente porque esta le resultaba imposible. Para mí era casi mejor, pues me esperaba papeleo con el abogado. Mis padres querían arreglar cuanto antes la herencia y, por otro lado, Ricardo vendría a verme por el tema del divorcio. Para la cita me puse una falda vaquera de peto con una camiseta negra muy ajustada que se ceñía a mi cuerpo como un guante. Me sentaba de maravilla. Llevaba también un bolsito de flecos monísimo, color camel. Me miré al espejo y parecía una universitaria. Solo debía tomar un poco el sol, ya que estaba muy blanca y la ropa siempre sentaba mejor cuando tienes un toque de color. Así que me dije: «Falta que me dé un poco el solecito para estrenar los bikinis nuevos».

Estaba dándome los últimos retoques a mi renovada y brillante cabellera cuando oí que mi madre me metía prisa para no llegar tarde.

—Hija mía... ¡quién te ha visto y quién te ve! —exclamó al ver mi resplandeciente aspecto.

—¿Te gusta, mamá? —pregunté, girando sobre mí misma.

—Igual algo corta para ir al despacho, no sé yo... —dijo ella, frunciendo el ceño y meneando la cabeza.

—No importa. No voy a volver a la ropa de antes. Ahora que puedo tendré que lucirme.

Le di un beso y fuimos hacia el coche. Mi padre esperaba para llevarnos.

El despacho de Ricardo estaba en el centro de la ciudad, en la parte nueva y moderna. Un amplio ascensor nos condujo hasta el tercer piso, donde nos recibió su secretaria, una mujer de unos cincuenta años muy atractiva. Era rubia, delgada y elegante, con los ojos azules y el pelo recogido en un impecable moño. Mi madre la saludó con dos besos.

—Fátima, qué alegría volver a verte. Venimos a ver a tu marido.

«Así que la mujer de Ricardo...», pensé.

—Hola, Lucía. Os está esperando —saludó Fátima, que añadió luego, mirándome a mí—: Tú debes de ser Lucía hija.

Me mostró la mejor de sus sonrisas, tendiéndome una mano, que yo estreché con educación.

—Encantada, señora.

—No me digas señora. Me hace parecer mayor —me susurró la mujer al oído.

No pude evitar sonreír. Fátima enseguida me cayó bien. Era coqueta y simpática. Estaba claro que aquel abogado tenía buen gusto para las mujeres.

—Ahora le digo a Ricardo que estáis aquí. Sentaos un momento.

Nos acompañó a una sala de estar, decorada a la última moda, muy minimalista, en tonos blancos. No era el típico lugar de muebles clásicos de madera noble. Allí todo era acero y color blanco. Mi madre y yo nos sentamos en unos sofás de piel, también blancos, por supuesto. Estaba ojeando el periódico cuando, en esas, entró al despacho un chico con traje, quizá otro abogado. Desde la sala de estar apenas lo vi de refilón.

Cinco minutos después, Fátima nos indicó que podíamos entrar al despacho de su marido, donde Ricardo nos esperaba con otro hombre, aquel que había visto antes entrar.

—Hola, familia —saludó Ricardo—. Tomad asiento, por favor. Os presento a

mi socio, Martín. Él me está ayudando con tu tema, Lucía.

Ricardo me miró y Martín hizo lo mismo. Cuando me fijé en aquel joven abogado me quedé embobada unos segundos. Él tendía la mano para saludarme, pero yo no reaccionaba. No podía. Me era imposible apartar la mirada de aquellos ojos azules...

—Niña, ¡no seas maleducada! —me regañó mi madre, sacándome de mi abducción.

Se me subieron los colores a las mejillas. Le cogí la mano y la zarandeeé con torpeza.

—Lo siento, me he distraído un momento.

—Entiendo que es un momento difícil —se mostró comprensivo Martín.

—Sí, sí... —balbuceé.

Era el hombre más guapo que había visto en la vida, con esa dentadura blanca y perfecta, con el pelo castaño claro, con esos ojazos azules, esa barbita de varios días... El traje le quedaba como una calcomanía y, a través de él, se percibía un cuerpo atlético y un culo perfecto. Era tal la elegancia de aquel abogado, que me hizo sentir, otra vez, como una paleta de pueblo. Sabía que me estaban hablando, pero yo no les escuchaba. Martín me hacía sentir cosas extrañas, como si estuviera resucitando algo que ya había olvidado y que, por otro lado, me volvía torpe y confusa. Pero tenía que ser fuerte: no iba a dejar que un hombre me confundiera de esa manera. Así que respiré hondo y volví a la realidad.

—Lucía, ¿te has enterado o no?

Mi madre me miraba como si se me hubiera ido la olla. Y no iba mal encaminada, pero pestañeé unos segundos y contesté:

—Lo siento —me disculpé—, no sé qué me pasa hoy. Supongo que revolver estos temas me afecta más de lo que creía. No me he enterado, perdón. ¿Puedes repetirlo?

Martín me miraba con curiosidad, como si pensase también que estaba un poco ida. Mejor así, porque a esos guaperas había que tenerlos bien lejos.

—Ya le hemos notificado a tu marido que quieres el divorcio y le hemos enviado los papeles con tus peticiones.

Un jarro de agua fría cayó encima de mí. Era duro enfrentarse a la realidad. De nuevo, el odio volvía a meterse en mi interior, contrayendo mi estómago.

—¿Ha aceptado? —pregunté seria, seca como un ajo.

—No quiere divorciarse de ti —anunció Martín.

Me sentó como una patada en toda la cara.

—Pero... si él no quiere y yo sí, ¿puedo divorciarme igual?

—Por supuesto. El divorcio es unilateral. Ya no es como antes. Ahora puede solicitarlo uno, aunque el otro no quiera.

—Pues que se joda. ¡Perdón! —Tras dejarme llevar por la rabia y el odio que le tenía a Roberto, me tapé la boca, tragué la saliva y dije—: Entonces, ¿cuál es el problema?

—Los bienes gananciales que tenéis y la pensión —continuó Martín—. Podemos tener el divorcio en veinte días. Al no haber mutuo acuerdo tendréis que ir a juicio por el tema de los bienes y ahí es donde tendremos que pleitear.

—¿Qué puede tardar?

—Nunca se sabe. Depende del juez, del juzgado... Ahora, encima, vamos de cara al verano. Son muchos factores.

Martín se encogió de hombros.

—¿Hay otra opción? —pregunté desanimada.

—Hacer un trato con él que os convenga a los dos.



Miré a mi madre en busca de ayuda y consejo. Lo único que quería era librarme de mi atadura con Roberto. Lo otro era el tema económico.

—¿Podéis sacarle todo lo que ha pedido? —preguntó mi madre—. ¿La mitad de la casa y una pensión para ella?

—Como os he dicho antes, todo es una cuestión casi de lotería. Lo de la casa seguro que sí; estando en bienes gananciales no creo que haya problemas. En cuanto a la pensión... según, porque hay jueces muy retorcidos.

Levanté la mano para parar aquella conversación que tenía pinta de dilatarse muchísimo en el tiempo.

—Yo lo único que quiero es no tener ningún vínculo con ese imbécil —aclaré—. Perdonadme que hable así, pero es que ya no aguanto más. No quiero ninguna pensión. Ahora, la casa sí. Quiero divorciarme y vender la casa a partes iguales. No hay más trato que ese.

Martín fijó sus ojos en mí. Yo le sostuve la mirada; no iba a dejar que me intimidara ningún hombre, por muy guapo que fuera.

—Pues así se lo comunicaremos. En cuanto sepa algo en firme te lo trasladaremos.

—Ricardo —intervino mi madre—, con respecto al otro tema, ¿lo has arreglado?

Se refería a la herencia.

—Lo tengo todo preparado, Lucía —contestó Ricardo—. Solo tenéis que firmar y acompañar a Martín al banco.

No me gustaba nada ese asunto; me hacía sentir incómoda por quedarme con el dinero de mis padres. Mi madre me había explicado, por activa y por pasiva, que lo habían ahorrado para mí y que era mi legado, pero no podía dejar de sentirme como una estafadora. Era dinero fácil caído del cielo. Me sentía mal, así que me levanté y pregunté dónde estaba el baño. Necesitaba mojarme la cara. Allí, ante el espejo, todavía chocándome ver esa nueva imagen mía que

lucía joven y atractiva, me mojó la cara y la nuca, evitando estropearme el pelo. Respiré profundo. Ya estaba algo mejor. Salí del baño para volver al despacho con tanta prisa que, en el pasillo, tropecé con Martín, que había salido a por un café. Menos mal que me cogió en el momento o me hubiera dejado todos los dientes clavados en el reluciente mármol blanco del suelo. Me atrajo hacia su cuerpo y un hormigueo recorrió el mío.

—¿Estás bien? Casi te matas —dijo mirándome a los ojos, sin soltarme.

Yo tenía las manos apoyadas en su pecho y pude notar lo duro y macizo que estaba. El rubor subió de inmediato a mi cara. Tuve que apartarme de él como si su contacto me produjera alergia.

—Sí, estoy bien. Gracias. No sé qué me pasa hoy. Estas cosas me ponen nerviosa.

—Es normal. Pero no te preocupes, al final todo saldrá bien. Prácticamente ya puedes considerarte una mujer soltera.

Me miró de arriba abajo con descaro. Desde luego, no eran imaginaciones mías: ¡estaba coqueteando conmigo!

—Bueno... sí...

—¿Entramos?

Martín tenía una voz seductora y provocativa. Su perfecta dentadura blanca me estaba hipnotizando otra vez.

—¿Cómo?

—¿Que si entramos al despacho? —repitió.

—¡Claro!

Menuda vergüenza, me dejaba K.O.

Al entrar, rozó sus dedos suavemente por mi cintura cuando me dejó pasar primero. Toda mi piel se erizó. Era la tentación y el demonio en una sola

persona, porque aquella mano quemaba como las cenizas del infierno. El resto de la reunión fue fatal. Martín me lanzaba miradas que yo rehuía, pero mi cuerpo iba por libre.

Firmamos todo lo que Ricardo había preparado y solo quedaba bajar al banco a ingresar el cheque en mi cuenta. Ni siquiera miré la cantidad que mis padres me estaban donando.

—Martín os acompañará al banco que hay en la esquina. Os ayudará con el papeleo por si tenéis alguna duda.

Estaba claro que no me iba a librar del guaperas tan fácilmente. Qué tortura de día...

—Gracias por todo —les dijo mi madre a Ricardo y a Martín.

Yo también les estreché la mano a ambos. Martín me dijo mientras esbozaba otra de sus perfectas sonrisas:

—Ya nos despediremos abajo. Todavía no te dejo...

La madre que lo parió... También nos despedimos de Fátima y bajamos todos juntos en el ascensor. Martín se pegaba mucho a mí. Su brazo rozaba el mío y, aunque llevaba un impecable traje de color gris, podía notar el calor de su piel a través de la tela. «Vamos, vamos, vamos», pensaba yo, pero el viaje se me hizo eterno. En aquel cubículo me empezaba a faltar el aire. Me estaba emborrachando con su perfume, que parecía afrodisiaco.

—¿Decías algo? —preguntó mi madre. Por lo visto, mis pensamientos habían aflorado entre murmullos.

—No, mamá, canturreaba algo que me ha venido a la cabeza.

—¿Te gusta cantar? —Martín me miró divertido.

Lo miré horrorizada, más que nada porque, en realidad, yo cantaba peor que un loro afónico.

—No, no...

Él sonrió y se movió un poco, pegando más su brazo al mío.

Cuando por fin se abrió el ascensor, pude respirar. En el banco nos atendió una chica joven de unos veinticinco años. Martín le sacaba los papeles y ella se deshacía con él. No pude evitar pensar en Roberto y en Marta. Él tan guapo y ella babeando como esa hacía frente el abogado. El odio volvió a mi mente y me enfrié. Ahora veía a Martín como una amenaza. Y es que todos los guaperas no eran más que problemas a corto plazo. La chica me llamó para que firmara los papeles y así traspasar el dinero de la cuenta de mis padres a la mía. Mi cara era seria, fría, impertérrita. Martín se quedó un poco traspuesto ante mi talante, aunque me importó bien poco. Entonces me fijé en la cantidad de dinero que me habían dado mis padres y casi me voy al suelo. Me tuve que apoyar en la mesa.

—Pero... ¿Cómo...?

No podía entender cómo mis padres habían podido ahorrar tanto dinero. ¡No podía aceptarlo!

—Mamá, no puedo...

El bolígrafo me temblaba en la mano. Era incapaz de firmar. Mi madre se acercó y apoyó mi mano en el papel, obligándome a hacerlo.

—Firma lo que es tuyo —me ordenó.

Lo hice, con la mano temblorosa, y luego tuve que sentarme. Las lágrimas corrían por mis mejillas. Quería a mis padres con locura, pero lo que estaban haciendo por mí era mucho más de lo que merecía. Martín se acercó y puso su mano encima de mi hombro.

—Te lo mereces. Tus padres lo quieren así, no te sientas mal.

No le contesté. Aún trataba de procesar ese acto tan generoso y brutal que mis padres me habían hecho.

—Bueno, ¿ya está todo? —preguntó mi madre.

—Sí, señora, ya está todo correcto.

—Pues nos vamos, que tengo que preparar la comida.

Mi madre se disponía a salir del banco, donde esperaba mi padre. Entonces, Martín salió a mi encuentro.

—Lucía, espera. —Y cuando me giré hacia él añadió—: ¿Te apetece comer conmigo?

Abrí los ojos de par en par. No me esperaba algo así. Tampoco estaba acostumbrada a que los guaperas me invitaran a comer. Iba a decirle que no, ya que estaba escarmentada y no quería saber nada de hombres por el momento, cuando mi madre, que había oído la pregunta, dijo:

—Vete, hija, así te despejas la cabeza.

Ya me había liado. Vi cómo Martín sonreía.

—Mamá, tengo cosas que hacer...

Pero no me dejó terminar.

—No tienes que hacer nada. Llévatela. Y pasadlo bien.

Mi madre me lanzó una mirada de esas de lucha libre. Lo mejor era no llevarle la contraria.

—Está bien.

Mi madre esbozó una sonrisa... dirigida a Martín.

—Pasadlo bien —insistió.

Incluso le guiñó un ojo. Estaba alucinando. ¿Pero de qué iban esos dos? Estaba allí delante y pasaban de mi cara. En fin, que al final me tocaba ir a comer con el guaperas, sí o sí. Lo miré con cara de resignación después de despedir a mi madre.

—¿Adónde vamos?

—¿Qué te apetece?

—Si me vas a responder con preguntas nos vamos a quedar aquí todo el día  
—resoplé con poco ánimo.

—Yo vivo aquí al lado. Si quieres cocino para ti. Se me da bien...

Lo miré con desdén y hasta me reí con ironía.

—Martín, no pretendo parecer maleducada, pero lo último que me interesa en este momento es ir a casa de nadie. No sé qué impresión puedo haberte causado, pero me he pasado casada diez años con un marido del que estaba enamorada y que me ha dejado por una de veinte años, cosa de la que estás al tanto. No estoy desesperada, ni preciso el favor de nadie; es más, no es nada personal, pero no tengo muy buen concepto de los hombres en este momento. ¿Me explico?

Se pasó la mano por su precioso y bien cuidado pelo y me sonrió.

—Perfectamente. Si te invito a mi casa es para comer. Si quisiera acostarme contigo, cosa que no niego que me encantaría, te lo diría abiertamente. A mí también me gusta decir las cosas a la cara y sin rodeos.

No pude evitar ponerme roja como un tomate. Era guapo e inteligente. Tenía las cosas claras y parecía saber lo que quería, pero no iba a dejarme seducir por él tan fácilmente.

—Está bien, pero mejor vamos a comer a un restaurante.

—Tú mandas. Aquí cerca hay uno de comida mediterránea muy bueno.

Fuimos al restaurante y pedimos algo ligero: atún a la plancha y ensalada. Lo acompañamos con vino rosado bien frío. Durante la comida, Martín estuvo correcto, contándome algunas cosas sobre él. Tenía treinta y tres años y llevaba cinco como socio de Ricardo. En ese momento no tenía pareja y, aunque había tenido varias, no le duraban mucho. Imaginé que los celos de ellas por aquel guaperas harían insostenibles las relaciones. La verdad fue que me lo pasé hasta bien.

—Te llevo a casa —se ofreció después de comer.

—No, ya cojo un taxi, no te preocupes.

—Si no es una molestia, tengo el coche en el aparcamiento del edificio. Está aquí mismo. Además, ya no tengo que volver al despacho.

Al final cedí.

Su compañía me resultaba agradable; no era el petardo que yo creía al principio. Fuimos caminando hasta el aparcamiento, mientras charlábamos de cosas triviales. Me hacía sentir bien. Me contó el caso de una mujer que había pillado al marido con otro en la cama. Yo me quedé blanca. Luego me eché a reír. Lo mío había sido malo y traumático, pero si me hubiera encontrado a Roberto con otro hombre, igual no lo habría superado tan fácilmente. Contándome eso, Martín me hizo ver que lo mío parecía un chiste. Vi mi desgracia como algo normal que estaba a la orden del día. Ya no me importaba hablar del tema, pues lo tenía asumido. Ya se sabe el dicho: «mal de muchos, consuelo de tontos».

Llegamos al aparcamiento y no se veía nada. Por fin dio la luz. Los sitios subterráneos me daban un poco de fobia, y más si estaban oscuros. Pulsó el mando del coche y los intermitentes de un Audi A4 blanco parpadearon.

—¡Qué bonito! Te imaginaba con un descapotable negro.

—¿Eso te hubiera impresionado más?

Se acercó peligrosamente con voz melosa.

—Para nada...

La voz se me quebraba al tenerlo tan cerca, pues una no era de piedra y Martín era un hombre terriblemente guapo y con un cuerpo diez. Lo siguiente que ocurrió no me dio tiempo a verlo: me cogió por la cintura y, de un tirón, me apretó contra su cuerpo. Se acercó velozmente a mi boca, robándome un beso. Sus labios calientes se posaron sobre los míos. Yo hacía diez años que no probaba otra boca que no fuera la de mi marido y me quedé bloqueada,

extasiada, con mil cosquillas subiendo por mi estómago.

Quise apartarme, pero él me apretó todavía más fuerte. Su boca se abrió y su lengua entró buscando la mía. Noté calor, excitación, deseo... Le devolví el beso y me agarré a su cuello, dejándome llevar por el momento. Entonces me empujó contra el coche y pude notar su erección sobre mi fino peto vaquero. Me devoraba la boca con fervor. Su mano se posó en mi pierna e iba directa a subirme la falda. Un jadeo se me escapó, pero la lucidez y el miedo me devolvieron a la realidad. Lo empujé y lo aparté de mí.

—Déjame, no vuelvas a tocarme.

Estaba enojada conmigo misma por sentir ese deseo irrefrenable hacia aquel guaperas. Él dio un paso adelante para acercarse, pero yo alcé una mano.

—Martín, no te acerques más.

—Me deseas y yo te deseo. ¿Qué hay de malo?

Estaba encendido y el bulto que se marcaba en su pantalón no se bajaba.

—No puedo —contesté acelerada—. Ahora no.

Él se detuvo y me miró con cara de interrogación.

—Lo siento, no pretendía asustarte.

—Martín, no puedo. Lo siento —repetí.

Salí corriendo de allí en busca de un taxi que me llevara a casa. Me apetecía con locura tirarme a los brazos de Martín, pero, aparte de Roberto, nunca había estado con otro hombre y no sabía cómo reaccionar. Me moría de la vergüenza y me sentía ridícula. La fachada estaba saneada, pero los tabúes mentales que llevaba en la mochila no eran tan fáciles de romper. Si yo fuera como la protagonista de esa novela que me estaba leyendo le hubiera hecho el amor allí mismo. Pero mi pudor me lo había impedido.



Llegué a casa sin aliento, sofocada. No podía dejar de pensar en Martín, pero no iba a encapricharme con el primero que me metiera la lengua en la boca. Tenía que ser fuerte. Mi marido me había hundido la vida y no le iba dar tan rápido el poder sobre mí a otro hombre. Jamás.

Llamé a Nuria, buscando su consejo sobre el dilema que se me estaba creando en la cabeza. Era la única que podía entenderme. Cogí el móvil y me saltó un mensaje. Era de un número que no tenía guardado en la agenda. Decía:

No pretendía asustarte, pero es que me has gustado mucho desde que te vi en el despacho. No puedo dejar de pensar en ti. Espero volver a verte si tú quieres. Guarda mi número. Martín.

Me dio un vuelco el corazón. Me subieron de nuevo esas cosquillas por el estómago y mi piel se erizó. No contesté. No quería que pensara que me iba a derretir por un simple mensaje de texto... Llamé a Nuria.

—Chochona...

Siempre descolgaba con la misma palabra. El día que la llamara mi madre con

mi móvil...

—Hola, Golfilla —contesté yo cariñosamente.

—Acabo de salir del piso de George. Ese hombre es insaciable; en cuanto tiene un rato libre me pega unos meneos...

Yo me sonrojé al imaginar al guapo de George dándole caña a mi amiga. Tenía toda la pinta de ser una pasada en la cama.

—Nuria, hoy me ha pasado algo y no he sabido reaccionar. Estoy avergonzada y me siento mal.

—¿Te has tirado a alguien?

Ella siempre así de directa.

—No, loca. Ese es el problema. Creo que no puedo ni podré nunca.

—Cuenta, cuenta...

Le relaté a Nuria todo lo ocurrido. Desde la barbaridad de dinero que me habían dejado mis padres hasta el tonto que empezó en la oficina con Martín. No le oculté detalle. Y ya, por último, el mensajito de última hora. Se lo conté tan de carrerilla que casi no podía respirar cuando terminé. Al otro lado del teléfono Nuria no decía nada.

—¿Estás ahí?

—Vamos a ver. Me estás diciendo que un tío buenísimo te ha metido la lengua hasta la campanilla y no te lo has tirado.

—Exacto.

—¡Te voy a matar! —gritó como una posesa.

Tuve que apartar el auricular de la oreja para no quedarme sorda.

—¿Por qué te enfadas? ¿No me entiendes?

—No, no te entiendo una mierda. Perdona que te hable así. Parece que le guardes fidelidad al idiota de Roberto mientras él se folla a la tonta con la que está, y eso que no sabemos con cuántas más te la ha pegado. ¿Qué quieres, seguir virgen el resto de tu vida? Porque se puede decir que eres prácticamente virgen.

Volví a sonrojarme. Nuria siguió atacándome, su enfado iba aumentando.

—Lucía, tú lo que tienes que hacer es dejarte llevar. Utiliza a los hombres. Disfruta de tu cuerpo y vive la vida. Eso sí, no te enamores. Sexo, solo sexo. El odio adelgaza, el sexo rejuvenece. Te lo digo yo, que soy una experta en eso.

—Pero sabes que soy muy vergonzosa y tengo mucho pudor...

—Eso te lo quita el Martín ese con un buen polvo. El comer y el follar todo es empezar.

—¡Nuria! —grité escandalizada.

—Chochona, tengo que acercarme a ponerte las pilas y a darte un máster de chica malota. Lucía, o te comes tú a los hombres o ellos te devorarán y te volverán a romper el corazón. Si tu corazón está duro no podrán rompértelo.

—¿Así eres tú, Nuria?

—Sí, cielo. Así soy yo.

Lo dijo con voz baja y firme. Ahora no estaba alegre, se notaba tristeza en aquella afirmación.

—¿Y se puede vivir feliz de esa manera?

—La pregunta no es esa, Lucía. La pregunta es: ¿se puede vivir sin que te lastimen? Y la respuesta es sí.

—¿Qué debo hacer?

—¿A ti te atrae ese bombón de abogado? —preguntó.

—¿La verdad?

—Lucía, que no tenemos doce años. La verdad, sí. ¿Te pone?

—Mucho —admití con vergüenza.

—Pues a la próxima que se te ponga a tiro, sin dudar, coge lo que quieras. ¡Ojo!, pero no te enchoches. Mente fría.

—Uf... no es tan fácil.

—Aprenderás. Ya te enseñaré yo, no te preocupes.

—Nuria, a veces me das miedo.

Mi amiga se echó a reír al otro lado del teléfono.

—De eso se trata, cariño: de que te tengan miedo. Y de que jamás vuelvan a tenerte pena.

Ahí sí que tenía razón.

Nuria lo había pasado igual o peor que yo y se había convertido en una gata escaldada que sacaba las uñas a la mínima. No le había quedado más remedio que aprender a defenderse.

—Nos vemos pronto. Te quiero —me despedí.

—Yo también te quiero, Chochona. Mente fría, recuerda.

Me tumbé en la cama y apagué el teléfono. Me puse a pensar en todo lo que me había dicho Nuria. Tampoco podía sacarme de la cabeza a Martín y su perfecta sonrisa. Me estaba volviendo loca... Cogí el libro y me puse a leer. Puede que así mi mente se distrajera un poco.

\* \* \*

«—Marco, no lo hagas —supliqué.

Mi cuerpo empezaba a arder. Mi boca y mi cabeza le decían que no, pero mi cuerpo pedía a gritos que lo hiciera de una vez. Estaba cachonda, caliente y ese hombre me volvía loca, pero no podía dárselo a entender.

—Amore, te he buscado mucho tiempo y no voy a perderlo discutiendo contigo.

Sabía lo que quería y no iba a parar.

—Marco...

No pude decir más. Me metió la lengua y, al mismo tiempo, su pene inundaba mi vagina de un empujón. Me estremecí de placer. No lo podía evitar. Marco me hacía sentir lo que nadie.

Las olas parecían que iban al compás de sus embestidas; era algo maravilloso. Su boca no paraba de devorar la mía. Era pura pasión, no me dejaba apenas respirar. Su lengua era como una víbora que se movía, entrelazándose con la mía. Seguía con su ritmo dentro de mí, me penetraba profundamente y yo había sucumbido una vez más al hechizo del italiano. Estaba muy excitada, nadie me había penetrado tan profundamente como él. Mi vagina lo reclamaba y se abría como una flor para recibir sus embestidas. Mis caderas se movían a su ritmo y yo me abrí para buscarlo.

Marco estaba muy excitado. Parecíamos una postal erótica, los dos follando en la orilla del mar. Me penetraba y yo estaba que no me podía contener más, demasiado tiempo, demasiada excitación, demasiado deseo de Marco...»

Solté el libro y me puse de pie. Me llevé las manos al corazón. Parecía que Verónica y yo nos leíamos la mente o estábamos conectadas. Me subió un

calor incontrolable por todo el cuerpo. Imaginaba a Martín haciéndome el amor encima del coche y mi excitación subía más y más. Cogí el móvil para contestar a su mensaje, pero me contuve. Tenía que ser fuerte y controlar esos impulsos. El deseo estaba aflorando en mí y me hacía sentir viva como no hacía en muchos años.

—Lucía, ven a cenar algo —me llamó mi madre desde la cocina.

—¿A cenar? —mascullé.

Se me habían vuelto a pasar las horas leyendo el libro y ya había anochecido. Era increíble cómo pasaba el tiempo de rápido cuando me ponía con Marco y Verónica. Entraba en su mundo y me olvidaba del mío. Fui a la cocina y mi madre había preparado una ensalada y pechugas empanadas de pollo. Todo olía delicioso.

—Mamá, huele que alimenta.

Me acerqué a ella y le di un beso en la mejilla.

—Pues come, que estás muy flaca.

—Si estoy gorda, malo. Si estoy delgada, también. Ponte de acuerdo.

Le di un beso y luego me serví un plato de ensalada.

—A mí me da igual cómo estés mientras seas feliz y te encuentres bien.

—Pues ahora estoy perfecta.

Vino mi padre y nos dio un beso a las dos.

Se sentó con nosotras a cenar. Llevaban toda la vida juntos y se querían como el primer día. De vez en cuando discutían, pero, más que nada, por no perder la costumbre. Yo ya no tendría eso jamás.

—¿Qué tal la comida con el socio de Ricardo? —preguntó mi madre mirándome de reojo, y luego le dio un bocado a un trozo de pechuga.

Casi me atraganto con el agua. Tosí y me sequé con una servilleta.

—Bien, bien, es muy agradable.

Bajé la mirada y seguí cenando.

—Ya me fijé en cómo te miraba en el despacho. No te quitaba el ojito de encima.

Mi madre volvía al ataque. Yo miré a mi padre, pero él seguía cenando ajeno a todo.

—¡Mamá! —me quejé.

Me daba mucha vergüenza que tocara esos temas, y más delante de mi padre.

—No estamos hablando nada del otro mundo, ¿verdad, Ramón?

Mi padre asintió con la cabeza y me guiñó un ojo. A mí me iba a dar algo.

—Fuimos a comer y ya. No sé por qué le das tanto bombo a la noticia.

—Porque ha llamado un par de veces a casa preguntando si los papeles estaban bien, si necesitábamos algo... Vamos, excusas baratas para ver si alguna vez cogías por casualidad tú el teléfono.

Me quedé muda. Tenía el móvil apagado y olvidé encenderlo después de leer.

—Pues porque es educado, mamá, yo que sé.

La cena se me estaba atragantando.

—Ya, ya...

Mi madre meneaba la cabeza.

Cuando acabé de cenar, recogí mi plato. Empezaba a hacer calor por las noches, así que decidí irme al jardín para tomar una manzanilla.

—Me ha caído pesada la cena —resoplé.

—Vete tú; yo te la llevo ahora —se ofreció mi madre.

Desde la cocina y el salón se podía acceder directamente a la piscina y al jardín. Fuera se estaba de maravilla. Había bancos para sentarnos y dos conjuntos de sofás de teca con su mesita auxiliar. Al lado de la piscina, un columpio-balancín. Me senté en uno de los sofás y disfruté del fresquito que corría. Se estaba en la gloria. Al momento vino mi madre con una bandeja y un par de infusiones. Se sentó a mi lado.

—Toma, cielo.

Me sirvió la manzanilla con limón. Sabía que me gustaba así.

—Gracias, mamá.

Ella se sirvió otra y se recostó en el sofá a mi lado. Di un sorbo a la manzanilla y apoyé la cabeza en el hombro de mi madre. Me acurruqué a su lado, como lo hacía de pequeña. Ella acarició mi cabeza.

—Bueno, ¿vas a contarme qué tienes con ese chico?

Adiós al momento mágico entre madre e hija.

—Mamá, no tengo nada... Na. Da.

Ya no sabía cómo explicárselo. Mi madre era muy cabezota cuando se ponía en sus trece.

—Hija, que soy perra vieja. A mí puedes contármelo... Además, el chico está bien. Tiene un culo bonito.

—Por Dios, mamá. Vas a hacer que tenga pesadillas. No me digas esas cosas a estas horas.

Ella soltó una carcajada y me contagié de su risa.

—¿Acaso tú no te has fijado?



Menos mal que era de noche y no podía ver el rubor de mis mejillas.

—Mira, me voy a dormir —me levanté—. Esta conversación no tiene sentido.

Ya estaba a punto de irme cuando mi madre soltó la última noticia, que parecía tener guardada durante mucho tiempo.

—Pues ya me explicarás, porque mañana va a traernos los papeles de la firma. Y eso que yo podría haber ido a buscarlos perfectamente.

Me quedé de piedra. Mi madre dio el último sorbo a su manzanilla, se levantó y se fue, descojonada de la risa. Y yo me quedé allí unos minutos, tiesa como una maceta sin saber qué decir.

Me desperté sudando. Abrí la ventana y hacía un sol de justicia. El calor apretaba desde bien temprano, así que me dedicaría a tomar el sol, ponerme morena y bañarme en la piscina. Un perfecto día de relax en casa. Me puse uno de los bikinis nuevos que había comprado, uno negro con motivos estampados en verde fosforito. La parte de arriba era un triángulo atado al cuello y la braguita, de corte brasileño, se anudaba a ambas caderas con un lazo corto. Cada vez que me veía al espejo me costaba adaptarme al nuevo diseño de mi cuerpo. Era espectacular.

Fui al baño y, rebuscando por los cajones, encontré cremas solares de protección. Mi madre siempre tenía de todo... Me até un pareo a la cintura y cogí una toalla. En casa no había nadie. Supuse que mis padres habrían salido a comprar a algún mercadillo. Era algo que le encantaba a mi madre. Llevaba loco a mi padre, siempre de un sitio para otro en busca de las mejores gangas.

Tras desayunar algo, fui hacia una tumbona, donde me acomodé y me unté con protección solar, pues no quería chamuscarme el primer día. Cogí el móvil y busqué en las listas de reproducción una llamada «Música relax». Puse el teléfono en modo avión, me coloqué los auriculares y me dejé llevar por la suave música y el calor que acariciaba mi piel. No sé cuánto llevaría tumbada cuando noté que el sol me quemaba. Necesitaba darme un baño. Dejé los auriculares sobre la tumbona y me lancé a la piscina.

Al entrar en contacto con el agua, casi me da un patatús; estaba helada. Al poco me fui acostumbrando y agradecí la temperatura del agua. Hice unos

largos, para así endurecer el culo y terminar de definir todo lo que había vuelto a su sitio. El agua me relajaba, me despejaba la mente. Unos veinte minutos después, estaba agotada de tanto nadar. Definitivamente, tenía que hacer más ejercicio. Tras años y años de inactividad, mi cuerpo se resentía.

Salí de la piscina y me quité el cloro de encima en la ducha que había en el jardín. El agua se deslizaba por todo mi cuerpo y yo echaba el pelo hacia atrás para que no se enredara y se metiera en mis ojos. Me gustaba la sensación del agua cayendo sobre mi cabeza.

—Bonita imagen. Pareces la chica del mes de la revista Playboy.

La voz de Martín me sacó de mi momento relax.

Abrí los ojos y el agua me enturbió la mirada. No veía ni torta. Con una mano hice visera en la frente mientras con la otra trataba de cerrar el grifo. El agua dejó de caer y oí a Martín a mi lado, tendiéndome una toalla.

—¿Qué haces aquí? ¿Quién te ha abierto la puerta? —dije gruñendo mientras me secaba los ojos.

Lo vi junto a mí, devorándome con la mirada. Sonreía sensualmente y se me puso la piel de gallina. Me tapé instintivamente con la toalla.

—Me ha abierto tu madre. Me ha dicho que pasara a saludarte, que estabas en la piscina.

No podía creer que mi madre estuviera haciendo de alcahueta a mis espaldas. Ya la pillaría a solas luego.

—Bueno, pues ya me has saludado.

Intentaba no ser grosera, pero Martín despertaba instintos en mí que aún no sabía si estaba preparada para llevarlos a la práctica.

—Lucía, quería pedirte disculpas por lo de ayer... No debí precipitarme, pero es que me gustas mucho.

Me puse colorada como un tomate y bajé la cabeza para que no me viera.

—No pasa nada. Yo también reaccioné de forma un poco exagerada. Me asusté.

No mentía, pero tampoco le iba a dar más detalles. Que lo interpretase como le diera la gana.

—Ya sé que te parecerá una osadía —se echó el pelo hacia atrás nervioso—, pero me gustaría que cenaras conmigo esta noche. Quiero compensarte por lo de ayer.

Lo miré con los ojos muy abiertos. Iba a decirle que no, pero, entonces, por el rabillo de ojo vi aparecer a mi madre, que parecía espiarnos.

—Hola, Martín, ya veo que has encontrado a mi niña.

Le eché una mirada de aviso a mi madre, pero ella me ignoró por completo.

—Sí, señora Lucía. Ahora mismo estaba preguntándole si quería salir a cenar conmigo esta noche.

El muy capullo se estaba camelando a mi madre también. Martín le dedicaba aquella perfecta sonrisa blanca. Mi madre pasó por detrás de él, le echó una ojeada a su culito prieto y me guiñó un ojo. Me puse otra vez colorada. Iba a replicar cuando mi madre me cortó:

—Pues claro que saldrá contigo a cenar. Necesita que le dé el aire, aunque hoy está que le entra por todas partes.

Lo decía en alusión a mi escueto bikini, por supuesto. Me sentía avergonzada y manipulada. Mi madre me desafiaba con la mirada y yo no entendía ese interés de querer enrollarme con el abogado guaperas.

—No voy a poder ir —contesté.

Los dos me miraron sorprendidos. A Martín se le borró la sonrisa y a mi madre se le estaba encendiendo la mala luna que se le ponía en pocas ocasiones.

—Sí, cielo, vas a ir —insistió—. Es por tu bien. Martín te distraerá. Así dejas

de pensar en otras cosas que no te convienen...

Mientras hablaba, mi madre iba apretándome el brazo. Me hacía hasta daño. Aquello parecía más bien una imposición. Y, la verdad, no tenía ganas de discutir con ella.

—Está bien... ¿A qué hora me recoges?

La sonrisa de Martín regresó a su perfecta cara. Sus ojos azules cegaban del brillo que desprendían, resplandeciendo más que nunca.

—A las nueve.

—Vale.

Se marchó, no sin antes volver a pegarme un repaso de arriba abajo con la mirada que hizo que me sintiera completamente desnuda. Me agarré con fuerza a la toalla y lo vi irse con su perfecto cuerpo y su culito respingón. Se me subieron los colores al pensar cómo sería lo que había debajo de aquel impecable traje.

Mi madre lo acompañó a la salida y yo me tumbé a secarme al sol. Esperé a que ella volviera para darme la réplica. La conocía demasiado y sabía que no se iba a quedar sin decir la última palabra. Al momento, la sombra de su cuerpo me tapó el sol y la vi allí plantada, frente a mí, con los brazos en jarras.

—¿Se puede saber qué tiene de malo ese chico? ¿Por qué no quieres salir con él?

—No, mamá —dije, incorporándome—. ¿Se puede saber cuál es tu interés en hacer de casamentera?

Yo nunca le contestaba a mi madre, pero me había tocado un poco la moral.

—Ya me dijo Nuria que harías eso. Menos mal que estaba yo aquí para solucionar tus desastres...

Un mazazo me golpeó en todo el orgullo: Nuria y mi madre conspiraban a mis

espaldas.

—¿Nuria?

—Sí, hija. Tienes una amiga que vale un tesoro.

Pues ahora mismo estaba tan descolocada que lo único que pensaba era en cortarle la lengua.

—¿Es que me estáis haciendo la cama a mis espaldas?

—Nuria me llamó anoche y me contó lo que te había pasado con Martín.

Mi enfado iba creciendo, igual que el grado de vergüenza. Mi amiga contándole mis encuentros amorosos a mi madre.

—¡No me lo puedo creer!

Necesitaba llamar a Nuria y ponerla fina.

—Espera, no te alteres —me detuvo mi madre—. Me contó que te dio miedo Martín porque te besó. Y que luego te mandó un mensaje para disculparse. Me dijo también que, de volver a insistir, como ha hecho, lo rechazarías, y me insistió en que no te lo permitiera.

Cómo me conocía mi amiga. Era más bruja que la madre de la amante de mi marido. Debería sacarle el puesto en el pueblo.

—Pero...

Mi madre no me dejó hablar. Siguió con su argumento:

—Es normal que tengas miedo después de tu ruptura, pero Roberto no es el único hombre del mundo. Yo solo he conocido a tu padre y siempre se me quedará esa cosita de cómo sería estar con otro...

—¡Mamá! —exclamé escandalizada.

—Calla y escúchame —me ordenó—. Yo no cambio a tu padre por nadie, ni te

digo que te metas en la cama de Martín a la primera de cambio, pero toda mujer piensa lo que te estoy contando. Soy tu madre, pero también he sido joven como tú.

La miré con admiración. Tenía razón. Olvidaba que ella también era una mujer y ahora, lejos de parentescos, me hablaba como una igual, como mi mejor amiga.

—Mamá... No sé cómo reaccionar con él ni con ningún otro hombre. Creo que les he cogido pánico.

—Cariño, eres joven, guapa y sé que ahí dentro hay una mujer fuerte. Roberto te ha minado y te ha hecho sentir como un cero a la izquierda. Nunca debiste dejar tus estudios... Te has dedicado a ser su sombra. Ahora es tu momento; te toca brillar. Tienes que ser tú misma y dejar de ser la sombra de nadie. Así que entierra tus miedos y... vive.

Las palabras de mi madre me daban más fuerza que ninguna otra cosa en el mundo. Me levanté y la abracé.

—Gracias, mamá. Eres la mejor en todo.

—Recuerda, hija. Cómete el mundo y no seas nunca más la sombra de nadie. Tú eres pura luz, así que... ¡brilla!

La sinceridad de mi madre era abrumadora y mi mente le daba vueltas a todo lo que me había dicho. Cierto era que me había sorprendido mucho la confesión de aquella curiosidad suya por no haber estado con otro hombre. Yo lo había comentado alguna vez con Nuria, y hasta lo había imaginado, pero oírlo de tu propia madre te hace ver que no eres un bicho raro. Seguro que todas las mujeres lo hemos pensado. Lo bueno era que me había convertido en una mujer libre que no tenía que dar explicaciones a nadie. A partir de ese momento, yo era la única que pondría las limitaciones.

Me quedé unos minutos junto a la piscina. Mi piel iba adquiriendo un tono más de color. Me puse de nuevo los auriculares, unté más crema solar sobre mi piel y dejé que el sol siguiera bronceándome. Mi mente y mi cuerpo se relajaron, esta vez con un poco de más seguridad en mí misma. Y el día se me

pasó volando.

\* \* \*

Después del rato en la piscina se hizo la hora de comer. Fui a la peluquería con mi madre. Ella se moldeó el pelo a mano y se hizo las uñas. Yo todavía las llevaba bien, así que me hice una nueva hidratación y me alisé de nuevo el pelo. Mi madre insistió en que me maquillaran, pero a mí no me gustaba el maquillaje, y menos en la cara, más que nada porque no estaba acostumbrada, así que me retocaron lo mínimo. Estaba muy favorecida y ganaba muchísimo.

—Hay que ver lo que hacen unos euros de pintura en la cara —sonrió mi madre, complacida por mi aspecto.

—Mamá, ya sabes que no estoy acostumbrada a ir con potingues en la cara...

—Es que la niña tiene una cita esta noche.

Enrojecí hasta la médula. Lo soltó en medio de la peluquería, delante de las marujas.

—¿No me digas? ¿Quién es el afortunado? —preguntó Sol con curiosidad.

Miré a mi madre con ojos de súplica. Recé para que no abriera la boca.

—No lo sé. Un chico majo que ha conocido.

Suspiré con alivio. Mi madre me sonrió.

—¿Quieres que te depilemos?

Cuando Sol me lo preguntó, solo quería que la tierra se abriera y me tragase de un bocado.



—Gracias, llevo hecho el láser desde hace años.

Era lo único bueno en que se había empeinado Roberto. Podía decirse que no tenía ni un pelo de tonta; solo el de la cabeza.

—Tanta modernidad... luego vienen los cánceres y esas cosas —soltó una mujer mayor a la que estaban peinando al lado de mi madre. Me recordó a la Fregona de mi cuñada.

—Mamá, ¿nos vamos? —Le metí prisa.

No soportaba un minuto más en aquella peluquería. La conversación se había ido por los cerros de Úbeda y no quería que empezaran a desvariar sobre mis ingles, debatiendo sobre si tendría un cáncer por haberme hecho el láser.

Martín estaba a punto de llegar. Después de una hora rompiéndome la cabeza sobre qué ponerme esa noche, ya me estaba dando los últimos retoques. Al final, tras probarme varias combinaciones, me decidí por un vestido corto drapeado que se ajustaba al cuerpo lo necesario para hacerme una figura fascinante. Era de rayas, negro y blanco, con un corte bastante insinuante, sin llegar a ser vulgar. Era elástico y muy cómodo, sin cremalleras que se me fueran clavando por todas partes. También estrené un conjunto de ropa interior, uno negro con un pelín de relleno para que mi pecho luciera aún más. Debajo, un culote con un ligero motivo de encaje. Me daban miedo las nuevas sandalias de tacón alto, pues no era algo a lo que yo estuviera acostumbrada y temía parecer un pato mareado o partirme una pierna.

Me miré al espejo. Solo faltaba preguntarle aquello de «espejito, espejito, ¿quién es la bella del reino?», aunque seguro que me respondería que estaba buenísima.

—Lucía —gritó mi madre—. ¡Martín ha llegado!

Había llegado mi príncipe guaperas. Cogí un pequeño bolso negro y salí despacio, más que nada por temor a caerme de los tacones e irme de bruceas contra el suelo. Nada más verde, mi madre sonrió con aprobación. Martín enmudeció. Y yo, cuando lo vi a él, hice lo mismo... Había dejado el traje en casa. Aquella noche se presentó un Martín totalmente diferente: un chico más jovial e informal, con unos vaqueros de cadera baja, unas deportivas de marca y una camiseta blanca con el escote en forma de pico. Aunque se depilaba el

pecho, se entrevía el pelo corto que le empezaba a crecer. Era un bombón en toda regla, con el pelo recién lavado, al natural, dándole un look desenfadado.

—¡Qué guapos estáis!

Menos mal que habló mi madre. Los dos nos habíamos quedado idiotizados, mirándonos mientras nos hacíamos un escáner el uno al otro.

—Estás guapísima... —reaccionó Martín saliendo del trance.

—Tú también —respondí cohibida.

—¿Nos vamos?

Al pasar por delante de él su perfume me embriagó. Era el olor de la tentación llamando a mi puerta.

Una vez fuera, me abrió la puerta del coche. Notaba su mirada clavada en mi cogote. En el parabrisas del coche vi una hoja de publicidad. Cuando me eché hacia delante para quitarla, noté cómo el vestido se me subía de forma indecente. Me giré de golpe y vi a Martín con la mirada clavada en aquella sugerente imagen que le acababa de ofrecer. Me bajé el vestido y subí al coche a toda leche.

De la vergüenza que me dio ni siquiera miré a Martín. Menos mal que tenía aquel papelito... No me acostumbraba a esa ropa ni a mi nuevo look. Estaba claro que todavía quedaban resquicios de la antigua yo; y eso me jugaba malas pasadas.

—¿Qué es eso que había en el cristal?

—Es de un autocine. —Miré el folleto—. No sabía que hubiera uno por aquí.

—Lo pusieron el año pasado. Está en las afueras.

—Nunca he ido a uno. Solo lo he visto en la televisión.

Martín me miró con cara de asombro, aunque enseguida esbozó una sonrisa.

—¿Quieres que te lleve? Tenía pensado ir a un restaurante que te pegara más. Así podría lucirte y presumir de ti.

Las palabras de Martín me dejaron un poco perpleja. Si me hubiera visto hace unos meses...

—Pues me gustaría ir al autocine. La película que echan tiene buena pinta.

—Lo que tú digas.

Martín dirigió el coche hacia al autocine.

Por el camino me estuvo hablando de su trabajo y de otras cosas cotidianas. La verdad era que, al escucharlo detenidamente, parecía un pelín egocéntrico: repetía la palabra «yo» cada dos por tres. Aunque, salvando ese ligero defectillo, estaba como un queso y su perfume me estaba volviendo loca. Por mi cabeza cruzaban las palabras de Nuria: «Mente fría...».

Mi mente estaría fría, pero el cuerpo lo llevaba bien calentito, no sé si por el calor que hacía aquella noche o por el subidón que me daba tener a Martín tan cerca. De todas formas, yo no iba a dar el primer paso ni a provocar ninguna situación embarazosa. Solo pensaba en tener mi mente fría.

Cuando llegamos al autocine había un centenar de coches aparcados allí. Pagamos las entradas y nos dieron una especie de altavoz para conectar en nuestro aparcamiento. Se podía escuchar la película a través de ese aparato o también sintonizando la emisora de radio que te indicaban. Muchos, aprovechando el buen tiempo, salían del coche y se sentaban en sillas de plástico o hamacas que traían de sus casas.

—Voy a buscar unos bocadillos y algo para beber —dijo Martín—. No es la idea que tenía para una cena romántica...

—Pues a mí me encanta —le corté.

Se fue en busca de los bocadillos un poco decepcionado. Yo nunca había estado en un autocine y el ambiente que había me gustaba. Había familias enteras con sus táperes de comida, parejitas dándose el lote en las zonas más

oscuras. Al apagarse las luces se hizo el silencio. Yo me quedé sola en el coche y perdí de vista a Martín. Al rato apareció con un par de bocadillos de jamón y dos refrescos.

—Ya estoy aquí —susurró.

—¡Qué buena pinta! —dije al ver los bocadillos.

Los habían calentado un poco y emanaban un olor delicioso. Nunca un bocadillo me había sabido tan bien. Lo disfruté como el mejor de los manjares y junto a la mejor de las compañías posibles. Martín, que tenía más fino el paladar, se lo comió a regañadientes. Cuando acabamos de cenar, pulsó un botón del salpicadero y los asientos se reclinaron.

—Así estamos más cómodos.

—Ya, pero así no veo la película —le contesté a la defensiva y con mal talante.

Volvió a poner los asientos como estaban, con cara de pocos amigos. La película era entretenida, pero tenía que estar con cuatro ojos, pendiente de Martín en todo momento. Se revolvía en el asiento, lo que me ponía nerviosa. Me giré hacia él para decirle que parara y él aprovechó para saltar a la acción. Pasó su mano por detrás de mi nuca y me atrajo hacia él velozmente. Sus labios enseguida se acoplaron a los míos. No protesté y dejé entrar su lengua para que se enroscara con la mía. Mi pecho empezó a respirar agitadamente y él se aceleraba por segundos. Intenté mantener la mente fría, pero mi cuerpo ardía en llamas. Martín dejó caer disimuladamente una mano encima de mi pierna y empezó a deslizarla con intención hacia el interior de mis muslos. Me ericé, pero me puse tensa y alerta. No podía evitarlo. Me separé de él, apartando su mano de mis piernas.

Él me miró desconcertado, jadeante. Vi el deseo en sus ojos. No sabía qué hacer. Era terriblemente guapo y mi cuerpo lo reclamaba, pero mi mente todavía me frenaba. Martín bajó los pestillos y arrancó el coche. Lo miré confusa.

—¿Qué haces?

—Llévate a tu casa antes de que eches a correr como una loca entre los coches y te lleven detenida.

No dije ni media. Me sentí ofendida y avergonzada. El muy chulito estaba acostumbrado a manejar a su antojo a las mujeres y se creía que todas tenían que caer rendidas a sus pies. Las palabras de Nuria volvieron a mi mente de nuevo: «mente fría».

De camino a casa pasamos por el lago Verdiazul. Lo conocía bien, pues de más joven me había bañado allí muchas veces. Era famoso por el color de sus aguas, entre verde y azulada, de ahí su nombre. Le dije que detuviera el coche.

—¿Para qué quieres parar ahí? —Estaba desconcertado.

—Tengo calor; me apetece tomar el fresco. Si quieres espera en el coche... o vete.

Mi tono era chulesco. Eso de la mente fría me estaba dando fuerzas. Tenía un reto ante mí.

—¿Cómo voy a dejarte aquí sola?

Martín me miraba como si estuviera chalada. Bajó del coche dando un portazo. Yo me apeé con suavidad, quitándome los zapatos de forma provocativa. Sus ojos se abrieron por completo. Parecía un búho, no se le escapaba ni un detalle. Me quité el vestido, dejando solo el conjunto de ropa interior negro. El pecho de Martín subía y bajaba muy acelerado. Le iba a provocar un infarto. Vino directo hacia mí, pero yo fui más rápida y me tiré de cabeza a aquella agua congelada. Oí cómo maldecía en la orilla.

—Ven. El agua está de vicio. —Le invité con una sonrisa.

—Tarde o temprano tendrás que salir.

—Soy buena nadadora.

Lo desafié con la mirada. Él se sentó en la orilla y puso sus codos sobre las rodillas, apoyando la cara en las manos.

—Yo tengo mucha paciencia cuando quiero algo...

Me estremecí debajo del agua helada. No era el único que lo quería, pero sería porque yo lo había provocado. Mi mente debía mantenerse fría y diferenciar el placer del amor. Aquel hombre no me convenía, pero me llevaba tan loca como yo a él y no me iba a torturar más. Me distraje un segundo con mis pensamientos y me di cuenta de que Martín ya no estaba en la orilla. Oí un chapoteo de agua detrás de mí. Estaba oscuro y noté sus manos agarrándose a mi cintura. Aquello subió la temperatura de mi cuerpo, contrastando con el agua fría.

—Tengo que reconocer que la paciencia no es una de mis virtudes —me susurró, y luego me dio un pequeño mordisco en el lóbulo de la oreja.

Mi corazón se aceleró, mi piel se erizó. Martín me apretó contra él y pude sentir su desnudez contra mi cuerpo. Me dio la vuelta y atacó mi boca sin miramientos, sin pudor, sin remilgos, directo a por ella. Su lengua entraba con pasión, con ganas de mí. Yo me encendí y noté que me humedecía del placer y de la excitación que me provocaba. Le devolví los besos con la misma pasión que él me los daba. Con su mano alrededor de mi cintura, tiró de mí hacia su cuerpo para pegarse más. Pude sentir su erección sobre mi cuerpo. Su mano bajó hacia uno de mis pechos y lo estrujó hasta que solté un gemido de deliciosa sorpresa. Su boca no me daba descanso y su lengua seguía enrollándose en la mía, sin dejarme espacio para poder respirar. Literalmente, me estaba absorbiendo.

—Me tienes loco —susurró.

Yo no podía hablar.

Mi concentración estaba dirigida al placer y en procurar mantener la mente fría. Aunque cada vez me resultaba más difícil...

Su mano bajó velozmente para perderse entre mis braguitas. Un dedo invadió mi intimidad. Puse mis manos sobre sus hombros y lo miré con la cara encendida. En sus ojos solo había pura lujuria y la sonrisa blanca era reflejo de su lascivia. Me lancé a su boca otra vez y sus dedos empezaron a poseerme con habilidad y experiencia. Yo me movía buscando mi gozo y él se encendía

más y más. En un arrebato de pasión desenfrenada, me apartó las bragas y me penetró. Yo sentí una oleada salvaje de placer al notar su miembro erecto dentro de mi vagina, pero me salí de él. Aquello lo descolocó.

—Cielos, aquí no. ¿Tienes un preservativo?

Martín puso mis piernas alrededor de su cintura y me sacó a grandes zancadas del agua sin dejar de besarme. Se dirigió al coche.

—No te muevas.

Me dejó allí, de pie, tiritando, mientras él rebuscaba desnudo en la guantera del coche. La escena quedaba muy lejos de ser romántica, pero cuando la luz de la guantera iluminó las partes bajas de Martín...

—¡Santo Dios! —exclamé asombrada.

Las palabras salieron involuntariamente de mi boca, sin poder evitarlo. Martín se giró para mirarme y sonrió al ver mi cara de sorpresa. Se colocó el preservativo y, casi sin darme cuenta, ya lo tenía encima sobre mí. Me quitó el sujetador de un tirón y las bragas volaron también antes de que pudiera decir este cuerpo es mío.

Me penetró sobre el capó de su flamante Audi A4. Yo me dejé caer con las manos hacia atrás para que me hiciese lo que quisiera. Él se agarró a mis nalgas y me acercó más hacia su sexo. Al principio me embestía comedidamente, pero su excitación subió de grado y su ritmo aceleró. Perdí la vergüenza en el mismo momento en que noté a Martín en mi interior. Cerré los ojos e imaginé mi propia novela erótica. Ahora era yo la protagonista y el tío bueno me estaba follando a mí.

—Martín, fóllame —evoqué las palabras de Verónica.

Salieron de mi boca e hicieron que me excitara todavía más. Martín se convirtió en un potro salvaje desbocado.

—Te voy a follar como nadie te ha follado.

Su voz era sensual, sexual y excitante. Estaba duro y excitado. Entonces, me



dio la vuelta y mis pechos quedaron sobre el capó del coche, que aún desprendía el calor del motor. Martín pasaba sus manos por mis nalgas y mis caderas. Eran puro fuego. Se tumbó sobre mí y metió los dedos dentro de mi coño. Estaba muy cachonda y me volvía loca de placer. Martín jadeaba y se contenía para no correrse.

—Tienes un cuerpo precioso. Me pones a mil —decía entre jadeos.

Mi respiración se entrecortaba mientras él seguía entrando y saliendo con sus dedos dentro de mi interior. Me estremecí de placer. Sacó la mano y me volvió a penetrar con su majestuosa verga.

—Santa María Bendita —grité.

Él me sujetó por las caderas y empezó a moverse frenéticamente dentro de mí. No soportaba más las placenteras acometidas que me proporcionaba Martín. Percibía cada centímetro de aquel maravilloso falo deslizándose y vibrando dentro de mí. Se estaba hinchando por la excitación y me sentí llena de su hombría. Me estremecí y no pude contener por más tiempo un delicioso y apasionado orgasmo. Pensé que iba a desmayarme por el subidón tan fuerte que sentí. Martín apuró el ritmo y sus penetraciones se hicieron más fuertes. Me sujetaba con firmeza las caderas, para que nuestros sexos no se separaran ni un milímetro y se estremeció con violencia reteniendo un gruñido. Luego cayó encima de mi espalda exhausto.

—Martín, me estás aplastando —me quejé casi asfixiada por su cuerpo.

Era un peso muerto. Debido al sudor se había quedado pegado a mí.

—Lo siento.

Dio un paso hacia atrás. Me fui en busca de la ropa para vestirme. Menos mal que estaba todo oscuro. No me sentía mal por lo que había hecho, pero andar desnuda por allí era un poco bochornoso. Mientras me vestía, él me sujetó por la espalda y me besó en el cuello.

—¿Dónde vas? A mí me gustas así.

Me di la vuelta y le besé.

—Tengo que vestirme —dije sonriendo.

—Vente a dormir conmigo. Tengo más ganas de ti.

—No puedo, no tengo bragas que ponerme. Te has cargado las que llevaba.

—No las necesitas.

—Por hoy está bien —repuse—. Ya vamos hablando.

—No seas mala —suplicó.

—Mañana hablamos, Martín.

—Está bien, pero que sepas que me debes una noche con cama incluida —me dio un pequeño mordisco en el cuello.

Nos vestimos y Martín me llevó a mi casa.

Estaba agotada. Me hacía falta una ducha y dormir. Cuando llamara a Nuria y le contara lo que acababa de ocurrirme esa noche, iba a flipar.

—¿Seguro que no quieres venir conmigo a dormir? —volvió a insistir Martín delante de mi casa.

Le miré a la cara y sonreí, diciendo:

—Cielo, dormir y cama son palabras incompatibles para ti...

—Pero si no lo hemos hecho en una cama.

—Todo a su tiempo, Martín. Todo a su tiempo.

Al final bajé del coche y pude llegar sana y salva a mi habitación y, después de una cálida ducha, dormir profundamente.

Unas agujetas horribles invadían todo mi cuerpo al día siguiente. Parecía que hubiera corrido la maratón de Boston. Estaba claro que mi cuerpo reclamaba ejercicio más a menudo, o esas palizas espontáneas acabarían por pasarme factura. Me estiré en la cama y bostecé; hasta la mandíbula me dolía. Decidí quedarme en la piscina todo el día, de relax y tomando el sol, sin hacer nada. Necesitaba recuperarme.

Desconecté el móvil del cargador y miré si tenía alguna llamada perdida o algún mensaje. Nada. Busqué el número de Nuria en la agenda y le di a llamar.

—Chochona...

La voz de Nuria me transmitió buena energía y su alegría por teléfono.

—Hola, tenía ganas de hablar contigo.

—¿Ha habido alguna novedad? —preguntó con voz de guasa. Seguro que mi madre ya la había puesto al tanto.

—Me imagino que sabrás que ayer salí con Martín, ¿no?

—¿Yo?

—Sí, tú. Ya me ha contado mi madre que las dos habéis estado haciendo de alcahuetas a mis espaldas.

Nuria soltó un suspiro. Al final confesó:

—Necesitabas un empujoncito. Es que tú eres muy testaruda. No te enfades.

—Pues ya salí con él. Ya tenéis lo que querías.

—Pero cuenta, no me dejes así. ¿Qué tal anoche? ¿Hubo tema?

—Madre mía Nuria, que polvazo...

—¿Qué? —gritó.

Me reí, recordando vívidamente mi cita tórrida con Martín.

—Nuria, fue increíble. Tiene un cuerpazo... Y un... un rabo que es lo más grande que han visto mis ojos. Me duele todo el cuerpo.

—Normal, si solo has visto el de Roberto —reía ella también.

—No seas así, que me avergüenzas.

—Pero, ¿el tío trabaja bien? Cuéntame los detalles y no me tengas en ascuas.

Tuve que relatarle todo lo ocurrido, con pelos y señales. Nuria iba cortándome e interrogándome. Se asombraba de mi iniciativa y estaba contenta de que, por fin, hubiera perdido mi «virginidad». Después de saber todos los pormenores de mi encuentro sexual me preguntó:

—¿No te habrás enchochado de él?

La pregunta me cogió desprevenida. Lo pensé un poco.

—Creo que no. Mantuve la mente fría, como tú me dijiste.

—¿Te ha llamado hoy?

—He mirado el teléfono antes de llamarte y no tenía ni llamadas ni mensajes.

—Ay, Chochona... Si nada más levantarte esperas encontrar una llamada de tu

ligue, malo. Y que no la haya, peor.

—¿Qué quieres decir?

—Espero que para ti haya sido solo un polvo, porque tú para él sí lo has sido.

Las palabras de Nuria fueron como una patada en el estómago. No sabía cómo interpretar lo que sentía. Se suponía que no tenía que afectarme, que yo deseaba tirármelo y punto, sin darle más importancia.

—Es lo que ha sido. Yo no quiero complicaciones, Nuria.

Sin embargo, no estaba muy convencida de mis palabras. Quería creérmelas y esperaba que así fuera.

—Eso espero. No quiero que sufras más, y menos por un hombre.

—Cambiando de tema. ¿Cuándo vienes?

—Mañana te lo digo. Estoy esperando a que me confirmen una cosa.

—Pues hablamos mañana. Un beso, Golfilla.

—No sé yo si me usurparás el puesto. Hasta mañana, Chochona.

Me dio que pensar lo que me había dicho Nuria. Martín no daba señales de vida. No me iba a romper la cabeza por ello, pues, aparte de un polvo, tampoco era un hombre como para pasar el resto de la vida con él. Era egocéntrico y solo sabía hablar de sí mismo. No me perdía nada.

\* \* \*

Me puse el bikini y, cuando me miré al espejo, vi que un chupetón lucía en mi

cuello. Si es que ese hombre actuaba como los perros; tenía que marcar el territorio por el que pasaba.

—¡La madre que lo parió! —maldije en voz alta.

Me puse el pelo por delante y fui a la piscina a tomar el sol. Mis padres habían salido otra vez, así que la casa era para mí sola. Mejor.

Cogí la crema solar, me unté bien y me tumbé al sol. Me quedé dormida debido al agotamiento de la noche anterior. La voz de mi madre me despertó.

—Lucía, ¿me oyes?

Estaba tumbada boca abajo. Levanté la cabeza un poco y abrí los ojos. Mi madre estaba de pie con mi vestido de rayas en la mano.

—¿Dónde te metiste anoche? ¿En un barrizal?

Me enseñó el vestido, todo manchado del barro del lago. Me puse colorada y me levanté de golpe. No sabía qué decirle.

—Fuimos al autocine y me resbalé con los tacones. Me caí de culo y...

Puse cara de tonta y me encogí de hombros. Mi madre me clavó la mirada y me pasó el detector de mentiras. Parecía que había colado.

—Pues menudo sitio para llevar a una chica. A ver qué puedo hacer con este desastre.

Se fue con el vestido para lavarlo y yo suspiré aliviada. Me sentía como una adolescente a la que acaban de pillar en su primera vez. Me di un baño en la piscina para quitarme el susto. Estuve nadando un rato, soportando las agujetas. El agua fría me recordaba a la noche anterior y un escalofrío me recorrió el cuerpo. Noté excitación al recordar el cuerpo de Martín, su torso desnudo recién rasurado, su culito respingón y duro, su miembro dentro de mí... Me estaba poniendo a mil pensando en él. «Mente fría Lucía, mente fría», me dije.

Salí de la piscina y me duché. Después regresé a mi tumbona para secarme.

Cogí el móvil; allí no había nada. Seguía sin tener noticias de Martín. Me vine abajo por un momento, pero no duró mucho. El odio volvió a entrar en mí y lo borró de un plumazo. La llevaba clara si pensaba que yo iba a llamarlo o a buscarlo.

\* \* \*

Pasaron dos días largos e interminables. Mi refugio era la piscina, la lectura de esa novela erótica y nadar. Me había puesto muy morena y mis ojos verdes resaltaban como dos esmeraldas, o como los ojos de una gata enrabiada.

Durante ese tiempo no tuve noticias de Martín y Nuria tampoco me había llamado. No estaba de humor. Desde que me levantaba, estaba cruzada. Y a la protagonista de mi novela tampoco le iban las cosas muy bien; se veía que nos sincronizábamos de maravilla.

Me estaba poniendo el bikini en el baño de mi habitación cuando abrieron la puerta del cuarto. Salí del baño con las espaldas en alto. No habían llamado antes de entrar. Me quedé parada en medio de la habitación.

—Chochona, ¿eres tú?

Nuria me miraba boquiabierto. Yo estaba parada en bikini en medio de la habitación. Reaccioné y fui a darle un abrazo.

—¡Qué alegría! No te esperaba...

La apretaba tanto que la estaba asfixiando.

—¡Que me ahogas! —se quejó, separándose de mí.

—¿Te ha visto mi madre?

—Mujer, ¿quién me iba a abrir, si no? Por cierto, me ha dicho que se iba a un rastro con tu padre y que te lo dijera.

—Esa mujer lleva a mi padre por la calle de la amargura.

—Déjame verte. No me puedo creer que seas tú. ¡Pero si eres un bombón!

Daba vueltas a mi alrededor sin salir de su asombro.

—Es verdad —recordé—. Tú aún no me habías visto. A veces se me olvida que tengo este nuevo look. No me acostumbro a que la gente me mire así...

—Dirás los hombres —me corrigió.

—¿Qué haces aquí? Esperaba que llamaras antes de venir.

—Decidí improvisar y darte una sorpresa —dijo.

—Pues me la has dado.

No podía elegir mejor día para hacerlo. Mi humor cambió a positivo al momento.

—¿Tienes noticias de tu Guaperas?

Bajé la mirada y mi cara se transformó al momento.

—No —contesté seria y seca.

—Cámbiate. Tenemos cosas que hacer, así que ponte bien guapa.

Nuria llevaba un vestido corto rojo de tirantes, ajustado a su magnífica figura y con unas sandalias de tacón a juego. Yo me puse un vestido más desenfadado y casual: azul, corto y también de tirantes, pero más largo por los lados. Era suelto, pero vaporoso y, al caminar, marcaba mi silueta. El color resaltaba mi moreno y las dos llamábamos la atención de lejos. Mi amiga alquiló un coche, para así no depender de nadie ni pedirle el favor a mi padre. Un Volkswagen Golf nos esperaba fuera.



—¿Adónde vamos? —le pregunté a Nuria.

—A comer algo y de compras. Ese cuerpo que tienes hay que lucirlo —sonrió.

—Yo no estoy demasiado puesta en locales...

—¿Dónde comiste el otro día con el Guaperas?

—No vamos a ir donde está Martín. Ni loca.

—No seas tonta. —Hizo un gesto con la mano de despreocupación—. Tengo que conocerlo. Además, ese capullo merece una lección y tú debes aprender otra.

Me llevé un dedo a la sien.

—Tú no estás bien.

—Lucía, te conozco. Sé que ese tío te quita el sueño y es un gilipollas que te la ha jugado. Solo quiero que lo veas y darle luego de su propia medicina.

—Nuria, solo fue un polvo. No he vuelto a pensar en él —mentí.

—¿Cuántas veces has mirado el teléfono estos días esperando una llamada?

No contesté. Me callé. Y quien calla otorga. Qué zorra era cuando quería. ¡Cómo me conocía!

Nuria paró el coche un momento al lado de un hotel. Lo metió en el aparcamiento y me indicó que bajara.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunté extrañada.

No entendía nada.

—Es que tengo otra sorpresa.

Me cogió de la mano y me llevó hasta la recepción del hotel. Allí estaba esperando mi sorpresa: George, Ben y una mujer rubia despampanante a la que

no conocía. Nuria me arrastró hacia ellos. George y Ben me clavaron la mirada, observándome con detenimiento. Me sentí intimidada por aquellos cuatro ojos claros que me miraban con tanto descaro. La mujer permanecía impasible, bebiendo una copa de vino blanco. Llegué a su lado azorada, sorprendida de verlos allí.

—Chicos, yo casi no la reconozco —dijo Nuria eufórica—. ¿A que está muy cambiada?

Los dos hombres volvieron a pegarme un repaso y yo me ruboricé. La mujer me miró de reojo. George se acercó y me dio dos besos.

—Estás preciosa, me alegro de verte con tan buen aspecto —me susurró sensualmente al oído.

Los pelos se me pusieron como escarpías. Ya no recordaba lo guapo y atractivo que era George.

—Gracias —respondí con la voz quebrada.

Luego se acercó Ben y me pasó la mano por la cintura, dándome también dos besos. Aquella mano abrasaba como si fuera la del mismísimo Satanás.

—Me alegra que lo hayas superado todo. Yo siempre he visto lo preciosa que eres. Ahora estás espectacular.

Ben seguía con su rectitud y seriedad particulares, pero hizo que me erizara igualmente.

—Gracias, Ben. Yo también me alegro de verte.

Lo decía de verdad. No olvidaba lo que había hecho por mí.

—Te presento a mi novia. Charo.

Por fin le ponía nombre a aquella impresionante rubia de ojos azules. No entendí por qué aquellas palabras me sentaron tan mal, pero así fue.

—Encantada de conocerte, Charo.

Le di dos besos y ella también hizo lo propio. Me sacaba por lo menos dos cabezas. Era muy alta, tenía una media melena lisa perfectamente peinada, los ojos azules y unas tetas que iban a juego con su perfecto cuerpo. Me hizo sentir poquita cosa.

—Charo es la pediatra de la clínica Lances —me informó Nuria.

Guapa y médico, ¿qué más se podía pedir!

—Bueno, ¿nos vamos a comer? —George dio una palmada al aire.

Miré a Nuria un tanto desconcertada. Me la llevé a un rincón, disculpándome con los otros.

—Pensé que íbamos a ir las dos solas...

—Cielo, nos hemos hospedado aquí todos. Hemos venido por ti y, de paso, a celebrar el cumpleaños de George, que es en un par de días. Ya te contaré más tarde los detalles.

—¿La rubia también?

Me tapé la boca con las dos manos al momento. No podía creer que hubiera dicho eso en voz alta. Nuria me miró con curiosidad. Se limitó a sonreír, pero no sacó punta.

—Vamos a comer al restaurante ese. Dime dónde es.

Al final cedí y le di la dirección del restaurante de comida mediterránea que estaba al lado de donde trabajaba Martín. Nuria dejó el Golf y salimos en el Mercedes de George. La muy golfá había cuidado hasta el último detalle para que no sospechase que estaban allí.

Me sentía un poco incómoda con la situación. Ben y Charo fueron en otro coche. Quedamos en encontrarnos en el restaurante. No sé qué plan llevaba en mente mi amiga, pero me tenía acojonada, porque Nuria podía llegar a ser muy impredecible y podía esperarme cualquier cosa de ella. Mi estómago daba vuelcos del manajo de nervios que se estaban apoderando de mi persona. La incertidumbre me estaba desquiciando.

Aparcamos el coche en un aparcamiento público, cerca del restaurante. Cuando bajé me temblaba todo el cuerpo. Nuria se acercó y me cogió de la mano.

—Tranquila, Chochona. Ahora te toca a ti mover ficha.

—¿Qué? ¿Cómo?

Nuria me volvía loca con sus juegos de palabras y acertijos.

—Estás fuerte, pero no lo suficiente. Para lucir una carcasa como la tuya, hay que tener un cerebro y una mente muy fríos. Si no, los hombres te van a destrozarse la vida... Ellos solo ven un objeto de deseo, pero tú tienes un arma y debes saber usarla a tu favor.

—Nuria, me das miedo cuando hablas así —la miré asustada.

—Ya lo entenderás.

Esperamos a que llegaran Ben y su espectacular nueva novia. Aparcaron dos minutos después. La rubia se apeó del coche con aquellos taconazos de diseño, con esas piernas largas y bien esculpidas, su vestido negro ceñido al perfecto cuerpo, su escote de vértigo que dejaba entrever unos inmensos pechos... Volví a sentirme acomplexada y quise irme.

—¿Adónde vas? —me agarró Nuria por el brazo.

—Es que esa mujer me hace sentir ridícula. Ella y esas tetas. Es tan perfecta... —le susurré al oído.

—Cariño, todo es artificial. Nosotras somos de calidad. No tienes que sentirte menos que ella. Le pegas mil vueltas.

Nuria le dijo a George que se acercara y le preguntó sin cortarse de que estuviera yo delante:

—Cielo, ¿a quién te llevarías a la cama más a gusto, a la rubia de tu amigo o a mi Lucía?

Nuria le sonreía provocativamente. Yo me puse colorada hasta la médula.

—Nuria, por Dios —me tapé la cara avergonzada.

Se me escapó un grito que los otros dos oyeron. George me miró a los ojos y luego a todo lo demás que venía incluido en el pack. Me estaba desnudando con la mirada y no se cortaba delante de mi amiga. Yo estaba muy roja, me notaba el pulso en las sienes. Creía que me iba a desmayar del bochorno que me estaban haciendo pasar. Era la situación más embarazosa que jamás había experimentado.

—Sin duda a Lucía.

Ni se lo pensó. Mi amiga sonrió ante su respuesta, satisfecha. Por un segundo, imaginé que George me levantaba el vestido y me empotraba contra la pared. Madre mía, menudo calor empezó a correrme por el cuerpo...

Nos sentamos a la mesa. Nuria me puso al día de los cotilleos del pueblo. No me habló de Roberto ni de nadie de mi familia, solo de chismes sin importancia: si se había casado fulana, o si mengana estaba embarazada. Lo típico. George contaba anécdotas y chistes de su trabajo y Ben, directamente, no hablaba. De vez en cuando la rubia le dedicaba una carantoña, que él ignoraba sin inmutarse. Estaba serio y, en más de una ocasión, le pillé mirándome fijamente, lo que me ponía muy nerviosa.

En el centro de la mesa, dos platos de jamón ibérico y queso curado pedían a gritos ser devorados. Nuria le dio saque y los demás la seguimos. Estaban de vicio. Casi me atraganto cuando vi entrar en el restaurante a Martín acompañado de Ricardo. Estaba tan guapo como siempre, impecable con un traje gris marengo.

Le apreté la pierna a Nuria por debajo de la mesa. Ella se dio cuenta de quién era Martín. Le dijo algo al oído a George que no pude oír. Y es que yo estaba tan centrada en Martín que mis sentidos se bloquearon. Bajé la cabeza e hice que no lo veía, pero él sí que me vio. Se acercó a la mesa con Ricardo para saludarnos con toda la naturalidad del mundo.

—Lucía, qué placer verte por aquí. Te veo muy bien acompañada. —Mostró su sonrisa perfecta.

Martín le pegó un repaso a Nuria de alucine y luego se deleitó con la rubia. Ella sonrió por primera vez. Después volvió la mirada de nuevo hacia Nuria;

le había gustado.

—Lucía, ¿no nos presentas? —Mi amiga estaba en su salsa.

Martín estaba encantado con ese coqueteo, pero yo solo quería estamparle un plato en aquella bonita cara.

—Martín, esta es mi amiga Nuria. Y ellos son Charo, Ben, y...

George se levantó para darle la mano y me cortó la presentación.

—Soy George, un amigo especial de Lucía.

Cuando volvió a sentarse, George me dio un beso en los labios. Me quedé de piedra. Los pezones se me pusieron de punta y la electricidad recorrió mi cuerpo. Le miré embobada y él me guiñó un ojo de complicidad. La cara de Martín no tenía desperdicio. Nuria añadió la puntillita que faltaba.

—Es que tenía unas ganas de verla... —soltó, moviendo las pestañas y poniendo las manos debajo del mentón.

—Ya veo, ya. Me voy a comer algo. Nos vemos por ahí.

Me lanzó una mirada de celos, digna de grabar, la misma mirada que también tenía Ben. Yo no podía articular palabra. Aún tenía el sabor de los labios de George en los míos y me daba vergüenza reconocer que me había quedado con ganas de más. Me importaban poco los celos de Martín o lo que pasara por su cabeza. Eso ya era historia para mí. Nuria me sacó de mi pelea mental:

—¿Has visto su cara?

—¿Perdona? No te he escuchado.

—¿En qué mundo estás? —dijo, agitando las manos delante de mi cara para que saliera de mi atontamiento.

—¿Puedes venir conmigo al baño? —le pedí—. Por favor...

Quería hablar a solas con ella. Vi cómo George esbozaba una amplia sonrisa.

Tuve que pasar por delante de la mesa de Martín para ir al aseo de señoras, pero lo hice casi corriendo, sin mirarle ni decirle nada. Nuria sí le saludó con la mano, en un tonto de los suyos. Cerré la puerta del baño y comprobé que estaba vacío.

—¿A qué ha venido lo de George? ¿Estáis locos o qué?

Nuria se pintó los labios en el espejo, mientras yo explotaba como una loca.

—¿Te ha gustado cómo te ha besado?

Su pregunta me dejó fuera de juego.

—¿A qué viene eso?

—Contesta.

Se dio la vuelta y apoyó las manos sobre el mármol del lavabo.

—No lo sé, supongo —estaba confusa—. Por Dios, es tu pareja...

—George y yo tenemos una relación abierta.

—¿Qué es eso? —pregunté inocentemente.

—Pues que yo me acuesto con quien quiero, y él hace lo mismo. A veces lo hacemos juntos. Ya sabes, un intercambio. Mientras nos contemos la verdad y no nos engañemos...

—¿Compartes a tu novio con otras? —Abrí los ojos como platos.

—Y él a mí con otros. —Fue tan natural como ella misma.

Me daba vueltas todo. Y yo que me consideraba casi moderna. Ya no sabía en qué mundo vivía y a qué clase de personas pertenecía. ¿En qué planeta había estado viviendo yo los últimos diez años?

—Esto es demasiado para mí —admití.



Fui al lavabo a echarme agua en la nuca. Esta nueva forma de relación me había impactado mucho.

—Chochona, los hombres y las mujeres hemos evolucionado. Este tipo de relaciones son lo mejor para personas que hemos sufrido desengaños, como tú y yo. Mírate. Te acuestas con el Guaperas y te da puerta tan pronto tiene lo que quiere.

La cabeza me estaba matando.

—No lo sabes. Quizá no me llamó por trabajo.

—Escúchate, lo estás disculpando. Me ha violado con la mirada. Solo tengo que salir ahí y enrollarme con él. Lo está deseando.

—¡No es cierto! —grité ofuscada.

Nuria me miró desafiante y se pasó las manos por el vestido. Se atusó el pelo y me dijo:

—Cuenta hasta cien y sal del baño.

Parecíamos dos niñas del colegio jugando a ver quién puede más. Salió del baño y yo me quedé ahí como una imbécil, contando mentalmente hasta cien. Tenía miedo de salir y ver lo que me iba a encontrar. Pero cuando llegué a cien abrí la puerta y en el rellano que separaba el aseo de caballero del de señoras, vi a Martín morreándose con Nuria. Tenía una mano metida entre sus muslos. Podía ver cómo Nuria se frotaba contra él y su mano también se metía en su entrepierna. Oí jadear a Martín. Nuria vio que yo les miraba y aceleró los movimientos de su mano dentro de su pantalón. Segundos después, oí un gruñido que yo conocía bien. Martín se había corrido debido al pajote que le había hecho mi amiga.

—¿Puedo volver a verte? —preguntó Martín, desesperado, mientras le daba su tarjeta.

Nuria la cogió y la miró sin interés.

—Me lo pensaré.

Martín entró en el aseo de caballeros y Nuria volvió conmigo. Estaba a punto de vomitar a causa de los nervios que me habían entrado.

—¿Qué te dije?

Me miró y se fue a lavar las manos tranquilamente. Yo entré en un baño a vomitar. Aquello me superaba. Martín era un cerdo que solo buscaba un revolcón con la primera que se lo daba y yo había caído como una imbécil.

—¿Te encuentras bien?

Nuria me miraba impasible desde la puerta.

—¿Cómo quieres que esté bien después de lo que acabo de ver?

—No me has creído. Y solo tenías que verlo con tus propios ojos. No la tomes conmigo por mostrarte la verdad...

En eso tenía razón, pero me alucinaba su frialdad.

—No entiendo cómo puedes... ¿Y George? ¡Está ahí al lado!

—George está al tanto de todo. Ya te he dicho que no le oculto nada. Lo he hecho por ti.

—Pues gracias —respondí con toda la ironía del mundo.

Nuria apoyó las manos en mis hombros y me miró fijamente. Su expresión cambió radicalmente. Estaba muy seria.

—Para mí el Guaperas ese no significa nada —me aclaró—. Solo es un buen polvo con el que pasar el rato y desahogarme. Aunque te duela, tú para él has sido lo mismo. Abre los ojos y empieza a pensar como ellos. No sufras por un tío; disfruta con él y punto. No quiero volver a verte metida con un tubo por la nariz y rezando para que sobrevivas.

Bajó la mirada y vi sufrimiento en su cara. Realmente lo había pasado mal y la culpa la tenían los hombres.

—Lo siento, Nuria. Nunca podré agradecerte lo que has hecho por mí. Siempre... No sé si seré lo suficientemente fuerte para poder llegar a ser como tú quieras que sea.

—Ya lo eres, Chochona, ya lo eres...

Regresamos a la mesa y volvimos a pasar por delante de Martín. Este se sonrojó al ver a Nuria. Yo no pude evitar mirarle con asco. Se me había caído el mito al suelo.

—Sí que habéis tardado... —dijo George, que sonreía entretenido. Por su parte, Ben seguía seco como un ajo.

—Algo me ha sentado mal, pero ya estoy bien —me disculpé.

—¿Un poco de vino? —me ofreció George.

—Sí, por favor.

Necesitaba ahogar mis pensamientos e intentar borrar las imágenes de Nuria con Martín en el baño.

A partir de ahí, comer no comí mucho, pero, ahora bien, las copas de vino blanco bajaban a pares por mi garganta. Solía beber vino y no era fácil tumbarme, aunque aquel día me estaba pasando con la dosis. Me notaba con chispa y contenta y la lengua se me soltó.

—Charo, esas tetazas que llevas, ¿son tuyas u operadas?

La rubia puso cara de ofendida. Por un momento pensé que me iba a tirar un plato a la cabeza. Nuria se rio con el comentario.

—Eso no es asunto tuyo —me respondió Charo, poniéndose tiesa en la silla y sacando más pecho.

—Lucía, creo que no deberías beber más —me aconsejó sutilmente Ben.

—Ya. En cambio, tú sí que deberías hacerlo. A ver si te cambia el careto tan serio que tienes en toda la comida.

Levanté mi copa y le di otro sorbo. Me pareció ver una ligera sonrisa en su cara.

—¡Qué maleducada! —oí que le decía Charo a Ben.

—Lucía tiene razón —intervino Nuria—. Una copita no te vendría mal. Normal que estés serio, con la compañía que te has echado. Todo se pega...

—Ben, ¿no vas a decir nada?

Charo estaba histérica y se puso de pie. Él me miró fijamente. No supe cómo interpretar aquella mirada, pero me daba igual. Estaba muy a gusto y todo me la bufaba.

—No se lo tengas en cuenta... Es el vino quien habla. Vamos al hotel.

Ben cogió a la rubia del brazo y la sacó del restaurante antes de que volviera a abrir la boca. Se fue protestando a regañadientes. Nuria, George y yo nos quedamos en la mesa partiéndonos de risa. Me dolía la barriga de tanto reírme. Se me habían pasado todos los males y ya no pensaba en nada. Desde la otra mesa, Martín no nos sacaba la mirada de encima. Nos observaba como el halcón que busca a su presa. No soportaba verlo, me revolvió las tripas.

—Vámonos de aquí —les pedí.

—¿Adónde quieres ir? —preguntó Nuria, sorprendida por ese repentino cambio de humor.

—Me da igual. A pasear, de compras...

—Chicas, chicas... —George se echaba hacia atrás en la silla.

—¿Qué pasa, cielo? —Nuria puso morritos.

—Vosotras id donde queráis, pero a mí me dejáis en el hotel. Ya sabes que eso de ir de compras no es lo mío.

—Si a Lucía no le importa, por mí está bien.

Nuria me miró en busca de mi aprobación. Yo asentí. Así que nos levantamos, dejamos al Guaperas allí sentado y nos dirigimos al aparcamiento. Nuria y yo íbamos más que contentas, riéndonos de todo y de todos.

\* \* \*

Al llegar al hotel, había que ir a por las llaves del Golf, así que subimos los tres en el ascensor. Cuando entramos en la habitación aluciné con lo impresionante que era. La cama extragrande estaba en el centro sobre una plataforma de cristal de LED que emanaba una suave luz azul muy tenue y relajante. Delante había un mural de espejo y, al fondo, en una doble altura, se encontraba el fabuloso baño con una bañera de hidromasaje gigante. El baño y la habitación se separaban por una cortina de luces LED del mismo color que la plataforma donde reposaba la cama.

—Ostras, ¡qué pasada! —exclamé embobada, mirándolo todo con detalle.

—¿A que es morbosa?

Nuria siempre con lo suyo...

—Supongo.

No sabía qué decir. Nunca había estado en un lugar así.

—Nuria, ¿has visto mis gotas para los ojos? —preguntó George tras abrir algunos cajones.

—Están en el coche. Se me olvidó bajarlas cuando llegamos. Están en el neceser pequeño.

—Voy a por ellas. —George se encaminaba hacia la puerta.

—Ya voy yo. Ahora subo —se ofreció Nuria.

—Te acompaño —añadí yo.

—No, espérame aquí. Si subo en un santiamén...

Nuria le dio un beso detrás del cuello a George y los dos nos quedamos esperándola.

Él se quitó el polo de manga corta que llevaba y fue hacia el baño. No pude evitar mirarlo. Su espalda era perfecta, con los hombros anchos y la cintura estrecha y marcada. Me estaban entrando sudores por todo el cuerpo. Cogí una revista del hotel y empecé a darme aire.

—¿Tienes calor?

Di un brinco al escuchar su voz. Había regresado y lo tenía al lado. Lucía un torso perfecto. Sus abdominales se marcaban ligeramente, pero sin pasarse, y sus ojos verdes me miraban con detenimiento. Me empezaban a sudar las manos.

—Mejor me voy a buscar a Nuria. Así descansas.

Abrí la puerta de la habitación y él, por detrás, la cerró de golpe, evitando que saliera. Mi corazón se puso a mil, quién sabe si por miedo o por la excitación de tener a ese hombre tan cerca.

—No quiero que te vayas —me susurró al oído. La piel se me erizó al momento.

—George, Nuria va a subir. Es mi mejor amiga. Esto no es una buena idea.

Mi respiración se aceleraba y me costaba hablar.

—Nuria no va a venir. Quédate tranquila, esto ha sido idea suya y nunca he estado más de acuerdo con ella.

Me giré de pronto, asombrada por lo que había escuchado. No podía ser verdad. En cuanto me di la vuelta George me besó. Me quedé bloqueada, tal

como había ocurrido en el restaurante. Al sentir sus labios, provocó en mí la necesidad de recibir más, pero pude reaccionar y me aparté. Le di una bofetada.

Golpear aquella cara tan maravillosa me dolió. Se llevó una mano adonde le había golpeado y sonrió. Aquella sonrisa volvió a erizarme entera. Noté que me ponía cachonda, no sabía si por el vino o porque ya no podía resistir la tentación de probar a un hombre tan sumamente varonil y atractivo. Lejos de enfadarse, me agarró por la cintura y volvió a besarme otra vez. No lo abofeteé, sino que yo misma me pegué a su cuerpo buscando el contacto de su piel. Enseguida su excitación fue visible. Me cogió en brazos y me llevó hasta la cama.

Sus labios quemaban los míos. Yo abrí la boca y su lengua entraba para encontrarse con la mía. Dios, cómo besaba... Sus manos recorrieron mis hombros y deslizaron los tirantes de mi vestido hasta que cayó al suelo. Iba sin sujetador y me quedé en tanga y tacones delante de él. George me miró mientras pasaba su mano entre mis pechos hasta mi ombligo. Hacía que me acelerara por segundos, pero él parecía no tener prisa.

—Eres hermosa, perfecta, deliciosa.

Sus palabras me embelesaban y me excitaban.

Me tumbó en la cama y él se desnudó por completo. Me daba vergüenza mirarle, pero era imposible no hacerlo. No la tenía tan grande como la de Martín, pero estaba también perfectamente dotado. Era muy sensual. Se movía despacio mientras acariciaba todo mi cuerpo. Aquello era una tortura, pues yo ardía en deseo y quería que me empostrara contra la pared, como Marco hacía con Verónica. Mi mente empezaba a divagar y a fantasear de nuevo.

George puso su boca en uno de mis pechos y yo me retorcí de placer. Luego fue a por el otro y su lengua bajaba por mi estómago hacia mi ombligo. Me puse un poco tensa cuando su boca se dirigía peligrosamente hacia mi pubis. Yo no estaba muy puesta en sexo oral; lo había hecho un par de veces con Roberto, pero cuando tenía veinte años. Ya ni me acordaba.

—George...

Quise protestar y pararlo. Mi pudor seguía limitándome, pero él me tumbó de nuevo en la cama.

—Relájate. Tranquila, vas a disfrutar, te lo garantizo.

Me bajó el tanga muy despacio. Cada caricia de George era una tortura sexual. Estaba mojada a más no poder. Me iba a provocar un orgasmo sin tener que metérmela. Subió por la parte interna de mis muslos, besándome, y cada beso era un latigazo de placer que me excitaba a unos niveles impensables. Me asusté cuando noté su boca entre mis piernas. Fue una sensación que hizo que mi estómago se convulsionase de placer. Me aparté por instinto, pero él me agarró por las caderas y volvió a llevarse mi coño a su boca. Creí desmayarme ante esa sensación tan placentera. Notaba su lengua dentro de mí. Entraba y salía con maestría. Me estaba follando con su lengua. Yo me movía en busca del placer. Podía notar su excitación. Luego se encanó con mi clítoris y yo jadeé como un animal en celo.

Perdí las formas, la compostura, la vergüenza... Se deleitaba con mi vagina y me devoraba como si fuera el plato más exquisito que hubiera comido nunca. Su barba me hacía cosquillas y me excitaba todavía más. Era algo inhumano y prohibitivo, tanto placer no debía de estar permitido.

—George, no voy a aguantar más, es demasiado.

Jadeé de nuevo y le tiré del pelo, intentando reprimir el orgasmo que me venía. Él se separó un momento y me miró. Vio la lujuria en mis ojos.

—Córrete en mi boca, estás deliciosa.

Dios, qué cachonda me tenía. Estaba al borde de la enajenación sexual. Volví a tirarle del pelo y moví mis caderas contra su cara. Su lengua entraba y salía con voracidad dentro de mi húmeda vagina.

—¡Dios! Sí, sí, sí...

Fue glorioso, maravilloso, morboso..., no recordaba sentir nada igual. Invoqué a todos los ángeles del cielo y di gracias por aquel maravilloso momento de gloria. Dios mío, ¿qué he hecho con los últimos diez años de mi



vida?

George sonreía y su erección estaba en pleno apogeo. Se colocó un preservativo y empezó a deslizar suavemente sus manos sobre mis muslos, me separó las piernas y se tumbó sobre mí. Ese hombre sabía cómo tocar a una mujer.

—Ahora estás bien mojadita para mí —su voz erótica me excitaba.

Me penetró y yo volví a sentir mil cosquillas ahí abajo. Lo que antes era suavidad y tranquilidad ahora se había convertido en fuerza. Me dejé envolver por la pasión. Puse mis piernas alrededor de su cintura para sentirlo bien profundo. Él las cogió y las colocó alrededor de su cuello. Abrí los ojos como platos al notar cómo me llenaba.

—Así mejor.

Sonrió y siguió penetrándome con movimientos rítmicos y acompasados. Podía sentirlo todo. Qué bien lo hacía. ¡Qué experiencia, qué arte...! No sé el tiempo que estuvo con esa danza sexual y placentera, pero yo sudaba y gemía, mientras George bailaba en el interior de mi cuerpo. Lo que me enloquecía: sus besos. George besaba como nadie.

De pronto cerró los ojos y ganó velocidad. Me sobrecogió otro orgasmo en el momento en el que George se corrió al fin. Me comía la boca y me apretaba contra su pecho gimiendo extasiado por el no planeado encuentro sexual. Fue un polvo increíble.

Estaba alucinada con lo que había pasado, y para nada arrepentida. George no se podía comparar a Martín. Esto sí era un hombre y lo demás cuentos chinos. Tenía que darle las gracias a Nuria por este favor. Me había hecho una reina.

Aprovechando que George dormía como un tronco recogí mi ropa del suelo y salí de la habitación como una furtiva. Llevaba los zapatos en la mano para no hacer ruido. Me los calcé en el ascensor y en recepción pedí un taxi. Ya empezaba a oscurecer. Una vez en casa me fui directa a la ducha. Tenía aún impregnado en mi cuerpo el perfume de George. Casi me daba pena desprenderme de ese aroma tan sensual. Recordaba todo lo que me había hecho y la piel se me ponía de gallina. Ni en mis mejores sueños había imaginado estar con un hombre así, ya no por su físico, que era perfecto, sino por sus artes amatorias. No me hubiera importado quedarme toda la noche retozando con George hasta quedarme sin fuerzas. Me puse un pijama corto y el móvil vibró dentro del bolso, encima de la cama. Era Nuria.

—Chochona, me acaba de llamar George preocupado. ¿Dónde estás?

No pude evitar ruborizarme. Ella me hablaba con una naturalidad abrumadora, sabiendo que venía de tirarme a su novio.

—Estoy en casa. Nuria, yo...

—Shhh. ¿Es que no te ha gustado mi George?

La cara me ardía. No sabía cómo responderle a aquello.

—Esto es embarazoso para mí.

—George ha quedado encantado contigo. Quiere repetir en cuanto le dé

permiso y tú quieras. Eres una caja de sorpresas, Chochona.

Sentí un latigazo en mi entrepierna al pensar en volver a repetir con él. Me encantaba la idea.

—Nuria, esto mejor lo hablamos en privado, me da mucho corte por teléfono.

—Que sepas que le he autorizado a estar contigo cuando quiera. No tiene que pedirme permiso. Las amigas estamos para eso...

Definitivamente, Nuria estaba como una cabra, pero no me desagradaba lo que escuchaba.

—Nuria, por favor...

—¿No quieres saber con quién he estado yo? No pensarás que me fui a jugar a las cartas mientras tú y George os lo pasabais en grande.

Eché una carcajada maliciosa. No había caído en eso. Era tan ingenua que ni se me había pasado por la cabeza que Nuria estaba con otro tío haciendo lo mismo que nosotros.

—Sorpréndeme.

—Con tu Guaperas. Le di una alegría tremenda cuando lo llamé. Vino derrapando con su Audi a buscarme. Tenías razón, no está nada mal y folla bastante bien.

—Evítame los detalles, por favor.

No supe por qué, pero no me había sorprendido.

—¿Te molesta? —preguntó mi amiga con curiosidad.

—En absoluto —afirmé muy segura de mi respuesta.

—¿Tengo tu permiso para tirármelo cuando yo quiera?

Me pedía permiso para algo que no era mío. No entendía el juego de Nuria,

pero le seguí el rollo.

—Todo tuyo —le respondí con sinceridad.

—Chochona, ya estás preparada para la vida moderna. Descansa. Mañana te veo.

—Buenas noches.

Iba a colgar, pero Nuria tuvo tiempo de soltar la puntadita de la noche:

—Por cierto, que sepas que podías quedarte a dormir con George. Se ha quedado solo y con ganas de ti. Yo voy a por el segundo asalto con el Guaperas. Un besazo, Chochona.

Me quedé con el móvil pegado a la oreja varios minutos, como una idiota. Me estaba imaginando a George en aquella enorme cama, solo. Su esbelto cuerpo desnudo con ganas de sexo y yo con mi pijama de ositos en casa. Me dieron ganas de pedir un taxi e ir para el hotel a perderme en los brazos de George, pero ya la había cagado. Ahora me quedaba con las ganas en casita.

No pude dormir pensando en todo lo que había pasado en la última semana. Mi cabeza estaba invadida con Martín, Nuria, George... Mi vida había dado un giro de ciento ochenta grados. Lo que acababa de descubrir gracias a mi amiga me costaba un poco comprenderlo, pero cuando me dejaba llevar y apartaba a un lado el pudor y los tabúes, disfrutaba del sexo y de los hombres de una manera que nunca hubiera ni siquiera imaginado. Lo mejor de todo era que, aparte de no tener compromisos ni ataduras, no me sentía mal conmigo misma. Por el contrario, me daba más seguridad y confianza, cosa que en mi matrimonio había perdido en el momento en que le di el sí quiero a Roberto.

Sobre la mesita estaba el libro. Lo cogí y me puse a leer. Ya casi no me quedaba nada. La historia de intriga y sexo que rodeaba a Verónica me había ayudado mucho en mi transición de Chochona a Barbie. Devoré las últimas hojas del libro y mis ojos se abrían ante la sorpresa de un giro inesperado en la trama. Me llevé la mano al pecho. El corazón me latía de la emoción. Se me aceleró el pulso. Pasé la última página y leí el destino de Verónica. Cerré el libro y lo apreté contra mi pecho. No quería soltarlo. Significaba mucho para

mí y me daba pena que se hubiera terminado. ¿Ahora qué iba hacer yo sin todos mis personajes? Aún con el libro en las manos, pensé en cuántas cosas en común teníamos Verónica y yo, cuánto habíamos sufrido, perdido, amado y ganado. Sonreí al darme cuenta que yo estaba viviendo y creando mi propia novela, con el erotismo incluido. Guardé con cariño el libro.

—Espero que seas feliz, Verónica. Gracias por ayudarme y compartir tu vida conmigo. Ahora me toca a mí vivir mi propia historia.

Se lo dije a la protagonista del libro, como si ella pudiera escucharme en alguna parte. En eso, oí a mi madre por el pasillo y salí a darle las buenas noches. No la había visto en todo el día.

—Buenas noches, mamá.

—Hija, no se te ve el pelo estos días.

—Esta mañana salías cuando ha llegado Nuria.

De repente se acordó de eso y sus ojos se abrieron con curiosidad.

—Es cierto, qué memoria la mía. ¿Qué tal con tu amiga, qué habéis hecho?

—Nada del otro mundo. Hemos ido a comer y luego de escaparates. Está con su novio en un hotel de la ciudad.

Si mi madre supiera... Me mandaba al Vaticano para que me practicaran un exorcismo, y eso que ella no era de ir mucho a la iglesia.

\* \* \*

Hacía años que no dormía tan profundamente como aquella noche. Me desperté como nueva, con energías para parar un tren. Pero lo primero era

desayunar, porque me moría de hambre. Así que me puse las chanclas que usaba para la piscina y fui directa a la cocina. Mi madre ya estaba rondando por la casa, con su delantal de lunares rojos, y ataviada con el plumero. Adoraba el rojo, era su color favorito. Mirarla era una obra de arte: el pelo impecable, sus uñas rosas de manicura, el delantal y el plumero. No pude evitar esbozar una sonrisa. Estaba guapa con cualquier cosa que se pusiese, todo le sentaba bien.

—¿De qué te ríes? —Me miró frunciendo el ceño.

—No me río. Sonrío, que es diferente. Estás guapísima con ese delantal.

Mi madre torció la cabeza e hizo una mueca con la boca.

—Hija, no me marees por la mañana, que no estoy para historias.

No pude evitar reírme, ahora sí que lo hacía con ganas. Mi madre venía hacia mí, pero tocaron el timbre y me salvé de una reprimenda. Por el pasillo oía la voz festiva de Nuria. Yo estaba pegándole un bocado a un trozo de bizcocho delicioso que había horneado mi madre.

—¡Chochona! ¿Qué haces? —gritó Nuria horrorizada.

Casi me atraganto. Mi madre vino a darme una palmada en la espalda y me dio un vaso de leche para bajar la bola de masa que se había formado en mi boca.

—Estás loca —protesté—. ¿Qué pasa? Casi me matas del susto.

—¿No ves que eso engorda un montón? Tienes que cuidar ese cuerpo maravilloso que Dios te ha dado.

Si las miradas matasen, mi amiga habría caído al suelo en ese preciso momento.

—Te recuerdo que Dios no ha tenido nada que ver en esto, precisamente —le espeté.

—Chicas, haya paz. Un trozo de bizcocho no hace mal a nadie. Además, el desayuno es la comida más importante del día. —Mi madre nos apaciguó.

—Escucha a mi madre, que ella sabe más que nadie.

Le pegué otro bocado al bizcocho e ignoré la mirada que me echaba Nuria.

—Bueno, tienes razón —admitió Nuria—. Luego, a lo largo del día, se queman muchas calorías...

Casi me atraganto de nuevo. Estaba claro que Nuria traía las uñas bien afiladitas.

—Yo me voy al súper con Ramón —nos informó mi madre—. Ahí os quedáis. Nuria, me alegro de verte. Come un poco de bizcocho que las piernas se te están quedando como dos alfileres. Los hombres quieren mujeres a las que poder agarrar.

Mi madre se la había devuelto por mí. Me guiñó un ojo y se fue. Nuria empezó a mirarse las piernas de forma obsesiva. Yo no pude evitar reírme. Con tanto movimiento, y a causa también de los taconazos que traía y del ajustadísimo vestido de color verde esmeralda, casi se cae.

—Estás perfecta. Mi madre te ha metido un gol por burlarte de su pequeña.

—Pues joder con tu madre. ¡Cómo las gasta!

—No lo sabes tú bien.

Volví a reírme. Le ofrecí un trozo de bizcocho y negó con la mano.

—Quería hablarte del cumpleaños de George. Ayer, con todo lo ocurrido, se me olvidó comentarte.

Me ruboricé al oír el nombre de George. Y enseguida pasó el día de ayer por mi mente como una película a cámara rápida: Martín, Nuria, la escena del lavabo, Ben y la rubia de plástico, George y yo en la habitación del hotel...

—No vine antes a verte porque estaba organizándolo todo —contaba Nuria—. Quería matar dos pájaros de un tiro. De paso que venía a visitarte, he alquilado una casa rural a unos veinte kilómetros de aquí para celebrar el cumpleaños de George. Me ha costado mucho conseguirla, porque está muy

solicitada.

Yo escuchaba a Nuria con atención. Se explicaba como si fuese una guía turística de viaje. Parecía estar vendiéndome su viaje particular.

—¿Y por qué te has venido tan lejos y no lo has hecho allá?

—Porque quería que tú estuvieras. Además, un cambio de aires no viene mal. De ahí que se hayan venido Ben y Charo. Seremos pocos, solo amigos especiales, y tenemos la casa todo el fin de semana para nosotros. Es una pasada.

—¿Qué significa eso de «amigos especiales»?

Nuria se movió en la silla, nerviosa. Se tocó un mechón de pelo y empezó a jugar con él. Me miró con cara divertida y mucha picardía.

—Ya sabes, Chochona. Especiales...

La miré con cara de gilipollas, porque que no había otra palabra para describir mi expresión.

—¿Te refieres a...?

—Justamente lo que estás pensando. George se merece un cumpleaños especial y si no vienes se llevará una gran decepción.

Intentaba visualizar el tipo de fiesta a la que Nuria me estaba invitando, pero, por mucho que lo intentaba, no podía. Mi mente no llegaba a tanto.

—Nuria, no sé cómo funcionáis —fui sincera—. No entiendo ese tipo de eventos especiales que organizáis. Creo que no estoy preparada para algo así, de modo que temo que no voy a ir. Lo siento.

Nuria se sorprendió. Su cara se puso tensa. Luego se suavizó con una ligera sonrisa y me agarró de la mano.

—Cielo, no pienses que es como una antigua fiesta romana, todos follando con todos. Aquí cada uno tiene su habitación. Nosotros funcionamos, como tú



dices, de forma muy discreta. Si alguien se gusta, pues se va discretamente a su habitación y nadie se tiene que enterar. No somos ni vulgares ni exhibicionistas. Nos gusta disfrutar del sexo con otras personas, pero siempre con educación y con autorización por ambas partes. Si quiero morbo y espectáculo, hay locales especializados en eso, pero no es nuestro estilo.

—No sé, sigo sin verlo claro. Además, todos tenéis pareja y yo estoy sola.

No me sentía cómoda con la conversación.

—¿Quién te ha dicho que tú vas a ser la única que irá sola? También he invitado a gente soltera. He pensado en todo.

Se sentía orgullosa de su plan.

—En principio, no voy a ir. No me veo preparada. No te enfades conmigo.

Le puse ojitos de súplica y carita de gatita buena. Nuria no insistió más, pues sabía que si seguía por ahí saldría mal parada. Y es que yo respondía muy mal a la presión.

—Está bien —cedió—. No es lo que esperaba. De todas formas, te dejaré la dirección por si te lo piensas.

Me escribió las señas de la casa en la libreta donde mi madre apuntaba la compra. Luego volvió a esbozar una sonrisa.

—Bueno, aunque no vengas, yo necesito comprar lencería para la fiesta. ¿Me acompañas?

Sonreí, asintiendo con la cabeza. Me acabé el vaso de leche con el trozo de bizcocho.

—Dame un minuto que me cambie y nos vamos.

—Te vas a arrepentir de no venir. Ya lo verás.

Mientras yo me ponía unos vaqueros con una camiseta de tirantes, la voz de Nuria llegaba desde la cocina. No contesté. Aquella fiesta me invadía de

curiosidad y morbosidad, pero no estaba preparada para eso. Aún no. Y lo que no le iba a reconocer, desde luego, era que ya estaba arrepentida de decirle que no solo por el hecho de pasar otro buen rato con George.

Después de recorrer todas las tiendas habidas y por haber de ropa interior, Nuria se dio por satisfecha con su nuevo repertorio de moda íntima. Yo también piqué y me compré alguna cosilla, pero lo de Nuria era obsesión por la lencería. Íbamos cargadas como mulas con toda clase de conjuntos: ligeros, picardías, bragas, tanguas y otro tipo de piezas que no sabía muy bien en qué parte del cuerpo encajaban.

Ella disfrutaba como una enana en cada tienda que entraba, pero yo estaba agotada después de recorrer toda la ciudad en busca de los últimos modelitos sexis. Nuria se dejó un dineral en todo aquello que se había comprado. Yo no me lo hubiera gastado ni de coña, no por tacaña ni mucho menos, sino porque, para mí, un tanga no dejaba de ser un tanga. Me dolía en el alma gastarme cincuenta euros en una pieza tan minúscula, para que luego alguien te lo arrancase en un arrebato de pasión.

—¿Pasamos a ver a George y a Ben?

—No —Mi respuesta fue automática. Ya no me fiaba de ella.

—¿Qué te pasa?

—Es que estoy muerta, quiero irme a casa ya —le mentí descaradamente. Lo que no quería era enfrentarme a la mirada de George y caer en la tentación.

Nuria resopló y movió la cabeza para los lados como si no me entendiera.

—Estás más rara...

Metió las bolsas en el maletero del Golf y me llevó a casa. Por el camino no dijo nada. Estaba pensativa. Yo también llevaba mis cosas en la cabeza. Mañana se iban y me estaba portando como una niñata, pero no podía evitarlo. Estábamos a punto de llegar a casa cuando rompió su silencio.

—Mira, si no te lo pregunto, reviento. ¿No te gustó George? Es que no entiendo por qué le rehúyes. Ni siquiera me has comentado nada de vuestro encuentro.

Me dejó patidifusa. No me podía creer que le estuviera dando esa impresión.

—Por Dios, Nuria. Fue fantástico. Lo que pasa es que me da vergüenza hablar del tema.

—Uf... Me llevo comiendo la cabeza todo el rato. Pensaba que me estabas ocultando algo y que tu experiencia había sido nefasta.

—Todo lo contrario —admití—. Solo se me hace extraño tirarme a tu novio y contártelo.

—Pues yo no tuve ningún miramiento ni remordimiento al hacérmelo con Martín.

Sentí un poco de cosilla al recordarlo. No eran celos, sino más bien rabia por el imbécil de Martín. Me sentía traicionada y utilizada por él.

—Martín no es nada para mí. No lo quiero ni siento nada por él.

—Yo quiero a George, pero no le amo —confesó Nuria—. Me juré no amar a nadie. Por eso funcionamos tan bien. El sexo es genial.

Siempre había admirado la frialdad de Nuria, pero, en ocasiones como aquella, me ponía los pelos de punta.

—Y él... ¿te ama?

Nuria me miró de reojo mientras conducía.

—Espero que no. Nunca se lo he preguntado.

Llegamos a casa y me despedí de Nuria. Volvió a insistir en que al día siguiente fuera con ella a la casa rural, pero decliné la invitación por enésima vez. Se fue con la cara larga. Nos veríamos a la vuelta del fin de semana.

Mi madre estaba trasteando por la cocina. Le pedí que si podía prepararme una ensalada mientras me daba una ducha y, aunque puso cara de no gustarle el menú que le sugería, al final accedió. Dejé mi bolsa de lencería en el armario y fui a la ducha, agotada por el palizón del día de compras.

Al salir me puse una camiseta larga a modo de camisón y fui a cenar la ensalada que me tenía preparada mi madre.

—Menuda cara traes. Ni que te hubiera pasado un camión por encima.

—Peor —resoplé—, Nuria me ha llevado de compras por todas las tiendas de la ciudad. Todas.

—Poco aguante tienes. Si tuviera yo tu edad... —murmuró mi madre entre dientes.

A ella le encantaba ir de tiendas, al súper, a los mercadillos, a los rastros... Aunque luego no comprara nada, se apuntaba la primera a todo lo que fuera ir de compras y mirar escaparates. Mi padre, que en ese momento entraba por la puerta y oyó nuestra conversación, me miró, puso los ojos en blanco y, sin decir nada, se marchó. Mi madre lo tenía quemado de llevarlo de un lado para otro. El pobre debía de esta hasta los mismísimos de tanto mercadillo, pero adoraba a mi madre y aguantaba lo que hiciera falta con tal de verla feliz.

—Buenas noches, mamá. Me voy a dormir. Estoy rota.

—Descansa, hija. Hasta mañana.

\* \* \*

El sonido de mensaje entrante del móvil me despertó. Miré la hora y vi que ya era mediodía. Me levanté de un salto. ¿Cómo había dormido tanto? Cogí el móvil y abrí el mensaje, era de Nuria.

Chochona, la casa es preciosa, tiene un spa y todo. Aún estás a tiempo de venir. Te echamos de menos. George se ha quedado muy triste de que no estés. Anímate.

Empecé a escribir la respuesta. Estaba un poco chafada. Me sabía mal, pero mi decisión era la correcta. Tecleé en el móvil con agilidad.

Espero que os lo paséis bien. Dile a George que felicidades. Seguro que tendréis un finde muy especial todos. Siento no estar, pero es mejor así. Un beso.

Pulsé enviar.

No sabía por qué mi madre no me había despertado. El mensaje de Nuria me había dado un poco de bajón, así que me puse un bikini y fui a la piscina a tomar el sol y a nadar. Pasaría el día en casa con mis padres, eso, si los veía, ya que, al salir de la habitación me encontré con que la casa estaba vacía. Últimamente se estaba convirtiendo en una costumbre.

Pasé por la cocina y me preparé un sándwich de jamón y queso. Eso y una

botella de agua sería mi desayuno-comida para ese día. Si me hubiera visto, Nuria habría estado orgullosa de mi dieta. Me eché la protección solar sobre el cuerpo y la cara, pues el sol calentaba fuerte, y me eché en una tumbona.

Serían las cuatro de la tarde y mis padres aún no habían llegado. Empecé a preocuparme. Salí de la piscina cuando oí voces por el pasillo. Me tranquilicé al ver que eran ellos, aunque creí oír más voces. Afiné el oído y casi me da algo.

—Abuelita, abuelita, ¿cuál es mi habitación?

No podía ser. Aquella era la voz de mi sobrina Begoña. ¿Qué hacía la niña tan lejos de casa? Salí disparada a mirar qué pasaba, pero di un frenazo cuando me di de bruces con mi hermano Antonio y, detrás de él, la Fregona.

—¿Tía?

Begoña me miraba sorprendida. Apenas me reconocía y sus ojos se clavaban en mi cuerpo semidesnudo, cubierto por aquel escaso bikini. La sorpresa en la cara de mi hermano era igual de grande. Y la de la Fregona era directamente para una foto de Instagram.

Mi madre salió en mi ayuda, pues todos nos habíamos quedado paralizados.

—Hija, no he querido despertarte esta mañana. Hemos ido a recoger a tu hermano a la estación y, de paso, hemos comido por ahí. Vienen a pasar una semana con nosotros. ¿A que está guapa tu hermana?

Mi madre miró a Antonio, quien por fin salió de su trance. Begoña vino corriendo a mis brazos. Yo la cogí y me la comí a besos. La Fregona me fulminaba con la mirada. Se mordía la lengua porque estaba mi madre delante.

—Lucía, estás muy cambiada. Casi no te reconozco —dijo Antonio, y luego se acercó a darme un beso.

—Sí, tía, pareces una modelo de revista.

La niña me miraba con admiración, feliz por verme.

—Gracias, cariño. Ahora voy a cambiarme, que no sabía que llegabas y estaba en la piscina.

—¿Yo puedo ir a la piscina?

—Claro, cielo, si tus padres te dejan...

—¡Bien...! —gritó Begoña.

—Si me disculpáis, voy a cambiarme.

—Sí, será mejor —comentó la Fregona.

Apreté las manos tan fuerte, que casi me parto todas las uñas. No entré al trapo. Me fui a la habitación sin mirarla.

—Hija, voy a salir a comprar con tu padre —oí a mi madre detrás de la puerta de mi habitación—. Se quedan ellos contigo.

—Vale, mamá.

Lo que me faltaba: hacer de niñera de la familia Addams. Iba a cambiarme cuando entró mi cuñada en mi habitación sin llamar. Tenía ganas de gresca y no sabía dónde se metía.

—A mi hija no te acerques vestida como una fulana —me gritó.

—¿Disculpa? —Levanté una ceja y me puse a la defensiva.

—¿No tienes vergüenza? ¿Ir así vestida delante de tus padres? —Me espetó con odio.

La sangre me golpeaba las sienes y me hervía todo el cuerpo. Lo peor de mí estaba a punto de salir. La arpía que había estado reteniendo durante toda la vida pugnaba por salir y aquella vez no pensaba retenerla. Abrí la puerta de la cárcel donde la tenía retenida y la dejé libre.

—Aquí la única que no tiene vergüenza ni la conoce eres tú —le espeté—. Para empezar, antes de entrar en mi habitación llama primero. Eso lo hacen las



personas con educación, pero como tú eres una vulgar arrabalera, te crees con derecho a hacer lo que te sale del coño. Así que sal de mi habitación si no quieres oír lo que realmente mereces.

Se puso roja como la sangre de la frustración y de la rabia que le entró. No estaba acostumbrada a que le dieran la réplica.

—No me extraña que tu marido te dejara por otra.

Daba golpes bajos y quería hacer daño. Era lo único que sabía hacer. Lo que desconocía era que yo había aprendido a defenderme y que no me afectaban sus comentarios ni maldades.

—La verdad es que me hizo el favor de mi vida —contesté con una sonrisa—. Mira qué cuerpo se me ha quedado. Ahora los hombres se vuelven locos por mí y elijo a quién follarme. Qué pena que Antonio, cuando le cogió la teta a la amante de mi marido, no la catara entera y se la tirase también. Así te habría dejado de una puta vez. No me malinterpretes, pero es que te vendría de puta madre un cambio de look como el mío y que te metieran cuatro polvos. Tienes cara de mal follada...

Se lo dije con vocecita de consejera, muy suavemente, como si fuera su amiga del alma. Le dediqué hasta una sonrisa. Su boca se abrió para decir algo, pero no pudo. La dejé K.O., fuera de combate. No esperaba algo así de mí. Estaba que le daba un tabardillo. Y dijo lo que solo se escucha de alguien desesperado:

—Putá.

Yo sonreí, le hice una reverencia y me pasé las manos por mi cuerpo a modo de caricia.

—Y mi coño lo disfruta.

No pude evitarlo. Sabía que estaba siendo chabacana y vulgar, pero era lo que se merecía la Fregona. Después de tantos años me tenía muy quemada. Ya no podía con ella. Aquella fue la estocada mortal. Salió de la habitación dando un portazo y pasé el pestillo para evitar más visitas inesperadas.

Me di una ducha para quitarme el cloro de la piscina. Era obvio que la Fregona y yo no podíamos estar bajo el mismo techo, o acabaríamos a hostias. Además, no quería problemas con mi madre; Antonio siempre había sido siempre el niño de sus ojos y, para una vez que venían a verla, no quería amargarle su momento.

Tras la ducha me ricé el pelo con el difusor. No me lo había hecho así desde que me cambié el color. Estaba muy diferente, le daba un aspecto agresivo, salvaje. Parecía una leona. Me iba que ni pintado en ese momento.

Del armario saqué un bolso de viaje y me preparé un poco de todo. Era más fácil meter todo lo nuevo que me había comprado. Así acabaría antes. Me dejé fuera un vestido de licra negro con unas flores estampadas en blanco. Era ajustado, de manga sisa y espalda al aire. Me puse las sandalias negras de tacón y salí de la habitación. Mi madre ya había regresado y estaban todos en la cocina preparando la cena. Mi padre fue el primero que me vio y salió en mi busca al pasillo.

—¿Dónde vas con ese bolso de viaje?

Yo le sonreí tranquilamente. Enseguida las miradas de mi madre, mi hermano y demás compañía estaban puestas en mí.

—Me ha llamado Nuria para invitarme a una fiesta sorpresa de última hora. Es el cumpleaños de su novio.

—¿Y para eso necesitas un bolso de viaje? —preguntó mi madre desde la cocina.

—Han alquilado una casa en las afueras todo el fin de semana. Me acabo de enterar.

—¿Y te tienes que ir ahora que está tu hermano aquí? —insistió mi madre.

—¿A ti te importa, Antonio?

Entendió la situación. Sabía que, si me quedaba, ardería Troya. Además, seguro que mi cuñada ya le habría puesto al día de nuestro encuentro en la

habitación; eso sí, en versión Fregona.

—No, pásalo bien, Lucía —musitó en voz baja—. Te lo mereces.

La Fregona fulminó con la mirada a mi hermano y yo la desintegré a ella.

—María, pórtate bien. —Saqué mi sarcasmo—. Recuerda lo que hablamos y dale alegría al cuerpo, mujer.

Mi cuñada enrojeció hasta la médula. Quiso abrir la boca, pero se contuvo al estar mis padres delante. No le convenía, claro, porque eran su particular gallinita de los huevos de oro. Si ellos supieran la arpía que realmente era...

—¿Quieres que te lleve tu padre?

—No mamá, ya he llamado un taxi. Son veinte minutos.

Me despedí de todos brevemente y salí a la calle.

No tardó en llegar el coche que había pedido. Un taxista de pelo canoso y piel muy morena bajó la ventanilla y preguntó:

—¿Dónde la llevo?

Yo le di la hoja en la que Nuria había apuntado la dirección de aquella casa rural.

El taxi me dejó delante de un antiguo caserón de piedra que había sido restaurado. Estaba protegido por un enorme muro, con una fuerte puerta blindada que me negaba el acceso. Llamé al timbre y, al cabo de unos minutos, alguien al otro lado me contestó.

—¿Está Nuria?

—¿Vienes a la fiesta de George?

Era una voz desconocida. Yo dudé unos instantes.

—Sí —respondí finalmente.

La puerta se abrió y crucé al otro lado del muro. Desde ahí, la casa era más grande e impresionante. Estaba rodeada de jardines y había una piscina climatizada a la entrada. Se veía que, en otro tiempo, había pertenecido a la nobleza, pues tenía hasta un torreón. Era muy del estilo de Nuria: llamativa, cara, elegante y peculiar. Daba la sensación de que, en un momento u otro, iba a aparecer el guerrero George, de aquella novela que me prestó mi amiga, cabalgando en su caballo. Solo que no me lo imaginaba en una piscina.

Fui hacia la puerta principal y, antes de llegar, apareció Nuria corriendo hacia mí, loca de felicidad y con los brazos abiertos. Iba con un bañador negro y un pareo atado a la cintura. Me agarró tan fuerte que casi me parte en dos.

—Chochona, sabía que al final vendrías. ¡Qué alegría!

—Hola, yo también me alegro de verte —respondí un poco intimidada.

—Estamos en el spa. Ven que te enseñe tu habitación y el resto de la casa. ¡No me puedo creer que estés aquí! Ya verás qué bien lo vamos a pasar. Este sitio es fantástico. Aún no ha llegado toda la gente, así que has venido justo a tiempo.

De repente, el haber ido hasta ahí no me parecía tan buena idea. Me estaba echando para atrás.

—Nuria, he venido porque mi cuñada se ha presentado en casa. La he tenido gorda con ella y no quería líos con mis padres. No sabía a dónde ir... No sé si esto ha sido una buena idea.

—No seas tonta... Claro que has hecho bien. ¿De verdad la Fregona se ha presentado en casa de tus padres? Algo querrá, esa no hace visitas gratuitas, solo se mueve por interés. Perdona que sea tan sincera, ya sé que son tus padres, pero...

—¿Te crees que no lo sé? Eso es lo que más me revienta, pero no puedo meterme en eso. Mi madre siente adoración por mi hermano y yo no voy a malmeter.

—Lo sé, Chochona. Ahora olvida eso y desconecta. Intenta pasártelo bien. Vamos a dejar tus cosas y a enseñarte la casa. George se va a poner muy contento.

Cuando me nombró a George otra vez me puse en alerta. No estaba para muchas historias. Seguía disgustada y, con esa actitud, no era grata compañía para nadie. No quería que George, ni nadie, pagara mis problemas familiares.

—Nuria, yo...

Iba a explicárselo a mi amiga, pero como siempre, ella me conocía mejor de lo que me conocía a mí misma.

—Lo sé, Chochona, lo sé. Tú ve a tu bola. Aquí nadie te va a molestar ni a obligar a nada que tú no permitas ni quieras hacer. Ya te lo dije. Si te apetece

estar sola, pues sola estarás. No te agobies.

Me quedé algo más tranquila después de aquellas palabras. Nada más entrar en la casa me llamó la atención el suelo. Formaba mosaicos con diferentes figuras geométricas y brillaba tanto que te podías ver reflejada en él. En el hall había una fuente que me recordaba a los patios de las casas andaluzas.

—¡Qué pasada! —exclamé.

—Pues espera a ver el resto... —sonrió Nuria.

Me llevó a su habitación. Estaba decorada al estilo romano, como si al entrar nos hubiéramos trasladado a aquella época, con columnas de mármol, pinturas en las paredes como decoración. Incluso el techo era una réplica de la Capilla Sixtina. El baño estaba decorado con mosaicos y piedra, en tonos cálidos, y en él había una bañera-piscina y una enorme ducha de vapor todo en mármol travertino. Era como viajar en el tiempo; eso sí, todo de lujo y con las comodidades de hoy en día.

—Nuria, es una maravilla.

—Ya te dije que era difícil coger una reserva. Verás lo especial que es. Vamos a ver tu habitación.

Estaba al otro lado del pasillo.

Por la puerta llegamos a un mundo completamente diferente, que a mí me encantaba. Mi habitación estaba ambientada en Egipto. La cama estaba entre cuatro obeliscos llenos de jeroglíficos. El cabecero era un inmenso papiro con figuras representativas de aquella época. Dos lámparas de pie en forma de Anubis iluminaban la habitación y pirámides, esfinges y otras figuras decoraban los rincones. El baño, más pequeño que el de Nuria, tenía bañera, ducha independiente y estaba decorado con una gran cenefa de jeroglíficos de porcelana que recorría toda la pared. En el centro, una gran pirámide que formaban los azulejos y, para guardar las toallas, un gracioso sarcófago. Yo lo miraba todo con la boca abierta.

—¿Te gusta? —me preguntó Nuria.

—Es precioso.

Entonces llamaron a la puerta de mi particular habitación. Yo ya estaba entre faraones y reinas, imaginando cómo sería aquella enigmática época que tanto me fascinaba cuando...

—¿Se puede?

Otra visión no menos mágica apareció en mi habitación. Era George en bañador. Su pelo despeinado, su fantástica sonrisa, su cuerpo perfecto y tentador...

—Pasa, no te quedes ahí como una estatua. ¡Mira quién ha venido!

Fue hacia su novio, pareja, amante, amigo y, de un empujón, lo metió en la habitación. George me miraba fijamente y se acercó a darme dos besos.

—Me hace muy feliz que estés aquí —me susurró al oído.

Pasó su mano por mi brazo y, automáticamente, mi cuerpo reaccionó a esa caricia. La piel se me erizó al momento, no podía evitarlo. Me froté el brazo por instinto, como si tuviera frío. Nuria sonreía complacida ante la escena que acababa de presenciar, pero no hizo ningún comentario al respecto.

—¿Bajáis al spa? Todo el mundo está allí —comentó George.

Yo miré con cara de interrogación a Nuria.

—Ve yendo tú —me indicó mi amiga—. Ahora acabo de instalar a Lucía y, si le apetece, bajamos.

Nuria estaba siendo prudente conmigo. George volvió a mirarme fijamente. De nuevo me ericé, sin necesidad de que me tocara.

—Os espero abajo, chicas.

Se fue y yo solo podía fijarme en el bañador de nadador que llevaba y que le marcaba su culito perfecto.

—¿Te apetece bajar al spa? Es enorme. Tiene dos piscinas, baño turco, sauna y, lo mejor de todo, barra libre...

Nuria tenía los ojos encendidos, estaba feliz y radiante.

—¿Cuántas personas hay en la casa?

—No seas aguafiestas. —Frunció el ceño—. Ya te dije que pocos. Descúbrelo tú misma. Vamos al spa y aprovechemos el finde. George me ha dicho que ha preparado sorpresas.

A mí eso de las sorpresas no me entusiasmaba mucho. Las que me había llevado en las últimas semanas no eran precisamente buenas. Y, además, a mí me gustaba tener las cosas controladas.

—No sé yo...

—Lucía, por favor.

Torcí el gesto. Después de todo, había sido mi decisión ir hasta ahí. Tampoco le iba a fastidiar la fiesta con mi mal humor.

—No tengo bañador —me excusé—. Y no veo apropiado bajar en bikini.

—Eso no es problema. Ahora te dejo uno. Tengo para dar y vender. Espera un momento.

Nuria salió disparada y apareció al momento con cuatro bañadores diferentes, pareos y chancas. Parecía un armario portátil.

—Escoge el que quieras y cámbiate. Nos esperan en el spa.

Cogió los bañadores y me metió en el baño a empujones para que me cambiara. Miré los modelos que me había traído y me decanté por un trikini de color azul turquesa. Me quedaba espectacular y destacaba mi moreno. Me hice una trenza que me daba un aspecto juvenil y desenfadado y me até un pareo estampado que combinaba a la perfección. Salí de nuevo a la habitación faraónica.



—Chochona, no me acostumbro a ese cuerpazo que tienes. —Nuria me miró con admiración.

—Todavía me queda para alcanzarte.

—Yo creo que ya me has pasado y de lejos —observó—, pero me encanta que sea así. Te lo mereces.

Nuria estaba a punto de emocionarse, pero lo que menos me apetecía en ese momento era ponerme nostálgica.

—Venga —le animé—, vamos a ver ese spa tan maravilloso que me estás vendiendo...

Su cara cambió al momento, iluminándose de alegría.

Volvimos a la entrada. A la izquierda, por detrás de la fuente ornamental, apenas si se percibían unas escaleras que daban a una especie de rampa. Al fondo, se abrían unas puertas correderas de cristal opaco. Atravesamos el umbral y el contraste del calor fue como recibir una bofetada en toda la cara. El ambiente estaba concentrado en un vapor caliente y había muchísima humedad. La decoración te transportaba al interior de unas cuevas, con árboles y palmeras artificiales. Entramos en una especie de túnel y, al girar en una curva cerrada, se abrió el paraíso.

Al fondo había una cascada de agua que terminaba en una piscina de aromaterapia. Estábamos dentro de una cueva gigante. En el centro, otras dos piscinas enormes que tiraban chorros de agua. En los laterales, dos piscinas más pequeñas de contraste frío-calor. Al otro lado, el baño turco, un jacuzzi y la sauna. También había espacio para tumbonas, camas chill-out y una barra con un camarero que servía todo tipo de bebidas y cócteles. Eso sí, en vasos de plástico para evitar accidentes desagradables. El camarero iba en bañador, debido a la temperatura y al calor que hacía en el spa.

Pude ver a George en el jacuzzi hablando con otro hombre. Estaba de espaldas y con el vapor no lo veía, pero cuando me acerqué un poco lo reconocí al momento. Era Ben. Enseguida se percató de mi presencia cuando George sonrió ampliamente al vernos llegar. Sin embargo, Ben, en su línea, estaba

seco como un ajo.

—¿Solo ha venido Ben?

Me sorprendió no ver a más gente.

—No, los demás están cambiándose. Hay otros en las habitaciones, ya sabes... Y faltan dos más por llegar.

En ese momento se abrió la puerta del baño turco y la espectacular Charo apareció luciendo tipo con un bikini rojo. Bueno, primero salieron sus lolas, y ella detrás. Había hecho su aparición como si fuera una estrella de cine. Solo faltaban los focos iluminándola y de fondo una música épica. Nos miró con indiferencia y se metió en el jacuzzi con los hombres. Allí se agarró al cuello de Ben y le metió la lengua hasta la campanilla. Yo ni me inmuté. Miré a Nuria y ella me miraba a mí. Al final no pudimos evitar darnos la vuelta y echarnos a reír. La rubia marcaba su territorio y nos hizo gracia esa forma tan infantil de hacerlo. Al oír las risas, paró su apasionado beso, se giró y nos fulminó con la mirada.

—Meteos, chicas —nos invitó George—. El agua está de vicio.

—Mejor tomamos algo aquí fuera —le esquivó Nuria—. Ahora iremos.

Fuimos a las tumbonas y nos pedimos unos mojitos.

—Gracias. —Respiré aliviada.

—¿Por? —Enarcó una ceja.

—Si nos metemos en el agua, la rubia nos ahoga...

Nos volvimos a reír a carcajada limpia. El camarero nos trajo los mojitos.

—Gracias, Mariano —Nuria le dio un buen repaso con la mirada al camarero moreno y alto que nos sirvió la bebida. El camarero le dedicó también una buena mirada a mi amiga y se despidió con un guiño de ojo. Yo me quedé alucinada por su descaró.

—Oye, ¿has visto cómo te ha mirado?

—Pues claro, ¿a que está como un tren? Es argentino. Me encanta cuando me dice cosas guarras al oído...

Me descolocó del todo. No me esperaba esa contestación, así de golpe y porrazo.

—¿Te lo has tirado? —Abrí la boca sorprendida.

—Claro. No se puede desperdiciar un cuerpo como el de Mariano. ¿Lo has visto bien?

Como una idiota, me puse a observar a Mariano. Alto, moreno, ojos negros, cuerpo de gimnasio, veintipocos años... La verdad era que el tío estaba bien. Quizá demasiado joven para mi gusto.

—Ya te vale, Nuria. No pierdes el tiempo. No entiendo cómo, teniendo a George, necesitas ir con otros tíos.

Nuria me clavó la mirada. Se puso tensa y se dirigió hacia mí muy seria.

—¿No te estarás enchochando de George?

Me intimidó su seriedad. Me gustaba mucho, sí, pero era algo físico, nada más.

—¡Nooo! —respondí ofendida.

Hice ademán de levantarme e irme, pero ella me cogió por el pareo y me sentó de nuevo en la tumbona.

—Lo siento —se disculpó—. Solo quería probarte. No quiero que te hagan daño, y menos George. Busca tu satisfacción y pásalo bien, sin hacer daño ni dejar que te lo hagan. Es la única forma de ser medianamente feliz. No soportaría que te hicieran sufrir de nuevo.

Nuria bajó la mirada arrepentida de su comentario. Sabía que se preocupaba por mí y su sentimiento era sincero.

—No te preocupes —contesté—. Ya he madurado y escarmentado. No va a volver a pasar, en serio. Gracias a ti soy otra persona.

Hacia nosotras vino una sirvienta y nos avisó de que habían llegado los últimos dos invitados que faltaban. Nuria le dio órdenes para que les instalara y luego los reuniera a todos en el spa. La mujer, de unos cincuenta años, rubia y de buen ver, se marchó por donde había llegado.

—Me tenéis abandonado —se quejaba George desde la piscina de aromaterapia. Estaba debajo de la cascada entre limones y naranjas.

Nuria y yo fuimos hacia allí. Ben y la rubia seguían en el jacuzzi. El agua estaba templada y olía a cítricos. Daba gusto meterse. La sirvienta regresó en busca de Nuria.

—Disculpe que la moleste, pero hay un señor que insiste en verla.

Nuria puso los ojos en blanco y salió de la piscina.

—Voy a ver qué pasa. No os mováis de aquí. Ahora vengo.

Se puso un albornoz y se fue a ver qué era lo que reclamaba su atención.

—Por fin solos —susurró George meloso.

A George había que apodarlo «El Lince», porque me agarró del brazo y me llevó detrás de la cascada en un movimiento raudo. Allí nos quedábamos ocultos de todo y de todos. De un tirón me atrajo hacia él y me besó. No tuve tiempo para protestar. En cuanto sus labios tocaron los míos, mi cuerpo no hizo una combustión instantánea porque estábamos en el agua, pero reaccioné abriendo la boca para recibir esa lengua que insistía por entrar y jugar con la mía. Pasé mis brazos alrededor de su cuello y él me agarró por mi cintura desnuda para pegar su cuerpo caldeado al mío. Separé mis labios de los suyos y solté un gemido. Le miré a los ojos y el deseo se reflejaba en ellos. Estaba irresistible con el pelo lacio y húmedo tapándole la cara...

—Eres preciosa, no te imaginas la alegría que me has dado al venir. Eres el mejor regalo que podían hacerme.

Volvió a lanzarse a por mi boca y se presionó más contra mi cuerpo. Su erección era más que notoria. Se restregaba contra mi sexo y yo ardía en deseo tanto como él. Entonces, su mano bajó firme y decidida y se metió en mi bañador. Fue directo e introdujo un dedo dentro de mi caliente entrepierna. Gemí de placer. Me estaba desequilibrando hasta la última neurona, tenía que parar aquello o nos pillarían. George apartó el bañador hacia un lado y pude notar la punta de su glande en la entrada de mi vagina, estaba muy mojada. Tan solo un leve movimiento por mi parte y se hubiera hundido dentro de mí como un lápiz en la plastilina. Notaba que quería entrar, pero me aparté.

—¿Qué pasa? —jadeó acelerado y excitado.

—No estoy tomando nada... No podemos hacerlo aquí, lo siento.

George hizo una mueca casi de dolor. Su deseo estaba a tope, igual que el mío, pero no me iba arriesgar sin tomar precauciones.

—Te deseo.

Volvió a sabotear mi boca y yo me derretí en sus brazos.

—Sígueme, no aguanto más sin hacerte mía.

—Pero... —musité.

Quise protestar, pero él tiró de mí para sacarme de la piscina. Ben y la rubia ya no estaban en el jacuzzi, nos habíamos quedado solos. Por ese lado, bien. George no me soltaba. Fue hacia una de las hamacas, donde tenía su ropa, y cogió preservativos.

—Vamos, preciosa. Ahora ya no hay nada que se interponga entre nosotros.

«El Lince» me cogió en brazos y me llevó a un cuarto que estaba camuflado con la pared de la roca. Presionó un botón y se abrió una puerta por la que se accedía a una estancia con una cama pequeña y un baño enorme. Esa casa sí era especial. George cerró la puerta y me llevó hacia la pared, restregándose contra mi cuerpo como un desesperado. Yo estaba cada vez más excitada. Me cogió los pechos con las manos y empezó a pasar la lengua por mis pezones.

Me mataba de placer. Mi vagina se contraía y pedía a gritos que entrara en mí. George se lo tomaba con calma, y eso me provocaba una tortura en mis partes más sensibles. Yo gemía y respiraba con dificultad. Él volvía a saquear mi boca para aplacar mis gemidos. Restregaba su erección por encima de mi bañador, haciendo que la prenda me molestara de una manera sobrenatural.

Se agachó tan rápido que no lo vi. Apartó el bañador, me separó las piernas y metió su cabeza y su lengua se coló entre mis muslos. Me apoyé contra la pared porque casi me caigo de espaldas. El latigazo inesperado de placer fue devastador. Lo peor era mantenerme de pie, porque mi cuerpo se estremecía entero. De nuevo su lengua invadía el lugar más recóndito de mi ser. Entraba y salía de dentro de mí con una habilidad que me recordaba a la de la otra vez. Luego fue sin piedad a por mi clítoris, duro e hinchado por la excitación y el gusto que me provocaba.

—George, George ...

Mis piernas temblaban, toda yo vibraba.

—Córrete en mi boca —exigió excitado—. Me encanta tu sabor.

Seguía follándome con su lengua y ahora su ritmo era devastador.

—George, por favor, no voy aguantar...

No podía más, me llevaba al límite.

—No aguantes, déjame saborearte entera.

Su lengua hacía milagros dentro de mi vagina. Dio un tirón a mi clítoris. Luego metió la lengua profundamente, haciendo círculos. Me apoyé en sus hombros y me corrí en su boca dejándome llevar por un orgasmo brutal lleno de morbo y sensualidad. Tuvo que agarrarme de las caderas porque las piernas apenas me aguantaban. Entonces me alzó en brazos, poniendo las piernas alrededor de su cintura, y me colocó en la pequeña cama que había en la habitación. Se quitó el bañador y su erección era prominente. Se puso un preservativo y me quitó el bañador. Luego se colocó encima de mí y pasó su falo ente mis piernas.

—Me encanta cuando estas así de mojada. Siempre te mojarás para mí —siseó entre dientes.

George estaba sudando, pero no se le veía cansado. Estaba más activo que nunca, listo para empezar otro de tantos asaltos sexuales. Pasó la punta de su polla entre los labios de mi vagina. Enseguida encendió de nuevo mi deseo sexual. Mi sexo se contraía y quería que entrara dentro, pero él me dejaba con las ganas.

—Eres malo —susurré sensualmente, lo que hizo que se pusiera más cachondo.

—¿Qué es lo que quieres, Lucía?

Jugaba a provocarme. Me tenía loca, cachonda y desquiciada.

—Quiero que me folles. Ya —exigí.

Lo atraje hacia mí y él me la metió hasta el fondo de golpe. Los dos gemimos y empezamos a gozar de nuestros cuerpos mutuamente.

George comenzó a moverse y cada embestida era un bendito orgasmo. Mis uñas se clavaban en sus hombros, en su espalda, en su culo. Lo atraía hacia mí con fuerza. Me había embravecido y necesitaba sentirlo con fuerza. Me estaba olvidando de los tabúes y de las vergüenzas y exigía lo que mi cuerpo me pedía.

—Dios, George, te deseo —gemí entre sus piernas.

Su boca se apoderó de un pezón y le pegó un leve bocado. Un alarido de placer casi me hace perder el sentido. Él me miró con lujuria y pude notar cómo su polla se endurecía más.

—Me vuelves loco, pequeña, voy a poseer cada centímetro de tu piel...

Salió de mí y me dio la vuelta. Se acopló de nuevo y empezó con su afrodisiaco ritmo. Ahora notaba todo su peso encima de mi cuerpo. Tenía los brazos estirados por encima de la cabeza y sus manos se entrelazaban con las mías. Sus embestidas eran fuertes. Sus testículos me golpeaban, dándome

placer también. Era un toro embravecido que me aplastaba y acaparaba todo mi cuerpo. Su boca me lamía la nuca, el cuello, las orejas...

—Santo Dios, esto no puede ser real —susurré entre jadeos.

—¿No te gusta lo que te hago? —Su aliento en mi cuello me mataba lentamente.

—Sí, sí...

Entonces me soltó las manos y se puso de rodillas en la cama. Tiró de mí hasta pegar mi cuerpo al de él, colocándose en la misma posición. Ahora me llenaba por completo. Sabía que estaba a punto y se estaba preparando para el remate final. Noté la humedad de mi sexo que corría por mis muslos abajo. Una de sus manos se deslizó hasta llegar a mi clítoris y volvió a estimularlo mientras me penetraba con insistencia. Parecíamos dos animales en celo en plena cópula.

—George... yo... sí, sí. Oh, Dios...

Alcancé mi segundo orgasmo mientras él seguía embistiendo con fuerza y virilidad. Me agarró por las caderas y su ritmo aumentó, cobrando más fuerza sus penetraciones. Podía notar cómo su polla se hinchaba dentro de mi vagina a punto de explotar en un monumental orgasmo.

—Nena, me pones muy caliente. Ya, ya...

Soltó un gemido y se corrió en una tremenda sacudida que hizo que diera un respingo.

—Lo siento, ¿te he hecho daño? —Me miró preocupado al ver que me había movido de una forma rara.

Le agarré del cuello y lo besé.

—Puedes hacerme esa clase de daño las veces que tú quieras.

George sonrió complacido y me abrazó. Yo ya dejé los remilgos y las vergüenzas para otras ocasiones o para ir a misa, si no quedaba más remedio.



En cuanto a mi sexualidad, iba a disfrutarla al máximo. Tenía mucho que aprender y mucho que recuperar. Había pasado demasiados años siendo el cero a la izquierda; ya era hora de cambiar los decimales.

Salimos de aquel cuarto y me disponía a ir a mi habitación zumbando, cuando George me cogió de la mano y me besó suavemente en los labios.

—Tranquila, preciosa. Regresemos a la piscina. Pero antes prométeme que esta noche la pasarás conmigo.

George me miraba alelado; el deseo todavía no se había disipado de sus ojos.

—No lo sé, George. Estamos perdiendo un poco el norte... Yo...

Otra vez sus labios rozaron los míos y ya no había disculpa que valiese.

—¿Qué decías?

Su voz era tremendamente sensual.

—Que sí... Esta noche la pasaré contigo.

Regresamos a la piscina. Esta vez bajamos a las centrales, pues la de la cascada tenía mucho peligro teniéndolo al lado. Su recuperación sexual era muy rápida y allí no estaba a salvo. En esas vi llegar a Nuria con una pareja que no conocía. El hombre, alto y muy atractivo, tendría unos cuarenta y cinco años. Tenía el pelo castaño y liso, la barba corta y arreglada y muy buen cuerpo. La mujer era más joven, de unos treinta y algo, delgada, bajita, morena de pelo largo, también con buena figura. Se metieron en la piscina donde estábamos nosotros.

—Lucía —dijo mi amiga Nuria—, ya sé que es una forma muy poco ortodoxa, pero te presento a Jaime y a Penélope.

—Encantada.

Me acerqué como pude para tenderle la mano, pero Jaime me dio dos besos. Visto más de cerca era un hombre realmente apuesto. De reojo me pareció atisbar malestar en la cara de George, aunque quizá fueran imaginaciones mías. Penélope era un poco más rancia y estirada. El nombre le iba que ni pintado, porque le daba un aire a la actriz española que se llamaba igual, pero no se lo iba a decir, claro, para no llenarle el ego del que seguramente iría sobrada.

—Nuria me ha hablado de ti.

—Espero que bien. Porque con Nuria depende del día que la cojas...

—Chochona, ya sabes que yo nunca hablaría mal de ti. Aunque ya me está molestando que los hombres te miren más a ti que a mí.

Nuria bromeaba, pero en sus palabras había un tono que dejaba entrever algo de pelusilla.

—No digas tonterías. Tú siempre serás la reina de las fiestas. Yo no quiero ese puesto.

—¿A qué te dedicas? —me preguntó Jaime.

—Ahora mismo, a encontrarme a mí misma. Cuando termine, sinceramente, no lo sé.

No pude ser ni más clara ni más sincera. Jaime me sonrió. Puede que le gustara mi naturalidad y mi respuesta. Penélope resopló y puso los ojos en blanco.

—Me encanta tu forma de expresarte —me halagó Jaime—. Eres muy espontánea.

Su elogio hizo que me ruborizara. Era tan correcto.

—¿A qué te dedicas tú?

—Soy periodista.

Mis ojos se abrieron como platos. Jaime era lo que yo siempre había soñado, el sueño que tuve que dejar por el imbécil de Roberto.

—¿En serio? —Estaba fascinada.

—Lucía estudió tres años de Periodismo —aclaró Nuria—, pero lo dejó. Aunque siempre ha sido su pasión.

—¡Oh! —exclamó Jaime.

Me miraba fascinado y yo lo miraba a él. Habíamos conectado enseguida.

—Pues si quieres trabajar o volver a intentarlo, llámame. Creo que tienes posibilidades.

Ahora la que estaba con la boca abierta era yo. Nuria sonreía y George tenía la cara larga. No entendía qué le pasaba. Bueno, ese sería su problema. Al final, eso de ir a la fiesta me estaba dando buen resultado.

—Chica, aprovecha, que estas oportunidades no se presentan todos los días —me animó Nuria.

—Déjala —repuso George, un tanto receloso—. No la agobies; ella sabrá lo que tiene que hacer.

—Ya hablaremos, Jaime. Gracias por tu oferta. Me lo pensaré.

George salió de la piscina enojado. Cogió su albornoz y desapareció.

—¿Qué le pasa a este ahora? —preguntó Nuria.

Yo me encogí de hombros. No tenía ni idea de qué bicho le había picado a George.

—Y tú, ¿en qué matas el tiempo? —le pregunté a Penélope tratando de disipar

la tensión que George había creado.

—Soy enfermera en la UCI de la clínica Lances —respondió, y luego echó la melena hacia atrás con orgullo.

Aquello me hizo sentir incómoda. Esperaba que no supiera mi episodio pasado en la clínica, aunque, a esas alturas, ya me daba todo un poco igual. Nuria notó mi incomodidad y saltó con una de las novedades de la fiesta:

—Bueno, esta noche vamos a hacer una cena de disfraces. En vuestras habitaciones os hemos dejado el que debéis poneros. Va a ser una noche divertida: comida, música, alcohol y... lo que surja. Por favor, leed la nota que hay en vuestras habitaciones y poneos el disfraz que os ha tocado.

—¡Qué bien! —aplaudió Penélope—. ¡Disfraces!

Yo no era tan partidaria de esos juegos, pero era un día especial y, como seguía en mi rol de romper tabúes, ese también lo tendría que mandar al carajo.

Al salir de la piscina estaba arrugada. Me metí en la sauna para eliminar toxinas y Nuria entró conmigo. Estábamos las dos solas y era un buen momento para cotillear de Jaime.

—¿Te ha gustado Jaime? Él te comía con la mirada... La verdad es que, para los años que tiene, es un bombón.

—¿Cuántos años tiene?

—Creo que cuarenta y cinco, pero no los aparenta. A mí se me parece al actor ese, al que hace de Lobežno. ¿Cómo se llama?

Nuria se daba golpecitos en la cabeza intentando recordar.

—Hugh Jackman.

—¡Ese!

—Ahora que lo dices...

Nuria tenía razón. Le daba un aire más que razonable y la verdad era que Jaime estaba muy bien. Además, la edad era un punto que le daba su morbo.

—Voy a intentar cepillármelo —confesó mi amiga con una sinceridad tan aplastante que tuve que salir a que me diera el aire.

Ella me siguió.

—Nuria, no me marques esos goles que no me da tiempo a verlos venir.

—¿Es que lo quieres para ti? —Me escrutó con la mirada.

—¿Yo?

—Sí, tú. No hay problema, ¿eh? Lo podemos compartir, como hacemos con George...

Me puse colorada al recordar lo que había pasado entre George y yo hacía apenas unos minutos.

—Nuria, yo no tengo interés en ese hombre.

—Pues deberías.

—No te entiendo.

—George me ha dicho que quiere pasar la noche contigo. Sabes que no hay problema, está autorizado. Como amiga, no quisiera que te enchocharas con él o viceversa. Así que interactúa con más hombres... o saldrás escaldada.

Las palabras de Nuria me dejaron helada. No eran celos ni una regañina. Me estaba poniendo en alerta otra vez. Ella sabía de lo que hablaba y era muy observadora, así que tocaba andarse con cuidado.

—Gracias, Nuria. Te haré caso y llevaré cuidado. No estoy enchochada de George. Me gusta estar con él, no te voy a mentir, pero de ahí a...

—Yo te hablo desde la experiencia —me interrumpió—. Te creo. Pero no sé si George pensará lo mismo. No me ha gustado esa reacción que ha tenido en la

piscina. Lo conozco bien.

—Si quieres no voy esta noche con él.

—Ni se te ocurra. Hoy es su cumpleaños. Tú actúa igual. Solo te digo que lo observes y lleves cuidado. Para mí tú eres más importante. No quiero que te haga daño. Él se encapricha de algo, lo consigue y, cuando se cansa, lo cambia. Creo que conmigo ha llegado el momento del cambio.

—Bueno, esperemos que haya sido una tontería. No adelantemos acontecimientos.

—Sí. Vamos a la habitación que hay que disfrazarse.

\* \* \*

Su ánimo ya había vuelto al modo alegría y fiesta. En mi habitación, encima de la cama, había una caja de color negro con un lazo rojo. Sobre ella, un sobre con mi nombre. Lo cogí y lo abrí.

«Hoy celebramos el 37º cumpleaños de George. Pretendemos celebrarlo y pasarlo bien, pero siendo originales. En esta caja hay dos disfraces: decidirás qué quieres ser esta noche o, mejor dicho, cómo quieres ser. En tu mano está la elección. Espero que disfrutes y lo pases de maravilla. Pero escoge bien...

Nuria».

Levanté la tapa de la caja y miré su contenido.

—¡Hay que joderse...! —exclamé en voz alta. Cuando quería Nuria podía llegar a ser muy retorcida.

En la caja había dos disfraces totalmente opuestos. Uno era de bruja y el otro de hada madrina. No eran los disfraces clásicos de Disney, sino que eran la versión erótica. Hasta el de hada madrina dejaría a la Cenicienta avergonzada de por vida. Desde luego, escogí el de bruja. Se había terminado lo de ser buena y tonta. ¡Menuda mala leche había tenido Nuria asignándome este par precisamente a mí...! Por otra parte, después de la fiesta se lo podía mandar a la futura suegra de Roberto.

Me duché y me ricé el pelo. Esta vez le di más volumen. El vestido era muy cortito, negro y ajustado. Lo único que llevaba suelto y con unos picos eran las mangas. El pack también incluía una ropa interior de infarto. El sujetador y el tanga eran de encaje negro, con un ligero que se acoplaba a las medias tupidas y negras rematadas también con un ancho encaje negro. El vestido dejaba a la vista el ligero y, por debajo del encaje de las medias, unas botas de caña alta y tacón de vértigo que me llegaban hasta la mitad del muslo. Para rematarlo todo, el disfraz no llevaba un vulgar sombrero de punta, sino una especie de diadema tétrica en terciopelo y piedras. Me eché el pelo hacia atrás, pegado a la cara con la diadema, y me dejé caer la melena alborotada. Me pinté los ojos, los labios y las uñas de color negro. Una vez concluida mi transformación, me miré al espejo y el resultado era una bruja que resucitaría a un muerto sin necesitar ninguna poción.

Me sentí azorada, pero, al mismo tiempo, excitada ante aquella imagen mía reflejada en el espejo. No era consciente del potencial que tenía hasta aquel momento. Un simple disfraz, un poco de pintura, un peinado distinto... y el resultado era el de una persona totalmente diferente. Me sentía fuerte, segura y tenía ganas de gustar. Sabía que no iba a pasar desapercibida y que, en cuanto me viera George, se me iba a tirar de cabeza. Me eché un último vistazo y tomé aire para salir a celebrar su cumpleaños. Desde luego, la bruja que llevaba dentro iba a salir al exterior.

En ese momento, Nuria entró en mi habitación sin llamar. Casi me da algo.



—¿Estás loca? Por poco me matas del susto. ¿No sabes llamar a la puerta?

—Así que has escogido el de bruja, ¿eh? Estás explosiva. Sí, esa es la palabra.

Nuria le dio un repaso a mi atuendo y movió la cabeza con gesto de aprobación.

—Tú sí que estás explosiva. Como eres la encargada de repartir, para ti el mejor...

Su disfraz era de guerrera. Llevaba un corsé de cuero, la barriga al aire y una faldita de piel con cinturones cruzados. En los brazos llevaba brazaletes de cobre y otras alhajas. Lo único que destacaba eran las botas, con unos taconazos de escándalo. Se había dejado el pelo suelto, con alguna trenza y una correa de piel atada en la frente. Estaba guapísima, con una sensualidad salvaje.

—Me parece que todas las chicas hemos decidido ir por el lado oscuro.

Nuria se reía a carcajadas. Por lo visto, había tenido muy mala leche con los disfraces.

—Pues ahora veremos a los hombres. —Tenía curiosidad.

Nuria se rio entre dientes, como quien planea una maldad.

—A los hombres los he puesto a todos iguales. No tienen más opción que una.

La miré alucinada. A saber de qué los había obligado a disfrazarse. De una mente calenturienta como la de ella cabía esperarse cualquier cosa.

—¿Qué has hecho? ¿De qué los has disfrazado? Nuria, por Dios.

—Tranquila, ya sabes que me gusta observar a los hombres, y más si están desnudos y tienen buen cuerpo.

—Nuria...

—Los he disfrazado de espartanos, como en la película 300.

Me quedé pensando en la película. La había visto hacía tiempo, pero no le ponía yo ropa al actor.

—No me acuerdo, Nuria.

—Bueno, pues ya los verás. ¿Vamos?

Fuimos hacia uno de los salones que tenía la casa. En él había un gran cristal que daba al jardín y a la piscina exterior climatizada. A la primera que vi fue a Charo, vestida de angelito. Casi me da un ataque de risa. Estaba exuberante y guapísima. El minivestido blanco, el liguero, las botas altas y las alas eran todo un puntazo. Pero me daba la risa el hecho de que hubiera cogido el disfraz de ángel, cuando le pegaba más el de diablesa.

Ella me clavó la mirada y luego le pegó el repaso a Nuria. Nos estaba haciendo una ITV completa, hasta que algo le llamó la atención y le hizo detenerse. Nos giramos para ver qué era lo que miraba. Nuria y yo nos tuvimos que esconder detrás de una de las columnas del salón para que no nos viera reír. Era Penélope, que también había decidido rehuir del lado oscuro. Por lo visto, la única que había caído en desgracia era yo. La chica venía disfrazada de monja. Puede que la opción opuesta, la de fulana, no le pareció tan tentadora como ir de casta y pura, pero, eso sí, enseñaba pierna, escote y liguero, como las demás. Nos juntamos las cuatro en la barra del bar que había en el salón. Nos mirábamos, pero sin decir nada, pues no hacía falta.

—¿Dónde están los chicos? —Penélope los buscaba con la mirada.

—Estaban en la habitación de George. Todos sus disfraces fueron enviados allí —contestó la arrogante Charo.

—¿Tú sabes de qué van disfrazados? —me preguntó Penélope.

—¿Yo? Ni idea.

Me hice la tonta y me quedé allí de pie esperando con ellas.

El primero en llegar fue Mariano, el camarero. Todas nos quedamos con la

boca abierta al ver la aparición del magnífico argentino. Llevaba unos calzones marrones, unas grebas o espinilleras de cuero, un brazalete de cuero en el brazo y una capa roja hasta el suelo. Era una escultura andante. Las cuatro necesitábamos un babero. Cuando el argentino se puso tras la barra preguntó:

—¿Os pongo algo de beber?

Y todas a la vez contestamos:

—¡Sí...!

Mariano nos sirvió unos cócteles de champán mientras esperábamos al resto de espartanos. El primero en aparecer fue Ben. Desde luego, había que reconocer que Nuria había tenido una idea buenísima, porque podías disfrutar de su anatomía sin caer en lo vulgar. Su aspecto me sorprendió gratamente. Tenía un cuerpo, bonito no, lo siguiente, con esa altura y ese torso perfectamente marcado. Todas lo miramos embelesadas, al igual que habíamos hecho con Mariano. La rubia pechugona salió disparada para marcar territorio. Solo le faltó mearle en la pierna. Ben nos miró a todas. Su mirada seria e inexpresiva no dejaba ver ningún signo de emoción. Cuando se detuvo en mi cuerpo me pareció ver que sus ojos brillaban de una forma que yo conocía. Me erizó el vello y desvié la mirada para otro lado. Me había dado un poco de repelús...

Luego aparecieron George y Jaime. Tuve que beber un trago del cóctel porque se me secó la garganta. ¡Madre de Dios, qué dos pibonazos! George estaba espectacular. Ya me conocía bien su cuerpo. Además, se había puesto una cinta de cuero en la frente, haciendo que varios mechones de pelo cayeran a ambos lados de la cara. Noté cómo, nada más verlo, mi entrepierna palpitaba de la excitación. Él también se fijó en mi atuendo y sentí que me comía con los ojos. Se mordía el labio inferior, humedeciéndose los labios.

—¡Madre mía, cómo está Jaime hoy! —oí que murmuraba Nuria.

Yo aparté la mirada de George un momento, pues me tenía atrapada, y me fijé en Jaime. También era otro espartano como la copa de un pino: atlético, guapo,

con un cuerpazo y más maduro. Mis hormonas se estaban revolucionando ante tanta testosterona.

—Me los follaba a todos.

Ahora era Penélope la que susurraba, tras dar un trago a su copa. Nuria y yo nos miramos y nos echamos a reír. Estábamos en plena risa cuando volvimos a escuchar a Penélope:

—Dios, este para mí, por favor...

Nuria y yo la miramos. Tenía la cara como si acabara de ver un fantasma: no parpadeaba y los ojos estaban abiertos de una manera sobrenatural. Nos giramos para ver qué miraba.

—No puede ser —susurré yo horrorizada.

—Tranquila, ahora te lo explico.

Nuria me agarraba del brazo para tranquilizarme. O evitar que me fuera. Había aparecido un último y glorioso espartano. Las chicas se quedaron embobadas ante tanta belleza y más cuando Martín les brindó la mejor de sus sonrisas. Yo mantuve la compostura cuando vino directo hacia mí. Las otras se quedaron heladas; George estaba tenso.

—Lucía, estás espectacular. Espero que esta noche me dediques parte de tu tiempo y olvidemos viejas rencillas.

Martín me sonreía como si nunca hubiera pasado nada entre nosotros. Seguía siendo el hombre más guapo que había visto jamás.

—Lo siento, pero mi tiempo ya está adjudicado. En otra ocasión quizás.

Me di la vuelta y Martín me sujetó por la cintura.

Vi venir a George hacia nosotros con cara de pocos amigos. Tenía que pensar, y rápido, porque todas las miradas estaban clavadas en nosotros. Así que pasé mis manos alrededor del cuello de Martín y George frenó en seco. Me acerqué sensualmente a su oído, le mordí el lóbulo de la oreja y noté que se ponía

cachondo. Me apreté contra él y noté su erección. Le susurré:

—¿Estás cachondo, Guaperas?

Mi lengua pasaba por su oreja y noté que se ponía frenético.

—Me tienes encendido como el motor de mi coche.

Su abultada excitación era más que evidente en aquel minúsculo disfraz.

—Pues ahora vas y te la machacas con dos piedras, capullo. No te acerques a mí en tu miserable vida o te parto esa sonrisa tan perfecta que tienes.

Le di un besito en la mejilla y me separé de él, dejándolo en evidencia delante de todos. Nuria estaba a mi lado y lo escuchó todo. Se llevó las manos a la boca, ahogando su sorpresa. Luego se llevó a Martín al otro lado del salón para tomar algo.

Entonces, la fiesta dio comienzo. La música dance sonaba y el alcohol y bandejas con comida cruzaban de un lado a otro del enorme salón. Penélope bailaba, dando tragos sin parar. Las copas caían una tras otra. Luego vi cómo se acercaba a tontear con George, que le reía las gracias sin hacerle ascos. Él también apuraba una copa tras otra. Nuria había desaparecido con Martín y hacía rato que no la veía. Charo, para mi sorpresa, le estaba tirando el lazo a Jaime. No pensé que ella entrara también en la agenda de «amigos especiales» de Nuria.

Estaba observándolo todo cuando una voz familiar me sorprendió a mi espalda.

—No te hubiera imaginado nunca con ese disfraz, pero tengo que reconocer que te queda muy bien.

Era Ben, que me traía una copa y se sentaba a mi lado. Su expresión seguía siendo la de siempre.

—Gracias, yo tampoco te hubiera imaginado nunca con esa ropa —admití—. Te favorece. Deberías probar a llevarla en el hospital.

—¿Te apetece salir al jardín? Aquí el ambiente está demasiado cargado.

Lo miré asombrada. Demasiada amabilidad...

—Bueno, no me vendrá mal un poco de aire fresco. Aquí empieza hacer calor.

Eché un vistazo al salón y vi que Charo y Jaime estaban en el sofá, hablando muy animados, dedicándose miradas furtivas, toques de manos, caricias... George y Penélope estaban en la misma situación. Cuando les estaba mirando, ella se abalanzó sobre George y lo besó en los labios. Él devolvió el beso y le pasó la mano por todas las cachas. Se me hizo un nudo en el estómago. Nuria tenía razón: no podía sentirme mal. Después de todo, George no era nada mío y tenía que darme igual.

—¿Vamos? —dijo Ben, tendiéndome una mano.

Se la cogí y fuimos hacia el exterior de la casa. En los jardines también había varias estatuas y figuras decorativas que combinaban con la temática de las habitaciones. Había obeliscos egipcios, columnas romanas, bustos desnudos griegos y hasta un Moái de la Isla de Pascua. No había visto todas las habitaciones, así que alguna tendría esa decoración.

—¿Y qué tal en tu trabajo? —pregunté para romper el hielo.

—Bien, supongo. Como siempre.

Apreciaba a Ben, pero había que reconocer que la facilidad de palabra no era su fuerte.

De pronto, escuché un ruido en el jardín, cerca de donde estábamos. Había una parte más tupida de setos y se apreciaba una especie de zona de estar o relax. Se distinguían sofás y hamacas. La luz exterior de esa zona estaba apagada y solo entraba el reflejo de la del interior de la casa.

—¿Has oído eso? —Me llevé el dedo a la boca para que no hiciera ruido.

—Sí, creo que viene de ahí, de las hamacas —susurró.

Ben arrimó su torso desnudo a mi espalda. Me rodeó la cintura con sus manos

y nos escondimos detrás del seto. Me estaba protegiendo, pero aquel contacto tan directo hizo que me alterara enormemente. Agudizamos la vista y vimos a Nuria y a Martín, que se besaban apasionadamente. Entonces, él le quitó el corsé, dejando los pechos de mi amiga al aire. Los lamía y los saboreaba, mientras ella gemía de placer. Al ver eso me puse nerviosa.

—¡Vámonos! —quise salir corriendo de allí, pero Ben no se movió.

Por vez primera, Ben sonreía. Apretó mi espalda contra su pecho con más fuerza y me dijo:

—No podemos. Si nos levantamos ahora, nos descubrirán; así que disfruta del panorama.

Estaba cachondo; era morbo lo que salía de su voz. Volví a mirar a mi amiga y a Martín. Nuria estaba sentada y Martín de pie delante de ella. Ella le bajó los calzones del disfraz y empezó a masturbarlo. La enorme polla de Martín se veía hasta en la oscuridad. Nuria se la metió en la boca y empezó a chuparla, disfrutando con cada lametazo mientras él movía las caderas y empujaba la cabeza de Nuria para que chupara con más ahínco. Nunca había visto nada igual.

El calor me estaba abrasando todo el cuerpo. La mano de Ben me quemaba en la cintura. Aparté la mirada y me di la vuelta. Él me abrazó, aplastándome contra su pecho. Noté que también estaba duro como una piedra. Y entonces, la excitación volvió como un tsunami a mi cuerpo. Podía ver el calentón que tenía Ben reflejado en su cara y el mío no andaba muy lejos.

—Ben, me voy dentro. No haré ruido, pero no puedo seguir viendo esto. No está bien... —Intenté escabullirme.

Me miraba fijamente. Sus manos bajaron a mis caderas. Hizo presión sobre mí para que notara su dureza. Mi cuerpo se estremeció.

—No tenemos porque mirar. Podemos hacer lo mismo y disfrutar igual que ellos.

Yo lo miré atónita. Se me acababa de insinuar. El serio, el impertérrito... Su



mano cogió uno de mis pechos y lo acarició suavemente. Me estremecí, quise protestar, pero su boca apagó cualquier amago. Sus cálidos labios besaron los míos. Su lengua se hizo paso para entrar en busca de la mía sin darme opción a protestar. Besaba divinamente.

—Oh, sí, sí. Dale, dale.

Los gritos de Nuria hicieron que nos despegáramos y miráramos de nuevo la escena porno que nos estaban ofreciendo. Martín solo llevaba puesta la capa y Nuria las botas. Le estaba dando la del pulpo. Mi amiga estaba apoyada en el alféizar de la ventana para no caerse y Martín la sujetaba de las caderas por detrás, dándole bien duro. Ella chillaba de placer. Tenía una pierna levantada sobre una de las hamacas, por lo que estaba literalmente espatarrada, y Martín la penetraba con una fuerza bestial. Era una escena increíblemente caliente e indecentemente morbosa.

—No puedo más, eso es una tortura —gruñó Ben y, acto seguido, se quitó la capa y la puso en el suelo a modo de manta.

—Pero...

No me dio tiempo a decir más. En cero coma dos ya estaba tumbada sobre la capa y Ben encima de mí. Mi corazón se aceleró cuando le vi sacar un preservativo no sé de dónde. Fue todo tan rápido que no me dio tiempo a reaccionar. Ni vi cómo se quitó los calzones. Yo había pasado una hora colocándome los dichosos ligeros y él, en dos segundos, los desabrochó, me quitó el tanga, se puso el preservativo y entró dentro de mí con una facilidad que me tenía asombrada.

Cuando lo hizo, me sentí en el paraíso. Estaba húmeda. Ben pasó sus enormes manos por debajo de mis nalgas y me elevó para entrar más profundo. Gemí de placer. Me abrí de piernas todo lo que pude para que Ben me poseyera allí en el suelo, a lo primitivo, mientras a escasos metros oía gritar de placer a mi amiga.

—Lucía, he imaginado este momento tantas veces...

Ben entraba y salía de mi interior de una manera muy excitante. Jamás imaginé

verme en esa situación con él, ahora que nuestros cuerpos gozaban mutuamente, no quería que se separase de mí por nada del mundo. Me besó apasionadamente. Lo notaba muy excitado; yo también lo estaba. Era algo no planeado, aunque lo estaba disfrutando al máximo. Le di la vuelta y me puse encima de él. Pude ver la lujuria en sus ojos. Me agarró los pechos y yo empecé a moverme sobre él. Mis caderas hacían círculos alrededor de su polla. Ben apretaba los dientes intentando contener gemidos de placer. Me incliné para besarle y jugar con su lengua. Me gustaba su sabor y la forma de besar que tenía, diferente a la de George, aunque también perfecta.

—Eres hermosa, siempre lo has sido. Cuánto te deseo.

Ben era distinto. Me hablaba con ternura y con palabras bonitas, me descolocaba. No me lo esperaba de él.

—Fóllame, Ben, ¿no es lo que querías? Pues ya me tienes.

Mis palabras eran puro erotismo. No me podía dejar llevar por el romanticismo ni por el sentimentalismo. E hicieron su efecto. Ben se puso más duro y cachondo. Volvió a colocarse sobre mí y me abrió tanto de piernas que casi me parte por la mitad. Empezó a clavarse en mí con fuerza. Yo me empapé al momento. Estaba muy excitada y, al verlo a él así, me ponía más cachonda. Con mi mano le agarré los testículos y se los acaricié mientras él me penetraba. Aquello le volvió loco de pasión. Salió entonces de entre mis piernas, lo que me desconcertó. Estaba casi a punto y me quedé desorientada y caliente. Me miró con ojos lascivos y, al momento, su boca se posó en mi vagina. Esta se convulsionó de placer. No me lo esperaba. Ben me succionó y hundió su lengua dentro de mi sexo. Después de tres movimientos y un chupetón en mi clítoris, me corrí sin poder evitarlo. Tuve que taparme la boca para que mi amiga Nuria y Martín no me oyeran gemir de placer.

—Tu sabor supera al mejor postre que haya probado en mi vida —gimió Ben.

—Calla y sigue follándome —le ordené cegada por la lujuria.

La bruja que llevaba dentro de mí había salido. Lo atraje hacia mí y él volvió a penetrarme. Lo necesitaba dentro, quería sentirlo, no quería que parase. Y retomó las embestidas. Yo estaba abierta, cachonda y empapada. Ben apuró un

poco, justo cuando sentí que otro orgasmo me llegaba. Iba a mojarle la polla con mi orgasmo. Se puso más duro y él también iba a correrse. Puse entonces mis piernas alrededor de su cintura y los dos nos movimos frenéticamente en busca de nuestros orgasmos. Nos besamos al mismo tiempo que nos corríamos para silenciar nuestros gemidos de placer. Fue algo épico, especial, apoteósico.

Tras eso, nos quedamos tumbados sobre su capa intentando recuperar el aliento. Pocos minutos después, era Nuria la que gritaba como una perraca. También había llegado a su cometido. Ben y yo nos reímos en voz baja, con complicidad. Tenía una sonrisa preciosa, lástima que no la usara más a menudo.

—Voy adentro —informé a mi acompañante—. Necesito ir a mi habitación a refrescarme.

Me levanté e intenté ponerme los ligeros que él había sacado con tanta facilidad.

—¿Necesitas ayuda? —Mostró una sonrisa picarona.

La imagen de Ben desnudo sobre la capa roja y apoyando la cabeza sobre un brazo era impresionante, digna de un cuadro.

—Pues sí. No me apaño con estos chismes —respondí enfurruñada.

—Yo te lo coloco. Acércate...

Ben pasó suave y sensualmente sus manos entre mis muslos, lo que me provocó un calambre en el estómago. Cogió el tirante del ligero y lo abrochó a la media sin ningún problema. Luego pasó a la otra pierna, acariciando otra vez la cara interna de mi muslo con las dos manos, subiendo lentamente hacia arriba, buscando el otro tirante.

—Ben, no provoques, que una no es de piedra...

—Eso pretendo: provocarte para que no te vayas.

Se puso de pie y me besó apasionadamente. Sus manos recorrían mi cuerpo,

rozando mis hombros, mi espalda, la cintura, mi cadera... Me estaba calentando de nuevo y yo, en ese momento, tenía que detenerlo. Así que, muy a mi pesar, me separé y dije:

—En serio, necesito ir a la habitación.

Le di un beso.

—¿Volveremos a repetir esto?

Sus ojos eran de súplica y ardían en deseo.

—No lo sé, todo puede ser... Hasta luego, Ben.

Lo dejé allí, en el jardín, y yo me adentré en la casa.

Pasé por delante de la puerta del salón. Charo estaba comiéndole los morros a Jaime. Nuria entraba en ese momento con Martín por la puerta y se iban a la barra a tomar algo. De George y Penélope no había ni rastro. Estaba a punto de entrar en mi habitación cuando oí risas y murmullos que venían de la de Nuria. Me asomé para ver y vi a Penélope y a George saliendo de allí. Era evidente que venían de hacer lo mismo que yo con Ben. Mi mirada se cruzó con la de George; le cambió el gesto. Yo ni me inmuté. Le dediqué una sonrisa y entré en mi habitación, cerrando la puerta.

La noche era joven, pero la había empezado con ganas. Me quité el disfraz de bruja y me di una ducha. Procuré no mojarme el pelo, ya que era lo único que podía salvar después de mi apasionado encuentro con Ben y no tenía tiempo para ponerme con temas de peluquería. Tras el polvo que me había metido Ben, mi disfraz y toda yo en general, habíamos quedado para el arrastre. Me había dejado seducir por el pecado descaradamente; ahora tocaba dejar el lado oscuro y unirse al club de las castas. Así que me puse el disfraz de hada madrina erótica.

Era de color verde, corto, con un corsé que se ajustaba al cuello. Llevaba también un sujetador del mismo color que se encajaba entre los tirantes del cuello y el corsé. De la cinturilla salían volantes de tul verde que hacían juego con las alas que ahora lucía, adosadas a mi espalda. Unas sandalias doradas de tacón daban el toque final al disfraz. Así, por lo menos, no tenía que llevar las agobiantes medias de antes. Hacía calor y se agradecía ir ligerita. Donde antes tenía la diadema negra, ahora iba una tiara de color verde. Parecía Campanilla cuando me miré en el espejo, aunque no estaba mal el disfraz y daba su morbo.

Regresé al salón, donde volvían a estar todos reunidos. Las miradas se clavaron en mi nuevo disfraz. Pude ver que no fui la única que se había cambiado. Nuria, por ejemplo, iba ahora de romana, con una túnica dorada muy corta y el pelo recogido. Evité mirar a George y a Ben, pero notaba sus ojos en mi cogote. Fui directa al bar a pedir una copa y Nuria me siguió.

—¿A qué se debe ese cambio? —me preguntó con una curiosa mirada, sonriendo maliciosamente.

—¿Y el tuyo? —le respondí con el mismo tono.

Ella se sonrojó y miró hacia Martín. Luego volvió a centrarse en mí.

—Me perdí por los jardines con Martín. Perdona que no te avisara que iba a venir. Si te lo llego a decir, sé que te hubieras negando en redondo. Y te habrías enfadado conmigo. Así que elegí el factor sorpresa. ¿Me perdonas?

—Pues claro, tonta. Es tu fiesta y tienes todo el derecho a invitar a quien tú quieras. Además, a mí Martín no me afecta en absoluto.

Le di un sorbo a la bebida que me acababa de poner Mariano. Estaba buenísima.

—Pues a él no le importaría darse un revolcón contigo. Lo llevas loquito.

—¿Qué me estás contando? —Abrí los ojos como platos.

—Ya sabes cómo son los hombres —exhaló Nuria—. Solo basta con darles con la puerta en las narices y rechazarlos para tenerlos rendidos a tus pies.

—Eso es de ser masoca, aparte de un poco imbécil.

—Pues así funcionan. Cuando te tienen, no te quieren. Y cuando no los quieres tú, ellos te buscan desesperadamente.

Yo flipaba con las clases de teoría masculina que me daba mi amiga, aunque la verdad era que todo lo que me iba diciendo ocurría tal cual. Debería dar clases particulares o montar una academia sobre cómo entender a los hombres. Parecía una enciclopedia con tanga.

De repente, se apagaron todas las luces. Yo me sobresalté y me agarré a Nuria. Por la puerta del salón, una tenue luz apareció. Una rubia despampanante (la de Ben no, otra) traía una tarta con treinta y siete velas. La rubia empezó a cantar Cumpleaños feliz y, acto seguido, la acompañamos todos. George se levantó para soplar las velas, aunque antes cerró los ojos para pedir su deseo.

Después, todos aplaudimos y fuimos a felicitarlo mientras la rubia se llevaba la tarta para cortarla y repartirla en platos.

—La tarta la comeremos en la sala de la piscina —gritó George.

—¿Dónde está eso? —le pregunté a Nuria con curiosidad.

—Es un salón chill-out que tiene una piscina interior climatizada. Está en la parte trasera de la casa. Es una preciosidad. ¿No lo has visto?

—No. Pues sí que es grande la casa. ¿Hay una piscina dentro, aparte del spa?

—Sí, Chochona. Esta es más pequeña y moderna. Ya la verás, es muy cool.

Ya lo vería. De momento, me acerqué a felicitar a George. En toda la noche no me había arrimado a él para nada.

—Felicidades.

Le di dos besos. Todos estaban alrededor de él.

—¿Eso solo me vas a dar? —me susurró al oído.

Me separé enseguida tras ver sus intenciones. Olía a alcohol y estaba ligeramente pasado. Me cogió por la nuca y me dio un morreo delante de todo el mundo. Fue una mezcla rara de emociones: no me gustaba la imposición, pero sabía que George estaba bebido y tenía el juicio nublado. Tuve que contener, y mucho, mi instinto de partirle la cara, así que apreté los puños. Nuria, que me leía como un mapa, enseguida se metió entre los dos para hacer su teatrillo particular.

—Oye, cielo, porque es mi amiga. Si no, me estarías dando motivos para ponerme celosa. A mí no me besas con esa pasión, amorcito. Te salva tu cumpleaños, mi amor. Considera ese beso un regalo de Lucía.

Nuria me miraba y miró a George. Le dio un beso y le susurró algo en el oído que no pude oír, pero su cara se transfiguró al momento.

—Lo siento si he sido brusco —se disculpó avergonzado—. Quería hacer una

broma y me he pasado.

—No pasa nada, George... El alcohol nos juega malas pasadas a veces.

—Bueno —rompió el hielo Nuria—, vamos todos a relajarnos un poco a la sala de la piscina. ¿A quién le apetece una cachimba?

Todos aplaudieron la ocurrencia. Nos dirigimos a aquella famosa sala. George venía detrás de mí y me paró un momento.

—Por favor, Lucía —me agarró de la mano—, perdona. Llevo loco, detrás de ti, toda la noche.

No pude evitar echarme a reír. George se sorprendió y puso cara de póquer.

—¿En serio? —respondí con sarcasmo—. ¿Ahora me vas a venir con esas? No tienes que darme ninguna explicación. No me debes nada, ni yo a ti. Solo follamos, George. Así de simple.

No podía creer que de mi boca hubieran salido esas palabras. Hablaba como Nuria; me había convertido en una mujer fatal, igual que ella.

—Lucía, tú no eres así...

—¿Y cómo soy, George?

—Eres especial, eres hermosa. Eres...

George estaba medio pedo, incluso se le trababa la lengua. Le puse la mano en el hombro y luego le acaricié la cara.

—Soy tan especial como lo era, hace escasas horas, Penélope en tu cama. Así soy yo. Cuando quiera y me apetezca, te buscaré. Ahora, cielo, disfruta de tu cumpleaños.

Seguí hacia donde iban todos, en busca de la sala de la piscina. George se quedó patidifuso. No miré hacia atrás para ver si reaccionaba. Ese era su problema. Yo iba detrás de Jaime. Antes lo había visto enrollándose con Charo, aunque no sabía si habían llegado a mayores. Supuse que sí. Dado que



Ben se lo había montado conmigo, ¿por qué no iba a hacerlo ella?

—¡Ostras! —exclamé perpleja al ver la sala de la piscina.

—¿A que es una pasada? —chilló frenética Penélope.

Quien más y quien menos soltó una expresión de sorpresa y asombro. La sala, o mejor dicho, el pedazo estancia donde estaba la piscina, era una especie de santuario para el relax. Los bordes de la piscina eran de piedra artificial. Tenía una forma semicircular en una parte y luego se estrechaba en paralelo al salón como una piscina olímpica en miniatura. El agua debía de estar caliente porque salía vapor de ella. Alrededor de la piscina, había elegantes sofás blancos con chaise longue y puffs gigantes que invitaban a tumbarse.

Miraba el lugar anonada. Era precioso. De fondo se escuchaba una música muy relajante.

—¿Te gusta? —preguntó eufórica Nuria, sentándose en un puff a mi lado.

—Es increíble. Este lugar tiene un encanto especial.

Me dejé arrullar por la música y cerré los ojos.

—¿Te gusta la música?

—Sí, te envuelve. ¿Quién es? —Tenía curiosidad.

—Se llama Deva Premal. Lo que ahora se escucha es un mantra.

—Es lo más hermoso que he oído nunca.

Estaba inmersa en un auténtico estado de relajación. La música me envolvía, te transportaba a las nubes y al paraíso del bienestar. Hasta que se acercó Martín e hizo que en un santiamén todo se volatilizase.

—Chicas, ¿os apetece fumar una cachimba? —preguntó mostrando su perfecta dentadura.

—Tan oportuno como siempre —exhalé molesta.

—Lucía, ¿me vas a perdonar la vida alguna vez?

Lo miré con tan mala leche que creo que contesté a su pregunta.

—Venga, fumemos la pipa de la paz —intercedió Nuria—. Ya está bien de malos rollos. Además, Martín lleva lo de tu divorcio y tendréis que veros las caras a la fuerza.

En eso tenía razón. Ya ni me acordaba del imbécil de Roberto. Si ahora me viera...

—Yo no fumo. —Me negaba a probarlo.

—Esto es muy suave y tiene sabor a Coca-Cola. Además, es un invento que me han recomendado. Pruébalo.

Negué con la cabeza. Nuria le dio una calada y puso cara de asombro.

—Está muy rico. No sabe a tabaco para nada. Prueba...

Nuria me la pasó. Yo renegaba, pero insistía tanto que, al final, decidí probar la dichosa cachimba. Para mi asombro, aquello sabía a cola y estaba bueno. Por fin, cedí y fumamos los tres la cachimba. Mariano pasaba por allí y nos sirvió champán. Yo me reía y Nuria también; nuestras risas resonaban por toda la estancia.

Un chapoteo en el agua nos sacó del ensimismamiento. Penélope decidió colgar los hábitos, literalmente, y zambullirse como Dios la trajo al mundo en la piscina. Invitaba descaradamente a los varones de la sala a que se metieran en el agua con ella.

—¿No vas a hacer nada? —Miré indignada a mi amiga.

Nuria me miró, divertida por mi reacción.

—Chochona, ¿qué quieres que haga? Si estoy por hacer lo mismo.

—¿Pero...?

Martín salió disparado hacia la piscina. Se despojó de su disfraz y se zambulló en la piscina.

—Ya te lo dije. Es la mejor idea de la noche. Aquí nadie hace nada que no quiera hacer. Todos somos adultos y si alguien se siente incómodo, lo único que tiene que hacer es retirarse. Ahora, si no te importa, yo también me voy a la piscina. Deja tus tabúes y mójate.

Nuria fue hacia la piscina y se desnudó. Se metió en el agua como una diosa romana. Martín la esperaba encantado. Un segundo después, ya estaban besándose.

Empecé a sentirme un poco incómoda. Acto seguido, se metieron en la piscina Charo y Jaime. Yo era la única mujer que quedaba fuera, y encima vestida. Al otro lado, en el sofá, George y Ben me observaban como dos depredadores. Me sentí intimidada y excitada, no sabía qué hacer. Dos hombres a los que deseaba me miraban fijamente y sé que venían a por mí. Aquello era algo nuevo y mi corazón se estaba acelerando. Me recordaba a una escena del libro que me había prestado Nuria. Se estaba haciendo vívida en mi memoria y noté que me humedecía. No me veía capaz de hacer lo mismo, pero, por otra parte, la lujuria llamaba a mi puerta. Estaba golpeando con insistencia, intentado tirarla abajo.

—Lucía, ven al agua. No te lo pienses tanto.

Nuria me estaba llamando. La piscina hervía de pura sexualidad. Charo se besaba con Jaime y este sobaba sus enormes pechos. La rubia jadeaba de placer. Penélope había reclamado la atención del potente argentino, que le estaba dando lo suyo al final de la piscina. Se agarraba al borde, mientras Mariano la empalaba y la elevaba a lo más alto.

Lo que hacía un rato era un remanso de relax ahora se había convertido en Sodoma y Gomorra. Yo no podía dejar de mirar, pero estaba paralizada, no sé si por el miedo y la curiosidad o por la inexperiencia de algo tan desbordante para mi mente. La sensación de libertad que veía en ellos era demasiado para mí. Mi cuerpo deseaba actuar de esa manera, pero mi mente lo frenaba. Demasiados años de mente de clausura, ahora me estaban pasando factura.

Tan absorta estaba en mis pensamientos que ni me enteré de que George estaba a mi lado. Solo veía cómo Nuria estaba ahora siendo penetrada por Mariano. Ella tenía las piernas alrededor de su cintura y su cuerpo lo recibía en las escaleras de la piscina. El argentino, de rodillas, le estaba pegando un meneo del quince a mi amiga. Solo oía gemidos y placenteros jadeos cargados de sexualidad. Empecé a sudar. De pronto, George me besó el cuello y me asusté. Él me agarró por la cintura y volvió a besarme. Mi cuerpo reaccionó al momento. Ya estaba calentita y George solo aceleró el proceso. Me cogió en brazos y me llevó hasta el sofá grande que quedaba más lejos de la piscina. El sitio estaba igualmente a la vista, pero era más discreto. George me hipnotizaba con sus besos. Su lengua era una culebrilla que se enredaba con la mía y me dejaba sin aliento. Tenía un don increíble para besar.

Los gemidos de la piscina aceleraban mi pulso. Eran tan excitantes... Desde donde ahora estábamos los oíamos, pero no los veíamos. Se colocó encima de mí y empezó a desabrocharme el sujetador del disfraz. Su boca fue a por uno de mis pechos y me estremecí de placer. El pezón se puso duro y yo me notaba húmeda y caliente. Luego su boca se posó sobre el otro pezón. Ahora ya estaban los dos duros y excitados. Cerré los ojos y me dejé hacer por aquel espartano que entendía de artes sexuales. Sentí cómo me acariciaba los pechos, el abdomen, los muslos...

Estaba en el limbo y mi mente me había abandonado dejando espacio libre para el uso y disfrute de mi cuerpo. Quería experimentar y gemir como lo hacían los de la piscina. De repente, abrí los ojos al sentir otras manos en mi cuerpo. Ben estaba al lado de George, acariciándome los pechos. Los dos hombres me miraban con deseo. Pude notar su excitación sin apenas tocarlos. Me incorporé en el sofá y me eché hacia atrás. Me tapé con las manos, por instinto.

—No te asustes —me tranquilizó George—, no vamos a hacer nada que tú no quieras. Déjanos hacerte disfrutar.

—Yo nunca... —las palabras no me salían.

Ben también se acercó muy suavemente y me besó en los labios.

—Lo sabemos. Confía en nosotros.

Me tenían aturdida.

Estaba abrumada ante dos hombres tan imponentes que reclamaban mi atención. Los dos eran para mí sola. George metió la mano debajo de mi minivestido verde y hundió lentamente un dedo en mi vagina. Me sonrió sensualmente.

— Sabía que estabas excitada. Se me acaba de poner más tiesa todavía —susurró George con ojos de lascivia.

A continuación, se lamió el dedo y enrojecí ante ese acto tan descarado.

Sus manos empezaron a recorrer mi cuerpo, me tocaban por todas partes. Dos minutos después, no tenía ni una pieza de ropa sobre mi piel. Cuatro manos me habían desnudado por completo en aquel enorme sofá. Y Ben y George estaban en la misma situación que yo, desnudos y calientes.

Ben se puso detrás de mí de rodillas. Me agarraba los pechos y me besaba la nuca y el cuello. Yo me giraba en busca de su boca. Sus dedos ahora jugaban dentro de mi coño, haciendo que suspirara y gimiera sin parar. Mientras, George se rozaba conmigo y apretaba su pecho contra el mío. Ahora lo besaba a él. Notaba la erección de George en mi abdomen y la de Ben en mi espalda.

No me lo podía creer; lo estaba haciendo... Ambos metieron sus dedos dentro de mí. Solté un grito de placer. Fue una sensación que jamás había experimentado. Iba a enloquecer. No aguantaba más, sentía un impulso de hacer algo picante y morboso, así que cogí sus miembros erectos con mis manos. Los dos se estremecieron. Nunca había hecho nada parecido, pero sí lo había visto en alguna película. ¡Qué sensación, el tenerlas a las dos entre mis dedos! Empecé a masturbarlos y aquello me hizo sentir poderosa. Se pusieron locos y jadeaban. Yo, tan pequeña, estaba dominando a aquellos dos hombretones, dándoles un placer de alto voltaje. Entonces George enloqueció. La lujuria se apoderó de él.

—Lucía, necesito poseerte —gruñó fuera de sí.

Se puso un preservativo y me tumbó en el sofá. Yo también necesitaba sentirlo. Ben me besaba y me tocaba los pechos mientras George me separaba las

piernas y acoplaba su cuerpo al mío. Cuando me penetró subí al séptimo cielo. Era una sensación de lo más morbosa. Estaba tan cachonda que me hubiera tirado a todos los que había en la fiesta.

George me follaba con ahínco, con fiereza. Estaba desbocado. Los chorretones de sudor le caían por las sienes. Me apretó fuerte por las nalgas y se corrió enseguida dejándome a dos velas.

—Lo siento, no he podido contenerme, nunca me había pasado.

George se dejó caer sobre mi pecho. Estaba agotado y avergonzado. No había podido controlarse. Lo besé en los labios y le acaricié el pelo. Yo seguía más caliente que el agua de la piscina.

—No te preocupes. —Pasé mi mano por su mejilla—. Tu amigo terminará lo que tú has empezado.

«¿Había dicho eso de verdad? ¿Dónde estaba la Lucía pudorosa que su única emoción era prepararle la cena a su querido marido?» Me estaba tirando a dos tíos macizos de una sentada. Ni en mis mejores sueños...

Ben me sonrió. Otra vez esa maravillosa sonrisa que tanto me gustaba y que tan poco mostraba.

—Ahora eres toda para mí —gimió sensualmente y mi vagina palpité de excitación.

Se acercó y me besó con tal fuerza y pasión que me dejó sin aliento.

—Necesito refrescarme —le pedí—. Estoy sudando.

Ben me cogió en brazos y me llevó a mi habitación. Durante todo el trayecto no dejó de besarme ni un solo segundo. Pero yo seguía necesitando agua o mi cuerpo se desintegraría del calor abrasador que me estaba provocando

—Ben, me ducho y salgo. No te muevas.

Lo dejé allí en la cama, todo empalmado y excitado. Me costaba separarme de él, porque era algo maravilloso que no me quería perder ni un solo segundo.

Abrí la puerta de cristal y me metí en la ducha egipcia. El agua fría era reconfortante y aliviaba mi piel ardiente. Apoyé las manos sobre el precioso azulejo y dejé que el agua cayera sobre mí. Menos mal que estaba apoyada, ya que Ben, como un rayo, entró en la ducha, me cogió por las caderas y me penetró, así como estaba. Me arqueé hacia atrás y levanté el culo para facilitarle el paso. Él me embistió y yo solo pude chillar de placer. Ben me separó y elevó una pierna para poder explayarse todavía más en mi interior. Me recordaba a la postura entre Nuria y Martín que habíamos visto en el jardín. Y pensar en ello hizo que me excitara aún más.

—Lucía, ¿te gusta así? —me preguntaba Ben entre jadeos.

—Sí, sí. Házmelo como tú sabes.

Se puso más cachondo, si es que eso era posible. Me dio la vuelta y me miró a los ojos.

—Voy a venerar tu cuerpo.

Sus palabras me pusieron a tope.

Estaba tan sexi... Me aferré a su cuello y lo besé con deseo. Mi lengua iba sin compasión a por la suya mientras me frotaba ansiosa por sentir mi piel contra su torso. Ben me levantó una pierna y me penetró de pie contra la pared de la ducha. Mi vagina se contraía de gusto y atrapaba su polla succionándolo hacia mi interior.

—Dios, Lucía. Eres algo fuera de lo normal. Nunca...

Se mordió la lengua y me besó de nuevo bajo el agua. Él siguió deslizándose dentro de mí, una y otra vez. Mi excitación estaba al máximo. Me cogió entonces la otra pierna; ahora las dos estaban alrededor de su cintura. Parecía un mono, enganchado a él, mientras Ben seguía con sus penetraciones profundas y placenteras, mordiendo y succionando mis pechos. Mi sexo se estaba apretando alrededor de su maravilloso y resbaladizo miembro, preparándose para recibir el inminente orgasmo debido al inmenso placer de aquellas maravillosas embestidas.

—Me tienes al límite... —le susurré al oído y le di un lametón.

—Cuando tú me digas...

Me dio tres embestidas fuertes y mi boca se abrió de la sorpresa. Hundí mi cabeza en su cuello y empecé a moverme como si estuviera fuera de control en busca de mi orgasmo. Él me aplastaba contra la pared y elevaba mis caderas con sus grandes manos. Su pubis frotaba mi clítoris y su polla acaparaba toda mi vagina. El orgasmo llegó de manera inminente. Ben también aceleró más el ritmo y se corrió de una manera brutal. Pensé que me rompía en mil pedazos. Fue algo apoteósico.

—Dios, ha sido increíble —suspiré mientras el agua caía sobre nosotros. Me temblaba todo el cuerpo.

Ben me abrazó cariñosamente.

—Tú sí que eres increíble.

Volvió a besarme, esa vez con suavidad. Se me erizó la piel.

—No eres como esperaba —le confesé—. Me has sorprendido.

Fui sincera. Había pasado del Ben con cara de ajo a ese otro, apasionado, sexi y agradable.

—¿Puedo quedarme contigo esta noche? Así te enseñaré más cosas sobre mi personalidad.

Me sonrió, envolviéndome en un abrazo. Me atrajo hacia él y volvió a darme uno de esos besos que hacía que me temblaran las piernas.

—No sé si mi integridad física correrá peligro contigo. —Le devolví la sonrisa.

Salí de la ducha y me envolví en una toalla. Mirar a Ben secándose las gotas que rodaban sobre su pecho desnudo era una provocación para mis sentidos. Se acercó y me cogió por la cintura.



—Entonces, ¿quieres que me quede? —insistió de nuevo.

Lo miré de arriba abajo y pasé mis manos por la toalla que tenía envuelta alrededor de su cintura. Tiré de ella y lo dejé desnudo ante mí.

—¿Contesta eso a tu pregunta?

Ben cogió mi toalla y la arrancó sin miramientos.

—Creo que sí.

Entonces me besó con ardor, cogiéndome en brazos y llevándome directamente a la cama.

Me desperté al lado de Ben, que estaba abrazado a mi cuerpo y dormía plácidamente. Follamos durante toda la noche, hasta que nuestros cuerpos no pudieron más. Ya estaba amaneciendo cuando caímos rendidos por agotamiento. Y es que Ben era insaciable, pero yo tampoco me quedaba atrás. Me dolía todo el cuerpo. Lo habíamos hecho en todos los rincones de la habitación. Y ahora que entraba luz del exterior, parecía que hubiera pasado un tornado por la estancia.

No sé qué hora sería, pero el sol se veía alto a través de la ventana y podía oír pasos y voces por la casa. Mi estómago rugía exigiendo comida. Intenté levantarme sin despertar a Ben, pero enseguida cerró su brazo alrededor de mi cuerpo y me llevó nuevamente hacia él. Me dio un beso detrás de la oreja.

—Buenos días. ¿Estás huyendo de mí?

No pude evitar sonreír. Me seguía sorprendiendo ese Ben cariñoso y desconocido.

—No sé tú, pero yo me muero de hambre. Anoche consumiste todas mis energías.

Me dio la vuelta y se puso encima de mí, diciendo:

—Todavía me quedan energías para continuar todo el día.

Noté que empezaba a ponerse duro de nuevo. Me escabullí de entre sus

brazos, pero él me agarró de una pierna y me quedé tendida boca abajo sobre la cama.

—Ben, por Dios. Vas a matarme a polvos. Necesito comer algo.

Me eché a reír ante la situación en la que me encontraba. Ben presionó mi cuerpo y aquello me encendió.

—Uno rapidito y nos vamos a comer lo que quieras —decía mientras acariciaba mi espalda, mis caderas, mis muslos.

—Ben, no sigas...

Ya estaba jadeando. Sus manos hacían que perdiera la voluntad sobre mi cuerpo. Una de ellas fue directamente a mi sexo y sus dedos se hundieron a explorar mi vagina. Solté un gemido de placer.

—¿Seguro que no quieres que siga?

Levanté mis caderas y presioné mis nalgas contra su protuberante erección. Ahora era Ben el que gemía.

—Uno rapidito —asentí, jadeando.

—Cómo me provocas...

Cogió un preservativo de la mesita de noche. Por lo que se veía estaban en cualquier lugar de la casa. Se lo colocó y me dio un cachete en el culo. Me sorprendió que hiciera eso y me giré de muy mal talante.

—¿Qué haces? —le reproché malhumorada.

—No te enfades, leona. Solo quería que te dieras la vuelta.

Se abalanzó sobre mí y una milésima de segundo ya estaba dentro de mí. Yo suspiré por esa embestida repentina y placentera. Ben me besaba con fervor y pasión. Me poseía con fiereza, me agarraba por las nalgas y me atraía hacia su cuerpo para introducirse bien profundo. Lo notaba absolutamente todo. Su polla erecta me llenaba por completo, mi vagina se empapaba y hasta sus

testículos luchaban por entrar en mí. Su lengua enroscada con la mía no me daba respiro.

Como dos lapas, la fricción de nuestros cuerpos y nuestros sexos era brutal. Mi clítoris contra su pubis echaba fuego, se estimulaba al mismo tiempo que su polla entraba y salía bestialmente de mi vagina.

—Ben, házmelo como tú sabes —le supliqué entre jadeos.

Él empezó a acelerar todavía más; yo ya estaba mareada. Entre la tunda sexual que me estaba dando y el hambre que tenía, una embestida de las suyas me hizo tener un orgasmo clitoriano que me estremecí entre sus piernas. Ben sonrió y siguió empotrándome contra el colchón de la cama sin bajar el ritmo.

—Por Dios, Ben. Me voy a morir. —Me retorcí de placer agarrándome a las sábanas.

Él sonrió y siguió con su ardua faena sin parar ni un instante.

—Sí, preciosa, vas a morir de placer —y siguió arremetiendo contra mi entrepierna.

Pensé que no era posible, pero mi vagina se empapó todavía más y en otra de sus salvajes embestidas, en las que noté que a él le venía su orgasmo, me corrí vaginalmente al mismo tiempo que él. Fue algo casi celestial, porque creí ver estrellas y hasta el arco iris sobre nuestros cuerpos sudorosos. Las piernas empezaron a temblarme de una manera incontrolable, como si estuviera sufriendo un ataque epiléptico.

—¿Estás bien? —me preguntó, tumbado a mi lado, mientras yo seguía con el tembleque en las piernas.

—Mejor que eso. Pero no más rapiditos de estos... Necesito comer.

Ben sonrió y me dio un beso.

—Prometido. Ahora vamos a la ducha y a comer algo.

—Sí, por favor.

—Si quieres voy a mi habitación y me ducho allí. Así te dejo tranquila y te recuperas. Tengo miedo de no controlarme si me meto de nuevo en la ducha contigo.

Lo miré aterrorizada. Solo de pensar en hacerlo otra vez me entraban el pánico.

—Buena idea. Vete y ya nos vemos en el salón. Además, tendrás que cambiarte de ropa...

Ben se marchó y yo pude aliviar mi cuerpo dolorido bajo la maravillosa agua de la ducha. Me había destrozado.

\* \* \*

Eran las tres de la tarde. Todos estaban en el salón menos George. Habían colocado una mesa con comida, al estilo bufete. Cogí un plato y lo llené con ensalada y un poco de pechuga de pavo. Los demás estaban sentados en la mesa del salón. Me senté al lado de Nuria, que llevaba puestas las gafas de sol.

—¿Cómo te has levantado hoy? —Le pegué un bocado a un trozo de tomate y vi a Ben al otro lado de la mesa que me guiñaba un ojo. Me sonrojé.

—Uf, ni me hables —gruñó mi amiga—. Tengo una resaca histórica. Ayer hubo mucho sexo y demasiado alcohol. ¿Dónde te metiste tú, por cierto?

Nuria bajó las gafas hasta la punta de la nariz y me miró por encima de ellas. Tenía los ojos rojos y unas ojeras espantosas.

—Por ahí...

Esbocé una sonrisa y seguí comiendo.

—No me seas golfa. Esa sonrisa significa que has follado. Cuéntame...

No pude evitar reír y poner cara de malicia al recordar la noche anterior. Me moví en la silla y el cuerpo se resintió.

—Ahora no. —Me ruboricé—. Luego, cuando estemos a solas.

—Huy, Chochona... Quién te ha visto y quién te ve.

Nuria y yo seguimos comiendo.

En la mesa nadie hablaba. Todos llevaban gafas de sol. Solo queríamos comer y no estábamos para muchas historias. Actuábamos de forma correcta, como si la noche anterior hubiera transcurrido dentro de lo cotidiano. Era increíble ese cambio de actitud; el día antes había sido una pura orgía en la piscina y esa mañana todos permanecían correctamente comiendo, pasándose la sal con educación y cortesía.

Entonces, George entró en el salón de muy mal humor. Dio un portazo al entrar y todos nos sobresaltamos. No era propio de él, pero no pintaba nada bien la actitud que traía. Fue directo hacia Martín, que estaba sentado al lado de Nuria. Esta se puso tiesa en la silla y muy alerta.

—¿Todavía estás aquí? —le chilló con desagrado George a Martín.

Todos nos quedamos callados, sorprendidos por la mala educación de George. No era su estilo y tampoco no entendíamos de qué iba el tema.

—George, cielo —dijo Nuria muy seria—, Martín está donde tiene que estar. ¿Por qué no te tranquilizas y comes algo? Creo que te vendría bien.

—Yo mejor me voy —se excusó Martín levantándose de la silla.

Nuria le obligó a sentarse con un gesto de su mano, que él acató sin rechistar.

—Tú no te mueves, eres mi invitado. ¿Qué problema tienes, George? —Nuria le desafió con la mirada.

Él se tambaleó un poco. Era evidente que había bebido mucho y dormido

poco.

—Ya veo que es tu invitado. Aquí todo el mundo ha dormido bien acompañado menos yo. Y eso que soy el anfitrión y el cumpleañosero.

Ahora George me miró con descaro. Así que tenía un rebote por haber dormido solo... Menuda pataleta más tonta. Ben se dio cuenta del estado de su amigo y se levantó. Fue en su busca y le puso la mano en el hombro, diciéndole:

—George, creo que deberías salir a tomar el aire.

—Tú calla y déjame, traidor —le espetó con malas formas.

Ben ignoró sus palabras y lo cogió a la fuerza sacándolo del salón. Los dos se enzarzaron en una discusión en inglés que yo no entendí. Los gritos se oían en el comedor. Nuria se levantó de la mesa.

—¿Adónde vas? —Miré a mi amiga inquieta.

—A zanjar este tema.

—Te acompaño.

Me levanté y fui detrás de ella hacia donde provenían los gritos de los dos ingleses. Nuria abrió la puerta de la sala en la que estaban discutiendo y, cuando George nos vio entrar, arremetió contra ella.

—Tú tienes la culpa de todo esto, mala mujer —le chilló.

Nuria levantó una ceja, puso cara de desdén y respondió:

—Supongo que nuestra relación de mutuo acuerdo termina aquí.

George la miraba asombrado. Quizá no esperara esa reacción.

—¿Me vas a dejar por ese tío? —George estaba descolocado.

—Yo no te dejo por nadie, pero, desde luego, en este momento lo prefiero a él

y no al energúmeno que tengo delante.

George estaba rojo de ira. Me miró a mí y soltó:

—¿Tanto te costaba venir a pasar la noche conmigo? Me lo habías prometido.

Miré a Ben y luego a Nuria. Estaba alucinando por la inmadurez de George.

—Yo no te debo nada —le aclaré—. Y ayer me surgió un plan mejor. Tú ya tuviste lo tuyo.

Intenté ser fría como Nuria. No iba a dejar que me ridiculizara delante de nadie.

—Sois iguales —titubeó George a causa del alcohol.

—Supongo que sí. Por eso las dos hemos cometido el error de acostarnos contigo. De todo se aprende —le espeté fríamente.

Me salió del alma.

Nuria sonrió al oírme contestar de esa manera, Ben me miraba anonadado y yo volví a sentirme segura de mí misma.

—Bueno, os dejo. —Ben escurrió el bulto—. Este tema no me incumbe.

Esperamos a que saliera de la habitación.

—Bien, George, ya tenemos intimidad —le espetó Nuria—. Así que si tienes algo más que decir, aprovecha ahora.

—Lo siento, Nuria, no sé qué me pasa. Dame una oportunidad. Tú también, Lucía...

George estaba errático y confuso. Nuria me miró y luego fue hacia él.

—Cielo, hasta aquí hemos llegado. Cuando se pierden las formas ya no hay vuelta atrás. Me lo he pasado genial contigo, pero es hora de un cambio. Ambos lo sabemos. Prolongar esto sería un error.



George asentía con la cabeza.

—Podemos quedar alguna vez... ya sabes —contestó él, algo más tranquilo.

—Por supuesto, cielo. Siempre que yo quiera y me apetezca.

Yo flipaba con Nuria. Qué entereza tenía y cómo manejaba la situación sin inmutarse ni alterarse. Comparando esa ruptura a cuando me enteré de la infidelidad de Roberto, en la que casi pierdo la vida, ¡madre mía! Y ella apenas se despeinaba. Nuria me indicó con una mano que nos fuéramos y George me llamó:

—Lucía, ¿puedo hablar contigo?

La miré como pidiéndole permiso. Ella asintió.

—Te espero fuera. —Nuria regresó al salón.

—¿Qué ocurre, George? —Lo miré seria.

—Quiero que me perdones. Ben me ha puesto las pilas. Sé que he perdido los papeles. —Parecía arrepentido.

—¿Qué tiene que ver Ben?

—No sé, ha salido a defenderte como tu caballero andante. Tú sabrás...

Me sorprendió lo que me dijo, pero no me gustó.

—Ben va por libre, no tiene ningún derecho sobre mí. Solo ha habido sexo, igual que contigo.

George se acercó y me puso las manos en la cintura. No lo rechacé, pues era un hombre que me gustaba muchísimo, solo que el alcohol ahora le estaba jugando una mala pasada.

—Entonces, ¿podremos seguir teniendo nuestros encuentros de vez en cuando?

Me pasó la lengua por los labios antes de besarme con voracidad. Yo le

devolví el beso. Me encantaban sus besos. Pero pude zafarme de él. Estaba acelerado y le costaba respirar.

—George —me separé un poco—, por supuesto que me encantará volver a estar contigo, siempre que yo quiera y me apetezca. Pero ahora no es el caso.

Se quedó blanco, confuso y... cachondo. Salí de la habitación y fui a buscar a Nuria, que estaba en el salón. Me miró y me preguntó si todo estaba bien; le respondí que perfecto. Entonces, se levantó y anunció a toda la mesa:

—Siento comunicaros que la fiesta se da por concluida. Al terminar la comida tenemos que recoger y adelantar nuestro regreso a casa. Disculpad este vergonzoso percance.

Nuria se marchó hacia su habitación y yo me fui con ella, dejando atrás murmullos y comentarios.

—Nuria, yo no puedo volver a casa. La Fregona sigue allí. No sé adónde ir...

—Chochona, no hay problema. Te vienes conmigo.

—¿Al pueblo?

—No... Todavía tengo el piso que alquilé cuando te pasó lo tuyo. Lo paga George.

Se rio por lo bajo.

—¡Qué mala eres! —Me uní a su risa.

—Y más que voy a ser. Así que ve aprendiendo.

Fui a la habitación a preparar la maleta. No tardé mucho. Aproveché incluso para llamar a mi madre, pues quería avisarla de que no regresaba a casa para que no se preocupara. Al tercer tono descolgó.

—Mamá, soy yo, Lucía. ¿Cómo estás?

—Muy bien, hija, disfrutando de la nieta. ¿Cuándo vuelves?

Me sabía mal no estar con ella, pero la Fregona era un toro que no me apetecía lidiar.

—Mamá, voy a pasar unos días con Nuria. Ha roto con el novio y ahora me toca a mí estar con ella.

En cierto modo, no era del todo falso.

—Pobrecita, qué mala suerte que ocurran estas cosas y más si es en un día señalado. ¿Él cómo está?

Mi madre siempre preocupándose de los demás.

—Bien, mamá. Ha sido de mutuo acuerdo. Ya te voy llamando. Dale un beso a la peque y a papá.

—¿Nos vamos? —me preguntó Nuria, entrando en mi habitación.

Le hice una seña de que estaba hablando por teléfono.

—Mamá, te dejo que nos vamos ya. Te quiero.

—Yo también. Dale un beso a Nuria.

Colgué el teléfono y cogí mi bolso de viaje.

—Oye, tú este fin de semana has rejuvenecido —observó Nuria.

—Será de tanto follar. —Me entró la risa.

—Ya. Yo, en cambio, he adelgazado. Ya te dije: el odio adelgaza y el sexo rejuvenece. No falla...

El apartamento de Nuria había cambiado por completo, pues mi amiga le había dado su propio toque personal. Yo apenas lo recordaba, debido a mi estado, pero era cálido y agradable, con lo justo e imprescindible para vivir cómodamente y sin agobios. Al entrar, te encontrabas a la derecha con un pequeño salón con un enorme sofá marrón de piel y otro individual haciendo juego. Había también una mesa auxiliar y, enfrente, un mueblecito blanco. La tele colgaba de la pared. Una puerta corredera daba acceso al balcón. En la misma estancia y sin separar, a mano izquierda quedaba la cocina. Sus muebles empotrados estaban repartidos como un puzle para que allí cupiera de todo: vitrocerámica, horno, lavavajillas, nevera, microondas y un montón de espacio para guardar los utensilios de cocina. Su color haya y vengué hacía juego con la mesa de ocho comensales que lucía en el centro de la estancia.

Luego había una puerta que daba acceso a las habitaciones. La principal, la de Nuria, tenía baño propio, una cama de matrimonio, un armario y otro televisor colgado de la pared. El baño no tenía bañera, sino una ducha de pequeños azulejos grises y blancos con la mampara de cristal y el aseo independiente, dividido por otra mampara más opaca. El plumón en seda negra y estampado en letras chinas de azul turquesa que había sobre la cama vestía la habitación. Era sencilla, pero elegante.

Mi habitación también era de matrimonio, de un tamaño similar a la de Nuria, pero sin baño. Este quedaba frente a mi cuarto y parecía una réplica al de ella, pero algo más grande y también sin bañera.

Nuria dejó su maleta en una esquina del salón y se sentó en el sofá. Yo me dejé caer a su lado.

—Estoy agotada —exhaló—. Solo quiero tomar algo y dormir.

Se quitó los zapatos y puso los pies sobre la mesa.

—Siento lo que ha pasado en la casa con George. ¿Estás bien? No hemos tenido tiempo ni de comentar nada.

Nuria se recostó sobre el sofá y respiró hondo.

—Ya te dije que era hora de un cambio. No esperaba esa actitud de George, pero, bueno, a lo hecho pecho.

La noté un poco resentida. O puede que fuera añoranza por George.

—No sé, Nuria. Quizá ha sido precipitado dejarlo así. Estaba un poco bebido...

—Lucía, cuando quiera echar un polvo con George, solo tengo que chasquear los dedos. No puedo dejar que me ponga limitaciones; además, Martín me encanta y no quiero privarme de pasármelo bien con él.

—Está a setecientos kilómetros, Nuria.

—Pues mañana lo tengo aquí; es su problema. El que algo quiere...

—¿Martín viene mañana?

—Tranquila, ha reservado habitación en un hotel. Iremos allí a entretenernos.

—Pero esta es tu casa. No tienes que irte a ninguna parte. Para mí no es ningún inconveniente.

—Ah, ¿no? Martín te sigue teniendo ganas. Recuerda que con el Guaperas es fácil volver a caer. Tiene muchos encantos.

Me puse colorada. Enseguida volvieron a mi mente las escenas con Martín en

el lago.

—No será mi caso —le aclaré.

Nuria se levantó y fue hacia la cocina. Cogió dos copas y sacó de la nevera una botella de vino rosado. La abrió y regresó al sofá. Llenó las copas y brindamos.

—¿Como en los viejos tiempos, Chochona?

Nuria alzó su copa y la chocó con la mía.

—Por nosotras —brindé.

Le di un sorbo al vino rosado. Estaba delicioso.

—Ahora que estamos a solas, cuéntame lo de anoche —me pidió Nuria—. ¿Qué quisiste decirle a George con eso de que él ya había tenido lo suyo?

Yo bebí otro sorbo y cogí aire.

Me recliné hacia atrás en el sofá, me descalcé y me puse cómoda, igual que Nuria. Empecé a relatarle cómo me quedé paralizada en la piscina, tanto que no vi venir ni a George ni a Ben. Le conté todo: mi encuentro con los dos, el semigatillazo de George y la noche apasionada con Ben. No omití detalle; era mi amiga y le debía sinceridad. Mientras, Nuria bebía el vino muy rápido, estaba con los ojos muy abiertos y no me interrumpió ni una sola vez. Me escuchó como si le estuviera contando una exclusiva única, de vital importancia para el destino de la humanidad. Ni siquiera parpadeaba.

—El resto, ya lo sabes —concluí—. Fue cuando apareció George hecho una furia en el salón.

Nuria estaba procesando todo lo que le había contado.

—¿Me estás diciendo que Ben y George se acostaron contigo? ¿Los dos a la vez?

—Sí, en el sofá de la sala de la piscina

—No puede ser...

Nuria se levantó. Se movía de un lado para otro.

—¿Qué pasa, Nuria? —pregunté, nerviosa—. ¿He hecho algo malo?

—¿Malo? Lo que tú has conseguido es un puñetero milagro. Eres una crack. Madre mía, no me lo puedo creer...

Nuria seguía moviéndose.

—A ver, explícate... ¡Para! Me estás atacando de los nervios.

Se sentó a mi lado y me cogió las dos manos. Me miró a los ojos y me sonrió.

—Chochona, he intentado llevarme a Ben a la cama unas cuantas veces y ha sido misión imposible. He llegado a pensar que era gay.

—Pero... Charo... —Estaba confusa.

—Esa es una farsa, un pegote, ni siquiera le gusta. George me contó que, cuando estaban en la universidad, habían hecho algún trío los dos con alguna chica. A mí me puso a mil y mira que lo he intentado. Incluso le pedí a George que lo convenciera para que viniera a nuestra cama, pero no hubo manera.

—Pero él fue a la fiesta. Se supone que sabía que era «especial». Yo vi a Charo...

No me cuadraba lo que me estaba contando Nuria. Me estaba desorientando.

—Sí, a Charo le va ese tema, pero a Ben no. Por eso me acabas de matar con lo que me has contado.

—Pues todavía hay más —añadí.

—¿Más?

Nuria apuró la copa de vino y se sirvió otra, rellenando la mía también.

—Sí. Antes de eso ya nos habíamos acostado. Salimos a pasear por el jardín y os vimos a Martín y a ti junto a las hamacas. Ben se puso tonto y me folló allí mismo, en el suelo del jardín.

—Joder, Chochona. Me estás poniendo caliente. Así que don Santurrón se puso cachondo conmigo y te folla a ti. ¡La vida es injusta! ¿Cuántos polvos te echó Ben?

—Yo que sé. A partir del cuarto perdí la cuenta.

Casi se atraganta con el vino. Yo me reía al recordar alguna de las escenas de la noche.

—Te tengo envidia, que lo sepas —me confesó mi amiga—. Ahora hablando en serio, lo de Ben hacia ti no es normal; puedes sentirte la mujer más afortunada del mundo. Si se te vuelve a presentar la ocasión, ni te lo pienses.

—¿El tirarme a Ben?

—A los dos, tonta, a los dos.

Hizo que me sonrojara de nuevo.

—Nuria, por favor...

—Venga ya, yo mataría por pasar una noche con ellos. No me digas por favor. Dos tíos sobándote, penetrándote, llenándote... —Nuria empezaba a divagar.

—Por Dios, no me penetraron los dos a la vez. Ya te he contado lo que ocurrió —me sofoqué y bebí vino.

—Pues deberías probarlo, es algo que no se puede explicar, hay que catar. Hacerlo con Ben y George... Uf —Nuria se daba aire solo de pensarlo.

La verdad que estar con ellos fue una experiencia muy excitante, pero llegar a que los dos me lo hicieran a la vez, no me lo había planteado. Nuria a veces era muy directa y yo no era capaz de seguirla.

—George me dijo que quería volver a verme —cambié de tema.



—Me lo imaginaba. No es tonto. Por mí no hay problema. Es un hombre muy apuesto y en la cama funciona muy bien, menos cuando bebe.

Soltó una risita sarcástica.

—Lo tendré en cuenta.

—Bueno, es hora de dormir. Mañana hablamos. Descansa, Chochona.

Nos acostamos a descansar y caímos rendidas.

\* \* \*

Al día siguiente, ya era tarde cuando me levanté. Olía a café y mis tripas reclamaban comida. Fui hacia la cocina y Nuria estaba desayunando. Me serví una taza de un delicioso café y preparé una tostada para acompañarlo. El sol ya calentaba.

—¿Has dormido bien? —me preguntó Nuria, y luego le dio un sorbo a su café.

—De maravilla. ¿Qué plan tienes para hoy?

—¿Te apetece día de playa?

Hacía un montón que no iba. Mi madre vivía en el interior, así que pensar en zambullirme en el mar se me antojaba espléndido.

—Sí, por favor. —Asentí con alegría.

—Pues, hala. Ponte el bikini que vamos a tostarnos un poco.

—Voy —dije, apurando mi desayuno.

Menos mal que había traído todo mi renovado fondo de armario.

Lo cierto fue que me ilusionó mucho ir a la playa, porque necesitaba relajarme y desconectar un poco. Había soñado con Ben y George. Me rondaban mucho por la cabeza y quería tenerla despejada. Recordé que ese día venía Martín, así que le pregunté a Nuria:

—¿Y Martín?

—No llega hasta la noche; tenemos tiempo de sobra. Vístete que nos vamos ya.

Me puse el bikini, un pantalón corto vaquero, un top de tirantes y las sandalias de dedo blancas. Me hice una trenza y ya estaba lista para disfrutar de la ansiada playa. Nuria llevaba un vestido blanco estilo ibicenco, con sandalias blancas y una pamelita a juego. Parecía salida de un folleto de moda, siempre impecable. Y es que la palabra «sencilla» no existía en su diccionario.

Fuimos en su coche hasta la playa de las Jorobas. La llamaban así porque el viento acumulaba la arena de la playa en pequeños montículos que formaban pequeñas dunas. Allí no solía haber mucha gente, pues era una playa que solo conocíamos los lugareños y quedaba lejos de la masificación del turismo.

Antes de llegar paramos a comprar un par de bocatas y unas botellas de agua y lo metimos todo en una pequeña nevera que Nuria tenía en casa. Una vez allí, aparcamos el coche y andamos un buen tramo hasta llegar a la orilla. Apenas había gente. Colocamos la sombrilla tras uno de los montículos y estiramos las toallas. Era la bendita gloria estar allí. Nos echamos las cremas protectoras y nos tumbamos al sol. Ví que Nuria se quitaba la parte de arriba del bikini.

—¿Qué haces? —Me ruboricé al verla.

—No seas antigua —me riñó—. Odio las marcas. Y, además, aquí todo el mundo hace toples. Lucía, no me digas que llevas las tetas como dos faroles.

Me sonrojé porque Nuria me hacía sentir como una paleta de pueblo.

—Muy poco —respondí avergonzada—. No hago toples desde los veinte años. A Roberto no le gustaba.

—Roberto, Roberto... ¡Quítate la parte de arriba!

Me daba un poco de cosa, porque tenía los pechos muy blancos después de la panzada de sol que me había dado en casa de mi madre. Tampoco era mucho, después de todo, ya que el bikini tapaba poco, así que me lo quité y mis tetas resplandecieron ante los ojos de Nuria. Hizo el gesto de taparse los ojos, como si le cegaran. Yo me reí y ella también.

—No te rías, tonta. Como se me quemen, verás —gruñí.

—Ponte crema y que vean el sol esas pobrecillas.

Nuria se reía a carcajada limpia de mis pobres y blancos pechos. A la media hora yo ya estaba asada de calor. Me fui directa al agua. Nuria seguía vuelta y vuelta como un pollo en un asador.

En el agua se estaba de maravilla. Estaba clarita y refrescaba el achicharrado cuerpo después de la exposición solar. Se veía muy poca gente, dispersa por la playa. Era un lujo disfrutar de esos momentos que están al alcance de todos, gratuitos. Y yo me los había perdido durante diez años... Bueno, era mejor no pensar en el pasado o me agriaba la sangre.

Pasamos un día estupendo hablando de nuestras cosas y riéndonos de tonterías. Nuria era mi amiga y lo mejor que podía haberme pasado en la vida.

\* \* \*

Ya en casa, en cuanto me vi en el espejo fui directa a Nuria.

—Te lo dije, eres mala. Ahora, como se me pelen...

Tenía los pechos colorados como dos tomates. De momento no me dolían, pero la piel me tiraba un montón. Ya me había duchado, pero la rojez no se iba.

—Toma, échale aloe vera. Esto te calmará —Nuria me pasó un bote de plástico con el potingue.

—No te rías, que te estoy viendo. —Fruncí los labios.

—Por lo menos, no están blancas.

Tras disimular una débil risita, ahora se reía abiertamente.

—Serás...

La salvó el timbre del telefonillo de abajo. La oí abrir la puerta. Era Martín. Y yo con las tetas al aire y coloradas. Fui a mi habitación y me puse una camiseta de algodón de tirantes muy fina. Aunque me rozaba por todas partes, me molestaba y se me marcaba todo, pensar en ponerme un sujetador sería un suicidio. Me coloqué un pantaloncito de pijama corto y salí al salón.

Allí, Martín besaba a Nuria con pasión. Estaban abrazados y sus manos se perdían debajo de la blusa de Nuria, directas a sus pechos. Me vio por el rabillo del ojo y se separó.

—Perdón —me disculpé—, no quería interrumpir. Yo regreso a mi habitación. Continúad.

—Chochona, no seas tonta. Ven, vamos a tomar una copa de vino. Además, yo me voy ahora con Martín al hotel y ya te quedas tú solita.

Nuria me guiñó un ojo y me indicó que fuera hacia el sofá. Me acerqué a saludar a Martín.

—Hola, Martín. Me alegro de verte. —Intenté ser cordial.

Él me clavó la mirada, directa a mis pechos. Lo ignoré y me senté en el sofá.

—Lucía, tengo que hablar contigo —dijo Martín cuando Nuria volvió con las copas y el vino—. Es sobre tu divorcio. Tengo noticias.

Me puse tensa.

—Espero que sean buenas...

Martín miró nervioso a Nuria. Como abogado, nuestros temas eran confidenciales y privados. Ella pareció entenderlo.

—Si queréis os dejo un momento.

—No. Lo que tengas que decir, hazlo delante de ella.

Entonces, Martín sacó unos papeles de su maletín y los puso encima de la mesita que había delante. Se aflojó el nudo de la corbata y bebió un sorbo de vino.

—Lo bueno es que, legalmente, ya eres casi una mujer divorciada. Tienes que firmar estos papeles y mañana ir al juzgado conmigo.

—¡Bien! —celebró Nuria.

—¿Y lo malo? —pregunté.

—Que no ha accedido a repartir los bienes. No quiere un trato contigo. Habrá que pleitear.

—No quiere trato conmigo... —repetí en voz baja, pensando en el imbécil que me había robado los diez mejores años de mi vida

—¿Estás bien? —preguntó Nuria, preocupada.

—Sí, perfectamente. Martín, ¿mañana a qué hora quedamos? Solo de pensar que sigo casada con él me entran náuseas.

Nuria y Martín me miraron desconcertados.

—A la hora que quieras.

—¿Puedes pasar a recogerme a primera hora?

—¡Claro!

—Chochona, ¿seguro que estás bien? —insistió Nuria.

—Estoy perfectamente —volví a decir—. Te aseguro que Roberto va a negociar y no vamos a necesitar ir a juicio.

Martín ahora estaba con la boca abierta, descolocado.

—Lo hemos intentado de todas las maneras. Se ha cerrado en banda. Ese hombre es un cabezota; no hay manera. —Negaba con la cabeza.

—Sí que la hay, pero eso es cosa mía. Ahora necesito descansar y pensar. Ese imbécil no se va a quedar con nada más de mi vida. Ahora, si me disculpáis...

—Te recojo mañana...

Le levanté el pulgar como respuesta y fui a mi habitación a pensar. Tenía claro lo que iba hacer con Roberto. Era una posibilidad que se me había planteado en mi cabeza un montón de veces y cuya solución también estaba más que estudiada. Ya no perdería más el tiempo. Al contrario, ahora sabría emplearlo mejor que bien.

Apenas pude dormir pensando en los últimos detalles del plan que le tenía preparado al que desde ese día sería, por fin, mi exmarido.

Después de una ducha que me despejó la cabeza escogí la ropa minuciosamente: una falda negra por encima de la rodilla, ajustada y con la cintura alta, y una blusa color crema de tirantes anchos y de seda. Sencilla, elegante e insinuante. Por último, unas sandalias negras con un buen tacón, que me hacían más alta, me estilizaban la figura y me sentaban a las mil maravillas.

Con el pelo estuve casi una hora, pero finalmente conseguí el resultado que buscaba. Me lo sequé, lo alisé y luego le pasé la plancha que Nuria tenía en el baño. Al final, mi melena estaba lisa, larga y brillante. No me gustaba el maquillaje, pero un toque de sombra negra, un poco de color en los labios y unas gotitas de buen perfume hacían de mí una mujer muy diferente de la que Roberto conocía.

Minutos después llamaron al timbre. Cogí un bolsito negro y salí a abrir. Era Martín que, puntualmente, venía a recogerme.

—¿Estás lista?

—Ya bajo.

Martín estaba guapísimo con su traje de ejecutivo azul marino y su camisa

blanca. Estaba apoyado en su Audi, esperando a que bajara.

—Lucía, cuando te vea tu marido vestida así, no va a firmar el divorcio...

—¿Es que tengo que verle? —pregunté sorprendida.

Eso no entraba en mis planes. O, al menos, no tan pronto.

—No necesariamente. Pero es posible que coincidáis. Yo tengo que advertirte.

—Pero da igual su firma, ¿no? —Me estaba preocupando.

—Tú hoy sales del juzgado divorciada. Si quieres, lo podemos celebrar más tarde.

Martín rozó con su mano mi brazo. Yo me aparté con disimulo y subí al coche.

—Vamos, no quiero llegar tarde. Acabemos con esto cuanto antes.

—Sí, señora.

—Por poco tiempo...

Durante el trayecto hasta el pueblo permanecí en silencio en el interior del Audi de Martín, pensando en mis cosas. Regresar otra vez adonde creí ser feliz para finiquitar de una vez por todas mi antiguo yo, me resultaba un poco angustioso. A pesar de todo, estaba deseando cerrar ese capítulo de mi vida.

Aparcamos el coche en la plaza del ayuntamiento. Los juzgados estaban justo detrás. Allí no había detectores ni nada. Felipe, un guardia civil al que conocía de toda la vida, no me reconoció al entrar. Martín preguntó dónde estaba el juez que nos correspondía y Felipe se echó a reír.

—Joven, se nota que es usted de la ciudad. Aquí solo hay un juez. Al fondo a la derecha.

—Gracias —le dijo Martín un poco cortado.

Yo me eché a reír por lo bajo. Estaba acostumbrado a la capital y a los



grandes juzgados. Aquí estaba Felipe solamente. Y seguro que el juez era Armando, el de toda la vida.

—No tiene gracia, ese guardia es un paleta —gruñó Martín todo ofendido.

—No te molestes. ¿A dónde crees que venías? Esto es el culo del mundo. Bastante es que tenemos juzgado.

—No sé cómo has podido vivir aquí tantos años. Ahora comprendo que no hubieras visto nunca un autocine...

Me puse colorada al recordar nuestro encuentro sexual de aquel día.

—Bueno, cosas peores me he encontrado fuera de aquí. De todo se aprende, de lo bueno y de lo malo.

Martín me clavó la mirada.

—¿Tan malo te pareció nuestro encuentro? —preguntó con una sonrisa burlona—. Yo pensé que te lo habías pasado bien.

Tenía ganas de fastidiar, pero ese no era el día. Me estaba buscando y me iba a encontrar, pero no de la manera que él quería.

—Me lo pasé bien, pero he de reconocer que este fin de semana me lo han hecho pasar muchísimo mejor.

Se quedó cortado y ya no siguió por ahí. No hay cosa que le duela más a un hombre que el hecho de que jueguen con su virilidad.

—Esta es la puerta. Vamos a firmar los papeles y zanjamos este tema.

—Volvió a modo abogado.

Martín abrió la puerta y me encontré de frente con Roberto y su jovencísima amante. Tardó en reaccionar y reconocirme. Parpadeó un par de veces y me miró bien hasta que se dio cuenta de que era yo la que entraba por la puerta. Mi mirada fue impertérrita hacia los dos. Indiferencia total. Como si no hubiera nadie en la sala.

—Buenos días —saludó Martín al juez—. Mi representada viene a firmar los papeles del divorcio.

—Acérquense, por favor —nos pidió el juez que, efectivamente, era Armando.

Martín y yo nos acercamos a su mesa. No miré a Roberto ni a su querida, pero notaba sus miradas en mi nuca.

—¿Quiere ratificar su petición de disolver este matrimonio?

—Más que nunca, señoría —afirmé en voz alta y clara.

Me acercó los papeles y firmé. Entonces miré a Roberto a los ojos y vi que tenía la mirada clavada en mí. Me observaba con cara de asombro, me revisaba entera y no perdía detalle de mi cuerpo. Yo me sentí aliviada, porque ya no sentía nada por él. Le sostuve la mirada sin alterarme. Él, en cambio, estaba hecho un manojito de nervios. Me acerqué a él y la jovencita se puso detrás de él. Me hizo gracia, me tenía miedo.

—Felicidades —sonreí—, ya sois libres para hacer lo que queráis, aunque eso no ha sido nunca un impedimento para vosotros.

—Lucía, estás...

Roberto balbuceaba, atragantándose con las palabras.

—Estoy, Roberto, pero ya no contigo. Eso es lo único que importa. —Le corté en el acto.

—Roberto, ahora tiene que firmar usted —le indicó el juez.

—Eso —le apremié—. Firma y no prolongues más esta agonía. Mira cómo tienes a tu amada. No la hagas sufrir con un matrimonio angustioso.

Roberto me miró con la cara desenchajada. No reconocía a la mujer que veía en mí. La muchacha iba detrás de él como un perro faldero. Cuando vi que firmaba, salí del despacho del brazo de Martín con la cabeza bien alta.

—Dame un segundo, tengo que hacer una llamada —me comentó Martín.

—Voy a sentarme. Me duelen los pies.

Estábamos en la salida del juzgado. Me senté en un banco de madera a esperar a que Martín acabara de hablar por teléfono. Pensé en todo lo acontecido. Ya era oficialmente soltera. Ahora sí que tendría que empezar de cero una nueva vida en un nuevo lugar. En esas, Roberto se sentó a mi lado en el banco y por poco me da un infarto.

—Serás capullo, menudo susto me has dado. ¿Qué quieres ahora? —Me salió del alma.

—Lucía, ¿qué te ha pasado? Esta no eres tú.

Me dieron ganas de partirle la cara. Todavía me preguntaba qué era lo que me había pasado.

—Roberto, ¿hablas en serio? Lo que me ha pasado eres tú. No sé si darte una bofetada o las gracias.

—Yo no quería que pasara así, pero ocurrió.

—Mira, déjalo —repuse—. Mejor no sigas, que lo estás arreglando. Una cosa, me ha dicho mi abogado que no quieres dividir los bienes. Esa casa es tan mía como tuya. —Me estaba alterando.

—Ya, pero es que no tengo dónde ir si la vendemos.

—¿Y yo sí? Me he tenido que buscar la vida e irme a casa de mi madre. Tuve que dejar hasta la carrera por ti. Tengo derecho a mi parte.

Me estaba atacando de los nervios. Y esa no era la solución, no era mi plan.

—Lo siento, no quiero que te enfades. Estás tan bonita... —Se le caía la baba.

Ya está. Ya había picado. Los ojos de Roberto recorrían mi cuerpo otra vez y el deseo brillaba en sus ojos. Cogí su mano entre las mías.

—Perdóname tú —dije suavemente—. No debemos terminar así. Creo que, si hablamos tranquilamente, podemos llegar a un acuerdo.

Le pasé la mano por la pierna, como distraída, tal como solía hacerlo cuando estábamos casados. Vi que cruzaba sus piernas para ocultar la erección.

—Sí, es buena idea —susurró casi jadeando.

Saqué del bolso un papel y un bolígrafo. Apunté la dirección del piso de Nuria y se la di.

—Ven hoy a las nueve a esta dirección. Te voy a preparar una última cena de despedida. Hablamos y ya veremos a qué acuerdo podemos llegar. —Puse voz melosa.

—Allí estaré.

Estaba como una moto. Me levanté y le di un suave beso en la mejilla. Él se quedó sentado con las piernas cruzadas mientras yo me dirigía hacia Martín.

—¿Te ha molestado? —me preguntó mirando a Roberto.

—Ni de coña. Llévame a casa que tengo faena. ¿Dónde está Nuria? Tengo que hablar con ella urgentemente.

—Esta mañana dormía plácidamente en mi cama. Una noche movidita.

—Imagino...

No le di más importancia de la que tenía, pues mi mente estaba en otras cosas más importantes. Pero me urgía hablar con ella. Cogí el móvil y le mandé un mensaje:

Necesito hablar contigo en persona. Ya tengo el divorcio. Me falta zanjar el otro tema y te necesito urgente. Voy de camino a tu casa.

Al poco me sonó un mensaje en mi móvil. Era Nuria respondiéndome.

Ok. Yo ya estoy aquí. Enhorabuena, Chochona.

\* \* \*

Llegamos. Martín quería subir. Le dije que llamara más tarde a Nuria, porque ahora necesitaba estar a solas con ella. No le hizo mucha gracia, pero lo entendió. Le di las gracias y se fue al hotel. Abrí la puerta de casa agitada y nerviosa. Nuria se sobresaltó.

—¿Qué te ocurre? Me tienes en ascuas.

—El capullo de Roberto... Se ha llevado a la amante a la firma del divorcio.

—Le puse al tanto.

Nuria se tapó la boca para ahogar un insulto de los gordos.

—¿Estás bien? —Apoyó una mano en mi hombro.

—Estoy genial —sonreí—. No me ha afectado para nada. Por fin soy libre. Bueno, casi. Me falta solventar una cosa y te necesito para eso.

—Lo que quieras. Cuéntame. —Me miró con curiosidad.

Nuria me llevó al sofá y nos sentamos como dos marujas que organizan un plan maquiavélico.

—Conozco a Roberto y sabía que, al verme, no podría resistir el impulso de coquetear conmigo. Fue como ponerle un caramelo delante de la boca.

—¿Lo hizo? —preguntó Nuria asombrada.

—¡Pues claro! Se quedó como un imbécil con las piernas cruzadas del calentón que tenía.

Nuria soltó una carcajada.

—La cuestión —seguí—: al principio casi pierdo los papeles, pero logré contenerme y calentarlo. Lo he invitado a cenar esta noche aquí. Necesito que firme el acuerdo para repartir los bienes gananciales.

—Pero, ¿cómo lo vas a convencer? —Agitó las manos nerviosa.

—Había pensado seducirle, grabarlo y luego chantajearlo. —Le expliqué mi malvado plan.

—¡Serás pérfida! —exclamó Nuria—. Eso parece idea mía. Me has dejado de piedra. —Mostró una sonrisa traviesa.

—Había pensado hacerlo con el móvil, pero no sé muy bien cómo ocultarlo para que no se dé cuenta.

Mi amiga se puso de pie, cogió el bolso y me agarró de una mano para levantarme. Estaba acelerada.

—Para eso me tienes a mí. Madre mía, la que vas a liar, Lucía. Ese imbécil se lo ha ganado. Vamos, que tengo la solución a tus problemas.

La seguí sin rechistar. Cogió el coche y me llevó al centro. Aparcamos y anduvimos un par de calles. Cuando vi el letrero de la tienda, casi me caigo de espaldas: «Espía lo que quieras».

—¿En serio? —Miré a Nuria anonadada.

—Tú calla y entra. Vas a alucinar con las cosas que hay aquí.

Entramos y un dependiente friki, rubio, con el pelo largo y gafas nos atendió.

—¿En qué puedo ayudarlas? —Mostró una sonrisa forzada.

Yo me moría de la vergüenza. Nuria, toda seria, fue quien respondió:

—Mi marido me engaña con otra y quiero pillarlo in fraganti. Necesito algo para dejar grabando y que pase inadvertido. Son pruebas para después poder divorciarme. —Lo explicó como si nada.

—¿Necesita audio, blanco y negro, color...?

Madre mía, no podía creer lo que escuchaba.

—Enséñeme lo más moderno y discreto. —Parecía toda una experta.

El friki se metió en la trastienda y apareció segundos después con dos cajas, una más grande que la otra. Abrió la primera y sacó un bolso pequeño de mujer.

—Esto es un bolso con cámara espía y micrófono oculto integrado. Graba en alta definición gracias a sus 8 millones de píxeles, dispone de detector de movimiento que prolongará el tiempo de trabajo y, gracias a su batería de litio, tiene una gran autonomía. Lleva un mando a distancia para activar y desactivar a voluntad. —Nos explicó el friki como un robot.

—¿Eso hace ese bolso? —pregunté asombrada con los ojos como un búho.

—Sí, señorita. Es de lo que más vendemos para esos casos.

—¿Qué más tiene?

El friki abrió la otra caja y sacó un simple cargador de móvil.

—Esto es la última novedad. —Sonrió orgulloso—. Un cargador y cámara oculta Full HD con autonomía ilimitada para que pueda grabar vídeos de manera continua o por detección de movimiento. Además, puede cargar hasta dos dispositivos.

—La hostia... —solté impresionada.

El friki esbozó una sonrisa.

—Nos llevamos los dos —decidió Nuria—. Creo que más vale prevenir...

—Nuria, es demasiado. —No podía aceptar.

—Calla, Chochona, que a esto yo después le voy a dar buen uso.

Me guiñó un ojo con picardía y me sacó los colores. Cogimos nuestras nuevas adquisiciones y volvimos a casa a preparar el plan. Le tenía ganas a Roberto, pero no como él imaginaba y deseaba.

Nada más llegar hicimos pruebas en el salón para ver si funcionaban. ¡Eran la caña! Aquel bolso y el cargador sacaban unas imágenes en altísima calidad. Dejamos el bolso en el mueble del comedor, como si lo hubiera olvidado allí por casualidad, y el cargador en un enchufe lateral que daba otra perspectiva del sofá, nuestro escenario del crimen ya estaba montado.

—Ya lo tenemos listo. ¿Ahora qué? —Nuria me miró esperando más indicaciones.

—Tendré que salir a comprar algo para preparar la cena y luego vestirme muy explosiva —contesté—. Debo causar buena impresión, aunque solo de pensar en que me toque... —Sentí un repelús.

—¡No vas a cocinar para él! —alzó la voz Nuria—. Pediremos algo al restaurante de aquí al lado. En cuanto a lo otro, tú caliéntalo mucho y, a lo mejor, se va antes de que tengas que hacer nada. No está acostumbrado a tu nueva forma de ser. Eso le va a imponer. Además, yo me voy a quedar en la habitación por si me necesitas.

—¿Cómo que te vas a quedar?

—Sí, dile que estoy indispuesta. Piensa que, si no, su instinto será llevarte a la cama. Así no tiene escapatoria. —Chasqueó los dedos al aire.

—Me asombras —la miré atónita—. No se te escapa una.

—Pues ahora vístete. Te voy a dejar algo que le quitará el hipo. Mientras, iré llamando al restaurante y luego a Martín para avisarle de que llegaré más tarde.



—Gracias por todo, Nuria. Eres la mejor amiga que podía pedir. A veces pienso que no te merezco.

—Calla, Chochona, que me vas hacer llorar. —Nos abrazamos.

El vestido que me dejó no tenía desperdicio. Era un trozo de tela estrecho. Cuando me lo puse, me sorprendió el cambio que dio al ponerlo sobre mi cuerpo. Era rosa fucsia, con un escote que tenía una franja de lentejuelas de un rosa más fuerte aún. Estas bajaban como una serpiente, cruzando la barriga y terminando encima de un muslo. Formaban como una S gigante sobre el vestido. Como estaba morena me favorecía mucho. No me puse sujetador, pero sí un tanguita negro, y me retoqué el pelo y el maquillaje, acentuando todavía más la sombra negra de los ojos. También me pinté los labios, del mismo color que el vestido. «Demasiada mujer para Roberto», pensé cuando me vi al espejo.

—Chochona, le va dar un tabardillo a tu ex —observó Nuria en cuanto me vio salir con su modelito.

—Me gusta cómo suena eso de ex.

Sonreí y lo repetí en mi cabeza varias veces.

—La cena ya está en el horno —comentó mi amiga—. Parece que lo hayas cocinado tú. Y ya te he preparado la mesa y toda la parafernalia.

—Nuria, eres un amor. —Le di un abrazo.

Ahora venía lo más difícil. Nuria me leyó la mente.

—Todo va a salir bien —me tranquilizó—. Además, Roberto está muy bueno. No es como enrollarse con un cardo borriquero. A mí no me importaría hacerle un favor, aunque sea un imbécil.

—No es cuestión de hermosura. Lo odio. Se me revuelven las tripas solo de pensar en estar con él.

—Tú tranquila. Sabes que estoy ahí al lado por si me necesitas. —Me recordó

de nuevo.

Tocaron al timbre y contesté al telefonillo:

—¿Quién es?

—Soy Roberto. ¿Me abres?

—Sube.

Nuria se metió en la habitación y me levantó el pulgar animándome. Segundos después llamaron a la puerta. Abrí y Roberto se quedó parado mirándome. Estaba con la boca abierta, haciéndome una radiografía y devorándome con la mirada. Meses atrás hubiera dado la vida porque me mirase así, pero ahora me resultaba repugnante.

—¿Vas a pasar o te quedas en la puerta toda la noche? —Quise zarandearlo, pero me contuve.

Roberto salió de su trance y entró.

—Perdona, me has impresionado. No me acostumbro a tu nueva imagen. Estás tan... diferente.

Fui hacia la cocina y cogí dos copas y una botella de vino tinto. Roberto estaba guapo. Llevaba unos pantalones vaqueros gastados y una camiseta blanca informal. Pocas veces lo había visto vestido con otra ropa que no fuera la de gimnasia. Le acerqué su copa y le dio un sorbo, sin quitarme la vista de encima.

—Estás preciosa —decía—. Has rejuvenecido. Es increíble. Te veo y no me creo que seas tú.

Tenía ganas de romperle la copa en su bonita cara, pero respiré y me controlé. Le sonreí. Mantener la calma era lo único que me podía salvar esa noche.

—Pues soy yo, pero en versión mejorada. —Fingí una sonrisa.

Fui hacia el horno para sacar la cena, pero Roberto se me acercó por detrás y

me agarró por la cintura. Casi le meto un guantazo, pero me controlé y no hice nada. Era lo que quería, a fin de cuentas, pero no lo esperaba tan pronto.

—Lucía, desde que te vi esta mañana no te saco de mi cabeza. —Babeaba y estaba cachondo.

Dios tenía que darme mucha paciencia para no meterle la cabeza en el horno. Me zafé de él sutilmente y serví otra copa de vino para ambos. Necesitaba alcohol para poder hacer esto. Le agarré de la mano y lo llevé al sofá.

—Ven, vamos a sentarnos un ratito.

Él tiró de mí y me atrajo para besarme. Sentí sus labios sobre los míos. Roberto estaba excitado, pero a mí no me producía ninguna sensación. Insistí en el sofá y al final cedió. Respiré aliviada; ya estaba donde yo quería.

—Lucía, sé que no tengo derecho a pedirte nada, pero es que no puedo dejar de pensar en ti...

Volvió a abalanzarse sobre mí y a besarme. Le devolví el beso y se puso a cien. Me cogió un pecho y, tras bajarme el vestido, se lo llevó a la boca. Me sorprendió. Cómo había cambiado... Lástima que ahora ya no lo deseara.

—¿Qué quieres de mí, Roberto? —Le miré fijamente.

—Dame otra oportunidad. Vuelve conmigo.

Me quedé tan helada, que, si me hubieran golpeado, no hubiera sentido nada.

—¿Y Marta? Estáis viviendo juntos...

—Yo te quiero a ti. Ella no importa nada.

Eso sí que me había puesto cachonda. Tenía lo que quería.

—Repíteme eso.

Le metí la mano entre los pantalones y acaricié su miembro tieso como un palo. Se estremeció de placer.

—Dios, Lucía. Vuelve conmigo, te deseo, te quiero. Marta no es nada para mí. Quiero estar contigo.

Me excitaba tenerlo bajo mi control. Era un pelele que se vendía por un calentón. Roberto estaba tumbado sobre mí en el sofá. Desconocía lo perversa que podía llegar a ser ahora. Me deseaba y a mí me había puesto cachonda lo que me había dicho.

—Roberto, cómeme el coño —le ordené sin pudor ninguno.

Me abrí de piernas para él. Roberto se asombró ante mi descaro, pero acató mis órdenes sin rechistar. Me quitó el tanga y su cabeza se hundió entre mis piernas. Empezó a jugar con su lengua dentro de mi vagina. Yo no quería excitarme, pero lo hacía bien. Seguro que había practicado con su joven amante... Por mi parte, solo podía hacer una cosa: cerré los ojos y pensé en Ben mientras la lengua de mi ex entraba y salía de mí, lamiendo mis labios vaginales. Metió un dedo y me estremecí. Con su dedo y la lengua el placer era ya muy intenso. El clítoris se me hinchó por la excitación y su boca fue a por él. Yo me imaginaba que era la boca de Ben la que me succionaba, la que me penetraba y me daba ese placer tan mágico.

Roberto hundió su dedo y su lengua a la vez en mi interior. Gemí de placer. Abrió toda la boca y se lanzó a por mi coño como si quisiera devorarlo. Su lengua jugaba y me penetraba, mientras él me cogía de las caderas y me acercaba con fuerza hacia él. Tuve que abrir los ojos. Roberto me estaba dejando flipada. En la vida me había hecho algo así. Su lengua llegaba a lo más profundo de mi ser. Segundos después, me convulsioné y me corrí en su boca. Vi cómo él se masturbaba y se corría en los pantalones.

Nuria tenía razón. Demasiada excitación para poder aguantarla. Lo había llevado al límite. Yo me quedé en la gloria y él no iba a penetrarme. Todo había salido de maravilla. O eso creía. Roberto se incorporó y se apoyó en mi regazo. Estaba exhausto.

—Lo siento. Nunca te había visto tan activa y sexual. Me has puesto muy cachondo y no he podido aguantarme. —Estaba avergonzado.

—No pasa nada, cielo. Yo me he quedado genial. Has cumplido.

Roberto me miraba flipado por la manera en la que le hablaba.

—Dame unos minutos y repetimos —me suplicó—. Me he quedado con ganas de ti.

Me levanté, me puse el tanga y miré el reloj.

—Anda, mira la hora que es. Me temo que hoy no puede ser... Tengo una cita dentro de una hora y aún debo ducharme y cambiarme. Mira cómo me has dejado.

Puse cara de circunstancia, mostrándole el vestido arrugado.

—¿Me hablas en serio? ¿Has quedado con otro? —Su expresión no tenía precio.

—Cielo, ya no eres mi marido... No tengo que darte explicaciones. Puedo ir con quien quiera —dije con desdén.

—Pero acabas de estar conmigo. —No daba crédito a mi actitud.

—Te lo he dicho: con quien quiera. Tú eres solo uno más. Ya no eres especial, dejaste de serlo el día que me rompiste el corazón.

Ahora ya no tenía que fingir. Ya tenía lo que quería.

—Pero, ¿esto no ha significado nada para ti? —Se quedó totalmente noqueado.

—Sí, un gusto para el cuerpo. Y nada más. Ya puedes irte. ¿No es así como lo hacéis con las mujeres?

Lo miré con odio, asco y repugnancia.

—Eres una puta —me soltó con odio.

—¿Por ser igual que tú? ¿Qué le vas a contar a tu joven Marta cuando llegues? ¿Que has ido a cazar un conejo? —Mis palabras eran puro veneno.

Roberto estaba furioso, todo colorado.

—Esta me la pagas —me amenazó, blandiendo un dedo hacia mí.

Me lancé como una loba herida hacia él y lo cogí por la camiseta, empujándolo contra la pared del salón. Estaba desconcertado, pues no se lo esperaba para nada.

—Yo ya lo he pagado con intereses, hijo de puta. Aquí el que va a pagar ahora eres tú. No me vuelvas a amenazar en tu patética vida o te arrepentirás. No soy la idiota con la que te casaste. Ahora soy una mujer diferente y sé defenderme yo solita. Sal de aquí, eyaculador precoz, y ve a lamerte las heridas a otra parte.

Le di otro empujón hacia la puerta y salió disparado del piso. Nuria salió de la habitación al momento. Se acercó para calmarme.

—Ya está —Nuria me abrazó—. Se acabó, amiga. Un imbécil menos en tu vida.

—¿Lo has oído?

—Todo.

Suspiré profundamente y luego dije:

—Capítulo cerrado de mi vida con Roberto.

Era mi primer día como soltera de forma oficial. Me levanté de buen humor y me preparé una taza de buen café. Nuria había pasado la noche con Martín y yo, en cuanto me quedé sola en el piso, me di una ducha para desprenderme del olor de Roberto y me quedé dormida. Por la mañana llamé a mi madre para darle la noticia.

—Hola, mamá. ¿Cómo va la cosa por ahí?

—Hola. Estamos bien. Justo estábamos saliendo para ir a un mercadillo nuevo que han puesto muy cerquita.

—Mamá, ya estoy legalmente divorciada. Estoy muy feliz.

Me sentía realmente liberada al decir esas palabras.

—Hija, qué alegría. ¿Cuándo vuelves a casa?

Buena pregunta. Por un momento, no sabía qué hacer con mi vida.

—Mamá, voy a quedarme con Nuria unos días. Así disfruto de la playa y vosotros descansáis de mí. Aprovechad y haced un viajecito, por ejemplo.

—No seas tonta... Nosotros disfrutamos teniéndote en casa. Vuelve pronto, te echo de menos.

—Yo también, mamá. Te quiero.

Colgué el teléfono con cierta añoranza. Aun así, por mucho que echara de menos a mis padres y la casa, tenía que empezar a pensar en mi futuro, un futuro independiente. Primero estaba atada a mis padres, luego a Roberto, ahora otra vez a mis padres. Había que hacer algo. Y pronto.

Nuria apareció eufórica por la puerta. Iba con la ropa de la noche anterior y no tenía cara de haber dormido mucho.

—Buenos días, Chochona. He venido pitando en cuanto he podido.

La miré extrañada dando un sorbo al café.

—¿Y eso?

—Chica, estoy deseando ver las imágenes de ayer y mandárselas al imbécil de tu ex.

—¿Nuria? ¡No voy a mandarle nada de momento! —Le aclaré con tranquilidad.

—Entonces, ¿para qué montaste todo lo de ayer? —preguntó, agitando las manos.

—Primero se lo preguntaré de buenas. Voy a darle una oportunidad, cosa que él no hizo conmigo. Si no cede, usaré lo de anoche.

—Pero podemos verlo, ¿no?

Una sonrisa picarona se dibujaba en su cara.

—Vale. Pero que sepas que me muero de vergüenza.

—Vergüenza, vergüenza... ¿A estas alturas?

Descargó las imágenes en el ordenador y nos pusimos a verlas. No tenían desperdicio. Nuria rebobinaba una y otra vez para oír a Roberto diciendo: «Me has puesto muy cachondo y no he podido aguantar». Las dos nos reíamos sin parar.



—Ya te puede dar lo que quiere o monto un vídeo con esto y lo subo a YouTube.

—No seas mala —repuse—. La bruja del cuento es una santa a tu lado...

—Oye, vámonos al centro comercial. Nos compramos algo bonito y esta noche salimos y lo celebramos. ¡Eres una mujer libre!

—Nuria, tengo que encontrar un trabajo. No puedo estar derrochando lo que me han dado mis padres.

—Ya, pero eso puede esperar unos días. Ya nos preocuparemos. Hoy vamos a celebrar tu soltería.

No podía decirle que no. Nos duchamos y nos vestimos para salir al centro comercial. Me puse un vestido estampado de florecillas, suelto y fresquito. Nuria hoy iba muy similar, solo que el de ella era rojo pasión. Me recogí el pelo en una coleta y me dejé unos mechones sueltos. Ya le iba cogiendo maña a esto de peinarme y cada vez lo hacía mejor. Llamábamos la atención allí por donde pasábamos. Nuria era un todoterreno de mujer, yo era la versión más discreta; y la suma de las dos les daba mucho morbo a los hombres.

Menos mal que llegamos al centro comercial, nuestro refugio con aire acondicionado, porque en la calle hacía un calor asfixiante. Nunca antes había estado allí. Tenía tres plantas y estaba repleto de tiendas. Abajo el hipermercado; en la segunda, las tiendas que le gustaban a Nuria, incluyendo las de zapatos. Y arriba, en la tercera, la zona de restauración y los cines. El lugar estaba muy bien. Además, no había demasiada gente y se podía disfrutar de las tiendas sin agobios de multitudes. Nuria fue directa a una de la segunda planta, en cuyo escaparate había vestidos sugerentes, bastante provocativos. Justo de los que ella solía usar.

—Ven, Chochona. Aquí es donde compro yo mis modelitos. La dependienta es mi amiga Pili.

Entramos y una joven con el pelo de color rosa y enfundada en un vestido negro ajustadísimo salió a recibir con los brazos abiertos a Nuria.

—Mimí, ¡qué alegría verte! Estás divina. ¿Qué necesitas hoy? —Se dieron dos besos al aire sin tocarse.

—¿Mimí? —le susurré yo al oído, intentando reprimir una risa.

—Como te rías te meto un guantazo —me amenazó Nuria entre dientes—. Un poco de glamur, Chochona.

—Lo siento... —Contuve la risa.

—Tenemos una celebración de chicas esta noche. Necesitamos algo especial. Tú ya me entiendes. —Nuria sacó su lado más pijo.

La dependienta comenzó a rebuscar entre los percheros y no parecía muy convencida. Meneaba la cabeza constantemente. En esas, chasqueó los dedos y fue a la trastienda. Salió al instante con dos vestidos en la mano. Uno era azul turquesa y el otro, cómo no, rojo.

—Me los acaban de traer de Colombia. Ni siquiera los he colocado. Son la bomba y, con los tipazos que tenéis, vais a reventar la noche.

Nos lo entregó y pasamos al probador. Yo, por supuesto, me probé el azul. El minivestido tapaba lo justo para que no se viera el culo. Era muy corto y ceñido, ajustado a las caderas como una segunda piel. La parte de arriba se anudaba al cuello y creaba un escote drapeado y suelto que le daba un toque muy sensual. La espalda no existía. Era un vestido atrevido y original, pero había que echarle ovarios para salir a la calle así. El azul turquesa resaltaba en mi piel a la perfección. Parecía hecho a mi medida.

—Chochona, sal que te vea.

—Me da vergüenza —dije dentro del probador.

Nuria abrió la puerta y, en cuanto la vi con su vestido rojo, casi me caigo de culo. Era tan corto como el mío y le marcaba hasta el alma. Todo el cuerpo superior era transparente, a excepción del escote que tenía forma triangular y se anudaba también al cuello. La espalda, como en el mío, inexistente. Era el pecado con piernas.

—¿Tú te has visto? —le dije, impresionada.

—¿Te has visto tú? —me respondió de la misma forma.

Como siempre, acabamos riéndonos a carcajada limpia. Salimos del probador y Pili nos miró a las dos echándose las manos al pecho.

—¡Increíbles! ¡Divinas! Sabía que esos vestidos eran para vosotras en cuanto os vi.

—Nos los llevamos. —Resolvió en un instante Nuria.

—¿Estás loca? Parecemos dos golfas de primera división —le susurré escandalizada al oído.

Nuria sonrió, todavía más convencida.

—De eso se trata, Chochona. Si a ti te escandaliza, imagina cómo te miraran los hombres esta noche. Luce ese cuerpo con orgullo y aparca ya las vergüenzas. Tienes a Roberto y a los rulos esperándote todavía, si quieres.

—Serás petarda... —Me sentí indignada.

Le di un leve empujón en el hombro. Regresé al probador y me vestí de nuevo. Después de pagar y despedirnos de Pili, seguimos nuestra ruta por el centro comercial. Entramos en un montón de tiendas, Nuria era incansable.

\* \* \*

Ya casi era la hora de comer y ella seguía teniendo cuerda para rato.

—Vamos a sentarnos y a picar algo. Estoy reventada. —Le supliqué con la mirada.

—Lucía, no has nacido para esto, en serio —bromeó.

Nos sentamos en una terraza y pedimos unas copas de vino blanco y unos aperitivos. Sabía que ella se iba a molestar, pero le pedí al camarero que me trajese unas olivas, porque me apetecían un montón. Mi amiga no puso pegas, al contrario, hasta comió alguna.

—¡Joder! —maldijo Nuria y giró la cabeza.

—¿Qué pasa? —me asusté.

—No mires, no mires... ¡mierda! Nos han visto.

De repente, Nuria levantó la cabeza y lució la mejor de sus sonrisas. Yo iba a cámara lenta, sin entender nada. Tenía una aceituna en la boca cuando me giré hacia donde ella sonreía y me la tragué de golpe. George y Ben venían hacia nosotras. Yo gesticulaba porque me ahogaba; me estaba poniendo azul. Ben se acercó corriendo, me puso sus brazos cruzados bajo mi abdomen y empezó a presionar. Sentí que me iba a desmayar. Oía a Nuria gritar y a Ben que me decía:

—Lucía, tíralo. Venga...

Un apretón más y noté que el hueso de la aceituna salía despedido por mi garganta. El aire entró de nuevo por mis pulmones. Respiré aliviada. Me senté sobre el regazo de Ben.

—Lucía, ¿estás bien? —preguntaba Nuria con voz angustiada—. Dime algo.

—Lucía, ¿puedes hablar? —Ahora era Ben quien me susurraba al oído.

Negué con la cabeza. La garganta me ardía por el esfuerzo y el susto no se me quitaba de encima.

—Mejor llevémosla al hospital y le echamos un vistazo —intervino George.

—No —conseguí decir a duras penas.

Me incorporé y me senté en la silla en la que estaba antes. Pedí con un gesto

que me trajeran agua y el camarero, que había visto lo ocurrido, vino corriendo con una botella y un vaso. Di un trago que me alivió enormemente.

—Estoy bien —asentí con la voz un poco ronca.

—Casi me da algo —suspiró Nuria.

—¿Estás mejor? —preguntó Ben.

—Gracias por salvarme la vida.

Ben me miraba fijamente, al igual que George. Pensar que había estado con aquellos dos hombres me erizaba toda la piel. Se hizo un silencio incómodo.

—¿Qué hacéis por aquí? ¿Es que hoy no trabajáis? —preguntó Nuria para romper la tensión creada.

—Ben y yo solemos venir a comer por aquí —explicó George—. Está a un paso de la clínica.

—No sabía que estabas aquí —Ben me miró fijamente.

—Fue algo sin pensar.

—¿Os importa que nos quedemos a comer con vosotras? —preguntó George.

Noté que a Nuria no le hacía mucha gracia, pero era lo menos que podía hacer para agradecerles que me hubieran salvado la vida. A mí sí que me apetecía, así que hice una seña para que se sentaran. George sonrió. Ben ni se inmutó, volviendo a su habitual cara de ajo.

Nuria y George hablaban como si no hubiera pasado nada entre ellos. La capacidad que tenía mi amiga para restablecerse y tratar a los hombres de tú a tú era fascinante. Coqueteaban, se picaban, luego volvían a charlar relajadamente. Estaba impresionada.

Ben, por el contrario, seguía con una actitud muy distinta. Era el hombre que conocí en un principio: seco, rancio y de pocas palabras. Me costaba pensar que había pasado toda una noche en la cama con él, riendo, follando y

divirtiéndome a tope, porque ahora no conseguía llevar una conversación de diez palabras seguidas sin tener que disculparme o ruborizarme. Me ponía nerviosa, me hacía sentir incómoda.

—Estamos de celebración. Lucía ya es oficialmente soltera —anunció Nuria.

Ben puso cara de sorpresa. George sonrió y me guiñó un ojo.

—Felicidades, preciosa —me miró con cara de goloso—. Eso hay que celebrarlo a lo grande.

—Cielo, no te emociones... que luego pasa lo que pasa —le advirtió Nuria.

—Enhorabuena —añadió Ben sin romper su seriedad.

—¿Por qué no quedamos a cenar esta noche y lo celebramos?

—Cielo —le informó Nuria a George—, esta noche ya tenemos planes. Tendrá que ser en otra ocasión.

Nuria le metió un corte que lo dejó mudo.

Él torció la cara en un gesto de desagrado. Ben, que seguía sin mostrar ninguna emoción, me puso la mano encima de la pierna. Me cogió por sorpresa, como tenía por costumbre, pero mi cuerpo reaccionó al instante. Se acercó a mi oído y me susurró:

—¿Es cierto que tenéis planes o es una estrategia para libraros de nosotros?

Apartó suavemente la mano con una leve caricia. El vello se me puso de punta.

—Es cierto —contesté sin pensar—. Acabamos de comprarnos ropa para esta noche.

Le enseñé las bolsas a modo de disculpa. «¿Por qué le estoy dando explicaciones?», pensé. Ben me descolocaba las ideas, me confundía. Tan pronto estaba seco como un ajo como, de repente, te metía la mano por debajo de la falda. No iba a consentir que me perturbara de esa manera. Para eso prefería a George, que era guapo, sexi y encantador. Él tampoco tendría

problemas en satisfacerme y no me pediría tantas explicaciones.

—Nuria, tenemos hora en la masajista de abajo, ¿no? —solté de pronto mirando el reloj.

No era cierto, claro, pero ya no me apetecía estar con ellos. Quería seguir con mi día entre amigas. Ella puso cara de sorpresa un segundo, pero me siguió la corriente de inmediato.

—¡Pero mira la hora que es! —Mostró sorpresa—. Casi no llegamos. Perdonad chicos, pero el relax nos llama. Nos vemos otro día.

Nuria se levantó para despedirse y George y Ben también se levantaron, con educación.

—Lucía, ¿puedo llamarte para quedar otro día? —me preguntó George.

Miré a Ben y no vi ninguna reacción por su parte.

—Por supuesto, George. Cuando tú quieras.

Una sonrisa de oreja a oreja se dibujó en su cara.

—Bueno, chicos, encantada de veros. Ben, si te apetece verme, también puedes llamarme.

Nuria le acababa de tirar una pedrada directa a la cabeza.

—Claro, Nuria, lo haré —respondió él, sonriendo.

Será imbécil... ¿A mí me pone cara de ajo y a Nuria le sonrío? Nos marchamos y allí se quedaron los dos ingleses que nos daban más de un dolor de cabeza. Al final decidimos entrar en el local de masajes, por si tenían hueco. Era un local muy amplio y con una decoración exquisita. Todos los masajes se realizaban sobre un tatami, sin emplear camillas. Las salas estaban ambientadas y decoradas según diferentes lugares del mundo. A mí me metieron en Egipto. Por lo visto, era un país que me perseguía a todas partes; primero en aquella casa y luego allí.

La estancia estaba pintada de color ocre. Había una estatua de un faraón en una esquina y un cuadro de las pirámides en el centro de la sala. El tatami ocupaba casi todo el suelo y una ducha en la esquina completaba aquel maravilloso lugar hecho para el descanso y el relax. La única luz procedía de unas velas y eso, sumado a la música y al olor del incienso, te envolvía en un ambiente sumamente relajante.

Una masajista me dijo que me desnudara o usara ropa interior desechable, como yo me sintiera más cómoda, así que me desnudé y me tumbé boca abajo en el tatami, dejándome envolver por la música, el incienso... La masajista entró en la sala y empezó a darme un masaje que no había probado nunca. Era muy suave y relajante. Se movía por todo el tatami y acariciaba todo mi cuerpo. Me sumergí en un agradable sueño.

Notaba sus manos ahora con más fuerza. Me tocaban de forma diferente, pero pensé que formaba parte del masaje. Cerré los ojos y seguí dormitando. Pero los abrí de par en par cuando sus manos se acercaron peligrosamente al interior de mis muslos y me excité. No podía ser. Me puse tensa e iba a decirle que parase cuando un cuerpo desnudo, grande y que reconocía a la perfección se puso sobre mí. Me cortó la respiración, fruto de la sorpresa y el peso. Cogió mis manos y las pasó por encima de mi cabeza, dejándome inmobilizada.

—Ben, ¿qué crees que estás haciendo? —chillé sorprendida.

No podía verlo porque lo tenía en mi espalda y la luz de las velas no dejaba mucha visibilidad.

—No te has olvidado de mi cuerpo... —susurró provocativamente, haciendo aún más presión. Estaba duro como una piedra. Mi excitación se hizo latente.

—No puedes entrar aquí y hacer lo que te venga en gana —jadeé entre molesta y excitada. No podía evitarlo, y más teniéndolo desnudo sobre mí.

—Resulta que el dueño de este local es paciente y amigo mío. Le he pedido un favor.

Ben me sujetó las dos manos con una de la suyas, me separó las piernas



ayudado de sus rodillas y, con su otra mano, empezó a rozar el interior de mi muslo hasta llegar a mi sexo, que ya estaba húmedo a su contacto. Solté un gemido, que no pude reprimir. Ben me mordía el lóbulo de la oreja y encendía mis carnes.

—Ben, por Dios... —Ya me tenía cachonda.

Su mano acariciaba mi espalda lentamente y se entretenía en mis nalgas acariciando mis glúteos y apretándolos ligeramente. Oí como un gruñido escapaba de su boca y aquello me enloqueció.

—Tienes una piel suave, deliciosa —me susurró y me besó en el cuello.

Me revolví debajo de su cuerpo, pero era imposible zafarse de él, cosa que no quería. Ansiaba que me poseyera de una vez porque me estaba desquiciando con tanta sensualidad.

Comenzó a pasar su polla por los labios de mi vagina. Era un placer casi doloroso. Noté que estaba preparado y se había colocado el preservativo. Yo intentaba levantar las caderas en busca de su penetración, pero no llegaba. Mordí el tatami frustrada y excitada ante aquel imponente hombre. Ben seguía jugando a torturarme y ahora frotaba su polla contra mi clítoris, por el exterior de mi vagina, sin llegar a metérmela. Aquello me estaba enloqueciendo y sentí un ligero mareo. Volví a morder el tatami de la rabia y del deseo.

—¿Vas a follarme o me vas a torturar? —La desesperación habló por mí.

—Solo estaba esperando que me lo pidieses.

Me soltó las manos, tiró de mí y me puso de rodillas a su altura. Me la clavó con deseo y pasión. La sentí con una fuerza inmensa que me hizo temblar todo el cuerpo.

—No vuelvas a hacerme esto nunca más —chillé entre jadeos.

—¿El qué? ¿Follarte?

Ben me empalaba y se agarraba con firmeza a mis caderas para impulsarse y follarme con brío.

—No. Hacerme esperar... —gemí entre sus piernas.

Ben me cogió y me atrajo hacia su cuerpo. Ahora estábamos los dos de rodillas y mi espalda estaba pegada a su pecho. Me besaba el cuello, apretaba mis pechos y no dejaba de moverse ni un solo momento. Era devastador cómo su sexo se acoplaba al mío. Parecía crecer por momentos ocupando todo mi interior. Notaba como palpitaba dentro de mí.

Se tumbó de lado en el tatami y me siguió penetrando en esa posición. Hacíamos la clásica cucharita, pero hay que ver cómo la hacía Ben. Sus devastadores impulsos eran un placer inimaginable. Su mano estaba masajeando mi clítoris a la vez que su polla me penetraba una y otra vez sin cesar.

—Ben, me vas a matar de placer —jadeaba yo.

El sudor caía por nuestros cuerpos y se mezclaba con el olor a sexo que se había formado en el ambiente.

—Te deseo, te deseo... —gemía mientras me follaba.

Su excitación estaba llegando al límite. Un espasmo en el estómago me avisó de que mi orgasmo llegaba. Pasé mi mano alrededor de la nuca de Ben y empecé a mover con rapidez mis caderas, impulsándome hacia atrás para buscar su dureza. Me abrí más para recibirlo y sentirlo, él me levantó una pierna y la cruzó por encima de la suya. Estimulaba mi clítoris y me embestía duro. Mi orgasmo llegó de forma colosal. Me retorció dentro de él como una serpiente. Cada vez los orgasmos con Ben eran más fuertes y diferentes y aquello me volvía loca de placer.

—Eres perfecta. —Ya, ya... Sabía lo que iba a decir.

Ben cogió un ritmo frenético y también se corrió. Me dejó muerta. Me faltaba el aire. Como solía hacer, me tenía sujeta con sus brazos, a modo de pinza, y no había forma de escapar de aquellas zarpas. Lo miré bajo la tenue luz de las velas. Estaba guapo. Cada vez me gustaba más, y eso sí que era peligroso.

—Me tengo que ir —tenía que huir de sus encantos—. La próxima vez, llama por teléfono. Y no me des estos sustos.

—Así no me arriesgo a que me digas que no. Como estás tan solicitada...

—Capullo. —Lo fulminé con la mirada.

Me levanté y busqué mi ropa en la oscuridad.

—¿Qué te ha molestado ahora? —Negaba con la cabeza.

—Nada.

—Lucía, ven aquí.

Hizo el gesto para que regresara con él al tatami, pero yo ya había conseguido ponerme el vestido y las sandalias.

—No, Ben, estoy muy solicitada. La próxima vez pide una cita y no vuelvas a invadir mi intimidad.

Cerré la puerta ofendida y lo dejé en el tatami. Nuria ya estaba fuera esperando. Cuando me vio salir con el pelo todo revuelto y sofocada puso cara de interrogación.

—¿Te has hecho un masaje o te ha pasado un tsunami por encima?

—Peor, ha sido Ben. Me ha regalado la oferta especial del día.

Nuria abrió los ojos de par en par y se llevó las manos a la boca.

—¿Te has tirado a Ben dentro del tatami?

—No cariño. Ben me ha follado a mí dentro del tatami —le corregí.

—Joder, Chochona, qué suerte tienes. A mí no me pasan esas cosas. ¿Qué le has dado a Ben para tenerlo tan loquito por tus huesos?

—¿En serio crees que es suerte? Ese tío está como una cabra. —Me enojó su

comentario.

—¡Ja! Una cabra que todas las mujeres del pueblo quisieran en su corral.

—Nuria, no me bombardees más la cabeza con Ben.

—Vale, vale...

En mi móvil sonó el aviso de un mensaje nuevo. ¿Quién puñetas sería ahora? Lo abrí. Era el que me faltaba para rematar el día. Roberto.

Lucía, ¿podemos quedar a tomar algo? Siento cómo te hablé la otra noche, perdí los papeles. Si quieres subo a tu piso esta noche y hablamos. Dame la oportunidad de aclarar las cosas.

—¿Quién es?

Le enseñé el mensaje.

—Lo que me faltaba —suspiré cansada.

—Dile que sí, que vale. Vamos a dejarle las cosas claritas de una vez por todas. Tendremos el vídeo preparado.

—Uf... ¿Y la fiesta de hoy? —pregunté.

—Eso puede esperar. Además, tú ya lo has celebrado.

—¡Nuria!

—Hija, ¿qué mejor forma de celebrarlo que pegando un polvo con un tío macizo?

Ahí sí que tenía razón. Había inaugurado mi soltería follando con Ben de una manera exótica y atrevida. No se podía pedir nada mejor.

Llegué a casa enfurruñada y fui directa hacia la ducha. No es que no me gustara el polvo de Ben, pues siempre era una delicia perderse entre ese cuerpo, pero se podía haber ahorrado su último comentario, aquello de que estaba muy solicitada. Me había sentado como una patada en toda la flor. Ya se lo haría pagar a mi manera. Y, para colmo, lo de Roberto. No tuvo suficiente con la amenaza que le había soltado que ahora venía a por más. Si creía que aún tenía el mínimo poder de seducción sobre mí la llevaba clara, me daba hasta pena. No sabía con qué dos arpías se iba a encontrar esa noche. Además, ya no tenía que fingir mi malestar ante él, así que le iba a mandar un mensaje para que viniese. Estaba calentita y tenía ganas de guerra. Pobre Roberto, la que le esperaba...

Salí de la ducha y, antes de vestirme y de que se hiciera más tarde, le contesté a mi exmarido.

Ok. Ven a la hora de ayer. No tengo mucho tiempo, solo hablaremos.

Fui al grano, escueta y precisa. Le di a enviar y, si quería venir, allá él. Al momento recibí su respuesta.

Gracias. Allí estaré.

—Imbécil, ni te imaginas la que te espera —dije en voz alta mirando la pantalla.

Como al final no íbamos a salir de fiesta, y tampoco me interesaba seducir a Roberto, me puse unos vaqueros cortos y un top negro con la barriga al aire. Aunque en el apartamento había aire acondicionado, yo seguía teniendo calor. Dejé que el pelo se secara al aire, me puse un poco de espuma y se me quedó rizado, con un efecto mojado que me sentaba de maravilla.

Oí a Nuria que discutía por teléfono en su habitación. No la entendía muy bien. Tenía puesta la música y no era cuestión de pegar la oreja.

—Vete a la mierda, George.

Pero eso sí lo oí, justo antes de que saliera dando un portazo de su habitación en dirección a la cocina. Me acerqué a ella con cautela. Agitaba las manos muy alterada y no hacía más que resoplar.

—¿Estás bien? —pregunté con delicadeza.

—El capullo de George, que va a dejar de pagar el piso.

—Tiene su lógica... Nuria, yo no voy a vivir aquí eternamente. Tengo que buscarme algo y, mientras tanto, te ayudaré a pagar el alquiler. No puedo dejar que asumas todos los gastos.

—No seas tonta, puedo permitírmelo. Lo que pasa es que está dolido porque no quiero acostarme con él y anda como un gato escocido. Es su manera de castigarme.

—De todas formas, me reitero. Si me quedo, te ayudaré a pagar la mitad de los

gastos.

Se giró de golpe y me miró sorprendida.

—¿Cómo que si te quedas? ¿Es que has planteado irte?

—Todavía no sé lo que voy hacer con mi vida. Ahora ya no hay nada que me ate a ninguna parte.

—¿Y yo qué? —resopló ofendida.

—Tú eres libre como yo. Puedes ir a donde te plazca, tonta.

Se dejó caer en el sofá con la mirada perdida.

—Eso es cierto. Somos libres como el aire. No nos retiene nada...

Me senté a su lado y eché la cabeza hacia atrás. Le cogí la mano y le pregunté:

—¿Crees que nos volveremos a enamorar y a confiar alguna vez en un hombre?

Nuria se puso recta y me respondió:

—Mejor ni lo pienses. Aleja ese pensamiento de tu cabeza. Cuanto más lejos, mejor.

Nos echamos a reír las dos, como si eso fuera pecado o, peor aún, una enfermedad contagiosa.

—Oye, no se me va de la cabeza lo de esta tarde con Ben. ¿En serio se ha metido en el tatami contigo?

—Yo me quedé dormida y, cuando me desperté, lo tenía desnudo sobre mí.

—Joder, qué morbo.

—¿No te estarás poniendo tonta? —Le di un codazo al verle poner los ojos en blanco.



—Jo, Chochona, deberíamos montar algo así. Masajes para mujeres con tíos buenos. Algo con clase y elegancia. Yo pagaría por vivir una experiencia como la tuya.

—¿Estás de guasa? ¿Quién nos vería a ti y a mí llevando un chiringuito de esas características?

Nuria me miró muy seria. Se le acababa de encender la lucecita.

—No, no estoy de guasa. Piénsalo bien. Los tíos tienen toda clase de servicios para ellos: masajes, damas de compañía, servicios eróticos, lugares de intercambio... Pero ¿qué tenemos las mujeres para nosotras? Nada. Siempre somos la mercancía. Demos un giro y que sean ellos los que nos sirvan y trabajen para nosotras.

—Nuria, tienes más cojones que un tío. A veces me das pánico. ¿Cómo vamos a meternos en algo así?

Tocaron entonces al timbre. Había perdido la noción del tiempo. Nuria descolgó el telefonillo. Era Roberto.

—¿Ya son las nueve? —Miré el reloj atónita.

—El tiempo pasa volando cuando te pegan un buen polvo. Piensa en lo que te he dicho.

—Ahora no. Y encima tengo que aguantar a este.

Resoplé de mala gana.

Volvió a sonar el timbre, esta vez el de la puerta del apartamento. Y allí estaba Roberto, con unos pantalones chinos de color beis y un polo de color negro. Lo invité a entrar e hizo un gesto de sorpresa cuando vio que no estaba sola.

—Roberto, ¿te acuerdas de mi amiga Nuria?

Ella lo miró descaradamente. Roberto estaba muy guapo aquella noche y a Nuria no le pasó inadvertido.

—Hola, Roberto, encantada de verte. Estás muy guapo esta noche... ¿Una copa de vino?

Yo me reí por lo bajo al ver ese tonto descarado de Nuria y la cara de imbécil que se le ponía a Roberto.

—Vale, gracias —aceptó él.

—Ponme a mí también.

—Eso no hace falta que lo digas, Chochona. Está hecho.

Le indiqué a Roberto que se sentara en el sofá, mientras Nuria sacaba una botella de vino de la nevera.

—Pensé que estaríamos solos... —Roberto se mostró decepcionado.

—No es mi casa. Por otro lado, solo has venido a hablar, puedes hacerlo delante de ella.

Roberto se revolvió el pelo, nervioso. No le gustaba que Nuria rondara por allí.

—Quería pedirte disculpas por lo de ayer —dijo incómodo—. Me porté mal y te hablé peor. Pero me vuelvo a reiterar en que quiero volver contigo.

Roberto me agarró una mano y yo la aparté por instinto. No quería su contacto. Y a él no le gustó mi reacción.

—Jamás volveré contigo. No pretendo enfadarte, pero lo único que quiero de ti es que me des lo que me pertenece.

Nuria vino con los papeles de la separación de bienes y se los puso delante junto a un bolígrafo.

—Firma, guapo —Nuria le guiñó un ojo.

Roberto se puso de pie hecho una furia.

Abrió la boca para soltar quién sabe qué improperios, pero Nuria encendió el televisor que teníamos delante de la pared. Roberto se giró, confundido, hacia la tele, sin entender nada. Mientras tanto, Nuria sonreía perversamente. Daba miedo verla. En el aparato que colgaba de la pared un Roberto muy excitado salía rogando que volviera con él. Luego, la maléfica de Nuria había montado su frase, ya famosa: «Me has puesto muy cachondo y no he podido aguantarme». En la pantalla, Roberto estaba de rodillas con los pantalones bajados y el pene flácido. La imagen y la frase se repetía una y otra vez.

De la vergüenza, se sentó en el sofá y se dobló, apoyando la cabeza en los brazos flexionados sobre las rodillas. Se tapó la cara con las manos.

—¿Cómo has sido capaz? —gruñó entre dientes, impotente ante aquellas imágenes.

—Esa pregunta te la tenía que haber hecho yo, pero no me diste oportunidad —le espeté—. He sido capaz porque tú me has obligado a ser así.

—¿Qué vas hacer con esas imágenes?

—Depende de ti. Si firmas, aquí se queda el asunto. Si no, puede que te hagas famoso en las redes sociales.

Me clavó la mirada desafiándome.

—No serás capaz. Vas de farol.

Me acerqué a él tanto que mi nariz casi rozaba su oreja.

—Ponme a prueba —le susurré.

Roberto se giró y me miró fijamente a los ojos. Y reuló segundos después. Cogió los papeles y firmó todo lo que le pusimos delante.

—Eres una arpía —me recriminó poniéndose de pie—. Las dos lo sois.

—Gracias. —Le sonreí.

Recogí los papeles. Nuria fue hacia él y le echó la mano a la entrepierna.

Roberto se quedó paralizado.

—Soy una arpía —le miró sensualmente—, pero estoy muy rica. ¿Quieres que te lama las heridas?

Nuria pasó la lengua por los labios de Roberto y él se excitó todavía más. Mi amiga podía ser muy persuasiva y mi ex no sabía dónde se estaba metiendo. Roberto me miró, pensando quizá que aquello me daba celos, y metió su lengua dentro de la boca de Nuria. Ella respondió a su frenético beso y yo me giré para reírme de lo tonto y fácil que era de manipular mi exmarido. Daría gracias a Dios todos los días de mi vida por haberme divorciado de él. Tras eso, corrieron a su habitación. Un minuto después, Nuria salió medio en pelotas y me dijo que le llevara los papeles cuanto antes a Martín.

—Pero me va a preguntar por ti. ¿Qué le digo?

—La verdad, Chochona. Yo no le debo fidelidad a nadie. Te dejo, que me voy a tirar a tu queridito ex.

Pronto empezaron los gemidos y los jadeos. Cogí los papeles, el bolso y salí feliz del apartamento. Nuria y yo habíamos conseguido las dos lo que queríamos.

\* \* \*

Ya en la calle, fui a una cafetería cerca del apartamento, llamé a Martín y quedé con él para tomar algo y darle los papeles que había firmado Roberto. Apareció a los diez minutos, aparcando su Audi A4 frente al local.

—Hola, me ha sorprendido tu llamada.

Martín iba de sport: vaqueros y una camiseta azul cielo. Era guapo a rabiar, eso no se lo negaba nadie.

—Toma, te dije que lo conseguiría.

Le puse los papeles encima de la mesa. Los cogió y los leyó por encima. Los reconoció enseguida. Vio la firma de Roberto.

—¿Cómo...? —Me miró confundido.

—Eso da igual, ya está hecho.

—¿Y Nuria?

No podía decirle la verdad. Sabía lo mucho que le gustaba y no quería que se enfadara con ella. Aunque no tenía derecho y conocía sus reglas, el saber que estaba con mi ex podía joderle mucho.

—No lo sé. Aún no he pasado por casa. Todo este tema me ha tenido un pelín ocupada —mentí.

—Pues vayamos a buscarla y se lo contamos. Se va a poner loca de contenta. Voy a llamarla...

Cogió el teléfono. Estupendo, la había cagado y bien. No sabía qué hacer para no descubrirla, así que le quité el teléfono de las manos y lo besé. Martín se quedó paralizado, pero enseguida me aplastó contra él y me devoró la boca. Ya tenía su atención. En cuanto pude, me separé, pues en el bar nos estaban mirando.

—Martín, la gente nos mira... Contrólate.

—Has empezado tú —sonreía—. Yo solo me he dejado llevar.

—Lo siento, habrá sido la emoción. Te estoy muy agradecida por todo.

—¿Vamos a buscar a Nuria? —insistía.

—Mejor vamos a dar un paseo. Hace una noche preciosa. Ahora, si me disculpas, tengo que ir al aseo.

Me fui al aseo para poder llamar a Nuria y, mientras, vigilaba a Martín para que no hiciera lo mismo. Mi amiga no me cogía el teléfono. Insistí varias veces, hasta que por fin oí su voz. Estaba fatigada.

—¿Sí?

—Nuria, estoy con Martín. No he sido capaz de decirle la verdad. Insiste en ir a buscarte y no sé cómo entretenerlo...

Oía a Roberto ronroneando por detrás. Todavía no habían terminado.

—Cielo, te dije que le contarás la verdad. Ahora te tocará seducirle. Pasa la noche con él y diviértete. Yo tengo trabajo para largo. ¡Roberto! —oí que gritaba.

—¿Nuria?

Me había colgado.

—¡Joder! —maldije en voz baja.

Salí del aseo y fui hacia Martín, que sonreía de oreja a oreja. Podía ser peor. Al menos, ya lo conocía y estaba bueno. Pasar la noche con él no era tan mala idea. Esto era como con los antibióticos: uno cada ocho horas. Por la mañana no había tenido, al mediodía sí y ahora me tocaba el de la noche. Madre mía, estaba recuperando diez años perdidos a pasos agigantados.

—Tengo que pasar primero por el hotel a recoger una cosa —me insinuó Martín.

Ya, la disculpa más vieja del mundo. En otro tiempo habría caído, pero, a esas alturas, no. Le ahorré el mal trago.

—Martín, no te preocupes, vamos al hotel. Hoy paso la noche contigo.

Volvió a cogerme y me apretó contra su cuerpo. Noté su erección de inmediato. Su lengua se perdía con la mía. Estaba ansioso por llevarme a la cama y yo lo sabía.

—Sube al coche. —Sonaba desesperado.

—Tranquilo, fiero, tenemos toda la noche.

—No sabes el tiempo que llevo esperando esto —estaba ansioso y bastante alterado.

Dejó el coche en el aparcamiento del hotel y subimos por el ascensor. Allí empezó a besarme y a meter sus manos debajo de mi top. Me dejaba sin respiración. Tuve que frenarlo, porque parecía un potro salvaje.

—Martín, relájate. Espera a llegar a la habitación. —Intenté calmarlo.

—Lucía, me tienes cardiaco —su pulso estaba acelerado y empezaba a sudar.

Puse mis manos delante de su pecho.

—Martín, relájate o me voy. No me gusta que seas tan rudo. Tranquilízate, por favor.

—Lo siento, lo siento. Está bien.

Se separó de mí y esperó a llegar a la habitación.

No sé qué le pasaba, pero lo notaba muy raro. No era el Martín que recordaba del día del lago. Estaba nervioso y alterado. Entramos en la habitación. Era clásica, con una cama de matrimonio de nogal con canapé, dos mesitas de noche haciendo juego con la cama y dos lámparas blancas de pantalla cónica de algodón. Frente a la cama había una cómoda con el minibar y un pequeño despacho con una silla. Al lado, la puerta que daba acceso a un aseo normalito.

Martín fue al baño nada más entrar. Me pareció raro, sobre todo tras su insistencia en el ascensor. No cerró la puerta y eché un vistazo. Me quedé muerta al verlo esnifar algo encima del lavabo. Supuse que sería cocaína. Me giré lentamente para irme. Ahora me explicaba ese comportamiento tan inusual y su nerviosismo. No me lo esperaba de él.

Me pilló abriendo la puerta para salir y me cerró el paso.

—¿Dónde vas, preciosa? Ahora es cuando empieza lo bueno.

Me cogió en brazos y me lanzó sobre la cama. Casi me quedo sin aire del golpe que me di. Se tiró encima de mí como un poseso, tratando de quitarme la ropa. Yo peleaba por impedirselo.

—Martín, déjame. No quiero —grité asustada.

Él se sorprendió ante mi negativa, pero le duró poco. No iba a renunciar a su pastel. Así que metió la mano por debajo del top y me estrujó un pecho. Luego su boca se cebó con la mía. Su lengua me devastaba y me ahogaba. Estaba descontrolado. Le mordí con fuerza en el labio hasta hacerle sangre.

—Joder —gritó dolorido, separándose al fin, llevándose la mano al labio.

Aproveché y salté de la cama para escapar.

Me agarró de la pierna y me hizo tropezar. Caí de lado golpeado mi cabeza en el suelo. La mejilla y el ojo empezaron a latirme con fuerza a causa de un dolor horroroso. Por el rabillo del ojo, vi que se me iba a echar de nuevo encima, así que me giré y le pegué una patada en la cara. Ahora también su nariz sangraba. El miedo corría a toda velocidad por mis venas y me dio el valor suficiente para ponerme en pie. Pude llegar a la puerta y salí de allí como alma que lleva el diablo.

Cogí un taxi sin saber adónde ir, pues no quería darle el gusto a mi ex de que me viese con el golpe en la cara y la ropa rasgada. Tampoco conocía a nadie. Así que llamé a George, ya que también me daba vergüenza de que Ben me viera así.

Contestó enseguida y le conté lo ocurrido. Me dio su dirección y me dijo que fuera sin demora. Yo todavía llevaba el susto en el cuerpo, pero lo que tenía muy claro: jamás me sometería a un hombre en contra de mi voluntad. Podría hacerlo, pero antes tendría que quitarme la vida.



El taxi me dejó en una urbanización cerca de la playa. La casa que indicaba la dirección se encontraba al otro lado de un muro altísimo. Era una finca sin vecinos alrededor. Toqué al timbre y la puerta metálica se abrió.

Entré cohibida, abrazándome a mí misma. Aunque hacía calor, un escalofrío me recorría el cuerpo. Todavía tenía la cara dolorida. Sin embargo, la casa de George fue como un soplo de aire fresco para mi retina. Unos grandes ventanales sustituían a las clásicas paredes de hormigón que se veían desde fuera. Un maravilloso césped te acariciaba los pies al entrar y la piscina, no muy grande, salía de una habitación (imaginé que la de George) para fundirse con el salón. Era una preciosidad.

George salió a mi encuentro. Me miró horrorizado. Me cogió la cara, me giró el cuello a ambos lados y dijo:

—Hijo de puta. Vamos adentro para que te cure eso.

Me pasó la mano por encima del hombro y me condujo hacia el interior de la casa.

—¿Tan mala pinta tiene?

No contestó.

Me llevó al cuarto de baño principal de la casa y, cuando me vi en el espejo, me eché a llorar. No era tanto por el dolor como por la rabia de ver cómo

Martín me había dejado la cara. Me arrepentí de no haberlo matado. Tenía un morado en la mejilla y me había salido un derrame en el ojo, que también se estaba empezando a hinchar. Parecía que me hubieran dado una paliza.

—¡Joder!

Las lágrimas cayeron sobre mis mejillas.

—No llores. Espero que le hayas dado su merecido a ese hijo de puta.

George apretaba los dientes mientras me examinaba el ojo y me echaba un colirio.

—Digamos que su cara no ha quedado mucho mejor que la mía.

Sabía que le había partido la nariz de la patada que le di, pues la oí crujir bajo mi pie. Su labio tampoco tendría buena pinta después de mi mordisco.

—Nunca me gustó ese tío —admitió George.

—Estaba de coca hasta arriba. Y cuando me di cuenta se puso de aquella manera... —Cerré los ojos, intentaba borrar la última hora de mi mente.

—No lo defiendas —gruñó—. Un hombre jamás debe ponerle la mano encima a una mujer.

George estaba furioso.

—No me ha pegado... Me caí intentando huir de él.

No trataba de justificar a Martín, se había pasado, pero tampoco era justo decir que me había pegado. Aunque yo sí le había dado duro.

—No me gusta la pinta que tiene ese ojo. —Torció el gesto—. Mañana iremos a la consulta, porque aquí no puedo examinarte como es debido. Quiero asegurarme de que no hay ninguna lesión interna.

—¿Cómo voy a salir así a la calle?

Me eché de nuevo a llorar. Me sentía avergonzada e impotente. George me abrazó.

—Tranquila. Con las gafas de sol no se notará. Mañana le echaré un vistazo y te daré algo para que se cure rápido, pero aquí no puedo hacerlo.

—Gracias por ayudarme. No sabía a quién recurrir.

Bajé la mirada. Estaba agotada.

—Tendremos que llamar a Nuria o se pondrá como una histérica —me recordó George—. Además, no quiero que a ella le pase lo mismo que a ti. Hay que avisarla sobre ese tipo.

No había caído en eso. Si Martín quedaba con ella, podía correr la misma suerte que yo. Me puse nerviosa y me levanté.

—Es verdad, tenemos que avisarla. ¿Y si le hace lo mismo?

George me abrazó.

—Tranquila. Yo iré hablar con ella. Tú ahora date una ducha y acuéstate.

George me mostró la habitación de invitados, que estaba en la planta de arriba. Tenía el suelo de parqué y había una cama de matrimonio confortable, un ventanal enorme con vistas a la piscina, una cómoda y dos mesillas estilo japonés. Todo era muy minimalista, sin trastos que ocuparan la estancia.

—¿Es que vas a ir ahora? —No me apetecía estar sola.

—Sí. No puedo dejar que Nuria corra la misma suerte que tú.

—Vale, pero cierra todo —le pedí con voz temblorosa.

Me dio una camiseta suya para dormir.

—No te preocupes. Cuidaré de ti. Ahora dúchate y descansa.

Puso la alarma y se marchó, dejándome sola en aquella casa maravillosa. Me

quité la ropa y me volví a mirar al espejo. Aparte de la cara, varios moretones iban apareciendo por las piernas y los brazos. No quería verlos. Me metí en la ducha y me restregué el cuerpo hasta que me dolió. Maldita la hora en que conocí a Martín...

Me puse luego la camiseta de George. Olía a él. Me encantaba su aroma, terriblemente sensual. Y luego me tumbé sobre la cama de invitados. Entonces mi cabeza empezó a dar vueltas. El día había sido tan bueno... Los planes de cena con Nuria, mi encuentro con Ben, Roberto firmando los papeles. Hasta el hecho de que Nuria se hubiera tirado a mi ex era bueno, pero, estaba claro, todo lo que tenía que ver con Roberto al final siempre traía una desgracia.

Recordé entonces lo que me había hablado Nuria. Lo de manejar un negocio de hombres. La idea de tener ese poder se me antojaba apetecible, y más después de lo que había pasado, pero habría que matizar muchas cosas y, sobre todo, evitar incidentes como el que yo había vivido. Ahora mismo estaba llena de odio, hacia Martín, Roberto, hacia todos esos cabrones que se creían con derechos solo porque eran hombres y nosotras mujeres. Quizá había llegado la hora de invertir la balanza. Mientras pensaba en todo eso me envenenaba. Al final, no sabía ni a qué hora, caí rendida por agotamiento.

\* \* \*

El ruido de una puerta me despertó. Todavía era de noche. Me senté en la cama y grité:

—¿Quién anda ahí?

La puerta de la habitación se abrió y apareció George, esbozando su bonita sonrisa.

—Tranquila, soy yo. No me saltes los dientes con una de tus patadas.

Me dejé caer en la cama y solté la tensión de la espalda. George se sentó a mi lado, volvió a mirar mi cara hinchada y su cara se contrajo.

—¿Se ha puesto peor?

—No te preocupes por eso ahora; sanará. Vengo de hablar con Nuria.

Volví a sentarme en la cama y me puse tensa. Hice una mueca de dolor y me llevé la mano a la cara.

—¿Qué ha pasado? —pregunté—. ¿Está bien?

George me cogió de los hombros y me tumbó de nuevo en la cama.

—Relájate. Nuria está bien. Ya sabe que estás aquí. Se ha quedado desolada por lo ocurrido; se siente responsable, ya la conoces. Mañana vendrá a verte y habláis. Me ha dado un bolso con ropa tuya. Pero está bien, muy enfadada con el capullo ese, pero más preocupada por ti.

—Ella no ha tenido la culpa de nada...

Me daba rabia toda esa situación. ¡Maldito Martín!

—Lo sé, ya se lo he explicado. He pasado un buen rato con ella hasta que por fin se ha tranquilizado.

—Gracias, eres un amor —le acaricié la mano suavemente.

—¿Quieres que me quede contigo?

La pregunta de George me sorprendió, pero me gustó. Lo miré y en sus ojos había ternura y preocupación. Sabía que no iba a ir más allá de eso y yo no quería estar sola.

—Quédate, por favor.

George se desnudó y se quedó solo con el bóxer. Se metió en la cama conmigo y me abrazó por la espalda. Yo cogí sus manos por delante y me las llevé hacia el corazón, apretándolas con fuerza. Olí ese perfume que me

embriagaba, pues el contacto de su piel me daba seguridad. Nos dormimos así, abrazados.

\* \* \*

Me desperté porque una mano me acariciaba el rostro con suavidad. Abrí los ojos y me encontré con la mirada azulada de George. Estaba de costado, pasándome la mano por el pelo y la cara. Sonreía ampliamente. Qué guapo estaba por la mañana, con el pelo ensortijado y la barba sin arreglar.

—Al final he conseguido pasar una noche contigo —dijo en tono divertido.

—La mejor noche que he pasado con nadie, te lo puedo asegurar. —Susurré adormilada.

George se acercó a mis labios y me besó muy despacio. Apenas los rozó, pero fue suficiente para que mi piel se erizara.

—Tenemos que vestirnos... Hay que ir a la clínica a mirar bien ese ojo.

—¿Es necesario?

Me di la vuelta en la cama. La camiseta se me levantó, dejando a la vista mis braguitas brasileñas.

—Lucía, no soy de piedra —susurró George con la voz entrecortada.

Me giré y vi que se había empalmado. Su erección estaba a punto de estallar dentro del bóxer.

—Lo siento, no era mi intención. Además, ¿cómo voy a excitarte con esta cara?

Me tapé el rostro con la sábana. Me daba vergüenza. George se acercó y retiró la sábana despacio para no lastimarme. Me miró y acarició mi cara y mi ojo malherido. Empezó a besarme por donde tenía la zona afectada, muy suavemente, con delicadeza.

—Eres preciosa en todos los sentidos, por dentro y por fuera. Me excita tu forma de ser —me susurró.

Solté un gemido sin poder evitarlo.

Me abracé a George y esta vez fui yo la que lo atraje hacia mí. Fui directa hacia su boca y lo besé con pasión. George reaccionó al momento. Su lengua empezó a hacer magia con la mía. Solo él sabía besar de aquella manera. Me quitó su camiseta y posó su boca sobre mis pechos. Me costaba no gritar de placer, pero tenía que evitar los gestos con la cara, porque agudizaban mi dolor. Se alejó un momento para coger un preservativo, se lo colocó y siguió besándome con delicadeza. Me separó las piernas con las suyas y entró dentro de mí. Me estremecí al sentirlo y me abrí para entregarme por completo a él.

George me elevaba y me atraía hacia su sexo para poder sentir mi cuerpo presionado al suyo. Me follaba con profundidad, pero al mismo tiempo con suavidad. Sentía que medía sus movimientos para no hacerme daño. Y esa delicadeza me estaba volviendo loca; me excitaba la ternura con la que me estaba poseyendo. Estaba muy mojada y notaba que empapaba la cama.

—Lucía, te deseo, te deseo... —me jadeaba al oído.

—George... —susurré su nombre.

Me apretó más fuerte contra él y noté que su polla se dilataba dentro de mi vagina. La llenó por completo. El roce de entrar y salir de ella me produjo una convulsión que hizo que me viniera un orgasmo repentino. Mi vagina presionaba con fuerza la polla de George.

—Lucía, qué gusto, voy a correrme... —gimió con desesperación.

—Sí, George...

Se dejó llevar por la pasión del momento.

Clavó sus manos en mi piel ardiente y avivó el ritmo de su excitación. La sensación era como si me elevara hasta la luna. La sensibilidad que me había quedado del orgasmo se repetía en cada una de sus acometidas. Era como estar repitiendo el orgasmo a cada segundo.

—Sí, sí, sí... —jadeaba yo.

—Dios, Lucía, me vas a enloquecer.

Me miraba y seguía encendido.

Yo jadeaba sin poder evitarlo. Me puso las piernas alrededor de su cuello. Estaba expuesta para él. Tiró de mí y arremetió sin piedad. Volví a sentir el calor en mi húmeda entrepierna. Otro tremendo orgasmo me llegó y volví a contraerme y succioné su miembro con mi vagina. George emitió un gruñido y abrió los ojos como platos. Ahí ya no pudo aguantar más. Tres, cuatro embestidas más y soltó un grito de placer que no reprimió. Luego se dejó caer suavemente a mi lado y volvió a besarme con delicadeza.

—Eres maravillosa...

Yo le aparté los mechones sudados de la cara y lo besé. Estaba agotada y dolorida.

—Tú sí que eres maravilloso —le respondí con cariño.

George había hecho que se me fueran todos los miedos y dolores. A pesar de los roces que habíamos tenido, nunca dejó de atraerme. De hecho, me gustó desde el primer día que lo vi, al igual que Ben. Entonces, George se incorporó en la cama de mala gana. Me miró fijamente y me cogió de la mano.

—Hay que ducharse e ir al hospital.

Me lo dijo muy serio, mirándome el ojo.

—Vale, no te enfades conmigo —murmuré, y luego le di un beso en la punta de la nariz.



George sonrió y me cogió en brazos.

—¿Qué haces? —pregunté sorprendida.

—Llevarte a la ducha.

—¿Juntos?

—¡Por supuesto!

—¡Ah, no!

Me bajé de sus brazos como un rayo y lo eché de la habitación. George puso cara de no entender nada. Yo me reí.

—Si nos vamos juntos a la ducha, no salimos hoy de casa. Tú dúchate abajo y yo lo haré en el baño de invitados.

—Pero... No iba hacer nada, malpensada.

—¿Y quién dijo que fueras a ser tú? Te veo abajo.

Cerré la puerta ante la cara de asombro que se le había quedado a George.

\* \* \*

Menos mal que Nuria me había mandado ropa. Me puse un vestido blanco entallado a la cintura y con la falda de vuelo. Era corto, pero no demasiado. No llevaba mangas y tenía un estampado lateral de una flor en color granate. El escote, que no tenía, se cerraba en un cuello redondo. Era discreto, elegante y sugerente. Conociéndola, menos mal que no me había mandado nada estilo pendón. Me puse unas sandalias de cuña altas, también blancas y un culote de color blanco sin sujetador. Me dejé el pelo suelto y rizado y me coloqué unas

gafas de sol con las que apenas se apreciaba el golpe de la cara.

Llamaron entonces a la puerta principal. Salió George ya vestido con su traje gris y camisa negra, guapísimo, como siempre. Su perfume se olía desde la planta de arriba. Nuria entró acelerada por la puerta. Le dio un abrazo a George, lo que me gustó, pues significaba que había buen rollo entre ellos.

—¿Dónde está Lucía? —le oí preguntar.

—Se encuentra arriba. Tranquila, está bien. —George la tranquilizaba.

Nuria se disponía a subir las escaleras, pero bajé yo antes. Se quedó parada. Estaba avergonzada y bajó la mirada.

—Lucía...

Las lágrimas corrían por sus mejillas. George nos miraba sin saber cómo reaccionar. Le hice una seña para que nos dejara solas y él asintió y se fue.

—Chochona, lo siento.

Me abrazó y reventó a llorar. Me la llevé al salón y nos sentamos en el sofá. Le levanté la cara y la miré.

—No ha sido culpa tuya. Estaba muy preocupada por ti. No llores, por favor.

Nuria me miró y me quitó las gafas de sol con cuidado. Cuando me vio, se tapó las manos con la boca. Comenzó a llorar de nuevo.

—Hijo de puta. ¿Cómo ha podido?

—No es para tanto. Me caí. Él no me pegó, Nuria —le aclaré.

—Me da igual. Es un yonqui de mierda. Intentó forzarte. Y yo...

Las lágrimas no la dejaban hablar.

—Martín se llevó lo suyo. Estoy bien, lo que me preocupaba es que te tocara a ti también. Estaba descontrolado con las drogas.

—Ya, pero yo te envié con él para follarme a tu marido. Soy de lo peor.

—A mi ex —le corregí sonriendo.

—Da igual, no soy más que una zorra. —Nuria se fustigaba.

—Bueno, ¿y qué tal Roberto? ¿Ha cumplido tus expectativas? —Intenté romper el mal rollo.

Nuria me miró desconcertada.

—¿En serio? —me miró sorprendida—. ¿Casi te matan y tú te preocupas por saber cómo fue mi polvo de anoche?

No había forma de sacarla de ese círculo. Tenía que hacerla reaccionar.

—Si quieres te cuento cómo ha sido el mío de esta mañana...

Nuria abrió la boca asombrada.

—No...

—¡Sí!

—Chochona, me impresionas. ¿En serio? ¿Con George?

—Mujer, ¿con quién si no?

Su expresión cambió por fin y la alegría volvió a su cara.

—Me lo tienes que contar todo, al detalle.

—No, no. Antes tú, guapa.

Las dos nos abrazamos.

Nuria se relajó. No me gustaba verla sufrir. El episodio de la noche anterior había sido un mar de coincidencias nefastas que me tocó vivir por estar en el momento inoportuno y con la persona equivocada. Nuria no tenía la culpa y no

debía castigarse por ello. George apareció entonces por la puerta del salón. Miraba el reloj de su mano izquierda.

—Tenemos que ir al hospital... Hay que revisar ese ojo.

Nos levantamos y salimos hacia los coches. Nuria se dirigió a George.

—Gracias por cuidar de nosotras, sobre todo de Lucía.

Le dio un beso suave en los labios.

—Sabes que me importáis las dos, podéis contar conmigo siempre. —Le dedicó una sonrisa sincera.

—Ahora lo sé. Perdona por juzgarte mal.

Esa disculpa me alegraba el corazón.

—Si quieres —le dijo a Nuria—, tráela tú. Yo me voy yendo, que ya llego tarde. Nos vemos allí. Decidle a mi secretaria que os pase nada más llegar.

Nuria y yo asentimos y George se marchó. Nosotras fuimos tranquilamente detrás de él. Mi amiga me cogió de la mano, todavía emocionada. Yo apreté la suya con fuerza. Estando las dos juntas, nadie podría con nosotras. Habíamos pasado mucho, pero solo servía para hacer nuestra amistad más fuerte todavía.

Llegamos a la clínica Lances, la cual no me traía buenos recuerdos después de mi paso por allí, y fuimos a oftalmología, la planta donde pasaba consulta George. Estábamos esperando el ascensor y vi que por el pasillo de nuestra izquierda aparecía Ben. Me escondí detrás de Nuria. No quería que me viera de esa guisa, así que cubrí mi rostro aún más con el pelo. En ese momento deseaba que se abriese una grieta y la tierra me tragase. Apreté el brazo de Nuria y ella se dio cuenta de la situación. Le dio rápido al botón del ascensor para que se abriese la puerta, pero Ben ya nos había visto.

—Joder... —Maldije mi mala suerte.

—Tranquila, déjame a mí.

Nuria me apretó el brazo para que me relajara y sacó la mejor de sus sonrisas.

—Hola, Ben. Qué casualidad, ¿eh?, últimamente nos encontramos en todas partes.

—Hola, ¿todo bien? —saludó serio, para variar.

Ben me miraba fijamente. Yo procuraba no mover la cabeza demasiado y, como las gafas me tapaban bastante, con un poco de suerte no se daría cuenta.

—Sí —afirmó Nuria—. Vengo a ver a George para que me haga una revisión de la vista. Ya me toca y le he llamado por si podía atenderme.

—De paso —respondió Ben—, dile que le eche un vistazo al ojo de tu amiga, porque no tiene buena pinta.

Me giré hacia él, avergonzada, y me tapé la cara con el pelo. Se abrió el ascensor y me metí sin decir ni una palabra. Nuria entró conmigo y Ben se quedó fuera, mirándonos. Me fijé en que llevaba una de sus manos vendada.

—¿Tanto se nota? —le pregunté a Nuria cuando la puerta del ascensor se cerró

—Para nada. Ese tío parece que tenga rayos X en los ojos. Me he quedado tan cortada como tú.

—¿Te has fijado en su mano? La llevaba vendada. Algo ocurre aquí y no me huele bien.

—Claro que me he fijado. Pero no te hagas pajas mentales. Vamos con George y que te vea ese ojo.

Salimos del ascensor y entramos en la consulta. Fuera había una secretaria de unos treinta años, pelirroja, menuda, de pelo corto y ojos azules. Muy guapa. Llevaba una chapa con su nombre: Alice. Se dirigió hacia nosotras muy amablemente con una sonrisa que hacía juego con su bata blanca:

—¿En qué puedo ayudarlas?

La consulta de George era toda blanca: los muebles, los sofás, el despacho de la secretaria... No daba la sensación de que estuviéramos en un hospital, sino en un espacio cálido y luminoso que te daba paz.

—Dile al doctor que Nuria y Lucía han llegado. Nos está esperando.

La secretaria nos observó detenidamente y luego se asomó a la puerta en la que estaba escrito el nombre de George. Al rato, fue él mismo quien salió a recibirnos. Llevaba una bata blanca por encima de la camisa que le hacía más atractivo aún. Me subió algo por el estómago al verlo. Me lo estaba imaginando desnudo, solo con la bata. Menos mal que llevaba las gafas y no podía verme los ojos de lasciva que tenía en ese momento...

—Vamos a ver ese ojo. —Se sentó enfrente para reconocermme.

Me miró con la lámpara de hendidura durante varios minutos. Luego me dijo:

—En principio, parece que es un simple derrame. Te voy a echar unas gotas para tomarte la tensión ocular y, si está bien, dentro de una semana vuelvo a verte.

Respiré aliviada. Solo era algo incómodo y estético. Me echó las gotas, que escocían un poco, y me volvió a colocar tras ese aparato. Un soplo de aire me llegó a ambos ojos y él sonrió. La tensión estaba bien.

—Gracias, George. Me has quitado un peso de encima.

Le di un abrazo.

—Si queréis os dejo solos —bromeó Nuria. Yo me separé de George, ruborizada.

—Porque tengo pacientes que atender... —se excusó él.

—¡George!

Le di un codazo y nos echamos a reír.

—En serio, pídele cita a Alice y en una semana te quiero ver en la consulta, aunque espero disfrutar de tu compañía antes.

Pasó su dedo por mi brazo suavemente. Me ericé toda.

—Te llamaré —le aseguré con una sonrisa coqueta...

Íbamos a salir cuando entró Ben en la consulta. Todavía no me había puesto las gafas de sol, así que me pilló con la cara totalmente descubierta. La suya se contrajo en una mueca de desagrado al verme. Le di la espalda, no quería que me viera así. George lo miraba con cara de desaprobación.

—Deberías avisar de que venías —le reprochó.

Ben se acercó y me cogió de los hombros, me dio la vuelta despacio y me

levantó el mentón con la mano, muy despacio.

—¿Está bien? —le preguntó a George.

Me quedé alucinada.

—Oye —me quejé enfadada—. Estoy delante. Puedes preguntarme a mí.

—Ya veo cómo estás. Me interesa la opinión de un profesional.

Estaba siendo borde y desagradable. No entendía lo que le pasaba.

—Está bien, es un simple derrame —le informó George—. No tiene daños preocupantes. Es más lo aparatoso del golpe que el daño en sí.

Nuria y yo nos miramos atónitas ante aquella situación, que era de lo más surrealista. Ben hablaba como si yo no existiera. Seguía sosteniéndome la cara, observándome y yo allí, quieta como una idiota. Le di un manotazo y le quité la mano de mi cara. Se quedó un poco traspuesto. Se despidió de George y se fue. Yo no entendía nada. Y Nuria estaba tan sorprendida como yo.

—¿Qué bicho le ha picado a tu amigo? —le preguntó Nuria a George, que se movía nervioso por la consulta.

—No lo sé, ya conocéis a Ben. Es una persona muy variable en su forma de ser. No tendrá un buen día.

—Y una mierda, querido. A él no le conozco, pero a ti sí, y sé que me estás mintiendo. ¿Qué estáis ocultando?

Nuria lo había pillado. Se delató por la mirada de sorpresa que puso.

—¿Es cierto, George? —Lo miré a los ojos—. ¿Estáis ocultando algo? Yo no puedo con más mentiras... Dime qué ocurre, por favor.

Se sentó a mi lado y me cogió de la mano. El corazón se me aceleró, más que nada porque intuía que no me iba a gustar lo que me iba a contar.

—Lucía, ante todo no te enfades y escucha bien lo que te voy a contar. Tienes



que entender las circunstancias.

—George, me estás dando miedo. ¿Qué ha pasado?

—Ayer, cuando te dejé en casa, fui a buscar a Nuria y llamé a Ben. Le conté lo que había ocurrido y se puso colérico. Cuando salí del apartamento de Nuria, fuimos a hacerle una visita a Martín.

—¿Que hicisteis qué?

Me levanté y empecé a caminar nerviosa. Me esperaba lo peor. George se puso a mi lado y me cogió de la mano. Nuria escuchaba atenta desde el sofá de la consulta.

—Tranquilízate —insistió George—. Solo queríamos hablar con él, pero Martín seguía colocado y estaba agresivo. Empezó a meterse contigo y Ben perdió un poco los nervios.

—¿Qué significa eso?

—Digamos que Martín golpeó primero y Ben se quedó a gusto dándole después. Tranquila, los separé y no dejé que fuera a mayores. Nada que un par de puntos no arregle.

George sonreía de satisfacción al recordar la escena.

—¿Te hace gracia? —le miré atónita.

—Pues a mí sí. Lástima que no le hubieran hecho una foto. Ese cabrón se merecía eso y mucho más —confesó George.

—Ahora entiendo porque Ben está cabreado —comentó Nuria desde el sofá, dejándome a cuadros.

—Gracias, Nuria. —Asintió George con la cabeza.

Yo debía de estar espesa, porque seguía sin comprender el cabreo que tenía Ben conmigo.

—¿Y qué le pasa conmigo? Llamadme tonta, pero no termino de pillarlo.

—Preciosa, no está cabreado contigo. Está cabreado con él mismo. No soporta que te hayan hecho daño. Sufre al verte así. Y esa es su forma de expresarlo. Ayer recurríste a mí, y eso le dolió también. Es impotencia lo que siente. Los dos la sentimos de no poder protegerte. Lo mismo que si le hubiera pasado a Nuria... —me explicó George.

Ahora sí que me sentía fatal. Me dejé caer en el sofá al lado de Nuria y apoyé la cabeza en su hombro. Suspiré.

—¡Ay, Chochona! Sí que eres cortita para algunas cosas.

—No me pinches, Nuria. Ahora no.

Me levanté y salí de la consulta. Pregunté a la secretaria de George si sabía dónde podía localizar a Ben. Me dijo que su laboratorio estaba en la planta -1, así que salí en su busca. Cogí el ascensor y bajé hasta el sótano y enseguida vi el cartel identificativo de los laboratorios. Pregunté a un enfermero por Ben.

—Hoy no está aquí. Pasa consulta en la segunda planta. Pregunte en fertilidad y reproducción asistida.

Así que hoy tenía la labor de fabricar bebés... Pues menudo día llevaba el pobre para asesorar a las parejas, y menos para fertilizar a nadie. Volví a coger el ascensor y pulsé el número 2 del panel. Una vez allí me dirigí hacia el área de fertilidad. Me apunté en la mente que debía coger cita para ginecología, pues acababa de ver el cartel y me vino a la memoria. Llegué a una sala enorme de color lila. Las paredes estaban llenas de fotografías de la anatomía de la mujer: úteros, vientres embarazados... Había muchas parejas y yo me quedé fascinada con la cantidad de gente que quería tener un hijo a través de ese método. Yo, en su día, también me lo planteé, pero Roberto lo descartó. Él decía que podía engendrar sí o sí. Estaba embobada mirando las paredes y a las parejas que esperaban impacientes su turno cuando oí que me llamaban. Me giré y vi a Roberto y a Marta sentados en la esquina de la sala de espera.

De repente, todo me encajó. El muy imbécil estaba con esa cría para hacerse

una revisión o para llevar a cabo una fecundación in vitro. Al final, él era el que no podía tener hijos. Diez años de pruebas con mi ginecólogo, diciéndome siempre que estaba bien. Diez años esperando a ser madre y, en tan solo unos meses, se decidía a venir con esa muchacha. El odio me invadió y el veneno me corrió por las venas. Me había anulado como mujer haciéndome creer que no servía para tener hijos. Lo miré envenenada.

—Lucía, ¿qué haces aquí?

Volvió a repetir y la hiel me subió a la garganta. Se levantó y vino hacia mí, pero yo no respondí, solo apretaba los puños con fuerza. Mi cabeza iba a mil revoluciones por segundo.

—¿Lucía...?

A la tercera vez que Roberto pronunció mi nombre mi mano se estrelló contra su cara. En la sala se oyó un suspiro general y luego se hizo el silencio absoluto. Todo el mundo nos miraba. En ese momento, Ben salió de su despacho para despedir a una pareja y se quedó perplejo observando la escena. Roberto se llevaba la mano a la cara dolorida, mirándome con odio, fuera de sí.

—¿Estás loca? —me chilló mi ex.

—Eres un hijo de puta, un cobarde, un... poco hombre.

Roberto enrojeció de ira y me hizo frente. Yo di un paso adelante y me encaré a él. Éramos dos bombas de relojería a punto de estallar. Ben apareció como un rayo y me cogió de la cintura. Miró a Roberto y le dijo:

—Señor, me temo que su cita de hoy ha quedado cancelada. Llame y pida una nueva para otro día.

Ben me agarró como una marioneta y me metió dentro de la consulta. Pude ver cómo Roberto se quedaba con la boca abierta, avergonzado ante todo el mundo.

—Suéltame —le grité enfurruñada a Ben, que me sujetaba en el aire como si

fuera un saco de patatas.

—¿Qué ha pasado ahí fuera? ¿Quién era ese?

—¿Para qué quieres saberlo? ¿Vas a darle también una paliza? —le espeté enrrabietada.

Ben me clavó la mirada más siniestra que había visto nunca. Me puso los pelos de punta.

—No es justo lo que estás diciendo...

Bajó la mirada y se fue hacia su despacho. Me había pasado, pero es que Roberto siempre sacaba lo peor de mí y yo lo pagaba con los demás.

—No, no es justo —asentí—. Venía a darte las gracias por preocuparte por mí, hasta que me encontré con mi exmarido y su amante en tu consulta.

Me senté en la silla, enfrente de él, como si fuera una paciente y él mi doctor. Apoyé los codos en la mesa y soplé, cansada de tantos problemas y movidas.

—¿Ese capullo de ahí fuera es tu marido?

—Exmarido —corregí.

—¿Por qué te has puesto así con él? Habéis perdido los papeles.

—Es una historia aburrida, pasada y penosa. Ya no tiene importancia.

—Puedes contármela.

—Mejor no. Ya pertenece al pasado —Me enderecé en la silla incómoda.

—Sabes que puedes contar conmigo cuando me necesites.

—Lo sé. No te llamé ayer porque no quería que me vieras así —admití y aparté la mirada.

Me quité las gafas. Ben volvió a gesticular al verme el ojo morado.

—Siento lo que te ha pasado y no poder haber estado ahí. Hubiera matado a ese tío de no ser por George, que me detuvo.

Al hablar de Martín, Ben se encendió. Pegó un puñetazo en la mesa y se levantó enervado, dando pasos por la consulta.

—Pero esa no es la solución. Yo me defendí y ya recibí lo suyo. Tú no sabías que iba a pasar eso, no lo sabía ni yo.

Se acercó y me acarició la cara. Me miraba fijamente.

—Pero podía evitar que volviera a hacérselo a otra persona. —Su mirada estaba más gris que nunca—. Gente como Martín no debería andar suelta por la calle. Ya le dejé claro que no se le ocurriera volver a repetir lo de anoche con ninguna otra mujer. Si se acerca a ti o a Nuria, iré a buscarlo. Y ya no seré tan indulgente...

Lo escuchaba y se me erizaba el vello de todo el cuerpo. Esa reacción no era normal; ahí había algo personal.

—Ben, ¿qué te ha ocurrido para ponerte así con Martín? Se portó como un capullo, pero tampoco creo que mereciera tanto.

Él apoyó las manos en la mesa y me miró con los ojos fuera de sí.

—¿Que no fue para tanto? Si tú no llegas a defenderte Lucía, dime, ¿qué hubiera pasado?

—No lo sé.

Dio un golpe en la mesa con el puño cerrado que hizo que me sobresaltara.

—¿Qué hubiera pasado, Lucía? ¡Contesta!

Ben alzaba la voz. Me estaba intimidando.

—Que me hubiera forzado... ¿Es eso lo que querías oír? —grité.

Me puse de pie y las lágrimas asomaban por mis ojos. Quería salir de allí.

Ben rodeó la mesa y me abrazó. Me abrazó con fuerza. Me estrujaba con sus brazos enormes y apoyaba su mentón encima de mi cabeza. Yo tenía una ansiedad que me moría, me costaba respirar. Tanta tensión me estaba matando.

—Lucía —me dijo más tranquilo—, mi hermana mayor salía con un tipo como Martín. En Inglaterra. Un día fueron a una fiesta de un amigo, bebieron de más y la cosa se caldeó. Aquel tío violó y mató a mi hermana y luego decía que no recordaba nada debido al alcohol y a las drogas. Le echaron siete años y lo soltaron. Ahora está casado, tiene hijos y vive feliz en Londres, mientras mi hermana se pudre en el cementerio. Y yo no pude hacer nada...

Me abracé a Ben con fuerza.

Empecé a entender muchas cosas: su seriedad, su soledad... La historia de su hermana me heló la sangre. No pensaba que Martín pudiera llegar tan lejos, pero el de la noche anterior no era Martín, sino un psicópata desquiciado por las drogas. Y a saber hasta dónde podría llegar su locura.

—Ben, lo siento mucho. No hay palabras que consuelen tu dolor.

—Te lo he contado para que me entiendas. Cuando me llamó George me puse en lo peor. Luego, al verte la cara, los fantasmas del pasado volvieron.

Ben me estaba tocando el corazón.

Era una historia muy triste y dolorosa y sentía mucho que la hubiera revivido por mi culpa. Volvía a sentirme fatal por partida doble, sobre todo por haberlo juzgado erróneamente. Entonces, George y Nuria aparecieron por la puerta del despacho. Se quedaron parados bajo el umbral, observándonos. Ben preguntó:

—¿Qué demonios os pasa hoy?

—Nada, amigo —contestó George—. Pero hoy es un día de esos en los que es mejor no levantarse y quedarse en cama todo el día.

Me miró de reojo al decir eso último.

—Venían a por mí —les excusé—, por si se me había ido la pinza contigo...

—¿Todo bien? —me preguntó Nuria con cautela.

—Todo bien.

—Pues entonces vámonos, que por hoy ya hemos tenido bastante.

Nuria me cogió del brazo y me arrastró fuera de la consulta. Tuve tiempo de girarme y decirle gracias a Ben solo con los labios, sin voz. Él me entendió, porque asintió con la cabeza. Menudo día llevaba... Necesitaba reorganizar mi cabeza, descansar un poco y curarme ese espanto de cara que tenía.

Cinco días después de mi encontronazo con Martín mi cara había vuelto más o menos a la normalidad. Solo quedaba una pequeña rojez en el ojo, que se iba disipando con la medicación que me había recetado George, y mi cara, al estar morena, pasó a un tono medio amarillento donde antes había estado morado. Esos días me había bajado la regla y aproveché para descansar, estar con Nuria y hablar con mi madre.

La Fregona ya había regresado al pueblo. Mis padres hicieron una escapada a la playa en un viaje organizado por el Imsero, lo que me dio mucha alegría. Se merecían salir y disfrutar de la vida más que ninguna otra persona que yo conociera.

De Martín no tuve noticias directas, pero de Ricardo, su jefe, sí. Por lo visto, Martín le había pasado el testigo de mi divorcio. No quería ni un euro por los servicios prestados. Lo dejó todo arreglado, incluso lo de la partición de bienes. Ricardo se encargaría de la venta y me mandaría el cheque con el dinero en cuanto se ejecutara. Además, me sorprendió la noticia de que Martín, al final, había conseguido sacarle a Roberto una pensión mensual de quinientos euros.

Con George y Ben había hablado por teléfono, pero no los había vuelto a ver. Necesitaba espacio y un poco de desconexión para poder reorganizar mi cabeza. Mi cuerpo iba reclamando un poco de compañía masculina, y la de George y la de Ben eran las que más deseaba y anhelaba.



Un día, viendo en pijama por la tele un programa de esos de supervivencia, con un tío intentando hacer una hoguera con dos palos, me quedé tan embobada que no oí llegar a Nuria.

—¿Qué estás viendo? —Su voz me sacó del trance.

—Ostras, qué susto me has dado. —Me llevé una mano al corazón.

—Ya va siendo hora de quitarte el pijama y salir a mover ese cuerpo.

—Lo sé. Ya me encuentro mejor. Se me ha ido la regla, la cara está bien...

Como ella, yo también estaba de buen humor. En esas, un móvil empezó a vibrar. Miré de dónde provenía. Vi que Nuria agitaba su bolso. Metió la mano dentro y sacó su teléfono. Puso una cara extraña al ver el número en la pantalla.

—¿Quién es? —contestó de mala gana, recelosa.

Yo la observaba. Su expresión cambió al momento. Se sentó en la silla del comedor, pálida.

—¿Cuándo? —preguntó seca.

Nuria seguía con el teléfono en la oreja escuchando con atención lo que le decían.

—Voy para allá. Llegaré lo antes posible.

Colgó. Tenía mala cara. Se quedó sentada mirando el móvil sin hablar. Me acerqué a ella y le acaricié las manos.

—¿Qué pasa, Nuria? ¿Malas noticias?

Ella asintió con la cabeza. Cogió aire y se puso de pie.

—Mi tía Celia ha muerto... Estaba en una residencia en la ciudad. Me han llamado para que vaya urgentemente.

Puse cara de horror y la abracé. Ella me devolvió el abrazo.

—Te acompaño. No voy a dejar que vayas sola.

—Hace mucho que no la veía. Era mi tía favorita. Tenía un glamur y una elegancia... pero de nada le sirvió. Ha muerto sola, soltera y sin hijos. Quizá ese sea el futuro que me espere a mí también.

Nuria se echó a llorar, doblando su cuerpo sobre las rodillas. La levanté y volví abrazarla, acariciando su hermosa melena negra.

—Tú no te vas a morir. —La mecí entre mis brazos—. Ni te vas a quedar sola. Lo de soltera y sin hijos está en tu mano, porque pretendientes te sobran. Eso ya es decisión tuya, como lo fue de tu tía. Aunque tú no sabes si ella eligió eso. La mujer quizá llevó una vida sin complicaciones, disfrutó hasta que pudo y murió en paz. No la juzgues, seguro que no tuvo suerte en el amor. Además, no necesitamos un hombre e hijos para ser felices. Ya ves lo bien que nos lo pasamos...

Nuria me miró con cara de sorpresa.

—¡Cuánto has aprendido, Chochona!

—Sí, gracias a ti. Ahora vamos a preparar un bolso de viaje y nos vamos.

—Gracias...

\* \* \*

La ciudad quedaba a unos cuarenta minutos en coche. Llegamos todo lo rápido que pudimos. Yo me esperaba esa típica residencia tétrica que te pone los pelos de punta nada más entrar, vieja y desvencijada, pero mi sorpresa fue al encontrarme con una casa antigua reformada, pocas habitaciones, un jardín

hermoso donde los ancianos tomaban el sol y una piscina donde algunos mayores hacían ejercicios de rehabilitación. Aquello era el paraíso de la tercera edad.

Salió a recibirnos la directora, una mujer de unos sesenta años, con el pelo rubio canoso, algo gordita, alta y con una cara muy agradable. Se acercó a nosotras con una sonrisa y nos preguntó:

—¿Quién de ustedes es Nuria, la sobrina de Celia?

Nuria dio un paso al frente y se presentó, tendiéndole la mano a la directora.

—Esta es mi amiga Lucía. Acabamos de llegar.

Yo también le di la mano.

—Soy Lourdes, la directora de la residencia. Lamento su pérdida. Celia era muy importante para todos nosotros y estamos muy conmovidos con su muerte.

—Siempre fue muy especial —recordó Nuria, cabizbaja.

—Sí, lo fue —asintió Lourdes—. De hecho, solo quiso que la avisáramos a usted en caso de que falleciera. Dejó instrucciones muy precisas. Era una mujer con mucho carácter.

Lourdes hacía aspavientos con las manos al referirse a Celia. No pude evitar esbozar una sonrisa, segura de que Nuria y su tía se pacerían un montón.

—¿Mi tía fue feliz aquí?

—Hija, tu tía podía estar donde quisiera. Aquí vivió como una reina. Tenía la cabeza lúcida y hasta que le fallaron las piernas no hubo abuelete que se le resistiera.

Nuria respiró aliviada y sonrió complacida al oír aquella respuesta. Una vez en el despacho de la directora, nos sentamos en un sofá de piel oscura. Aquella habitación, con cortinas de visillo, una mesa enorme de madera maciza y muebles clásicos, era lo único que le daba un aire sobrio y

deprimente a aquel lugar.

—Tu tía murió hace dos días. Ya la hemos incinerado.

Nuria y yo nos miramos asombradas.

—Pero...

—Déjame que te explique —levantó la mano Lourdes—. Tu tía dejó todo por escrito. Lo ordenó así. No quería un entierro clásico ni gente falsa que viniera a llorarla sin sentirlo. Eso era lo que siempre decía.

—Pensaba como pienso yo. ¡Ole tú, tía Celia! —aplaudí Nuria, con una lágrima rodando por sus mejillas.

—A su muerte la incineramos. Después, a los dos días, te llamamos. Ese era su expreso deseo: que te llamáramos solo a ti. Dejó este sobre cerrado para que te lo entregáramos en mano personalmente.

—¿Y no habéis avisado a nadie más? —se extrañó Nuria.

—Ella no lo quería. Celia llevaba años aquí. Era mi amiga, aparte de ser paciente y residente. Me contó muchas cosas de la familia y siempre hablaba con predilección sobre ti.

Nuria volvió a bajar la cabeza, casi avergonzada.

—No merezco esto. Yo tampoco he venido a verla; solo la llamaba de vez en cuando. Pero no es suficiente. He sido una mala sobrina. —Su arrepentimiento era visible.

—No es cierto. Tus llamadas le daban la vida. Tus historietas, tus penas y alegrías... Ella sabía que sufrías, me lo contaba. Se veía reflejada en ti de sus años jóvenes. Así que, Nuria, no te hagas mala sangre. Tu tía era muy inteligente y estaba cuerda. Todo lo que ha hecho lo hizo consciente y con plena capacidad de sus facultades, no le niegues su última voluntad.

Lourdes le acercó de nuevo el sobre acolchado con las últimas voluntades de su tía Celia.

—¿Y sus cenizas? —Nuria respiró profundamente.

—Le hemos hecho un pequeño altar en la residencia. Tu tía ayudó mucho a levantar este sitio. Pertenece aquí y nosotros también lo hemos querido así.

—¿Puedo verlo?

—Pues claro.

Lourdes nos acompañó a una parte del jardín. Habían construido una especie de pie de hormigón y una puerta de cristal. Dentro estaba la urna con las cenizas de la tía de Nuria y una fotografía de ella de joven. Aparecía sentada encima de una moto, con una falda negra con vuelo, una blusa blanca y el pelo largo y negro peinado a ondas. Sonreía y sostenía un cigarrillo en la mano. Me impresionó el parecido que tenía con Nuria, era asombroso.

—¡Qué guapa era! Te pareces mucho a ella —comenté a mi amiga, abrazándola de nuevo y dándole un beso en la mejilla. Nuria lloraba emocionada.

—Sí que lo era, sí. Descansa en paz, tía. Siento no haberlo hecho mejor contigo. Te quiero.

Se enjugó las lágrimas y salió de allí con el corazón roto.

—Regresemos ya. Aquí no tenemos nada que hacer —la abracé de nuevo.

—¿Puedes conducir tú? —me sugirió.

—Claro, tonta.

Le di un beso, nos despedimos de Lourdes y regresamos a casa. Nuria estuvo en el coche callada. Se aferraba al sobre que le habían entregado como si fuera un bebé en brazos de su madre. Lo abrazaba y lo protegía, sin soltarlo por nada del mundo. Era lo último que le quedaba de su tía Celia y no quería desprenderse de él.

—Huele como ella... —susurraba ensimismada.

Yo no quería darle importancia. Solo esperaba que a Nuria no le afectara demasiado aquella tragedia. Al fin y al cabo, era su tía, pero tampoco tenían tanto contacto como para traumatizarse demasiado. No creo que la mujer quisiera eso para su sobrina.

\* \* \*

Cuando llegamos a casa Nuria seguía mirando el sobre hipnotizada. Llevaba más de media hora así y yo no podía más.

—Ábrelo, Nuria —le animé—. Es lo que tu tía querría que hicieras.

—No sé, es demasiado pronto...

—Ábrelo, o lo hago yo —le amenacé. No podía dejar que cayera en la desidia. Ella no lo habría permitido conmigo.

—Está bien, está bien, lo abro yo —cedió

Nuria rasgó el contenido del sobre. Dentro había dos sobres más. El primero llevaba también su nombre escrito. Era una sola cara, a mano. La desdobló con sumo cuidado. Le temblaban las manos. Nuria empezó a leer en voz baja para que yo la oyera:

«Querida Nuria:

Si estás leyendo esta carta es porque ya no estoy en la tierra. Espero estar en

algún paraíso celestial, tener veinte años de nuevo y encontrarme rodeada de maravillosos seres que cumplan mis deseos. Porque eso es el paraíso, ¿no?

Mi pequeña... Si hubiese tenido una hija, cosa que no he querido, me gustaría que fuese como tú. Eres fuerte, hermosa, no dejes que te dominen nunca. Aunque para llegar ahí, tuviste que sufrir y ser débil antes. Yo también lo fui, pero aprendí que, en la vida, lo único que necesitas para ser feliz es a ti misma. No necesitas depender de nada ni de nadie. Yo siempre he tenido lo que he querido, porque he luchado por ello y lo he buscado.

No te digo que te quedes solterona como yo. Un día conocí a un hombre que me enamoró y, por orgullo, lo rechacé. No cometas ese error. Al amor, cuando ocurre por ambas partes, hay que atraparlo y no dejarlo ir. Si luego no dura, no pasa nada, pero has vivido y disfrutado ese momento.

No te vuelvas fría, no te niegues al amor. Cuando lo encuentres lo reconocerás. Eso sí, que te acepten como eres, nunca cambies tu forma de ser por nadie. Una persona que quiere que cambies no te ama de verdad.

Por último, quiero dejarte mi más preciada posesión: la casa en la que me crié. Necesitará arreglos, pero sé que ahora vale mucho y tú podrás sacarle partido. No te dejo dinero, porque todo lo he invertido en la residencia, pues han sido muy buenos conmigo. He sido muy feliz hasta el final. Espero y deseo que tú también lo seas. En el otro sobre tienes las escrituras y las llaves, todo ya a tu nombre. Un abuelete abogado de la residencia me lo gestionó hace unos meses.

Sé feliz, cariño, como lo he sido yo. Te quiero,

Celia».

Nuria abrió el otro sobre. Allí estaban, en efecto, las escrituras a su nombre y

las llaves. La casa estaba en las afueras de la ciudad, en una zona que se había revalorizado mucho, rodeada de urbanizaciones de lujo. Nuria estaba blanca.

—Me ha dejado una casa. Mi tía me ha dejado una casa... —repetía como un loro una y otra vez.

—Sí, te quería mucho. Si quieres mañana vamos a verla. Hoy deberías descansar. Demasiadas emociones.

La ayudé a incorporarse y la acompañé hasta el dormitorio.

—Ponte algo para dormir. Ahora te traigo un vaso de leche caliente.

—Gracias, Lucía.

Fui a la cocina y le preparé un vaso de leche caliente. También cogí un Orfidal, pues Nuria necesitaba dormir y no pensar durante la noche. Regresé a la habitación y seguía de pie, tal como la había dejado. Dejé el vaso encima de la mesita de noche, la desnudé y le puse una camiseta de algodón de tirantes. La obligué a que se tomara el vaso de leche y la pastilla. Se acostó y me quedé con ella unos minutos, acariciándole la cabeza para que se relajara.

Sus ojos empezaron a cerrarse. La respiración se relajaba y, media hora después, la pastilla hizo efecto.

—Bendito Orfidal... —susurré.

Le di un beso en la cabeza y dejé la puerta abierta, por si se despertaba. La pastilla era muy flojita, tampoco era la purga de Benito. Volví a la cocina y me preparé un sándwich vegetal. Luego fui al salón y encendí la tele. Tras hacer zapping, me decidí por un programa de cotilleos donde cuatro entrevistadores le daban caña al invitado por haber sido infiel a su pareja. Me quedé ahí viendo cómo lo hacían sudar. El tío no sabía qué hacer para esquivar las afiladas preguntas de una astuta periodista.

—Cabrón —escupí hacia la televisión.

Deberían salir todos a la palestra. Me imaginaba que era Roberto a quien le estaban dando caña, y que este se meaba en los pantalones ante la presión de



los periodistas. Sonreí de gusto solo de pensar en esa escena.

—¡Chochona, despierta!

Nuria me dio un toque en la espalda para que me despertara.

—¡Mierda! —grité. Me había quedado dormida en el sofá.

Me dolía todo el cuerpo. Tenía el cuello tenso y la espalda me crujía por todas partes. Nuria me miraba y se reía de mí. Lo bueno era que se había levantado de buen humor.

—¿Has estado haciéndome guardia? Eres un amor...

Me dio un abrazo tan fuerte que hizo que mi espalda se hiciera añicos por varias partes.

—¡Ay...! —protesté.

—Perdona. Eso se arregla con una buena ducha de agua caliente. —Estaba radiante.

—Y con un buen masaje —respondí.

—Y si te lo da Ben, mejor.

Puntadita de buena mañana.

—No, ese no. Si me pilla Ben ahora me rompe. Déjate de coñas. —Puse los ojos en blanco.

—Hablando de masajes... Dúchate que nos vamos a ver la casa que me ha dejado mi tía. Tengo planes para ella.

Nuria se había levantado llena de energía y vitalidad, cosa que me faltaba a mí. Me duché y me vestí a toda prisa. Mi amiga me apremiaba todo el tiempo, así que solo pude tomarme un café rápido.

Llegamos por la autopista a una zona de urbanizaciones de lujo. El lugar se veía de caché, de alto standing.

—¿Es aquí? —Miraba el lugar desorientada.

—El GPS marca un poco más adelante.

Nuria iba despacio, atenta a la carretera. Pasamos las urbanizaciones de lujo y empezamos a ver grandes chalés, unas fincas impresionantes. Nunca antes había estado en aquella zona de la ciudad, que era relativamente de nueva construcción. Entre aquellas mansiones, vimos también algún restaurante, un gimnasio y nuevas casas a medio construir. Una finca de grandes muros de piedra, un poco más alejada y privada de las demás, aparecía ante nuestros ojos. Estaba descuidada y los hierbajos crecían en la entrada.

—Esta es. —A Nuria se le iluminó la cara y aparcó delante.

El portón de la cochera no funcionaba, así que entramos por una portezuela de paso. Teníamos ante nosotras una casa enorme de piedra, de esas que ahora ya apenas se hacen, con tejado negro de pizarra y una piscina vacía delante bastante estropeada. La casa estaba rodeada de árboles que necesitaban una buena poda.

Era una pena ver cómo se había abandonado a las inclemencias del tiempo. Nos costó abrir la enorme puerta de madera tallada. Afortunadamente, no habían entrado ni habían hecho ningún destrozo. Al menos había luz, pues la tía de Nuria siguió pagando los gastos de la casa hasta el último día de su vida. El suelo era de mármol, pero todo lo que había allí dentro era antiguo y

viejo.

Dimos un paseo por el interior. Conté seis habitaciones en la planta de abajo, dos baños, una cocina y un salón enorme. La casa era inmensa. Me recordaba un poco a la que sirvió para celebrar el cumpleaños de George. Fuera había un acceso independiente que daba a la planta de arriba, que estaba diáfana. El espacio era inmenso y la forma abuhardillada le daba un encanto especial. Reformándola se podían hacer virguerías.

—Es perfecta —sonrió Nuria, volviendo abajo.

—¿Perfecta para qué?

—¿Es que no lo ves? —Abrió los brazos mostrando algo que no veía.

Yo miraba a mi alrededor, pero no sé qué tenía que buscar.

—Nuria, explícate. No te entiendo. —Negué con la cabeza.

Ella me cogió de la mano y me llevó a un sofá lleno de polvo tapado con una sábana vieja.

—Esta casa está en una de las mejores zonas de la ciudad —me explicó—. Podemos reformarla y montar aquí el negocio que queramos. Ser independientes. Es nuestra oportunidad.

Nuria estaba eufórica y yo más perdida que un hámster en una rotonda.

—Nuria, no te sigo.

—¿Recuerdas lo que hablamos de montar un local de masajes para mujeres?

Ahora mis ojos se abrieron como platos.

—¿Quieres montarlo aquí?

—Podemos montar algo exclusivo —añadió—. La puñetera casa del relax, solo para mujeres. Acondicionar esto como en la casa del cumpleaños de George. Hombres guapísimos, masajistas... Solo para mujeres. Se darán de

leches por venir aquí.

Nuria ya se lo estaba imaginando; lo vivía, lo visualizaba.

—Eso es trabajo y dinero. No es tan sencillo.

No quería desmoralizarla, pero era un proyecto muy ambicioso.

—¿Quieres ser mi socia o no?

Parecía decidida.

—Con una condición —le exigí.

—Dime. —Era toda oídos.

—Tú pones la casa —contesté muy seria—. Y yo pondré el dinero para la reforma. Tengo la herencia de mis padres y me falta recibir lo de la venta de la casa del pueblo. Así iremos al cincuenta por ciento.

—No puedo aceptar. La casa la ha puesto mi tía. No puedes asumir todo el gasto —se negó en rotundo.

—Pues no entro —me crucé de brazos y le di la espalda.

—Te propongo otra cosa. Para mí eres mi hermana. Aceptaré tu dinero si dejas que ponga la casa a nombre de las dos. Es lo justo. Así, sí que iremos al cincuenta por ciento. —Era una testaruda.

—Esta casa vale muchísimo dinero... —protesté.

—Así no vamos a ninguna parte. Ya somos mayorcitas y hay mucho trabajo por hacer. ¿No tienes reparos en compartir un hombre y sí los tienes con el dinero?

Ahí sí que me había dado. Nuria era muy jodida cuando quería. Me había desarmado. Le tendí la mano para cerrar el trato.

—¿Socias?

—Socias —afirmó con un buen apretón de manos.

Sellamos nuestra futura alianza como empresarias en honor a su tía.

—¿Llamamos a los chicos para celebrarlo?

Nuria estaba caliente y necesitaba marcha.

—¿George y Ben? —insinué con una sonrisa maliciosa.

—¿Tienes alguna otra sugerencia? —Me guiñó un ojo.

—No, por mí bien... —Se me hacía la boca agua solo de pensar en ellos.

\* \* \*

Estaba encantada con cualquiera de los dos. Quedamos con ellos para cenar, que estaban embelesados con la invitación.

Por la tarde, Nuria y yo nos metimos en un salón de belleza a prepararnos para la noche. Hablábamos animadamente, pero con discreción, de todo lo que íbamos a hacer en la casa. Mientras nos daban un buen masaje y nos hacían un peeling corporal planeábamos la agenda con los pasos a seguir. Lo primero era limpiar la finca de los matojos y arreglar la puerta. Luego llamar a un arquitecto y a un diseñador para la nueva reestructuración del interior de la casa. También tendríamos que vaciarla y ver lo que se podía vender en casas de antigüedades. Los recuerdos los llevaríamos a un trastero y el resto se donaría, tirando lo que no sirviese. Había que empezar con la reforma lo antes posible.

Después de dejarnos la piel como la seda pasamos a peluquería: nos hidrataron el pelo y, de paso, nos hicimos la manicura y la pedicura. Nuria siguió con sus uñas rojas; yo seguí fiel a mi manicura francesa que pegaba con

todo.

Me retoqué el color del pelo y me lo alisé. Me había crecido notablemente y estaba sano y brillante. El castaño oscuro que lucía ahora hacía contraste con mis ojos verdes. Nuria estaba muy guapa con su larga melena negra azulada. Salimos como dos pinceles del salón de belleza.

—¿Le vas a contar a los chicos lo de nuestra sociedad? —le pregunté a Nuria mientras me ponía el vestido con cuidado.

—Supongo que sí. George es muy bueno en los negocios y conoce a mucha gente. Nos puede asesorar y echar una mano.

Mientras hablaba terminó de ajustarse su escandaloso vestido rojo. Las dos habíamos adquirido unos tangas que hiciesen juego con los vestidos. Íbamos tremendas. Nos miramos y nos reíamos abiertamente.

—Pobrecillos, lo van a pasar mal. —Nuria agitó la mano muerta de la risa.

—No seas mala, ya nos conocen. ¿Cómo has quedado con ellos?

—En el restaurante chill-out que hay cerca de la casa de George, en la playa. Hace calor y en la terraza se come de lujo.

Nos dimos los últimos retoques al maquillaje, cogí mi bolso y nos fuimos para el restaurante.

\* \* \*

Había muchísima gente. Los turistas habían invadido todos los lugares y la playa era su lugar favorito. El restaurante estaba en primera línea de costa. A la entrada había dos velas enormes de barco y grandes peceras con langostas y pescado vivo, que llamaban la atención de todos los comensales. El lugar era

muy amplio y abierto, con diferentes reservados en forma de semicírculos y las mesas dentro para ganar intimidad. Plantas exóticas dentro del propio local daban la sensación de estar en una jungla tropical. Tenía también acceso directo a la playa, donde había camas, tumbonas y varias mesas y sofás, todo en color blanco. Era la zona reservada de copas chill-out. Una barra de cristal con motivos marítimos cruzaba todo el restaurante.

Al vernos entrar, uno de los camareros y varios hombres que tomaban algo en la barra, nos pegaron un buen repaso. Nuria se estiró y sacó pecho. Uno de los que estaba en la barra se relamía al vernos, pero se le cortó el rollo cuando aparecieron George y Ben, que nos miraron con el mismo descaro con el que lo había hecho aquel hombre. Yo me sentí desnuda al momento. Ben tenía clavada la mirada en mí, luego pasaba a Nuria. George hacía lo mismo. Me sentí violenta, y eso que estaba harta de que esos dos hombres me vieran sin ropa, pero aquel día se estaban deleitando a conciencia.

—¿Nos sentamos? —Decidí hablar, porque el silencio era incómodo.

—Lo siento, vuestra belleza me ha dejado sin palabras...

Fue George el que habló.

—No seas cursi. Lo que pasa es que te acabas de poner cachondo. Venga cielo, vamos a cenar.

Nuria le dio un cachete en el culo y este sonrió.

—Mala mujer —sonrió George.

—Ya, ya...

Nuria se contoneaba y Ben y George la miraban como dos vampiros en busca de sangre. Fuimos hacia uno de los reservados del restaurante, desde el que se veía el mar y donde nos llegaba la brisa para refrescarnos del calor sofocante de esa noche de verano.

Ben llevaba unos pantalones vaqueros claros y una camiseta gris de manga corta. Tenía ese efecto gastado que hacía juego con sus ojos. Por su parte,



George iba con unos chinos azul marino y un polo blanco con el cuello del mismo color que el pantalón. Los dos olían divinamente y estaban guapos e impecables, como siempre.

—¿Qué os apetece cenar? —George nos ofreció las cartas.

Noté una mano en mi muslo por debajo de la mesa. Me puse tensa y miré a Ben, que estaba a mi lado.

—Yo preferiría comerte a ti —me susurró al oído.

Se me puso la piel de gallina y me ruboricé al instante. Bajé la mano y la aparté disimuladamente.

—Ben, ahora no —siseé ardiente.

—¿Has dicho algo, Lucía? —Me miró George al oírme susurrar.

—Pedid lo que queráis, no importa.

Me estaba entrando un calor horroroso. Cogí la carta y me abaniqué.

—¿Tienes calor? —me preguntó Ben con sarcasmo.

—No, es que tengo un poco de angustia.

Le miré con mala leche. Ya estaba con sus jueguitos... Nuria y George se traían los suyos propios también por debajo de la mesa. No se cortaban, ni trataban de disimularlo. Ben volvió al ataque y su mano se posó en mi muslo. Esa vez tampoco me corté y entré en su juego: mi mano fue directa a su entrepierna. Ni me inmuté cuando él dio un respingo hacia atrás. Mi mano seguía ahí y pude notar cómo se empalmaba.

—¿Te ocurre algo, Ben? —Nuria denotaba preocupación.

Yo me hice la loca.

—¿Estás bien?

Mi mano se movió en su entrepierna y él apretó los dientes. Se arrimó a la mesa para ocultar su inminente erección.

—Estoy bien. Un poco de angustia también.

Yo sonreí y Ben retiró su mano de mi muslo.

—Esta noche me la pagas —me amenazó al oído.

Volví a erizarme al pensar en el castigo que me esperaba. Estaba juguetona y tenía ganas de hacerlo sufrir.

—Hoy no —lo desafié.

Ben me miró con ojos llenos de deseo.

—Hoy seguro —sentenció—. Y mañana más y mejor.

Tragué saliva. Me estaba poniendo cardíaca. Seguimos con la cena, que fue una verdadera tortura. Las miradas, los pies por debajo de la mesa, los toqueteos... Estábamos los cuatro encendidos como dioses del infierno. Yo no podía con la comida: George me hacía pies por debajo de la mesa, Ben me metía mano por el otro lado. Nuria estaba recibiendo la misma tortura que yo. Su vestido rojo se había incrustado en su piel de lo caliente que estaba.

—Vamos a mi casa a tomar una copa —sugirió George desesperado por salir del restaurante.

Nos levantamos todos al instante. Estábamos deseando huir de allí.

—Yo pago —se ofreció Ben, sacando la tarjeta.

\* \* \*

George cogió a Nuria, besándola con pasión nada más entrar por la puerta de su casa. Ella le iba quitando el polo por el cuello y George le desataba el vestido, dejando los pechos de Nuria al aire. Su boca se tiró a por ellos y ella gimió de placer. Luego la cogió en brazos y desaparecieron camino de su habitación. Yo me quedé en la puerta mirando sin reaccionar; ni se dieron cuenta de mi presencia.

Entonces, un excitado Ben cerró la puerta de una patada y me arrastró contra la pared. Su boca se apoderó de la mía cortándome la respiración. Su cuerpo hacía presión contra el mío.

—Ahora me vas a pagar el mal rato que me has hecho pasar toda la noche —me amenazó Ben, que pasaba su dedo entre mis pechos y bajaba hacia mi estómago y mi ombligo.

Le cogí la mano y me llevé el dedo a mi boca. Empecé a chuparlo con descaro. Se apretó más contra mí. Soltó un gemido de excitación.

—Tú también has sido malo —susurré provocándole—, así que estamos en paz.

Me aparté de él y fui hacia el salón. Se quedó descolocado y con dolor de huevos. Vino en mi busca y volvió a abrazarme con fuerza, sus labios buscaban el refugio de los míos. Su mano me cogía por la nuca y la otra apretaba mi trasero contra su polla erecta. Su lengua buscaba la mía para saciar la sed de sexo y lujuria. Yo se la di. Nos besamos ardientemente. Ben me subió el vestido y se desabrochó los pantalones. Nunca lo había visto tan excitado. Yo también lo estaba. Le cogí por el cuello y me froté contra su pecho, luego metí mis manos por debajo de su camiseta y le besé los pezones. Otro gemido escapó de su garganta.

—Dios, Lucía, cómo me tienes hoy... Me va a reventar de lo dura que me la has puesto —gruñó excitado.

Yo sonreí y seguí provocándole.

Me gustaba Ben. Me gustaba mucho, lo deseaba. Ben metió un dedo dentro de mi húmeda vagina y ahora la que gemía era yo. Me subió al respaldo del sofá

y me separó las piernas. Me recorrió por todo el cuerpo un escalofrío de placer que hizo vibrar hasta el último poro de mi piel. Lo quería dentro de mí ya, o enloquecería, así que lo atraje hacia mí, cogí su polla y empecé a acariciarla. Estaba muy duro y la lujuria se apoderó de mi juicio e instintivamente la clavé en mi vagina. Ben se estremeció de placer. Yo creí que iba a perder el sentido.

—Lucía, me tienes loco, pero espera...

—Necesito sentirte. Fóllame, Ben, házmelo como tú sabes. —Me sujetaba a su cuello y empecé a cabalgarle como una posesa.

Ben enloqueció y me subía y bajaba deslizándose sobre su erección entre jadeos y suspiros ensordecedores. Arremetió contra mi vagina como nunca antes lo había hecho. Tuve que sujetarme con más fuerza a su cuello para no caerme a cada impacto que recibía de él. Su polla era como un proyectil que se insertaba en mí, una y otra vez, con la única misión de penetrarme y estallar en mi interior.

—Sí, sí. —Tiré de su pelo y seguí cabalgando sobre él.

—Dios, Lucía, estás muy cachonda. —Un lametazo fue directo a mi pezón.

Todo en él era una fábrica de dar placer. Sus manos acariciándome, sus labios besándome, su lengua chupándome...

Sabía que no iba a aguantar mucho esa estimulación. Nos embargaba a los dos una nube de sexo y deseo que nos estaba llevando al límite. Su polla estaba perfectamente acoplada en mi vagina y yo me movía y la absorbía por completo, sin darle margen a salir.

—Lucía, me estás enloqueciendo... —jadeaba sudoroso.

Me movía frenética y mis piernas rodeaban su cintura. Apoyé las manos en el sofá y cogió velocidad. Él me agarraba por las nalgas y me las separaba para poder llegar más profundo. Estaba tan mojada y excitada que mis fluidos mojaban sus testículos. Me moví, me contoneé, bailaba sobre su polla perfectamente adherida a mi vagina y lo absorbía para entregarme al más

devastador de los placeres. Ben cerró los ojos, yo cerré los míos.

—Dios... —Ben empezó a convulsionarse en mi interior.

—Sí, sí, sí... sí —grité hasta deshacerme.

La sensibilidad y los espasmos involuntarios inundaron todo mi ser. Mi orgasmo fue delicioso. Ben me abrazaba y hundía su cabeza en el hueco de mi cuello.

Hacía un calor horroroso y los dos sudábamos como pollos. Ben acabó de quitarse los pantalones que le colgaban de los tobillos, me arrancó el vestido, me cogió en brazos y en tres zancadas de las suyas nos sumergimos en la piscina de George. Cogí aire al salir del agua. No me esperaba esa zambullida, aunque la agradecí.

—Estás como una cabra —le tiré agua a la cara.

—Y tú como una moto. Estabas muy caliente y necesitabas agua para enfriarte. ¡Ven aquí!

Ben me atrajo hacia su cuerpo desnudo y me besó.

—Eres un granuja, ¿lo sabes? —Le miré con admiración. Ben cada día me gustaba más.

—Sí, pero te encanta...

Ben estaba calentándose de nuevo. Era más que evidente que me encantaba y, lo peor de todo, él lo sabía.

—¡Hey! —gritó Nuria—. Una fiesta privada en la piscina y no avisáis. Mira qué egoístas, George...

Nuria entraba desnuda en la piscina y, detrás, el atractivo George. Noté que Ben se excitaba ante la situación. A mí no me importaba compartir los hombres con Nuria; ahora, participar con ella en juegos eróticos era una barrera que mi moral no podía superar. Una cosa era verla interactuar con hombres y otra muy diferente estar yo metida en medio. Era como mi hermana,

lo consideraba algo incestuoso. Así que quise salir de la piscina, pero Ben me tenía bien sujeta. Sus brazos eran fuertes y demoledores, actuaban como una garra alrededor de mi cuerpo.

—¿Dónde vas? —me susurró, dándome un beso en el cuello.

—Esta situación me resulta embarazosa. Voy a la ducha. —Quería salir corriendo de allí.

George estaba penetrando a Nuria contra el borde de la piscina. Ella jadeaba como una desesperada, con la mirada clavada en Ben mientras George le estaba dando caña. Ben la miraba con deseo, excitándose con la escena.

—¿Te importa? —me preguntó, mirando hacia Nuria y George.

Yo lo miré, asombrada al principio, pero luego le hice un gesto para que fuera hacia ellos.

Ben quería interactuar con los dos y Nuria iba a ver cumplido su sueño. Se acercó a la pareja y George se dio la vuelta. Él estaba apoyado ahora en la pared de la piscina y Nuria tenía las piernas alrededor de su cintura. George le abrió las nalgas y Ben se introdujo dentro de ella también. Nuria chillaba de placer. La escena me hizo sentir un cosquilleo en mi entrepierna. Era de lo más erótico ver cómo dos hombres penetraban a Nuria. Ella se retorció de puro éxtasis.

Salí de la piscina y fui a mi habitación, llevándome esas imágenes en mi cabeza.

Me di una ducha de agua fría para bajarme el calentón. Jamás había visto algo parecido y sentí curiosidad por probarlo, aunque me daba miedo, porque no sabía si mi vagina soportaría la cabida de dos pollas como las de George y Ben. Nuria tenía camino recorrido; la envidiaba de buena manera. Volvía a sentir que había perdido diez años viviendo en un mundo paralelo, fuera de la realidad. Hasta Roberto estaba al día en artes amatorias. Solo que él no las había practicado conmigo, sino que se había encargado de hacerlo siempre fuera de casa.

Me quedé frita en la misma cama de invitados en la que había dormido unas noches atrás. Estaba desnuda y la sábana apenas cubría mi cuerpo, pues el calor aquel año estaba siendo pesado y demoledor. No me gustaba el aire acondicionado, aunque había noches en las que no quedaba más remedio que encenderlo. En aquella ocasión, la brisa del mar que entraba por la ventana hacía que el calor fuera más llevadero.

Alguien entonces se metió en mi cama. Yo estaba cansada y solo quería dormir, pero noté que su mano se deslizó por mi espalda y luego acariciaba mi trasero.

—Déjame dormir, estoy cansada —mascullé adormilada.

—Tú duerme si quieres. Yo necesito saborearte.

La voz de George me sorprendió. No me esperaba que él fuese el intruso de mi cama, y mucho menos que sus manos me separasen las piernas para que su cabeza se perdiese entre ellas. Mi instinto fue incorporarme, pero su mano me empujó hacia abajo y apoyé la cara en la almohada. La lengua caliente de George penetraba en mi vagina y se me escapó un grito de angustioso placer. Mordí la almohada cuando repitió el movimiento una y otra vez y yo me empapé desmesuradamente.

—George, por Dios... —lancé un grito ahogado de placer.

Se separó un momento y sus manos seguían clavadas en mis posaderas.

—¿Quieres que pare? —susurró provocativamente, introduciendo un dedo

—No, no pares —imploré.

Pasaba su lengua de arriba abajo, haciéndome sufrir. Yo me contraía, necesitaba más. Entonces me apretó las caderas y sumergió su lengua hasta lo más profundo de mi ser, moviéndola en mi interior mientras jugaba con las paredes de mi vagina. Me iba a hacer perder el sentido.

Volvió a hundir dos dedos y con su lengua estimulaba mi clítoris. Su barba me hacía cosquillas, pero yo empecé a frotarme contra su barbilla y una explosión de placer recorrió mi cuerpo. Mi vagina estaba ardiendo y el estómago se convulsionaba a causa del orgasmo que George se bebía.

Las piernas me temblaban y la sensibilidad en mi clítoris era mortal, pero él seguía aferrado a mis piernas y no dejaba de succionarme.

—George, por favor, me matas. Suéltame —supliqué.

Era como tener mil orgasmos incontrolables a la vez. Era delicioso y, al mismo tiempo, doloroso. Por fin me soltó, cuando se dio por satisfecho. Se tumbó entonces en la cama y se colocó un preservativo. Estaba excitadísimo y quería lo suyo. Me puse encima de él y empecé a moverme con suavidad. El calor me llegó enseguida a la entrepierna y a todo mi cuerpo. En unos minutos estaba cabalgando sobre George frenéticamente.

—Lucía, eres un terremoto en la cama. Me pones a mil.

—Tú sí que me pones. —Ya estaba jadeando de nuevo.

—¿Quieres más?

—Lo quiero todo —gemí deseosa.

George me dio la vuelta y se puso detrás de mí. Los dos estábamos de rodillas. Empezó a penetrarme con fuerza y yo jadeé y jadeé. Oí que se abría la puerta y entró Ben. No me importó. Estaba tan excitada que lo miré con



deseo, mientras George me follaba a cuatro patas. Ben se encendió al momento. Se metió en la cama con nosotros, colocándose un preservativo. Mientras George me follaba, yo cogí la polla de Ben y me la llevé a la boca. Él se puso tenso y gimió. Mi vagina chorreaba por los cuatro costados. Yo me aferraba a la polla de Ben, la saboreaba, la lamía, la masturbaba... Mientras, George, me seguía dando duro a cuatro patas.

Estaba muy excitada y los dos hombres que más deseaba, estaban a mi disposición. George se apartó y se sentó en la cama.

—Ven aquí preciosa —dijo una palmada en la cama.

Obedecí sin rechistar. Estaba excitada y la imagen de ellos desnudos en la cama alteraba todos mis sentidos.

Me senté sobre George y empezamos de nuevo a follar como desesperados. Ben me besaba y acariciaba mis pechos, aquello no era algo apto para mortales.

—¿Quieres más? —me preguntó George de nuevo con un brillo especial en los ojos.

No era tonta, me estaba preguntando si quería que se uniera a la fiesta Ben, como había hecho abajo en la piscina.

—Sí... —quería probarlo. Estaba demasiado cachonda para rechazar esa oferta.

Ben se puso detrás de mí y empezó a acariciarme la espalda y bajó lentamente sus manos hacia mis nalgas. George seguía penetrándome y yo jadeaba expectante por ver lo que iba a suceder.

Bajó de la cama y George se giró levemente y me atrajo sobre su pecho. Ben tenía una rodilla clavada en la cama y el resto del cuerpo permanecía de pie. Suspiré ante la sorpresa de lo inesperado. Se estaban preparando para invadir ambos mi cuerpo a la vez.

George me separó un poco las nalgas y Ben iba a intentar penetrarme. Abrí los

ojos por completo.

—Relájate —me dijo Ben con la voz ronca—, no voy hacerte daño. Si no puedo, lo dejo.

George se movía suavemente para estimularme. Ben introdujo un dedo y me estremecí, mojándome todavía más. Menos mal que George me tenía sujeta, porque casi me da un espasmo. Mi vagina se contrajo y eso le produjo a George un placer bestial; soltó un gemido debajo de mi cuerpo.

—Ben, no seas cabrón, que ya llevo un rato y esta mujer me vuelve loco —se quejó George.

—Paciencia, ya voy —susurró Ben sensualmente.

—Dios mío... —jadeé yo, las únicas palabras que salían de mi boca.

George volvió a separar mis nalgas y quedé expuesta para Ben. Pasó su flamante polla por las paredes de mi vagina y jugueteó con mi clítoris. Iba a hacer que me corriera sin metérmela. Lancé un gemido, mordiéndome el labio para tratar de contener aquella experiencia nueva y placentera. Ben metió la puntita y mi vagina se abrió para recibirlo. George seguía moviéndose con cuidado para no hacerme daño. Me estremecí al sentir a otra polla en mi interior. Era una sensación asombrosa. Estaba tan húmeda que ni me dolió. ¡Fue la hostia!

—¡Dios..., Dios mío! —grité.

Los dos hombres se quedaron inmóviles. Se habían asustado.

—¿Te he hecho daño? —preguntó Ben con cara de susto.

—No, no, házmelo como tú sabes —gemí como una loca.

Empecé a moverme para disfrutar de esa nueva sensación. Se puso frenético. George también. Ambos tenían práctica, así que yo solo me dejé llevar. Ben empujaba y me agarraba los pechos, mientras el otro me devoraba la boca y mi clítoris se frotaba con él hasta echar fuego. Los dos miembros en mi interior se rozaban, los podía notar llenándome por completo, haciendo presión. Eran

demasiadas sensaciones satisfactorias para mi cuerpo y la sensibilidad que me había provocado George se había multiplicado por mil. Me eché hacia atrás y me agarré al cuello de Ben y me impulsé para notar mejor su polla. Al hacerlo, me salí sin querer de George, pero este no iba a renunciar tan fácilmente a mi vagina y a su orgasmo.

—Ven aquí, vamos a probar otra cosa —Ben tenía los ojos encendidos en fuego.

Me levantó de la cama y me enroscó en su cintura.

Yo me balanceaba encima de Ben, besándole sin descanso mientras George me agarraba por las caderas y me penetraba de nuevo de rodillas en la cama. Estaba en medio de los dos y era una agonía notar como sus pollas se deslizaban en mi interior. George sujetaba mis pechos con fuerza y se impulsaba, buscando su orgasmo. Nos compenetrábamos a la perfección. Yo estaba desbocada. Aquella situación era muy excitante y morbosa y mis caderas bailaban a un ritmo que ni yo conocía. Absorbía las pollas de ambos con hambre y lujuria, me contraía y las presionaba, y ellos soltaban gemidos incontrolados de placer. Sonreí, me sentía poderosa de tenerlos entre mis piernas y ser capaz de proporcionarles tanto placer como ellos me daban a mí. Ben apuró un poco, sabía que no iba a aguantar, por lo que moví mis caderas y contraí una vez más la vagina. Reprimió un gruñido, me clavó sus uñas en la cintura y se corrió. Vi un gesto de mal humor en su cara por no poder aguantar el segundo asalto conmigo.

Entonces, George pidió paso. Me tumbó en la cama y se puso encima de mí. Ojalá fuese contorsionista para poder abrirme al máximo de piernas para él. George me besó. Sus besos eran únicos, nadie besaba como él. Me excitó muchísimo sentir su lengua enrollándose con la mía. Luego me estrujó contra su cuerpo y empezó a bombear a toda velocidad con sus embestidas triunfales. Yo las recibía con anhelo y deleite. Con la quinta me estremecí y me llegó el orgasmo. Fue una contracción bestial, que estranguló su polla e hizo que se corriera al instante. Se desplomó entonces agotado sobre mi pecho.

—Ha sido brutal, no puedo con mi alma —resopló exhausto.

—Maravilloso —respondí feliz.

Ben regresó a la cama y se tumbó a mi lado.

Los dos hombres se quedaron dormidos al momento, pero yo seguía tan excitada por lo que acababa de ocurrir que no podía conciliar el sueño, así que me levanté, cogí una camiseta de George y fui a la cocina a por algo de beber. Esos dos me habían dejado seca.

—¡Por el espíritu de mi abuela! —exclamó Nuria, llevándose las manos al corazón al encontrarse a oscuras conmigo en la cocina.

—Joder, Nuria. No llames a los espíritus a esta hora de la noche. —Me santigüé. Me daba muy mal rollo hablar de esas cosas, y más de noche.

—¿Recuperando líquidos?

—Supongo que igual que tú, guapa —contesté, con la misma sorna.

—¡Ay, Chochona! No podía ser más feliz. Hoy he cumplido mi fantasía.

—Lo sé —sonreí, recordando la escena de la piscina.

—¿No te habrá sentado mal? Lo digo por Ben...

Yo sonreí y la miré con picardía.

—Los tengo rotos durmiendo en mi cama. Soy tan culpable como tú. —Mostré una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Chochona! Cuenta, cuenta.

Cogió dos botellas de agua y me llevó a rastras hacia el sofá del salón, donde nos sentamos a charlar.

Le conté mi apasionado encuentro sexual con Ben y George, diciéndole que me había excitado tanto que casi se me fue la cabeza de la tensión sexual creada entre los tres. Era una experiencia que no me hubiera importado repetir. Los dos me hacían sentir cómoda, tanto con ellos como conmigo misma. Nuria me contó que, después de la piscina, se fueron a la habitación. Que le había gustado cómo follaba Ben, que le había sorprendido gratamente y que había

tenido casi la misma experiencia que yo. Entonces, se quedó pensativa un rato:

—¿Tú estás enchochada de Ben? Lo digo por si te molesta que le vea más veces.

Me sorprendió su pregunta.

—Para nada —admití—. Si estuviera colgada de él no dejaría que se acostara contigo, ni con nadie.

—Es que parece que tenga predilección por ti. No sé, siempre te mira de una manera especial.

—Pues hoy las miradas eran para ti —reconocí.

—Chochona, me tienes que prometer que nunca dejaremos que ningún hombre rompa nuestra amistad. Si hay algo que te moleste por mi parte, no te lo calles. Yo haré lo mismo, pero siempre nuestra amistad por encima de todo.

—Nuria, yo me fui de la piscina porque no veo normal interactuar contigo. Me siento muy incómoda y no voy a hacerlo nunca —le confesé.

—Cielo, a mí me gusta mirar, pero nunca en la vida me metería en la cama contigo. Eres como mi hermana.

Las dos nos echamos a reír. Ya lo habíamos aclarado.

—Oye, he estado pensando en la casa de mi tía —dijo, cambiando de tema—. La planta de arriba es enorme. Podemos habilitarla como vivienda e irnos a vivir allí. Yo venderé también el piso del pueblo y así nos damos un cambio de aires.

Miré a Nuria, sorprendida. La idea me pareció genial.

—No estaría mal... —pensé—. Nuevo negocio, nueva casa, nueva vida...

—Mañana he quedado con el arquitecto y el constructor que nos van a hacer la reforma para ver el presupuesto.

—Se va a quedar genial. Tengo unas ganas terribles de que esté todo y de que podamos irnos.

—¿Iros dónde? —nos interrumpió Ben.

George y Ben estaban detrás de nosotras con un vaso de agua. Estaban en calzoncillos y habían escuchado nuestra conversación.

—Es de mala educación escuchar las conversaciones privadas —bromeó Nuria.

—Lo sé, lo sé, pero, ¿adónde os vais? —insistía Ben.

Nuria les hizo un gesto con la mano para que se sentaran a nuestro lado en el sofá. Tenían el semblante serio.

—Hace unos días falleció mi tía —contó Nuria—. Me dejó en herencia una enorme casa en las afueras de la ciudad, en la zona residencial nueva, la de más alto standing. Lucía y yo vamos a montar un negocio allí y, seguramente, nos quedaremos a vivir en la parte superior. Claro que habrá que hacer reformas.

Ben y George nos miraban alucinados. Pensarían que les estábamos tomando el pelo o algo así.

—¿Un negocio de qué? —preguntó George.

—Una casa de masajes para mujeres.

—¿Qué...? —dijeron los dos a la vez.

—Chicos, no pongáis la voz de alarma —respondió Nuria—. Sí, una casa de masajes y relax para mujeres. Siempre tiene que ser todo para vosotros. Pues no, esta vez vamos a hacer algo diferente.

—Puede que no sea una idea descabellada —admitió Ben.

—Gracias —dije yo tímidamente.

—¿Podemos acompañaros a ver la casa mañana? —sugirió George.

—¿Para qué quieres verla? —Se incomodó Nuria.

—No te pongas a la defensiva. Es por echaros una mano. Conozco a gente que podría ayudaros; no quisiera que os estafen con los presupuestos.

Nuria se arrimó a George y le hizo un arrumaco.

—Ya teníamos pensado comentártelo, pero apareces así, en calzoncillos, y en plena noche...

—No seas mala, que hoy ya no estoy para más trotes.

—Ni yo tampoco, cielo. Entre los dos me habéis matado.

Nuria le dedicó una intensa mirada a Ben, y este se la sostuvo.

—Entonces mañana os acompañamos a ver la casa de tu tía.

—Nuestra casa —corrigió Nuria.

—Bueno, me voy a dormir un poco, que ahora sí me está entrando el sueño  
—solté un bostezo...

—Me voy contigo —se ofreció Ben.

—George, quedamos tú y yo, cielo —suspiró Nuria.

—Vamos a dormir, mala mujer... Pero a dormir, ¿eh?

Ben me cogió de la mano y me acompañó a la habitación de invitados. Una vez allí me miró profundamente y me dio un beso en los labios.

—Ben...

—Tranquila —sonrió—. Solo quiero dormir abrazado a ti.

Solté el aire que estaba reprimiendo. Después, envuelta en sus brazos, me

dormí.



Habían pasado quince días desde que George y Ben decidieron ayudarnos con el tema de las reformas de la casa. George, que entendía mucho de ese tema y tenía muy buenos contactos, se enamoró de la casa en cuanto la vio y nos acompañaba siempre que podía. Para Ben era más complicado, pues su trabajo lo absorbía más.

George lo había tomado como algo personal: pegaba broncas a los obreros, rectificaba al arquitecto... Era excitante verlo en plena acción. Y, tras ese corto y provechoso tiempo, la casa no tenía nada que ver con la que nos habíamos encontrado al principio.

Por todo eso, George y yo pasábamos muchas horas juntos, haciendo el trabajo más pesado y duro de la casa. Nuria se dedicaba al tema legal y al tiempo buscaba la decoración. Ben la ayudaba con estos menesteres. Mi amiga iba a su despacho y, desde allí, veían catálogos y gestionaban transferencias, de paso que descargaban su tensión sexual. Por nuestra parte, George y yo inaugurábamos cada rincón de la casa. Lo hacíamos a diario, como si fuera un ritual. Cuando se marchaban los obreros cerrábamos la casa y cualquier sitio era bueno para dar rienda suelta a nuestra pasión.

Al llegar a casa Nuria y yo nos contábamos la batalla del día: ella me decía que Ben la había puesto mirando hacia Cuenca, o que la había empotrando contra el armario.

Desde la última vez que estuve con los dos juntos no volví a estar con Ben ni

tampoco Nuria con George. No teníamos tiempo de cuadrar una cita a cuatro o de intercambiarnos, aunque no me importaba demasiado porque me sentía muy a gusto con George. Claro que Ben siempre me había gustado y a veces le echaba en falta...

Una tarde quedamos los cuatro en la casa, que ya estaba con las divisiones hechas, lista para pintar. Nuria venía para ayudarnos a elegir los colores de las estancias.

Sin trastos por en medio y con todas las habitaciones vacías, la casa se veía gigante y el enorme pasillo parecía no tener fin.

—Está quedando preciosa —le dije a George, rodeando su cuello con mis brazos—. Y en un tiempo récord.

—No tan preciosa como tú.

Sus labios se posaron sobre los míos y nos fundimos en un apasionado beso. George estaba metiendo la mano por debajo de mi vestido corto de estilo ibicenco. Era lo más cómodo a la hora de venir a verlo: algo suelto y fácil de quitar.

—George... —susurré.

Él me bajó la braguita brasileña y yo le desabroché los pantalones del traje. Me aplastó contra la pared, colocándose un preservativo. Luego me levantó la pierna para penetrarme sin contemplaciones. Solté un gemido desesperado de puro placer. Mi cabeza se refugió en el hueco de su cuello y le besé la nuca. George me empalaba y yo me humedecía más y más. Así estuvimos hasta perder la noción del tiempo y la voluntad de nuestros cuerpos.

—Dame tu boca —me exigió jadeando.

Le obedecí y su lengua se entrelazó con la mía.

Una embestida profundizó más en mi vagina e hizo que me estremeciera. Me arqueé hacia atrás. George me agarró, evitando que me hiciera daño contra la pared. Me sujetó con más fuerza, elevándose. Mis piernas se enroscaban

alrededor de su cintura y George seguía con la posesión de mi boca y de mi vagina.

—No puedo aguantar... —gemí tras un largo rato recibiendo sus acometidas ardientes.

El orgasmo era inminente. Empecé a moverme sobre él con frenesí. Mi cuerpo se frotaba contra su pecho, mi clítoris rozaba su pubis y mi sexo era un charco de fluidos. La lujuria envolvió todo mi cuerpo y me corrí en la polla de George, estrujándola entre mis piernas con las convulsiones de mi orgasmo. Él se estremeció al sentirlas y me empotró contra la pared. Continuó con las embestidas. Le agarré del pelo y chillé. Y tuve otro orgasmo.

—Toma, toma, toma —decía mientras se corría dentro de mí.

Devoré su boca como una salvaje. Sus últimos coletazos en mi interior me dejaron extasiada.

—Cada día disfruto más contigo —confesó mientras se vestía.

—Yo también —respondí, mordisqueándole el mentón—. Me estás volviendo adicta a tu cuerpazo.

George comenzó a jugar con mí. Me levantaba el vestido y no me devolvía las bragas. Estábamos riéndonos escandalosamente cuando Nuria y Ben aparecieron por la puerta. George les saludó con mis bragas en la mano. Nuria me miró y sonrió maliciosamente, pero Ben ni se inmutó.

—Ya veo que estáis entretenidos con la casa... —comentó Nuria con una sonrisa pícaro.

Le arranqué a George las bragas de la mano y las escondí detrás de mi espalda. Él me pasó la mano por las caderas, por encima del vestido, y se acercó a recibir a Nuria. Me puse roja como un extintor.

—Hola, ya era hora que os dignarais a ver cómo está quedando esto. —Le recibió George, dándole un suave beso en los labios.

Nuria y Ben miraban maravillados lo adelantada que estaba la obra.

—Lucía, ¿ya tienes claro cómo va la distribución final?

—Más o menos. George y yo nos hemos hecho una idea; queremos aprovechar el máximo espacio.

—Tú y George os complementáis muy bien últimamente.

—Más de lo que te imaginas —comentó George con una amplia sonrisa.

—En fin —resoplé—. Aquí en la entrada irá la recepción y, al otro lado, los vestuarios, las duchas y la zona de descanso de los masajistas. Porque hay que habilitar una zona para ellos.

—Continúa —Nuria escuchaba con atención.

Mientras caminaba a través del ancho pasillo de la casa le fui explicando qué función desempeñarían los huecos que muy pronto llenaríamos y decoraríamos con esmero.

—En el centro tenemos tres estancias a cada lado. Estas serán nuestras salas de masajes. Todas ellas llevarán su bañera de hidromasaje y estarán perfectamente equipadas para el confort y el bienestar de nuestras futuras clientas.

—¿Vais a usar camilla? —intervino Ben.

—No, ahí me diste tú la idea. Vamos a hacerlo en unos tatamis especiales que tenemos encargados —respondí al tiempo que le guiñaba un ojo a Ben.

—¿Y los masajistas? —volvió a preguntar.

—De eso me encargo yo. Ya he contratado a un coach tailandés experto en diferentes técnicas de masajes orientales y terapias alternativas. Él buscará al personal especializado, que tendrá que pasar las pruebas, claro. Lucía y yo probaremos a los masajistas...

Nuria sonreía; lo tenía todo controlado.

—¿Cómo que vais a probar vosotras a los masajistas? —saltó Ben con un tono algo celoso.

—Eso, explícanos ese detalle —añadió George.

—¿No serán celos lo que escucho? —Nuria frunció el ceño—. Os quiero dejar claro que esto es mi negocio y el de Lucía. Por supuesto que tenemos que saber a quién contratamos y metemos en nuestra casa.

Mi amiga había puesto los puntos sobre las íes. Se hizo el silencio. Yo quise deshacer esa tensión y seguí con mi recorrido, como si fuera una guía turística.

—Al final, veréis que esta estancia que ocupa todo el ancho de la casa es para una zona de spa, baño turco y sauna. Aquí pueden venir a relajarse las mujeres antes o después del masaje.

—Me encanta, Lucía. Está todo genial —Nuria aplaudía, emocionada.

—¿Para cuándo tenéis previsto abrir? —Ben estaba muy preguntón.

—No lo sé. Si seguimos a este ritmo en un mes puede estar todo terminado. Quizá antes. Pero falta nuestra vivienda; eso está más retrasado.

—¿Cómo que vuestra vivienda? —Ben abrió los ojos muy sorprendido.

—Nuria, ¿es que no le cuentas nada? ¿No le has dicho que nos vamos a mudar aquí en cuanto esté listo?

Nuria puso los ojos en blanco. Ben la miró en busca de una explicación. Mientras, George se tapaba la boca escondiendo una sonrisa.

—Bocazas —me regañó Nuria en voz baja.

Quise darle la réplica, pero se salvó porque me sonó el móvil. Era un número desconocido, pero contesté por si tenía que ver con la obra.

—Hola Lucía, soy Ricardo.

Me sorprendió su llamada.

—Hola. ¿Alguna novedad?

—Pues la verdad es que sí. Ya se ha vendido tu casa. Hemos pagado los gastos, impuestos y retenciones. Al final se te ha quedado un buen pico. ¿Te mando el cheque o te lo ingreso en la cuenta? Lo que tú prefieras.

—¡Qué buena noticia! Ingrésamelo en la cuenta, mejor. Muchísimas gracias por todo.

Colgué el teléfono y mi instinto fue besar a George. Él me abrazó y me devolvió el beso con pasión.

—¿Qué ha pasado? —Nuria me miraba sorprendida.

—Han vendido la casa del pueblo. Ya no tengo ningún lazo con Roberto y soy un poco más rica.

Me puse a bailar como una niña, feliz por todo lo que me estaba deparando la vida. Por fin empezaba a ver luz al final del túnel. Me sentía ilusionada, con ganas de comerme el mundo.

—Voy a llamar a mi madre —anuncié emocionada.

Salí de la casa. El sol se estaba poniendo y creaba sombras en el jardín. Ya lo habían limpiado y solo quedaba replantar el césped. La piscina también estaba arreglada y solo faltaba llenarla. Aquella casa transmitía buena energía; era una auténtica pasada. Me senté en uno de los bancos del jardín que habían conseguido salvar. Faltaba que lo pulieran y le dieran una buena capa de barniz. Llamé a mi madre para darle la buena noticia. Después de varios tonos cogió el teléfono mi padre.

—¡Papá! —exclamé con alegría.

—Hola, pequeña. ¿Cuándo vas a venir? Tengo ganas de darte un achuchón.

Mi padre siempre tenía una palabra cariñosa para mí.

—No lo sé, papá. Estoy muy ocupada, pero en cuanto pueda me escapo.

—¿Quieres hablar con tu madre? Está aquí empujándome, quiere quitarme el teléfono.

—Te quiero, papá. Pásamela. —Le echaba de menos.

—Hija, ¿ha pasado algo? —La voz de mi madre sonaba preocupada.

—Sí, pero bueno. Se ha vendido la casa. Me ha llamado Ricardo para comunicármelo. Estoy loca de contenta.

—¡Qué alegría me da oírte así de feliz!

—Lo estoy, mamá. Lo estoy.

—Es lo único que quiero. Después de lo que has sufrido...

—Mamá, eso ya es pasado. ¿Qué tal tu viaje a la playa con papá?

No quería hablar del pasado, ahora estaba en una nueva etapa de mi vida.

—Muy bien. Tu padre se ha puesto morado a marisco y los análisis le han dado alto el ácido úrico. Y eso que le avisé para que se controlara.

—Mamá... Para una vez que salís, déjalo que disfrute. Ahora un poco de dieta y ya.

—Bueno, ahora me lo llevo a un mercadillo. En vez de ir en coche iremos caminando. Así también, de paso baja el colesterol.

—Venga, disfrutad. Y no compres mucho. Te quiero un montón.

—Yo también. Cuídate.

Colgué y me quedé pensando en mis padres. Los echaba de menos. Miré la majestuosa casa que se alzaba delante de mí. La tía de Nuria estaría orgullosa de ver lo bonita que se estaba quedando. En esas, mi amiga salió a mi encuentro y se sentó a mi lado.

—¿En qué piensas?

Nuria se recostó cariñosamente sobre mi hombro. Solía hacerlo cuando hablábamos las dos a solas, como buenas amigas, con intimidad y sinceridad, sin tapujos.

—Las vueltas que da la vida... —suspiré—. Dónde estaba y dónde estoy ahora. Y dentro de nada estaremos aquí. No quisiera estar en otro lugar que no fuera aquí y contigo.

Me imaginaba mi nueva vida con Nuria: nuestra majestuosa casa, el negocio, nuestra nueva vida. Solté un suspiro, llena de emoción.

—Yo también estoy deseando mudarme. Estoy muy orgullosa de ti, Chochona. Has evolucionado en todos los aspectos: como persona, como mujer, como empresaria. Eres grande.

Las palabras de Nuria me estaban emocionando. Ahora me sentía útil y capaz de hacer lo que se me presentara delante. Con mi exmarido Roberto solo era un simple cero a la izquierda.

—Sabes que he avanzado gracias a ti. Tú eres la que me ha apoyado siempre, la que no dejó que me hundiera en aquel pozo.

—Bueno, las dos hacemos buen equipo. Vamos a dejarnos de ñoñerías, que no quiero estropearme el maquillaje.

Nuria se retiró disimuladamente una lágrima que asomaba por uno de sus ojos.

—Es majestuosa, preciosa —admiraba de nuevo la casa. Ejercía una atracción sobre mí que conseguía embobarme.

—¿Y si la llamamos La Majestuosa Casa de los Masajes?

Le salió espontáneo.

—Me gusta —asentí.

Repetí el nombre en mi cabeza. Y cuanto más lo repetía más me gustaba.

—Pues ya tenemos nombre —repuso mi amiga—. Ya podemos ir haciendo



publicidad para la próxima apertura. Me encargaré de todo.

\* \* \*

Nuria estaba tan emocionada como yo con el proyecto. No dábamos abasto. Trabajábamos mucho y dormíamos poco, incluyendo el fin de semana.

La obra adelantaba a pasos agigantados y la ayuda de George y Ben fue crucial. Había que reconocer que el jefe de obra que nos recomendaron era eficiente, trabajador y, además, nos hacía muy buen precio. Ben los había tratado, a él y a su mujer, después de ocho años sin poder tener hijos, y ahora disfrutaban de gemelos, por lo que era un hombre feliz y agradecido.

Regresamos al interior de la casa, pues ya casi había oscurecido. Ben y George estaban hablando y me pareció notar a este último un poco cabizbajo. Aunque trabajaban en la misma clínica, desde que empezamos con las obras George se escapaba a la casa y apenas se veían. En los últimos quince días, hacía otras cosas mejores conmigo. Por su parte, Ben le dedicaba su escaso tiempo a Nuria, así que aprovecharon ese ratito para ponerse al día. Cuando llegué a su lado, comprobé que George tenía el semblante serio; algo había pasado. Me acerqué a él y le pregunté:

—¿Va todo bien?

Le toqué el brazo y lo miré preocupada. Él me agarró por la cintura y me sonrió.

—He recibido un mail. Tengo que ir a un congreso de oftalmología en Londres. La persona que iba a representar nuestra zona tiene un virus y me han llamado de urgencia. Me marcho mañana.

George hizo una mueca de desagrado. Yo me quedé hecha polvo. Con todo el

trabajo que teníamos, ahora era el peor momento para irse.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera? —pregunté con la voz temblorosa.

—Es uno de los congresos más importantes del año. Además, pocas veces lo realizan en el extranjero. Me ocupará una semana.

Me vine abajo por completo, pues ya me había acostumbrado a su compañía, a trabajar con él.

—No te preocupes —me levantó el mentón con la mano para que le mirase—. Ben y yo hemos estado hablando de esto mientras estabais fuera. Esto sigue para delante, aunque yo no esté.

—Yo voy a coger vacaciones —añadió Ben—. Además, las necesito. Vendré a ayudarte con todo lo que queda por reorganizar en la casa. George y yo habíamos pensado que Nuria podía ir a Londres con él y aprovechar para mirar las cosas de decoración. Tenemos contactos allí y nos podrían hacer un buen precio.

—Yo me apunto —saltó Nuria, entusiasmada.

No es lo que yo me esperaba, pero lo importante es que el trabajo no se estancara bajo ningún concepto. La idea de traer la decoración y los muebles de Londres me parecía genial. Eso le daría más caché y mayor empaque a la casa. Y si podíamos ahorrarnos dinero, mejor.

—Ben, llévame a casa que tengo que preparar la maleta. Me voy a Londres —Nuria daba saltitos de felicidad.

Me alegraba por ella. George se acercó a mí y me rodeó con sus brazos. Me besó el cuello, la cara y terminó con un dulce beso en los labios que hizo que la piel se me erizase.

—Tú te vienes a dormir a mi casa hoy. Quiero pasar la noche contigo —me susurró al oído.

Su invitación me excitó. De pronto, había recordado que no llevaba bragas.

—¿Se han ido ya? —Lo miré a los ojos con deseo.

George miró por encima de mi cabeza y asintió. Lo besé descaradamente y mis manos volaron a su cintura. Le desabroché el botón de los pantalones y le bajé la cremallera. George metió sus manos debajo de mi vestido y vio que no llevaba las bragas. Se excitó al momento.

—Luego vamos a tu casa, pero ahora... uno rapidito.

Me estaba liberando de mis tabúes y, cuando necesitaba o ansiaba sexo, sin pensármelo dos veces lo cogía. Ya no me cortaba ni esperaba a que ellos tuvieran la iniciativa. Deseaba a George allí y en aquel momento. Así que no pensaba esperar. Tomé lo que deseaba...

La semana pasó volando. Nuria y George regresaban un día después y con Ben me había ido todo fabuloso. Después de pasar una noche tórrida con George y despedirlo en el aeropuerto junto a Nuria se me quedó el corazón un poquito vacío. Por mucho que una decida que solo tendrá sexo con una persona, estar todo el día con ella hace que al final nazca algún sentimiento. Y quien diga lo contrario, miente.

George había despertado en mí algo a lo que aún no sabía qué nombre ponerle, pero el caso era que lo eché de menos nada más irse. Aquel día regresé fatal a la casa. Cuando apareció Ben me dediqué a centrarme en el trabajo y nada más. Esa primera noche la casa se me vino encima. No estaba George y Nuria tampoco. Ben me acompañó y le pedí que se quedara a dormir conmigo, porque no me apetecía estar sola. A partir de ese día, se quedó todas las noches y, evidentemente, no dormíamos mucho...

El Ben de esa semana era un hombre diferente, cariñoso, que me hacía café por las mañanas, sonreía y me volvía loca de placer. Si George me enloquecía con sus besos, Ben era muy rápido para meter sus manos entre mis piernas a la primera de cambio. Nunca lo veías venir, pero cuando querías darte cuenta te estaba follando en cualquier rincón.

Los dos eran diferentes, pero igual de satisfactorios en la cama, de pie, en la ducha... Daba igual dónde te pillaran, porque yo siempre acababa de la misma manera: con un orgasmo brutal.

Estábamos en la casa. Yo estaba organizando al carpintero, que daba los últimos retoques a las puertas. Ben hablaba con el fontanero y le pasaba instrucciones de que comprobara de que los jacuzzis, el spa y todo lo nuevo que habían colocado, funcionara correctamente. La casa ya se estaba llenando de suaves y relajantes colores y la zona del spa estaba prácticamente terminada.

—Está quedando todo a las mil maravillas —observé emocionada.

—Si quieres podemos probar luego uno de los jacuzzis... —me sugirió Ben, abrazándome mientras me mordía un hombro suavemente.

Su mano volaba debajo de mi falda vaquera. Lo paré, pues había gente trabajando por allí.

—Ben, relájate. Nos van a ver...

Me di media vuelta y le di un beso en los labios.

Él me atrajo y me devoró la boca. Me levantó del suelo en un abrazo tórrido que hizo que temblara de excitación. Era tan alto y tan fuerte que me encantaba cuando me cogía de aquella manera, pero ahora había gente y, además, nos estaban mirando. Mi falda se había subido ligeramente y asomaban los mofletillos de mi culote. El carpintero casi se cae de la escalera al fijar su mirada en mi trasero.

—Bájame, vamos a provocar un accidente, loco —le reñí, riéndome y estirándome la falda.

—Vamos arriba y vemos lo que han hecho.

Veía el deseo reflejado en sus ojos. Cuando se ponía así era imposible pararlo. Sus ojos grises brillaban, me ponían caliente y me encendían. Me cogió entonces de la mano y fuimos al piso de arriba. La que iba a ser nuestra vivienda ya estaba también bastante avanzada. Solo estábamos esperando los muebles de la cocina. Los baños ya estaban puestos y solo faltaba pintar. La distribución se había quedado muy amplia: una cocina muy grande, salón comedor, baño principal con jacuzzi, cuatro habitaciones, dos de ellas con

baño completo, y una estancia grande que no sabíamos todavía el uso que le daríamos. O bien un gimnasio o un despacho. Ya lo pensaríamos.

Ben sacó del bolsillo un preservativo y se lo colocó. Me subió la falda hasta el ombligo y de un tirón me arrancó el tanga.

—Ben... —protesté.

—Ven aquí.

Estaba muy cachondo. Me cogió en brazos y me subió encima de él. Me penetró al momento, sin preámbulos. No tuvo ningún problema, pues yo siempre estaba dispuesta y mojada para recibirlo. Me sujetaba en el aire. Mis manos alrededor del cuello jugaban con su pelo rizado mientras mi boca buscaba el ardor de la suya. Ben me tenía agarrada por las nalgas y me atraía hacia él para penetrarme con profundidad. La fuerza con la que me sostenía y me manejaba a su antojo me ponía muy cachonda. Ben me embestía y yo solo podía jadear de placer cuando su erección entraba en mi interior, nuestros pubis chocaban con violencia. Empezaba su danza erótica particular que me dejaba extasiada y con agujetas hasta el próximo combate. Ben era insaciable y le encantaba follar de pie.

—Házmelo como tú sabes —le susurré.

Ben me apretó más, embistiéndome más fuerte. Me estremecí entre sus piernas. Luego me bajó hasta el suelo y quedé de pie. Me dio la vuelta y me puso mirando a la pared. Sus manos recorrían mi cuerpo y yo me excitaba en cada caricia. Al separarme las piernas se me escapó un gemido. Paso su mano por mis nalgas y luego acarició todo mi sexo. Todo ello lo hizo con suma lentitud y mordiéndome el lóbulo de la oreja.

—Dios, Ben. No me tortures más —los ojos se me iban a salir de la cara.

—Me encanta verte tan mojada. Me la pones muy, muy dura —jadeó sobre mi cuello y sentí su aliento febril de deseo.

Entonces se agachó un poco, me separó las piernas y tiró mi culo hacia atrás. Me empotró literalmente contra la pared mientras gemía, acelerando su

respiración.

Ese hombre me volvía loca con aquella forma ruda de follar. Me recordaba al personaje de la novela que tanto me había motivado y ayudado en mis peores momentos. Ahora estaba allí con uno de verdad, me estaba follando como lo había imaginado mil veces, como toda mujer sueña y no se atreve a decir nunca. Una buena follada, abierta de piernas y contra la pared. No podía haber mejor polvo que el que me estaba echando Ben en aquel instante.

—Dame fuerte —le pedí.

Obedeció como un caballo desbocado. Sus manos, que ocupaban todo el espacio de mis caderas, se aferraron más fuerte que nunca. Yo me eché un poco más hacia atrás para sentirlo por completo. Sus testículos golpeaban mi clítoris y mi húmeda vagina era un mar de fluidos. Ben empujaba con fuerza y yo casi perdí el sentido con el arrollador orgasmo que tuve entre sus piernas. Mi contracción fue tal que hice que él se corriera conmigo. Tuvo que sujetarme entonces, pues mis piernas apenas respondían. Todo el cuerpo me temblaba.

—Lucía, eres tan especial... —me susurró, besándome la nuca.

—Ben, tú sí que eres increíble —susurré casi sin aliento.

—Hago lo que sé —sonrió.

—Y lo haces muy bien... muy bien.

Mi móvil sonó y me dio un susto de muerte. Estábamos tan ensimismados los dos que me cogió por sorpresa. Lo miré y me quedé flipada. Era mi hermano Antonio.

—Lucía —me dijo nada más responder—, han dejado una carta certificada para ti. Como ya has vendido la tuya el cartero me dijo si no le importaba que la recogiera yo. Ya sabes que en el pueblo nos conocemos todos.

La voz de mi hermano me dejó fuera de juego. Ni siquiera me había preguntado qué era de mi vida, ni dónde estaba. Había ido directo a la carta y

nada más.

—Pues ya pasaré a buscarla cuando pueda —respondí bastante seca.

—Parecen papeles del juzgado —insistió.

Me quedé pensando unos segundos. Quizá era la sentencia definitiva del divorcio. Si fuera eso, sí quería tenerla, aunque no entendía por qué la habían enviado allí y no a casa de mi madre.

—Intentaré pasarme.

—Gracias.

Colgó. Me quedé un poco chafada. Mi hermano me decepcionaba cada día más. Respiré profundo y lo saqué de mi cabeza. Los problemas y las personas tóxicas estaban mejor bien lejos. Me daba igual que llevaran mi sangre; si iba a alterar mi estado emocional, fuera.

—Tengo que ir a mi pueblo a por unos papeles —le dije a Ben con voz cansina—. Mi hermano me ha dicho que los han dejado en su casa. Creo que puede ser la sentencia del divorcio.

Bajé la cabeza. Ben me puso su mano debajo del mentón y levantó mi cara hasta que mis ojos se encontraron con los suyos.

—Te llevo —lo dijo tan seguro, que no daba opción a discusión.

—De acuerdo —asentí.

\* \* \*

Ir a ver a mi hermano era como regresar al pasado. No me hacía ni pizca de



gracia pisar el pueblo y mucho menos su casa, ya que la idea de encontrarme con la Fregona me revolvió las tripas. Sin embargo, no hacía mucho que había estado allí, cuando fui con Martín para firmar el divorcio. Y ahora volvía a ir por el mismo tema. La cuestión: dos veces en muy poco tiempo eran demasiadas para mí.

Ben aparcó su BMW azul dos casas más abajo de la de mi hermano. Insistí en que se quedara en el coche, pero él se negó y me acompañó a buscar la dichosa carta. Pulsé el timbre y mi hermano abrió la puerta, para mi alivio. Mi sobrina salió corriendo a curiosear.

—¡Tía! —Se lanzó a mis brazos.

—La cosa más guapa de la tía —respondí yo, llenándola de besos—. ¡Qué ganas tenía de verte!

Begoña se agarró a mi cuello como una garrapata. Antonio miraba con curiosidad a Ben, que le sacaba por lo menos medio metro. Mi sobrina enseguida le clavó la mirada.

—¿Ese señor tan alto es tu novio?

La cara me hirvió al momento. Aquello me había pillado de imprevisto.

—Hola, soy Ben —se presentó él mientras le tendía una mano a mi hermano.

Antonio le estrechó la mano, un poco receloso.

—¿Pero es tu novio, tía? —insistió la pequeña.

—Begoña, no seas maleducada —le regañó su padre—. Esas cosas no se preguntan.

—Déjala, Antonio. La niña solo quiere saber. No es malo querer informarse con quién anda su tía.

La voz de la Fregona me puso en guardia.

De inmediato mis sentidos se pusieron alerta: mi espalda estaba tiesa como

una madera y los puños apretados de la rabia. Ben se dio cuenta de que estaba a punto de estallar y se acercó a Begoña, que estaba ahora bajo las faldas de su madre.

—Cielito, sí —afirmó dulcemente—, soy el novio de tu tía. Soy doctor. Trabajo todos los días con niños como tú. Cuando quieras dile a tu preciosa mamá que te traiga por la clínica y yo os la enseñaré encantado.

Era la primera vez que vi quedarse muda a la Fregona. Miraba con adoración a Ben. ¡Se la había camelado!

—¡Bien! —gritó mi sobrina—. Mamá, ¿podemos ir?

—Ya veremos... —contestó la Fregona entre dientes, sin apartar la mirada de Ben.

Mi hermano salió con el sobre y me lo entregó.

—Aquí tienes. —Fue seco y escueto.

—Gracias. —Actué de la misma forma.

Ben me rodeó con su brazo. La Fregona miraba sin perder detalle. Él le dijo adiós con la mano mientras íbamos calle abajo en dirección al coche.

—Gracias.

—¿Por qué?

Ben me miraba con curiosidad mientras apartaba un mechón de mi frente.

—Por dar la cara por mí ante esa bruja.

Ben resopló. Puso el coche en marcha y encendió las luces.

—Menudo bicho. Si no me meto le hubieras arrancado los ojos, ¿eh? Pero no era buena idea estando delante la niña, que, por cierto, te adora. —Era un buen observador.

—Lo sé. Esa es mi cruz. No puedo disfrutar de mi sobrina porque su madre me odia y mi hermano es un calzonazos —gruñí enfadada.

Me encogí de hombros y suspiré. Era algo que ya tenía asumido. Así que no iba a darle más vueltas.

—¿Por qué no has tenido hijos? —preguntó Ben—. Hubieras sido una madre estupenda. Tienes el instinto maternal muy alto. Te lo digo porque de eso entiendo un poco.

—¿Y por qué no los has tenido tú? —repuse—. Te dedicas a eso. Es tu pasión y ya tienes una edad; no es que seas mayor ni mucho menos, pero, por cierto, ¿cuántos años tienes?

Ben se echó a reír. Nunca antes lo había visto hacerlo de esa manera. Y me excité al oírlo.

—Dentro de quince días cumplo treinta y nueve. Y si no he sido padre es porque no he encontrado a la persona idónea con la que compartir esa experiencia. Para mí sería el regalo más bonito del mundo.

—¿En serio?

—¿El qué? ¿Lo de ser padre?

—No, que vas a cumplir treinta y nueve años... —Estaba sorprendida.

Ben volvió a reírse estrepitosamente. Nunca antes me había parado a pensar en su edad. Pensé que tendría más o menos mis años, quizá un poco más. Él seguía riendo. Aquella risa escandalosa me ponía muchísimo. Lo miré fijamente. Él me miró de refilón, pero sabía lo que pasaba por mi cabeza. Giró el coche hacia unos árboles que había a un lado de la carretera. Yo solo lo miraba. Veía que su respiración se aceleraba; su pecho subía y bajaba más rápido de lo habitual. Aparcó, empujó el asiento hacia atrás y, de un tirón, me llevó hacia él. Ben era rápido, muy rápido actuando. En un plis plas tenía el preservativo puesto y yo estaba cabalgando entre sus piernas mientras el coche se meneaba al compás de nuestra pasión desenfrenada.

Después de media hora de incómoda pero placentera follada, volvimos al apartamento a terminar lo que habíamos empezado en el coche. Sin prisa, pero sin pausa, ya que al día siguiente regresaban Nuria y George de Londres y se acabarían nuestras noches de dormir y sexo rutinarios.

Mis sentimientos estaban divididos entre George y Ben. Había sido una semana explosiva, sexual, con su punto romántico. Así era Ben. Pero, por otro lado, tenía ganas de ver a George, al que también echaba de menos. No estaba enamorada de ninguno, pero los necesitaba a los dos.

Con todo, mi cabeza, mi mente y mi cuerpo estaban con Ben, que me llenaba y me penetraba y cuyos brazos me rodeaban por completo mientras su pasión entraba en mi interior. Los dos estábamos en la ducha. Como siempre, Ben se había colado y me había sorprendido. Sin pedir permiso entraba en mi cuerpo y lo poseía sin más. Le gustaba hacerlo de pie, era su posición favorita. Me empujaba contra la pared mientras me levantaba una de las piernas y la pasaba alrededor de su cadera. Entonces, mientras la sujetaba, se impulsaba para penetrarme con rudeza. Jadeaba y la lujuria acentuaba el gris de sus ojos. El agua caía entre nuestros cuerpos y él me lamía los pezones, tiosos ante el contacto de su lengua. Otra embestida de las suyas hacía que mi vagina temblara de excitación. Yo gemía. Me relamía. Pasaba mi lengua entre mis labios y Ben se lanzaba a por ella para succionármela.

—Nena, me tienes cachondo, cachondo...

Ben jadeaba con la respiración entrecortada.

—¿Ahora soy tu nena?

Apenas podía hablar, pues la excitación me extasiaba.

—Lo eres todo...

—Házmelo cómo tu sabes —le exigí entre jadeos.

—Esta vez te lo voy hacer diferente. Voy a hacerte el amor.

—¡Oh...!

Ben empezó a empujar como un desesperado. Me agarré a su cuello para no perder el equilibrio y él me embistió con lujuria. Mi vagina empapó su polla con un orgasmo. Él se estremeció y aceleró el ritmo para correrse en mis entrañas. Nos abrazamos y nos besamos con pasión. Había sido especial. Ambos lo sentimos.

Tras secarnos me llevó a la cama en brazos. Esa noche Ben no me dio tregua. Sentí que me hacía el amor por primera vez. Sus caricias, sus besos y posesiones eran más personales, me penetraba con una calidez y una intimidad que no me había hecho sentir antes. Se comportaba como si no fuera a verme más en la vida, o tal vez como si estuviera dejando su territorio bien marcado... Nos dormimos agotados, abrazados el uno al otro.

\* \* \*

—Parejita, ¿se os han pegado las sábanas?

Me incorporé en la cama sobresaltada. Estaba desnuda y desorientada. Ben estaba a mi lado y los dos estábamos en cueros. Nuria y George permanecían en la puerta de la habitación, mirándonos sonrientes. Acababan de regresar de Londres. Agarré la camiseta de Ben y me la puse. Él se había incorporado también, con todo el pelo revuelto, mirando adormilado a los recién llegados.

—Podíais avisar antes de entrar, ¿no? —gruñí, levantándome mientras estiraba hacia abajo la camiseta—. ¿Qué tal todo por Londres?

Fui a saludarlos, dándoles un abrazo.

—Ahora voy yo —Ben soltó un bostezo.

—Te esperamos en la cocina, voy a preparar café.

Le dediqué una sonrisa, pero Ben ya había vuelto a su tosca seriedad.

Ya en la cocina abracé de nuevo a Nuria. Estaba feliz por su regreso. Luego fui hacia George, que me plantó un beso en los labios que me dejó sin aliento. Lo abracé y se lo devolví con deleite. Daba gusto volver a sentir aquellos maravillosos besos.

—Veo que no me has echado mucho de menos —me soltó la pullita con ironía.

—Más de lo que te mereces —sonreí contenta de tenerle de vuelta.

Por fin estábamos todos de nuevo; me sentía más feliz que unas castañuelas. En ese momento Ben salió de la habitación. Ya se había vestido y arreglado, pues ese día regresaba al trabajo. Lucía guapísimo con su traje verde oscuro, que se pegaba a su cuerpo como un guante. Le estrechó la mano a George y le dio un beso en los labios a Nuria. Ella le agarró la cara y prolongó el beso un buen rato, casi hasta dejar a Ben sin respiración.

—Menudo recibimiento —le dijo, intentando esbozar una sonrisa.

—Digamos que te he echado de menos.

Nuria ronroneaba como una gatita.

—Pues tendremos que solucionarlo luego —añadió él, pasándole una mano por sus caderas. Mi amiga dio un respingo. La había puesto como una moto.

—¿Cómo va el tema de la casa? —preguntó George.

—Todo está muy adelantado. Yo me visto y salgo corriendo. Esta mañana quiero ver que el hilo musical y la instalación del aire estén perfectos. Además, he quedado con varios proveedores.

—¿Ya han pintado? —intervino Nuria emocionada—. ¿Y las puertas, jacuzzis...?

—Ya está todo listo —le comenté—. No nos queda nada. Solo hay que poner un anuncio de trabajo y empezar con las entrevistas.

—De eso me encargo yo —se ofreció Nuria.

—Bueno, tengo que irme a la clínica —anunció Ben, que me dio un escueto beso antes de salir que me dejó un sabor agridulce.

—Pues yo voy a casa a descansar, que el madrugón de hoy me ha matado —bostezó George.

Otro que también se iba, al igual que Nuria. Todos cansados. Así que aproveché y me fui sola a la Majestuosa Casa de los Masajes.

Una semana después, el trabajo en la casa había avanzado tanto que estaba prácticamente terminada. Los camiones estaban a punto de llegar de Londres, cargados con todo lo que habíamos comprado allí. En la casa, una empresa de limpieza daba los últimos retoques a los baños, suelos, azulejos, cristales, puertas... Después de colocar los muebles que venían, volverían a dar un segundo repaso, pues la limpieza y la desinfección eran esenciales en nuestra casa.

Yo estaba en ese momento con un representante de inciensos; luego vendría el de ambientadores y las velas. Ya lo tenía más o menos claro. Nada de olores fuertes ni pesados. Quería algo que relajara la mente y los sentidos, porque siempre había odiado esos lugares en los que, al entrar, te mareabas de lo cargado que estaba el ambiente de perfumes con olor pachulí.

Como ese trabajo me lo otorgaron a mí, me decanté por un incienso natural de la India. Para probar, encendimos uno en la casa. El olor resultó ser muy suave y agradable. Para el ambientador no me compliqué mucho; me fui directa al de canela, pues era un olor que me gustaba.

En cuanto a las velas, decidimos escogerlas de LED. El fuego no era buen aliado en ningún sitio y el representante me aconsejó que eran más seguras, limpias y, a la larga, más económicas. Me contó el caso de en un centro de masajes en el que un cliente dejó la toalla encima de una vela encendida y...

—No, no —le corté—. Me quedo con las LED.



Era lo que me faltaba: quemar a alguien o reducir la casa entera a cenizas.

El de las velas también llevaba los aceites para masajes. Me explicó las funciones y las propiedades de cada uno.

—Suena todo maravilloso —repuse al final—, pero no quisiéramos tener tantas clases. Preferiría simplificarlo a dos.

Luego le expliqué que cuando tienes mucha mercancía y no la gastas, el producto acaba estropeándose, así que era mejor uno o, como mucho, dos. El hombre asintió.

—Tengo lo que necesitas. Te recomendaría un aceite neutro, libre de parabenos, para esas personas que tienen las pieles atópicas y sensibles. Y también este otro, que es una mezcla de aceites esenciales, lavanda, romero y almendras. Relaja, calma y tonifica el cuerpo. ¿Qué te parece?

El hombre sonreía, mostrándome las botellas como si se tratara de la azafata de un programa de la teletienda.

—Me parece una buena opción para comenzar.

Completamos un primer pedido y, entonces, una señora de la limpieza me avisó de que uno de los camiones había llegado. También George hizo su aparición en aquel momento. Estaba guapísimo. O eso me parecía a mí, después de una semana a pan y agua sin ninguno de mis amantes ingleses. Ben regresó a su trabajo y a George lo absorbieron en la clínica tras el congreso. Para colmo, cuando yo llegaba rota a casa, apenas tenía tiempo de hablar con Nuria.

Me despedí del representante y recibí a George con un abrazo. Él me dio un suave beso en los labios, suficiente para que me recorriera electricidad por el estómago.

—Pareces un albañil, pero muy sexi.

Iba vestida con una falda vaquera de peto, un top naranja de tirantes debajo y unas zapatillas de lona vaqueras. Llevaba también un pañuelo en la cabeza,

para apartarme el calor y el pelo. Sí, parecía un albañil, o a saber qué...

—Estoy horrorosa, pero ahora no tengo tiempo de ir a la peluquería —me excusé—. Ya me tomaré mi momento de relax cuando esto esté terminado.

Sonreí y le di un codazo. George me cogió una mano y me atrajo velozmente hacia él.

—Tú estás preciosa y deseable te pongas lo que te pongas. Y si estás desnuda, mejor.

George bajó peligrosamente su mano por mis caderas. Se dirigían hacia el interior de mi muslo. Ahogué un gemido, pero, con todo el dolor de mi entrepierna, aparté su mano.

—No me hagas esto ahora —le supliqué—. Tengo el camión fuera esperando. Prométeme que luego seguirás.

Le besé el labio inferior, tirando de él de forma provocativa.

—Te lo prometo —me respondió, dándome un cachete en el culo—: tú hoy no te escapas.

Salimos a ver lo que descargaba el camión que venía de Londres. Había cuatro hombres musculosos apilando cajas enormes en la entrada de la casa. Llamé a Nuria para que viniese, más que nada porque, por las horas que eran, ya debía estar allí.

—¿Diga? —respondió al otro lado del teléfono—. Está aquí el primer camión con la mercancía de Londres. ¿Dónde estás?

—Voy de camino. Me he levantado fatal esta mañana. Creo que estoy pillando algo.

Su voz sonaba cansada. No era mi Nuria.

—Si te encuentras mal quédate en casa. Ya me apaño. Además, ha venido George.

—No, no... Ya me encuentro mejor. Ha sido al levantarme. Me estoy espabilando.

—Ven con cuidado.

La conversación me dejó un poco preocupada. Más tarde, si veía que no se reponía, la acercaría a la clínica.

Empezaron a desembalar las cajas. Primero sacaron unas planchas prensadas como de paja. Las miré con cara rara. George se rio y dijo:

—Son los tatamis.

—¿Pero los tatamis no son colchonetas?

Bendita ignorancia. No salir del pueblo tenía sus consecuencias.

—Son tatamis originales japoneses —explicó George—. Están compuestos de una espesa capa de paja de arroz. El corazón del tatami sigue vivo hasta que se seca del todo, por lo que sigue realizando el proceso de la fotosíntesis, liberando oxígeno a la atmósfera. Por eso se puede decir que los tatamis ionizan el ambiente.

—Pero es muy duro... —me quejé.

No entendía nada. Yo nunca había visto un cacharro japonés de esos.

—Eso va sobre unas camas japonesas que hemos comprado. Llevan sus somieres y encima van los futones.

—¿Los qué...?

A mí tanta palabra rara me estaba rompiendo la cabeza, pero George estaba muerto de la risa.

—El futón es el colchón que va sobre el tatami —me explicó.

Los chicos del camión empezaron a montarlos en las salas que les correspondían, indicados por George. Yo miraba cómo iba cogiendo forma

aquel montón de piezas de madera y paja. Al final, el resultado fue satisfactorio y no tenía nada que ver con lo que yo me había imaginado: una cama bajita, casi al ras del suelo, con motivos japoneses tallados en la madera; el pan de arroz, que apenas se veía; y el futón, o colchón, encima. Todo daba una sensación de calidez y confort que resultaba extraordinaria.

—¡Qué maravilla!

Era Nuria, que entraba en la estancia.

—Es precioso —le señalé.

—Ya no queda nada. Mañana le diré a Tom que empiece con las entrevistas.

—¿Quién es Tom? —preguntó George con curiosidad.

—Tom Lee —aclaró Nuria—. El coach tailandés que he contratado para que se encargue del personal.

Miré a mi amiga. Se le veía buena cara, pero ella sabía fingir muy bien.

—¿Cómo estás?

—Ya se me ha pasado... Creo que tengo que dormir más.

Me guiñó un ojo. Seguro que había estado con Ben. Ayer ni la oí llegar. Mientras, seguían colocando los tatamis. Luego pasaron a la recepción, los sofás para la sala de espera, el despacho, las figuras y jarrones de decoración, todo en estilo japonés. Las cajas entraban llenas y salían vacías. La casa se iba vistiendo y, por minutos, se volvía, fiel al nombre con el que la habíamos bautizado, más majestuosa. Había de todo: biombos japoneses en las cabinas para poder cambiarte con intimidad, mesitas auxiliares para guardar los desechables, aceites, toallas... Todo pensado hasta el último detalle. En la entrada, una cascada de agua caía por un mural de cristal y suaves luces de LED. Así, el rumor del agua te inundaba de paz nada más entrar. En el hilo musical sonaba un mantra. La temperatura era la ideal, el olor del incienso te envolvía los sentidos. Todo funcionaba a la perfección.

Al día siguiente empezaríamos con las entrevistas. Nuria había mandado hacer

por encargo el nombre de la casa en madera, tallado a mano, pues había que poner algo elegante y no podíamos recurrir a los carteles de vinilo o a los luminosos. El camión con los muebles de nuestra vivienda llegaría también a la mañana siguiente.

—Bueno, yo me voy. Estoy agotada y mañana tenemos mucha faena —me despedí de ellos.

—Me voy contigo... —se apresuró a decir George, cogiéndome del brazo; y luego me susurró al oído—: Me has prometido algo.

Mi piel se erizó y la temperatura me subió de golpe.

—Ya veo —repuso Nuria con una sonrisa—. Mejor te espero en casa.

Mi amiga se marchó diciéndonos adiós con la mano. En esas, George me cogió y me llevó hacia una de las habitaciones con tatami. La música relajante sonaba, envolviéndote por completo. Me llevaba sin prisa, caminando a paso lento, aunque sujetando mi mano con firmeza mientras sus dedos se entrelazaban con los míos. Cuando entramos cerró la puerta con pestillo.

—Habrá que estrenar los tatamis —pensó él con una voz que era puro sexo.

—Pues hay seis —le provoqué.

Me miró con deseo y se acercó. Me bajó los tirantes del peto y me quitó el top. Mis pechos quedaron al descubierto ante sus ojos. George los acarició y yo solté un gemido de placer. Busqué su boca y él me la ofreció encantado. Su lengua caliente y húmeda jugaba con la mía. Sabía a café y estaba increíblemente delicioso. Su mano bajó a mi cintura y George me atrajo hacia su cuerpo con firmeza sin dejar de besarme. Yo subí mi pierna un poco para restregarme contra su muslo. Él me enderezó y pegó sus caderas a las mías. Pude sentir su erección. Lanzó un suspiro. Luego se sentó en el futón y yo me quedé de pie delante de él.

Me bajó el peto y, de paso, las braguitas. Luego acarició mi vientre, jugando a dibujar círculos cerca de mi entrepierna. El calentón ya estaba más que asegurado entre mis muslos, así que me tiré sobre su cuerpo y cayó de

espaldas encima del futón. Llevaba una semana sin follar y estaba un poco hambrienta de sexo y de George.

Fui directa a su pantalón. Le desabroché el botón, la cremallera y se lo quité de un plumazo. Subí la mirada para ver ese precioso pene erecto, que cogí al instante para acariciarlo. Sentí cómo temblaba entre mis manos. Miré a George con un deseo ardiente, como nunca antes lo había mirado, y me metí la polla en la boca. Él se tiró hacia atrás y ladeó la cabeza apretando los dientes. Un gemido ahogado escapó de su boca.

Lamí aquella perfección que crecía por momentos. De pronto, una gotita de semen asomó y mi lengua la capturó, dejándolo limpio y reluciente de nuevo. George estaba que se le salían los ojos de la cara.

—Lucía, no voy a aguantarte —gimió incorporándose—. Me estás volviendo loco.

Le empujé hacia atrás y seguí deleitándome con su sabroso pene. George movía sus caderas, follándome la boca. Aquella situación me tenía muy excitada. Entonces, se levantó y me giró. Estaba desconcertada. Aunque enseguida una oleada recorrió mi cuerpo, cuando su lengua entró de lleno en mi vagina. Era mi primer sesenta y nueve, ni siquiera con Roberto lo había probado.

George devoraba mi sexo. Su lengua entraba y salía de mi cuerpo y yo me aferré con más vehemencia al suyo. Notaba sus venas hinchadas y cómo más gotas de semen iban saliendo aisladamente. Mi lengua hacía círculos en la puntita de su glande y luego seguía chupándolo. George me mordisqueó el clítoris y un espasmo recorrió mi cuerpo. Yo me la metí hasta el fondo de mi garganta mientras mis manos masajeaban sus cargados testículos, a punto de explotar. Oí que soltaba un grito de placer. Estaba claro que se estaba conteniendo. Quiso apartarme, pero no lo dejé. Era una nueva sensación que deseaba experimentar y no quería que me privara de ese momento. George era delicioso en todo su esplendor.

—Lucía, si sigues así, vas a hacer que me corra...

Me aparté un momento para contestarle.

—Disfruta, George. Córrete cuando quieras.

Él me abrió los labios de la vagina y su boca y su lengua entraron sin piedad a penetrarme. Me estremecí, mi cuerpo vibró entero. Me aferré a la polla de George y la lamí, la besé, la agarré firmemente con mi mano y con mi boca, que entraba y salía frotando aquel músculo que tanto placer me provocaba. Él continuaba moviéndose y deslizándose en el interior mi boca.

—Lucía... —gimió.

Aceleró y noté el sabor amargo de su semen en mi boca. Al principio me desagradó un poco, pero seguí lamiéndolo hasta que se estremeció y quedó exhausto.

Yo aún seguía caliente, y él lo sabía. Así que se metió entre mis piernas. Ahora estaba más cómodo y yo me abrí por completo para recibirlo. Con una mano separó los labios de mi vagina y su lengua comenzó a hacer círculos sobre mi clítoris. Apreté con las manos el futón. Su boca cálida me quemaba las entrañas. Me humedecí al contacto de aquella lengua y me contraje por el orgasmo que venía en camino. Entonces, George me cogió por las caderas y abrió su boca, metiendo su lengua de lleno. Parecía que estuviera devorando el postre especial. Una explosión de placer sacudió mi cuerpo. Temblé sobre su boca, pero George no me soltaba. El orgasmo se prolongó unos segundos y yo creí que iba a perder el conocimiento.

—George, para... por Dios... —supliqué retorciéndome de gusto.

Él sonrió, pero siguió perdido entre mis piernas durante unos minutos.

George era especial para mí, al igual que Ben. Se quedó abrazado a mi cuerpo y me sentí segura entre sus brazos. No sé si esa relación extraña que mantenía con ellos me convenía o no, pero jamás había sido tan feliz como en ese momento...

\* \* \*

Más tarde me llevó a casa. Me despedí de George con tristeza. Me hubiera gustado dormir con él, pero había mucho trabajo y tenía que descansar para el día siguiente. Cuando llegué al apartamento, Nuria estaba pálida.

—No me gusta esa cara que tienes —la miré con preocupación.

Estaba muy blanca y empezaba a tener ojeras.

—Chochona, es mi cara. No me pasa nada. Ben, que me da mucha caña. Ya sabes cómo es...

Claro que lo sabía. Ben y sus posturas de pie... Así como te cogía, te empotraba contra la pared. Solo de pensarlo se me ponía el pelo de punta.

—¿Has estado follando con él?

—Lo mismo que tú con George. —Se delató ella con una sonrisa—. ¿Qué tal se hace sobre el tatami?

—Bruja. —Le lancé un cojín a la cabeza.

—Mañana quedan las entrevistas. Y ya lo tenemos todo. ¿Lista para empezar la aventura?

—¡Pues claro!

—Pues si mañana llegan los muebles, la próxima semana podremos mudarnos nosotras.

Ya era una realidad. Todo había sucedido muy rápido, pero estaba ahí: nuestra nueva vida iba a empezar.

—Me voy a la ducha y a dormir, que mañana toca madrugar.

—Yo también me acuesto ya.



Su voz sonaba cansada.

—Nuria, si sigues así cansada pediré cita para el médico. Me tienes preocupada...

—Que sí... no te preocupes —contestó—. Demasiado trabajo y demasiado sexo. Solo es eso.

Volvió a sonreír con malicia. Fuimos a descansar. Por delante teníamos mucho trabajo, las entrevistas, disponer los muebles de la vivienda... Y, además, si aparecían Ben o George, sexo asegurado. Era mejor dormir para que nos cogieran con las pilas bien cargadas.

\* \* \*

A primera hora del día siguiente Tom Lee nos estaba esperando en la Majestuosa Casa de los Masajes. Era un tailandés de unos treinta años, de un metro ochenta de altura, con rasgos orientales, atlético, moreno y muy atractivo. Me sorprendió que un asiático fuera tan tremendamente atractivo y alto. Aunque, pensándolo bien, si lo había escogido Nuria no podía ser de otra manera... Fuimos al despacho, que ya estaba completamente instalado. Mientras mi amiga se adelantaba con Tom, yo encendí el aire, la fuente, puse música, coloqué los inciensos... Luego me reuní con ellos, porque los candidatos no tardarían en llegar. A pesar de que Tom había hecho una preselección, nosotras teníamos que dar el visto bueno.

—¿Cómo vamos a saber si son aptos? —pregunté por puro desconocimiento.

—Todos lo que van a venir lo son —nos informó Tom—. Ya los he entrevistado y les he hecho una prueba en mi gabinete.

—Tiene un gabinete de masajes exóticos en la ciudad, ¿sabes? —me dijo

Nuria—. Aunque desde que ha visto nuestra casa está enamorado. Le he ofrecido un puesto como encargado.

Miré a Nuria un tanto sorprendida. Se suponía que lo íbamos a llevar nosotras, así que no entendía eso último; me lo tendría que explicar más tarde.

—Cuando entren los candidatos tendréis que probarlos —siguió Tom—. Decidiréis de acuerdo a lo que os transmita cada uno. Así sabréis si son adecuados o no.

El tailandés salió entonces del despacho, dejándonos a solas.

—¿A qué viene eso del encargado? —le pedí explicaciones.

—Solo es marketing —me indicó Nuria con media sonrisa—. Además, así tendremos más tiempo para otras cosas... Las mujeres se sentirán más cómodas si son atendidas por un hombre atractivo y exótico. Nosotras somos las dueñas y señoras. Bastante tendremos con las cuentas, el papeleo y con estar pendientes de que no falte nada. Que trabajen ellos; nosotras mandamos. Tú preocúpate solo de estar guapa, gestionar dinero y disfrutar de los masajes.

Nuria tenía una mente increíble. Y mucha razón. Las mujeres se sentirían más cómodas con el exótico Tom.

Poco después llegaron diez hombres de diferentes edades. Había de todo: altos, bajos, corpulentos, calvos, con pelo largo, uno de color...

—¿Tenemos que probarlos a todos?

Yo estaba asombrada, casi acojonada.

—Tranquila, Chochona... Cinco para ti y cinco para mí.

Nuria sonreía con cara de golfa mientras le echaba el ojo con descaro a uno que medía dos metros, calvo y muy fuerte. Yo miraba a uno rubio, más o menos de mi edad, que tenía el pelo de punta y los rasgos suaves, casi infantiles.

—¿Cómo te llamas?

—Juan, señorita —respondió, dedicándome una sonrisa perfecta.

—Tú te vienes conmigo. —Le hice un gesto con la mano.

El rubio sonrió de oreja a oreja. Nuria seguía mirando al grandote.

—¿Cuántos años tienes y cómo te llamas?.

Lo miraba con admiración y curiosidad. Era una pica de tío.

—Me llamo José y tengo cuarenta y dos años.

—Acompáñame —le dijo, haciéndole un gesto con el dedo para que lo siguiera. José fue sin rechistar detrás de la explosiva Nuria.

Una vez en el tatami, Juan empezó a darme el masaje. Sus manos trabajaban sobre mí y eran un bálsamo para mi cuerpo y mi mente. Me relajé al momento. Tenía una sensibilidad especial. Luego pedí que hiciera pasar a otro y entró un chico moreno. Se llamaba Dave, tenía treinta y ocho años y era delgado y normalito. Cuando empezó a hacerme el masaje y puso sus manos sobre mí, me ericé al instante. Era un chico del montón, pero sus manos eran fuego, te encendían nada más tocarte. Le pedí que parase. Dave me miró con cara de preocupación.

—¿Lo he hecho mal? —preguntó preocupado.

—Contratado. Dile al siguiente que pase.

Dave salió como un pavo real. Ese chico era un diamante en bruto. De los tres que entraron después, solo uno me hizo sentir algo parecido a lo de aquel chico. Se llamaba Luis y tenía veintiocho años. Era muy moreno, con rasgos agitanados y el pelo largo recogido en una coleta. Mediría como Ben y tenía muy buen cuerpo. Ya tenía a mis tres candidatos. Tras la elección me di una ducha y me vestí. Solo faltaba Nuria.

Fui al despacho y le di mi veredicto a Tom, que asintió con la cabeza.

—Buena elección —asintió conforme.

—Gracias.

Entonces apareció Nuria, toda sofocada, que venía dándose aire.

—Esto es una tortura, pero Chochona... nos vamos a forrar.

Mi amiga se dejó caer en el sofá y comenzó a abanicarse con un catálogo que había sobre la mesa.

—¿A quién has elegido? —Miré a mi amiga sabiendo la respuesta de antemano.

—Al grandote, al negro y al cachas.

Así era ella: escueta y precisa.

El grandote se llamaba José; el negro, Luke; y el cachas, Tomás.

—Pues ya tenéis equipo —afirmó Tom Lee—. La semana que viene podéis abrir, si tenéis todos los papeles en regla.

Nuria y yo nos miramos y chocamos las manos en el aire.

—Eso está hecho —asintió ella.

Tom se marchó y, de nuevo, nos quedamos a solas. Nuria tenía el ceño fruncido.

—¿Qué te pasa? —Algo rondaba por su cabeza.

—¿Te han puesto cachonda los masajistas?

La pregunta me sorprendió un poco.

—Pues la verdad es que más de uno —le confesé.

—¿Y te has tirado alguno? —Me clavó la mirada.

—No, no me he tirado a ninguno —admití.

—Yo tampoco. Y eso que el grandote me ha puesto a mil.

—Pues habértelo tirado.

—¿Por qué no te lo has tirado tú?

La miré boquiabierta. No había caído en eso. Me callé y me quedé pensativa. Me senté.

—No lo sé... —suspiré.

—Sí lo sabes. Ambas lo sabemos... ¡Me cago en todo! —maldijo enojada.

—¿Qué pasa ahora? —me asusté por su tono.

—Que nos hemos enchochado de los ingleses —gruñó enfadada—. Ya no queremos que nos toque nadie que no sean ellos.

Las palabras de Nuria me cayeron como un jarro de agua fría. Yo disfrutaba con su compañía, pero de ahí a estar enamorada...

—A mí me gustan los dos —confesé—, pero no estoy enamorada. Cuando estoy con Ben me gusta estar con él; y con George me pasa lo mismo.

—Si te dieran a elegir a uno de los dos, ¿cuál escogerías?

—A los dos —respondí enseguida—. No puedo escoger entre ninguno porque los quiero a los dos.

—¡Ay, Chochona! A mí me pasa lo mismo. Es como si fueran uno solo; ya no sé estar sin ellos.

—Entonces, ¿cuál es el problema? Ellos están bien con nosotras. Deja la cosa como está.

—Ellos no pueden saberlo, o de lo contrario empezarán a controlar nuestras vidas. Debería haberme tirado al grandote. —Se lleva las manos a la cabeza.

—No lo pienses. Recuerda lo que decía tu tía en la carta: el amor llega cuando

menos lo buscas, así que no lo apartes. A ti te ha llegado a pares.

—Y a ti, Chochona —Me miró a los ojos—, y a ti...

La Majestuosa Casa de los Masajes llevaba abierta una semana y nosotras ya nos habíamos mudado a la planta de arriba.

Los últimos quince días habían sido mortales: desde el primer día estábamos a tope. Todas las mujeres que venían se iban encantadas y esa era la mejor publicidad, la del boca a boca. Muchas veces teníamos que decir que no a algunas citas porque ya no había más hueco. Eso hacía que nuestros masajistas no pararan, aunque estaban felices y trabajaban contentos. De vez en cuando Nuria y yo bajábamos a hacernos algún masaje y nos contaban cómo las clientas se deshacían en elogios con ellos y las instalaciones. Además, les daban muy buenas propinas y así se sacaban un sobresueldo astronómico.

La cara de nuestras clientas cuando aparecía el masajista era digna de un póster. Deberíamos entregar baberos en el pack. Pero es que nuestros chicos, aparte de tener unos cuerpazos, tenían unas manos y una forma de ser que valían su peso en oro. Tom Lee las llevaba locas. Con su uniforme de corte japonés de color negro, les daba las explicaciones necesarias y les presentaba a su masajista. Luego, cuando probaban el masaje sobre aquel confortable tatami en el que un hombre que solo llevaba un bañador tipo bóxer acariciaba sus cuerpos, en lo que seguramente era el mejor masaje del mundo, se iban de allí con una nueva cita. Todas repetían.

—¿Vas a bajar a darte un masaje con José? —le pregunté a mi socia desde el cómodo y nuevo sofá.

—No me encuentro bien...

Nuria se tambaleó y se agarró al respaldo del sofá. Me levanté como una flecha para sujetarla y la ayudé a sentarse. La miré muy seria.

—Voy a vestirme y tú también. Nos vamos al médico ahora mismo.

Ella no protestó. Se limitó a asentir con la cabeza. Pillé lo primero que encontré en el armario, un vestido de tirantes estampado, y me puse unas sandalias cómodas. Luego la ayudé a vestirse. Nuria estaba muy pálida y mareada. Como no teníamos tiempo para embutirla en uno de sus vestidos ajustados, le puse uno de los míos.

Llamé a Tom para que me ayudara a bajarla, pues me daba miedo que se me cayera por la escalera. Él acudió de inmediato. La metimos en el coche y fui a la clínica Lances. Estaba más lejos, pero allí la atenderían mejor. Por el camino llamé a Ben, para avisarle de que iba hacia allá con Nuria. George comunicaba.

—No corras como una loca; es puro agotamiento —se quejó mi amiga—. Últimamente no como mucho.

—Tú y tus dietas... —refunfuñé.

No me gustaba ese aspecto demacrado. El corazón me iba a mil. Me preocupaba Nuria, era lo más importante de mi vida; la quería más que a mi hermano y no me gustaba verla así. Prefería estar yo en su lugar antes de verla sufrir a ella.

Aceleré el coche porque el camino se me hacía eterno. Cuando llegué, Ben ya nos estaba esperando. La cogió en brazos y la metió en la sala de urgencias para examinarla. Yo me tuve que quedar fuera.

—No se preocupe —me consoló un enfermero—. Estará bien.

Llevaba un buen rato en la sala de espera cuando apareció George con su bata blanca, tan guapo como siempre.

—Me ha llamado Ben. Tranquila, ahora la suben a una habitación. Hay que



esperar los análisis. Pero estaba muy deshidratada; le han puesto suero.

Yo me eché a llorar como una tonta. No soportaba que le ocurriera nada a Nuria. George me abrazó.

—No dejaré que le pase nada; ni a ti tampoco.

Me dio un beso en los labios. Yo le abracé. En esas, apareció Ben. Al vernos abrazados hizo una mueca con la boca. Me zafé de George y fui hacia Ben.

—¿Sabes ya lo que tiene?

—Estamos esperando el resultado de la analítica. Pero ya puedes subir a verla.

Le di un abrazo a Ben, que no esperaba. Se quedó con los brazos abiertos, aunque luego los cerró y me apretó contra él. Pude sentirlo emocionado.

—Gracias —suspiré.

—Te acompaño —se ofreció Ben.

—Yo tengo consulta —dijo George—. Luego paso a veros.

George se fue hacia el otro lado. En el ascensor, Ben me dijo:

—Estás preciosa.

Se acercó en busca de mi boca. No me lo esperaba. Su lengua entró con autoridad, sin miramientos y sin pedir permiso. Mi cuerpo reaccionó ante aquella intrusión gimiendo de forma involuntaria.

—Ben... —gemí.

Su nombre salió de mi boca en un suspiro.

—Lucía...

Las puertas se abrieron y tuvimos que recomponernos ante una enfermera que

nos miraba atónita. Seguí a Ben hasta donde estaba Nuria, que tenía puesto el suero. Su cara tenía mejor color.

—¿Cómo te encuentras? —Le acaricié la mejilla.

—Bien, esto ha sido una tontería. Nada que un par de días de buen reposo no cure.

Respiré aliviada, pero lo hice tan fuerte que me mareé. Me fui hacia un lado y, por suerte, Ben me sujetó. Me miró con cara de preocupación, también Nuria.

—¿Qué pasa? —Me miraban raro—. He cogido aire profundamente y me he mareado. Hace calor, es normal. Me estáis asustando.

—Que os mareéis las dos no es buena señal. Puede que sea algo de carácter vírico —Ben hablaba muy serio.

—Que no, que me encuentro muy bien —insistí.

—Me quedaré más tranquilo si me dejas que te haga una analítica.

Ya estaba Ben en plan doctor. Su semblante era serio y la cara de ajo había vuelto.

—Está bien —cedí por no discutir.

Pidió a una enfermera que le trajeran el material que necesitaba y él mismo me extrajo la sangre. Luego la mandó al laboratorio con carácter urgente.

—¿Estás contento? —Le saqué la lengua burlándome de él.

—Ya veremos...

George entró en la habitación. Se acercó a Nuria y le dio un beso en los labios. Ben volvió a torcer la boca en una mueca.

—¿Ya sabéis algo? —mostró una sonrisa radiante. Era tan guapo... Ben lo era también, pero solo en la intimidad. Cuando estábamos con gente, su cara de ajo lo dominaba y sus ojos grises se oscurecían.

—Tenemos que esperar también los resultados de Lucía.

—¿Lucía? —George frunció el ceño.

—Sí, se ha mareado también —le informó Ben—. Hay que descartar que no sea nada vírico.

—Son unos exagerados... —bufé, sentándome junto a Nuria.

—Bueno, ¿y qué tal va el negocio? —preguntó George animado cambiando de tema.

—Estamos a tope. Tenemos la agenda a reventar para todo el mes. No imaginábamos que fuera a ser tan brutal. Las mujeres salen encantadas, los chicos están contentos, Tom es un cielo...

—Me alegro, chicas. La pena es que yo no pueda disfrutar de un masaje en vuestra casa. —George torció la boca.

—No, es solo para mujeres —respondió Nuria desde la cama.

En ese momento entró una enfermera con una carpeta en la mano.

—Doctor, ya están los resultados de la señorita ¿Se los paso a su médico o se los doy a usted? Como me dijo que le avisara sin falta...

La enfermera se dirigía a Ben mientras miraba a Nuria. Él cogió la carpeta.

—Déjemelos a mí. Ya se los paso yo al médico que le corresponda. Muchas gracias.

—De nada.

La enfermera agachó la cabeza y salió de la habitación. Ben abrió la carpeta y yo levanté el cuello para cotillear los papeles. También George se acercó para mirar los resultados al lado de su amigo.

—Vamos a ver lo que tienes, señorita —Ben observaba la analítica.

Uno pasaba las hojas y los dos asentían, como dando por bueno lo que veían.

Sin embargo, de pronto, los dos clavaron la mirada en la hoja. Ben se acercó más al papel y luego George le quitó la carpeta de las manos para verlo mejor. Ambos se miraron y pusieron cara de susto. Me estaban acojonando. Algo iba mal, podía verlo en sus ojos. Me dio un vuelco en el estómago. Los nervios me estaban matando.

—¿Qué pasa? ¿Por qué os miráis así? —siseé entre dientes, para que Nuria no me oyera.

George se rascó la barba, nervioso. Ben seguía paralizado mirando el papel con los análisis.

—Lucía, ¿qué pasa? —preguntó Nuria, incorporándose de la cama para poder ver lo que cuchicheábamos.

Ben fue hacia ella con el semblante serio. De todas las caras que le había visto poner, esa era la que menos me gustaba. Se acercó a ella y le cogió la mano. Mi estómago se contrajo por los nervios. Tenía muy mala pinta.

—Nuria, quiero que te tranquilices. No sé cómo vas encajar lo que te voy a decir.

—Dios mío, no... —me tapé la boca con las manos.

Me estaba poniendo en la peor de las enfermedades.

—Suéltalo, Ben. Estoy preparada para lo que sea.

—Estás embarazada.

Nuria estaba preparada para todo... menos para eso.

—¿Qué...?

El grito probablemente se oyó en toda la planta.

Yo sentí alivio al no tratarse de una grave enfermedad, pero la tensión que me

habían provocado me dejó agotada. Los nervios golpearon mi estómago, el mareo volvió a mi cabeza y sentí que las piernas no me respondían.

—Ben... —musité antes de irme literalmente al suelo.

\* \* \*

Unos minutos después pestañeé varias veces.

—Lucía, despierta. Lucía...

Oía a Ben y a George que me llamaban. Abrí los ojos por completo y vi sus miradas clavadas en mí. Me encontré recostada en un sillón de la habitación y seguía teniendo mucho calor. Recordé entonces la noticia de Nuria. ¡Estaba esperando un hijo!

—Bebe un poco de agua —George me tendía un vaso de plástico.

—Chochona, ¿estás bien?

Nuria se acercaba hasta mí vestida con el camisón del hospital.

—¡Estás embarazada! —exclamé—. Vas a ser mamá.

Lloré de la emoción. Mi amiga iba a ser madre.

—Bueno, ahora falta saber de quién es. —Se encogió de hombros mientras miraba a George y a Ben.

Me quedé a cuadros ante el poco tacto que había tenido.

—¿Nuria? —le reñí.

—Es cierto, hasta que no sepa de cuánto tiempo estoy no podré saberlo.

Se encogió de hombros de nuevo y regresó a la cama. La noticia no parecía haberle hecho demasiada gracia.

—¿Qué más da de quién sea? Es tu hijo —le regañé.

Ben y George me miraron, asombrados ante mi actitud.

—Lucía, creo que nosotros sí tenemos derecho a saber quién es el padre  
—protestó Ben.

—¿Y en qué cambia eso las cosas?

Ben me miró atónito.

—¿Hablas en serio?

—Totalmente.

Iba a darme la réplica cuando, de nuevo, la enfermera volvió a entrar, ahora con los resultados de mi análisis. Ben los cogió de muy mala leche y la enfermera se marchó a toda prisa viendo que la tensión se podía cortar con un cuchillo.

George le cogió los resultados de la mano con cuidado.

—Mejor los miro yo —sopló—. Intentad tranquilizaros.

—Esto también te incumbe a ti, George —gruñó su amigo.

Ben estaba de un humor de perros. Su amigo estaba pálido como la leche. Incluso tuvo que sentarse, pues las piernas le fallaban.

—¿Qué coño pasa ahora? —pregunté irritada.

George le pasó la analítica a Ben y él tuvo que apoyarse en la cama de Nuria.

—No puede ser, será un error —susurró en voz baja.

—¿Qué pasa, Ben? —insistí—. Ahora vas y me dices que es algo contagioso y que también estoy preñada.

Mi tono era de puro sarcasmo. Estaba enrabiada contra él. Ben me miró fijamente. Ya no estaba enfadado. Ahora me miraba de una manera rara que me hacía sentir incómoda.

—Tú lo has dicho. También estás embarazada —me confirmó.

—Es imposible... Siempre he tomado precauciones.

Fue lo único que se me ocurrió decir.

—¡Joder! —Oí que exclamaba Nuria.

Mi cabeza empezó a rebobinar. ¿Dónde podía haber tenido el fallo? Porque siempre había usado el preservativo. Siempre. Reviví todas las veces en las que había estado con ellos, incluso con el cabrón de Martín. Todas y cada una de las veces había usado condón, así que no podía ser, era imposible. De pronto, mis ojos se abrieron por completo. Lo recordé todo. Fue en la casa de George: el polvo con Ben en el salón. Estaba desenfrenada y él me dijo que esperara... Yo misma lo metí dentro de mí.

—¡Joder! —farfullé entre dientes al darme cuenta de mi error lascivo.

Mis ojos se encontraron con los de Ben. Estaba pensando lo mismo que yo, seguro. Me miraba fijamente y él sabía que mi hijo era suyo también. Podía leérselo en la cara.

\* \* \*

Teníamos que disipar esa duda. Nos pasaron de carácter urgente a la consulta del ginecólogo para que nos hicieran una ecografía. Yo estaba que me moría

de los nervios, por el cariz que estaban tomando las cosas.

Nuria se hizo la ecografía y el resultado fue: que estaba de diez semanas. El hijo era de George por descarte, aunque se haría las pruebas de paternidad cuando naciera. Por mi parte, yo estaba de seis, justo el tiempo que había estado en la casa de George. Lo tenía más claro que el agua.

Regresamos de nuevo a la habitación. La situación ahora era un poco más embarazosa, nunca mejor dicho. Ben se acercó a mí y me cogió la mano. George fue hacia Nuria. No me gustaba para nada esa actitud que veía venir. Y en la cara de Nuria tampoco había nada bueno.

—Nuria —comentó George meloso—, quiero que vengas a vivir conmigo, que formemos una familia, criar a ese hijo juntos.

Mi amiga se puso tensa y me miró en busca de ayuda por primera vez.

—No creo que sea el momento de hablar esto ahora —intervine yo con voz pausada.

—Pues a mí me parece que es el momento oportuno —se metió Ben—. Ahora que estamos los cuatro...

—Mejor cuando estemos en casa —añadió Nuria.

—¿Qué casa? —preguntó Ben.

—Nosotras nos vamos a la nuestra —salté yo, a la defensiva.

Ben me cogió por los hombros y me obligó a que le mirara a los ojos.

—Lucía, no quiero perderme ni un minuto de la vida de mi hijo. Deseo estar contigo. Yo también quiero que te vengas a vivir conmigo.

—¡Oh...!

—¿Qué es lo que te sorprende? —Ben no entendió mi sorpresa.

—Que esté embarazada no cambia nada —aclaré.



—Es cierto —me apoyó Nuria.

—No os entiendo... —repuso George.

Ben meneó la cabeza negativamente.

—¿Es que no me quieres? —Ben se mostró dolido—. ¿Es eso?

Le cogí la cabeza entre mis manos y me puse de puntillas para llegar hasta sus labios. Lo besé con pasión, me derretí en sus brazos. Él gimió. Luego fui hacia George e hice lo mismo: lo besé con fervor, con amor. Ben me miró alucinado. Nuria sonreía.

—No puedo escoger entre dos hombres que quiero con locura. Voy a tener un hijo tuyo, Ben. Ya lo sabes. Pero no cambia el hecho que quiera a George tanto como te quiero a ti. Y no voy a renunciar a él.

—A mí me pasa lo mismo —ratificó Nuria—. Yo os quiero a los dos. He luchado por evitar que pasara, pero aquí me veo. No quisiera perderos, pero prefiero estar sin ninguno a tener que escoger.

George y Ben se miraron desconcertados, sin saber qué decir ni qué hacer. La noticia de los dos embarazos no era fácil de encajar.

—Olvidaos de los embarazos. Si fuera un día normal y yo le dijera a George de pasar la noche con él y a ti, Ben, de ir a pasarla con Nuria, ¿qué haríais?

Los dos se miraron y respondieron a la vez:

—Ir.

—Pues tenéis que seguir pensando igual. Pensad que nada ha cambiado...

—Pero nos vais a hacer padres —protestó George llevándose el pelo hacia atrás.

—Yo no te voy a pedir nada —aclaró Nuria.

—Ni yo tampoco —apoyé a mi amiga.

—Pero yo quiero estar ahí... con vosotras —insistió George.

—Yo también. Sois lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo —confesó Ben.

Estaban obcecados en llevarnos a su terreno y nosotras no íbamos a entrar por el aro.

Yo estaba consternada e ilusionada por mi embarazo, no iba a negarlo, pero tenía que asimilarlo, como para romperme la cabeza con Ben y George presionándome a ver quién era más macho y caballero. Necesitaba espacio, y por la cara de agobio que le veía a Nuria, imaginé que también.

—¡Basta! —Levanté las manos y los mandé callar.

Me miraron confundidos ante mi repentino arrebato. No era típico en mí, ya que me tenían por la mosquita muerta pacífica.

—¿Qué pasa, cielo? —Ben me miraba con preocupación.

Lo miré boquiabierta. Ahora era su “cielo”.

—Nuria y yo nos vamos a casa. Necesitamos tiempo para digerir todo esto y con vosotros delante es imposible.

Ayudé a mi amiga a levantarse y a ponerse la ropa.

George vino todo alterado hacia nosotras y nos miró con el semblante serio. Pocas veces lo había visto así.

—Nuria, ese hijo es mío y exijo que te vengas conmigo. Quiero cuidar de los dos. No seas imprudente y deja que te cuide.

Mi amiga lo miró fijamente y se echó a reír.

—Querido, no estás en condiciones de exigir nada. Lucía tiene razón, de momento será mejor de que corra el aire entre nosotros porque nos estáis asfixiando.

La cara de ambos se trasfiguró. Ben permanecía impertérrito y George se revolvió nervioso, impotente sin poder hacer nada.

—Tarde o temprano tendréis que escoger —afirmó Ben en un tono muy severo.

Las dos nos pusimos tensas ante aquella imposición.

—Si eso es lo que quieres, por mi parte la decisión ya está tomada. No escojo a ninguno.

Mis palabras lo atravesaron como una daga.

—Yo tampoco —me siguió Nuria.

Ben y George salieron de la habitación destrozados y furibundos sin saber cómo actuar ante aquellas palabras. Nosotras regresamos a casa con una sensación agrídulce de vacío.

\* \* \*

Había pasado una semana y no sabíamos nada de nuestros ingleses favoritos. Nuria se levantó con náuseas matutinas y maldecía a todos los que se le pasaban por la mente. Yo, en cambio, ni me enteraba de que estaba embarazada.

—¡Joder! Llevo un alien en mis entrañas. Como sea así todo el embarazo, me muero —se quejó y se sentó en el sofá de nuestra nueva casa.

La acompañé y le entregué una manzanilla.

—¿Crees que hemos actuado bien con ellos? —les echaba de menos.

Nuria exhaló y me miró con añoranza.

—Hemos hecho lo correcto, no podíamos dejar que nos obligaran a elegir y someternos a su antojo. Tú vas a tener un hijo de Ben, pero ¿te apetece renunciar a George?

Bajé la mirada y pensé en ellos con tristeza.

—No. Yo los quiero a los dos por igual. Sería incapaz de elegir, ya lo hablamos en su momento —arrastré las palabras.

—Pues lo mismo me pasa a mí con Ben, me encanta ese hombre y no quisiera perderlo por la repentina sobreprotección de George. Todo estaba perfecto antes de que nos dejaran preñadas —Nuria se hundió en el sofá y arrugó la nariz de mal humor.

Solté el aire de mis pulmones y me hundí con ella en el sofá.

—No entiendo por qué el embarazo tiene que cambiarlo todo. Seguimos siendo las mismas personas con los mismos sentimientos. Yo no quiero volver a un matrimonio tradicional con ataduras. Ya tuve uno y no voy a volver a pasar por eso.

Nuria empezó a reírse de manera exagerada. Me giré para verla, pues no entendía qué le había hecho tanta gracia.

—Ay, Chochona. Lo que has cambiado y cuánto has aprendido. Estoy orgullosa de ti —me dio un beso en la mejilla—. No te preocupes; estando juntas, siempre estaremos bien. Como decía mi tía: El hombre que te quiera, tendrá que aceptarte tal y como eres y no pretenderá cambiarte. Si nos quieren, ya vendrán a buscarnos.

—No sé yo... —Me mordí una uña.

Tenía mis dudas sobre ello.

Los hombres eran hombres y no dejaban de ser muy machistas...

\* \* \*

Nos vestimos y ya íbamos a bajar a echar un vistazo al salón de masajes, cuando llamaron a la puerta. Pensé que era Tom que nos requería por algún asunto del negocio; era el único que subía a nuestra vivienda.

—Abre tú —gritó Nuria desde el lavabo.

—Voy.

Me acerqué a la entrada y me quedé blanca al encontrarme a George y a Ben en la puerta de mi casa.

—Si Mahoma no va a la montaña... —soltó George con una reluciente sonrisa.

Los miraba embelesada y los ojos se me llenaron de lágrimas.

—No llores, por favor —Ben me abrazó de inmediato y me sentí al momento en el paraíso.

—¿Quién es, Chochona? —Nuria apareció tras de mí y también se vino abajo. George la envolvió con sus brazos.

—Mala mujer, cuanto te he echado de menos —oí que le decía con cariño.

Nuestras hormonas estaban revolucionadas a causa del embarazo y nos dejaba vulnerables ante aquellos apuestos hombres que nos habían robado el corazón en partes iguales.

Después de aquel emotivo encuentro, los invitamos a entrar y nos sentamos de nuevo en el sofá. Yo estaba muy nerviosa y mis ojos volaban de Ben a George sin perder ni un detalle de ellos.

—George y yo hemos estado hablando —confesó Ben un pelín nervioso—. Esta semana ha sido un calvario sin vosotras. Yo he llegado a la conclusión de

que estoy enamorado de Lucía, pero que también amo a Nuria.

Mi boca se abrió embargada por la sorpresa.

—Yo también he llegado a la misma conclusión —intervino George—. Estamos muy bien juntos y no concibo el día a día sin ninguna de las dos. Os amo demasiado. No podría vivir sin la pasión de Nuria y la dulzura de Lucía. Ambas complementáis mi vida.

Dios, iba a tener un orgasmo emocional solo de oírlos.

—¿Qué pasa con los niños? —inquirió Nuria.

—Se criarán juntos y nosotros seremos sus padres, claro —afirmó Ben muy seguro.

—¿Y si el día de mañana yo tengo otro hijo y es de George?

Los estaba poniendo a prueba.

—Pues que me harías el hombre más feliz del mundo —respondió George y Ben asintió.

—Nosotras no nos vamos a mover de nuestra casa ni de nuestro negocio —le aclaró Nuria.

Ambos se miraron y sonrieron.

—Nos mudaremos aquí si nos lo permitís. También están nuestras casas para poder disfrutar de la playa. Todo es cuestión de organizarse, pero lo que queremos, es que seamos una familia —George besó a Nuria y esta se derritió en sus brazos.

Yo no me podía creer que estuviera ocurriendo de verdad.

—Lucía, ¿estás contenta? —Ben me cogió de la mano.

—¿Qué? —Seguía en shock.

—Que te amo. Que quiero estar contigo y con Nuria y que si quieres que vivamos los cuatro juntos.

Miré aquellos ojos grises y me perdí en ellos.

—Sí quiero —respondí como una imbécil cautivada por su mirada.

Ben me pasó la mano por detrás de la nuca y se acercó hasta que sus labios rozaron los míos.

Dios, como lo deseaba y necesitaba. No podría estar sin él.

—Te quiero, Ben —le susurré.

Su boca se abrió y dio rienda suelta a su pasión.

George y Nuria ya habían desaparecido y Ben me levantaba, me cogía en brazos.

—¿Cuál es tú dormitorio? —preguntó con una sonrisa cargada de deseo.

—El primero a la derecha —gemí ardiente por sentirlo.

Ben me llevó y me tumbó en la cama.

Me acariciaba la cara y su mano bajó hasta mi vientre. Se quedó allí ensimismado y pensativo.

—Gracias —susurró emocionado.

—¿Por qué?

—Por hacer mis sueños realidad.

—Y tú los míos. —Fui sincera.

—¿Cómo nos vamos a organizar para dormir? —Sonrió con picardía.

Me encantaba cuando sonreía.

—¿Pares o nones? —bromeé.

Ben se echó sobre mí, loco por hacerme el amor.

—Ven aquí. Hoy te voy a dar pares.

—Ben, por Dios. Contrólate.

Nuestras risas se oyeron por toda la casa.

Mientras nos besábamos, acariciando nuestros cuerpos, hicimos planes para nuestra futura vida. Los cuatro juntos. Porque la vida no siempre tenía que ser según las reglas. Había que vivirla y dejarse llevar por lo que a cada momento te pedía el cuerpo y también el corazón.

¿Que si se podía amar a dos hombres a la vez? ¡Por supuesto! Llegué a amarlos y a desearlos tanto que me sería imposible escoger a uno solo. Así que la mejor opción fue quedarme con ambos. Entre los dos, George y Ben formaban el hombre perfecto, eran todo lo que una mujer soñaba tener. Y yo había soñado, lo había imaginado y lo había conseguido. Los sueños solo son sueños, hasta que yo decidí hacerlos realidad.

\* \* \*

No hace falta un físico arrebatador o poseer millones para llegar a conseguir una vida de ensueño. Solo hay que ilusionarse y luchar por lo que deseas. No puedes ponerte limitaciones, ni barreras que no te dejen avanzar. Hay que dejar de lado los tabúes, sacar lo mejor de tu interior y no permitir que nadie te haga creer que no puedes. Siempre encontrarás personas tóxicas en tu camino, lo difícil será dar con las buenas que te guíen hacia el lugar correcto. Y es que al final de la historia, la única persona que podía hundirme y, al mismo tiempo, hacerme más fuerte, era yo misma.



Más sobre la autora y sus obras en:

<http://www.amandaseibel.es/>



[www.terraignotaediciones.com](http://www.terraignotaediciones.com)

Síguenos en:

[Facebook](#)

[Twitter](#)

[Google+](#)

[LinkedIn](#)

[Instagram](#)

MARIO J. LES



**EL PLAN  
BERKOWITZ**

TerraIgnota  
EDICIONES

# El plan Bérkowitz

J. Les, Mario

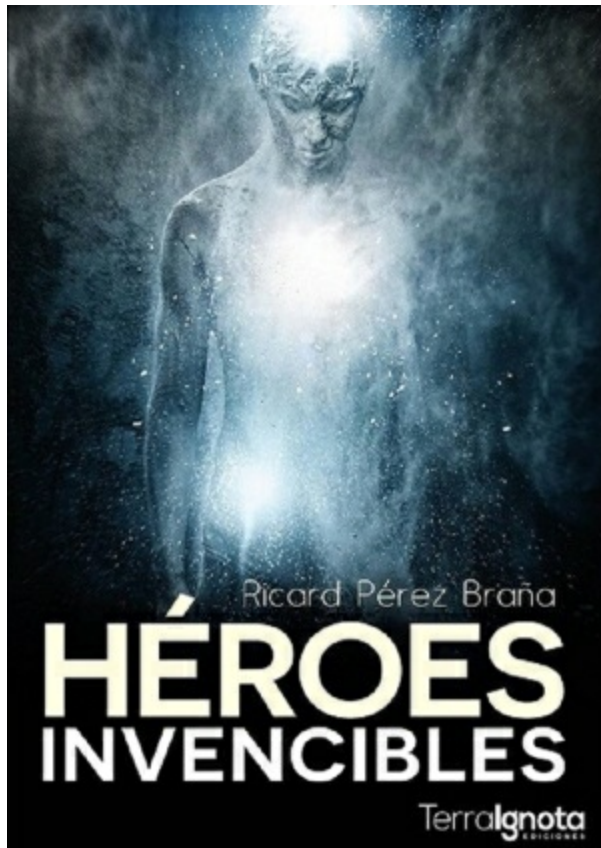
9788494396793

442 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Apenas comenzado el otoño de 2001, un anciano prisionero despierta en su celda como cada mañana desde hace una eternidad. Hastiado de ese interminable encierro, aguarda su propia muerte como única salida a la pesadilla que le atormenta. Durante el verano de ese mismo año, tres jóvenes, socios de una modesta empresa audiovisual, son contratados por un excéntrico millonario para realizar unos documentales de naturaleza en Kenia. Entusiasmados, se ven ante la oportunidad de sus vidas; un trabajo soñado y la posibilidad de refloatar su maltrecha economía. Sin embargo, pronto descubrirán que no es oro todo lo que reluce en torno a su mecenas. En la convulsa Alemania de 1938, Eyal Bérkowitz forma parte del centenar de presos judíos que son trasladados del campo de concentración de Dachau al recién inaugurado Flossenbürg. Allí trabajarán de sol a sol en la cantera vecina extrayendo el granito necesario para las construcciones que Albert Speer ha proyectado para la Alemania imperialista de Hitler. El grupo judío, con Bérkowitz a la cabeza, sufrirá en sus carnes el abuso de poder por parte del jefe de su barracón, Ludwig von Häussler, capitán de las SS. Con el trasfondo de la Segunda Guerra Mundial, el atentado contra Reinhard Heydrich y la Operación Valkiria, Eyal Bérkowitz ideará un arriesgado plan que puede salvar su propia vida... e hipotecar la de otros.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Ricard Pérez Braña

# HÉROES INVENCIBLES

TerraIgnota  
EDICIONES

# Héroes invencibles

Pérez Braña, Ricard

9788494396731

286 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La historia de la Tierra cambió para siempre el día en el que Prometeo se presentó ante la humanidad como el hijo de Dios vivo llegado del cielo. Su poder de alterar la realidad le permite manipular a los Homo sapiens prácticamente a su antojo. Pero no todos se doblegan ante su voluntad. Muchos se organizan para oponerse a esa supuesta divinidad y a sus planes de dominación. No estarán solos. La guerra por el control del planeta ha comenzado. Un grupo de amigos, cada uno con unas capacidades únicas, hará lo imposible por frustrar los planes del tirano, combinando sus habilidades que van desde la curación de las heridas más difíciles hasta los poderes telequinéticos desplegados por dos de ellos, y que no hacen sino reforzar su profunda amistad, pasando por la joven capaz de transformarse en un furioso animal medio oso y medio puercoespín, y otra que puede controlar la segregación de feromonas para influir así en los demás. Todo ello sin olvidar a un joven guerrero asiático que complementa su gran talento para la lucha con la posibilidad de hacerse invisible y, por supuesto, a la niña de ojos de dos colores que "hace cosas". Adéntrate con ellos en esta incesante y apasionante lucha por la supervivencia. Averigua quiénes son, de dónde provienen y, sobre todo, cómo podrán hacer frente a un ser aparentemente todopoderoso. Muchos de los elementos que han hecho grande al género aparecen aquí filtrados a través de la peculiar visión de su autor, que nos propone un viaje a un mundo inmerso en el caos donde el terror está a la orden del día, pero en el que también hay sitio para el valor y la amistad.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

# LO QUE QUIERO LO CONSIGO

AMANDA SEIBEL



Terralgnota  
EDICIONES

18

# Lo que quiero lo consigo

Seibiel, Amanda

9788494817007

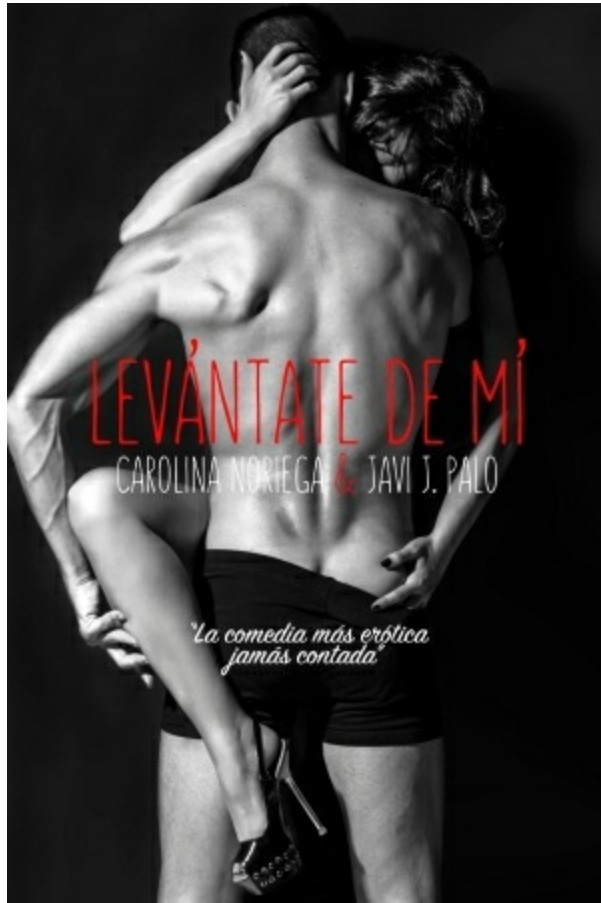
436 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Verónica Ruiz es una chica normal y corriente que vive en Madrid, trabaja como dependienta y lleva una existencia bastante rutinaria. Esto cambiará cuando, durante unas vacaciones en Cancún junto a su amiga Silvia, se encuentra con Marco, un italiano de voz sensual y físico impactante. Lo que en un principio es un simple coqueteo, se convierte en una mutua obsesión donde el sexo adquiere un gran protagonismo, y que derivará, por parte de Verónica, en un conflicto emocional de amor y odio hacia Marco. Además, todo se complicará aún más para ella con la aparición de un tercero en discordia y un pasado que la persigue... Ambientada en España, Italia, República Dominicana, México o Estados Unidos, Amanda Seibiel, autora que cuenta con más de 55.000 seguidores solo en Facebook, te invita a adentrarte y dejarte llevar por esta trama repleta de intriga y erotismo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)





# LEVÁNTATE DE MÍ

CAROLINA NORIEGA & JAVI J. PALO

*La comedia más erótica  
jamás contada.*

# Levántate de mí

Noriega, Carolina

9788494695599

170 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Carla lleva una vida monótona y algo tediosa. Trabaja como secretaria en una oficina y su novio, Pedro, además de aburrido, es adicto al trabajo. Para colmo, ese verano no tiene vacaciones y el sofocante calor de Madrid no ayuda a refrescar la situación. Todo cambia cuando Carla se acuesta con Pere, un compañero de trabajo con el que apenas había cruzado unas palabras. A partir de ahí, el concepto de "verano en la ciudad" cambia por completo y comienza a disfrutar de la sensualidad como nunca antes lo había hecho. Gracias a los cursos de verano a los que su novio le apunta para que esté entretenida, vivirá, junto a su frívola amiga Lidia, aventuras de todo tipo que harán que sus pensamientos se aclaren y tome una decisión para afrontar una nueva vida. En definitiva, una novela cachonda, en los dos sentidos. Sensualidad y humor se conjugan perfectamente para servir al lector una historia fresca y entretenida, ideal para los días de verano o de cualquier otra estación.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

# El Periplo del Ángel

Acto Primero: Ángel del Apocalipsis



LOBΩ Fantasma

Terralgnota

# El periplo del Ángel

LΩbΩ Fantasma

9788494538193

90 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Alguna vez oíste hablar del amor impío? ¿Sabes por qué se les negó a los ángeles la libertad de amar y decidir sobre sus actos? ¿Por qué se exilió a la raza de los nefilim en El Olvido? Éstas y muchas cuestiones más se verán reveladas a través de estas líneas. Yo, el ángel Dekkar'iël, fui designado por la madre creadora para custodiar y salvaguardar la vida de Julie, una joven que, en su vida anterior, puso en jaque tanto a Dios como a Lucifer por culpa del amor impío. Por amor me vi obligado a emprender un viaje sin retorno, en el cual tuve que abandonar toda esperanza e ilusión, tan sólo para poder otorgarle a un alma atormentada la oportunidad de redimirse ante los ojos de nuestra creadora.

[Cómpralo y empieza a leer](#)